Natalia Sánchez Diana

EMPERATRICES Y MONSTRUOS 2



HEREDERA DE oscuridad y cenizas

Heredera de oscuridad y cenizas

Emperatrices y monstruos 2

Natalia Sánchez Diana

Copyright © 2024 Natalia Sánchez Diana

2024 Natalia Sánchez Diana Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A mi madre

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
Parte 1
PESADILLAS
INVERNESS
NÓMADAS
HERMANOS TANAKA
LOS HAMILTON
REENCUENTRO
LA LEYENDA DEL TANABATA
EL ITALIANO
A CAMBIO DE SU VIDA
CERO
EVE
ROTO
SOMBRA Y ESPEJO
GANTE
KEITH
EL ODIO QUE CRECE
CUMPLEAÑOS DE HIRO
ATENEA
TRASLADO A LYON
LOS IRLANDESES
ES ELLA
EL DESTINO QUE NOS ENTRELAZA
AHOGARSE PARA MANTENERSE A FLOTE
MANOS QUE DERRAMAN SANGRE
LA CHICA QUE NO ERA UN MONSTRUO
COMO SOMBRAS Y CENIZA
BARIS
ADIÓS, KILLIAN
LOS ÚLTIMOS DEL CLAN TANAKA
LA OBSESIÓN SE VUELVE PERVERSA
AMBERES
MORGUE
LA PROMESA
Parte 2
LA HEREDERA
CRISANTEMOS
LA KITSUNE

TAMAMO-NO-MAE
ALGO EN EL BOSQUE
OPERACIÓN CORBEAU
EL PUNTO DÉBIL
LA ESPADA DEL ALMA
¿Y SI NO QUIERO UN IMPERIO?
KITSUNE TSUKI
LA PRIMERA MUERTE
REPROCHES
A SALVO
EL CEBO
REENCUENTRO
¿POR QUÉ AÚN NOS CONECTA EL HILO ROJO?
LA ÚLTIMA NOCHE
EL AMOR TE VUELVE DÉBIL
CAMINOS SIN RETORNO
EL DIARIO
TENJI Y YUKIKO
¿QUÉ PIENSAS DE MÍ?
EL REGRESO DE LA REINA BAÑADA EN SANGRE
IRÉ CONTIGO
CONFESIONES ENVUELTOS EN HUMO
EL AEROPUERTO
LA CRIATURA
VENGANZA ARREBATADA
EL DOLOR DE RYO
DESPUÉS DEL CAOS
EL PRECIO QUE PAGAR
SANGRE EN LAS FLORES DE CEREZO
ŌMAGATOKI
INESPERADO
RYO TANAKA
NOCHE DE SANGRE
LA ÚLTIMA MISIÓN
OSCURIDAD Y CENIZAS
LENA
VIVIR
GLOSARIO
Bilogía Kitsune
Books By This Author

Parte 1

Hasta que todo arde

PESADILLAS



Sentía el fuego bajo sus pies, el calor rodeándola, arrebatándole el oxígeno. Daba un paso y sus pies se hundían en las cenizas. El brillo de la espada que sostenía entre las manos refulgía como si el acero deseara danzar y entrelazarse con las llamas. El demonio Oni que había frente a ella era enorme, de unos cuatro metros de altura, con su piel roja, una melena salvaje oscura que cubría sus hombros y los colmillos, aterradores, eran amarillos y afilados y de ellos chorreaba baba y sangre.

En ese momento, justo en ese momento, siempre despertaba, cubierta por una fría capa de sudor y temblorosa. Miraba a su alrededor para recordarse que estaba en su habitación del hotel en las Highlands, donde habían construido un refugio en el que se sentían a salvo.

Aun y con todo, las pesadillas siempre la alcanzaban. Llevaba seis meses así, despertándose a la misma hora, a las 2:30 de la madrugada, en plena *Ushi no koku*, la hora en la que los espíritus malignos estaban en su apogeo, con la sensación de que iba a arder, de que un fuego imparable la consumiría y de que el demonio Oni había matado a sus seres queridos, empezando por él.

Desplazó la mirada hacia Dally, que dormía plácidamente ocupando más de media cama, con el pelo dorado, ahora tan largo que le cubría gran parte de la frente y el ojo derecho. Lena siempre hacía lo mismo. Apartaba los mechones con cuidado y, durante unos instantes,

contemplaba su rostro, con la barba espesa que se había dejado crecer y que rodeaba esos labios que ella tanto adoraba.

Se levantó sin hacer ruido, se colocó la bata y bajó a la cocina. Tras prepararse un chocolate caliente con pimienta siguiendo la receta que recordaba de la señora Lin, volvió a subir a la buhardilla, donde ella y Dally tenían su dormitorio prácticamente desde el momento en que él los encontró.

Se sentó en el alféizar de la ventana, con el chocolate caliente entre las manos, y miró al exterior. Aún faltaba un buen rato para amanecer. Sabía de memoria lo que había al otro lado del cristal. El verano había hecho del paisaje escocés una maravilla que consistía en una extensión verde y brillante sobre la que pastaban las vacas peludas tan típicas de aquel lugar.

No era una zona accesible, ya que el camino hasta allí era empedrado y descuidado a simple vista, por lo que pasaban meses sin huéspedes. Sobre todo, en invierno. El verano les había traído semanas enteras de trabajo, alternadas con días en los que en aquel hotel solo permanecían Killian, su hijo Jean, Hiroshi, Dally y ella.

Las personas que consideraba más importantes, las únicas en las que confiaba y por las que daría su vida.

Tal vez las pesadillas que la visitaban cada noche eran un recordatorio de que el amor que sentía, en todas sus variantes, la volvía débil.

Como su padre decía.

Volvió a mirar hacia Dally. Lo suyo no había sido fácil. Venían de mundos distintos. Ella tenía las manos manchadas de sangre, mientras que él era honrado hasta la médula y tenía un gran sentido del deber y de la justicia.

Lena había huido, había matado y durante los años que sirvió al propósito de su padre, la lista de barbaridades que su clan había cometido para afianzar su poder era imperdonable.

Aunque a pesar de todo eso, de los secretos y de las traiciones, él había ido a buscarla.

Y le había llevado el colgante de su tatarabuela, que silenciaba el don. Esa pieza de joyería había hecho que Lena se sintiera una persona normal y corriente a lo largo de aquellos meses. Ya no había secretos robados, ni dioses de la muerte, ni quimeras, ni emociones ajenas apoderándose de ella. Solo su cuerpo: suyo y de nadie más. Sus manos ya no hurgaban en el interior del alma de las personas y podían acariciar a Dally sin sentir que se estaba apropiando de cosas que no le pertenecían.

Él se removió en el lecho y volvió a contemplarle. Recordó los días siguientes a su llegada, cuando habían compartido besos, alguna caricia y muchos roces, pero aún no habían hecho el amor. Sucedió cuando Killian se llevó a los chicos a una feria en Inverness. El hotel se quedó sin huéspedes y, de repente, se encontraron a solas. Hablaron, cenaron, se rieron. Y luego subieron a la buhardilla, que era la habitación de Lena. Estaban nerviosos. Había pasado mucho tiempo desde aquella única vez en Londres, en el piso del policía inglés, cuando no se conocían, cuando él no sabía quién era ella y aún podía permitirse el sueño de ser otra persona.

Ahora se conocían sin máscaras. Con los demonios interiores al descubierto.

Dally sabía incluso su verdadero nombre, pero no le llamaba por él. Hikari Tanaka no existía. Lena prefería que eso fuera así, como si de ese modo, pudiera olvidar lo que había hecho, los ríos de sangre derramada.

Aquella noche, los besos fueron lentos, las caricias, intensas. No dejaron centímetro de la piel sin recorrer ni besar. Se adoraron, se veneraron.

Y así había sucedido cada vez que habían hecho el amor. Como si, en el fondo, supieran que estaban destinados a volver a separarse.

Tal vez aquellas terribles pesadillas que la azotaban no fueran más que el presagio de lo que iba a suceder.

—Ya estás despierta, ¿eh? —La voz de Dally era una caricia somnolienta.

—¿He hecho mucho ruido?

—No, pero he notado el frío en tu lado. Ven aquí —dijo él haciéndole un gesto con la mano para que se acercara.

Dejó el chocolate sobre el escritorio y caminó hacia la cama. Dally la abrazó y la atrajo hacia su cuerpo, que estaba caliente y olía demasiado bien.

—Siempre te despiertas a la misma hora —susurró él en su oído—. ¿Por qué?

Lena se tensó. ¿Era posible que él hubiera descubierto que ella tenía pesadillas todas las noches? Quería explicárselo, pero tuvo miedo. Solo quería ser una chica normal y corriente. O al menos, fingirlo.

Estaba cansada de lo que había sido. Por eso no se quitaba el colgante de su tatarabuela ni siquiera para dormir.

—Lena... No me has respondido.

Ella se dio la vuelta y se colocó frente a él. Le retiró el pelo dorado de la cara, esos mechones rebeldes que siempre volvían al mismo lugar, y el inglés abrió los ojos. Nunca se cansaba de perderse en aquel iris verde, salpicado de motas doradas.

Una vez habían sido los ojos de un adicto, pero ya no lo eran.

Nunca más.

—Es que ocupas toda la cama y me acabo despertando —mintió ella, sorprendida por el hecho de que no estuviera confesándole la verdad.

Dallas alzó una ceja, como si ella pudiera engañarle. Aun así, decidió no insistir.

—Entonces... ¿Quieres que me vaya a dormir a otro sitio?

La joven adoptó la pose del pensador y él se echó a reír. Luego la besó. Fue al principio algo dulce, pero Lena lo convirtió en otra cosa. Deseaba ahogarse en Dally, olvidar el fuego y el demonio que amenazaba sus sueños.

Le amaba, a pesar de sí misma. A pesar de saber que amar tanto te volvía vulnerable y te exponía.

Se colocó a horcajadas sobre él y le quitó el pijama. Sus manos acariciaban su piel sin oír secretos, solo sintiendo la textura, las cicatrices, el vello erizándose, la excitación cobrando vida.

Él también la desnudó. Adoraba su cuerpo, su piel blanca y pecosa y la forma de entregarse.

Como si el mañana no existiera. Como si fuera la primera vez y la última.

Y tal vez lo fuera.

—Te quiero, Dally.

—Te quiero… Lena.

INVERNESS



Como todos los martes durante los últimos seis meses, dejaba a Lena en el lecho, se levantaba y tomaba el coche hasta Inverness. Compraba el pan, las cosas necesarias para la cocina del hotel y después se dirigía a una pequeña cafetería llamada Annya. Allí, mientras desayunaba café y un trozo de tarta, hacía una llamada.

Al otro lado de la línea, descolgaba la misma persona: su amigo y compañero en la Interpol, Turner, que siempre le recibía con un saludo cariñoso y malas noticias. Porque aún no habían encontrado al Cuervo Rojo ni a Eve. El inspector Hamilton participaba activamente en su búsqueda, recibiendo información y dando órdenes. Todo había sido inútil hasta ese día. No había ni rastro. Sabían esconderse bien y todas las pistas que habían seguido habían acabado en nada.

En una absoluta y desquiciante nada.

Dallas había perdido la paciencia hacía mucho tiempo, porque sabía que mientras Ryo Tanaka y Eve siguieran ahí fuera, su felicidad nunca estaría completa.

—No está en Europa. Lo habríamos localizado. Tal vez estén muertos.

—No lo creo.

—Pero puedes estar tranquilo. Si pisan Europa, los cogeremos.

Se pasó los dedos por los párpados. Habían pasado casi dos años desde que escaparon de Venecia y, en todo este tiempo habían seguido pistas y chivatazos que se habían ido diluyendo hasta borrarse.

—Puedes volver a Londres.

—¿Tú crees?

—Aquí estaréis a salvo.

Dally dejó escapar un suspiro. Su amigo le conocía bien y sabía que ese era su deseo. Tenía un alma urbanita. Amaba su Londres natal, la vida ajetreada, las prisas, el trabajo, incluso los cláxones de los coches. Y, aunque era feliz con Lena, aquel lugar en medio de la nada, con vacas, frío y lluvia no era lo que él esperaba para el resto de sus días.

Además, la excedencia que había pedido llegaba a su fin. Tenía que reunir el valor de decírselo.

Si ella no llevara el colgante, no tendría secretos. No le estaría ocultando que echaba de menos su hogar, su trabajo, sus amigos.

Su vida de antes, a la que quería regresar con ella. Para siempre.

Y tampoco podría ocultarle el anillo de compromiso que había comprado durante la última escapada a Edimburgo apenas un mes antes y que estaba guardado en una cajita en la buhardilla que compartían.

—Dentro de dos días será tu cumpleaños. Vuelve por aquí, amigo. Se te echa de menos. Sabes que regresaré pronto a Lyon, pero quiero darte un tirón de orejas antes —dijo entonces Turner.

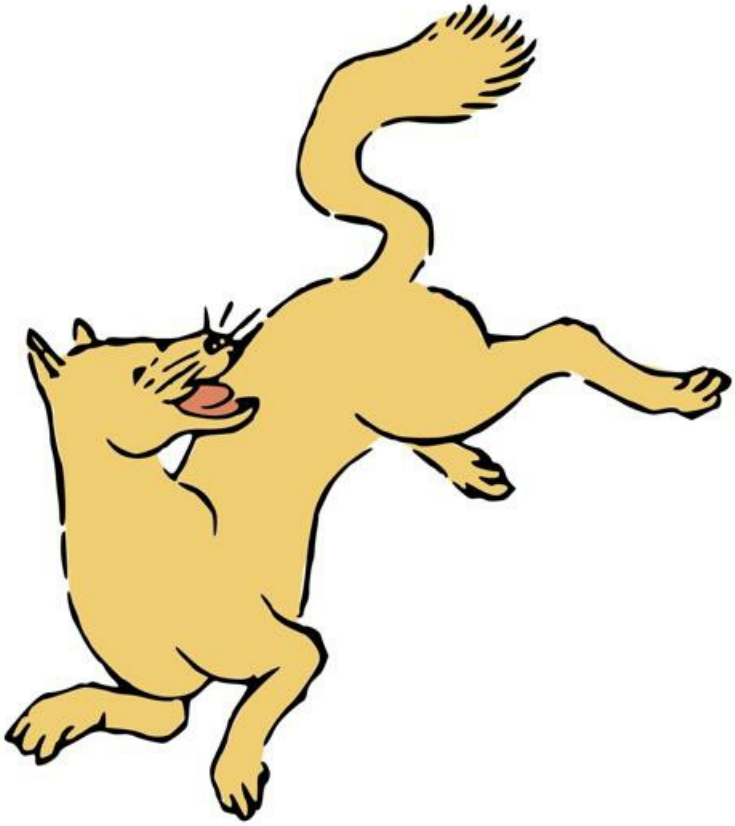
Su cumpleaños. Treinta y cinco años ya. Los dos últimos se le habían resbalado entre los dedos. Poco quedaba de aquel policía de Scotland Yard que había pensado en suicidarse. Ahora se sentía renovado, fuerte, con ganas de vivir. Y no podía hacerlo si seguía agazapado en medio de la nada, esperando el regreso del Cuervo Rojo. O de Eve. Porque sabía que ella habría estado acumulando dos años de rencor homicida y de venganza.

Bueno, él estaba preparado y dispuesto a proteger a la mujer de su vida.

—Está bien, Turner. Este cumpleaños lo pasaré en casa.

Su amigo se alegró. Charlaron un rato más y luego colgó. Acto seguido, buscó en su agenda el número de su madre y la llamó. A pesar de que le echó en cara su ausencia, la señora Lourdes Hamilton se alegró de oír su voz y de las buenas noticias que transmitió.

NÓMADAS



Parecía que aquellos días no iban a acabarse. La vida de Eve durante los últimos años había sido un no parar de viajes, trabajos sangrientos y lujos solo al alcance de unos pocos. Desde que salvó la vida de Ryo, había estado con él, como su socia, su compañera de fechorías y su amante. Sabía demasiado bien que lo que sentía no solo era atracción.

Por primera vez en su vida, Eve Green se había enamorado. Había visto el interior de aquel hombre, tan parecido al suyo propio, y se había enamorado. Ryo era frío la mayor parte del tiempo y sabía que no la quería, pero ella se entregaba con fervor esperando que él finalmente se rindiera ante ella.

El Cuervo Rojo la visitaba cada noche, compartían maratonianas jornadas de sexo salvaje sin miradas románticas, a pesar de que ella las buscaba. Se estaba desangrando de amor por él y Ryo simplemente le entregaba joyas, diamantes y todo aquello que ella deseara y el dinero pudiera comprar.

Al parecer, antes de que el clan Tanaka fuera desmantelado por la Interpol, el hijo adoptivo de Hayato se había asegurado el futuro. Tenía tesoros que le habían hecho millonario y su red de chantaje y extorsión los mantenía a salvo, siempre que continuaran aquella vida nómada que les había llevado aquel verano a la pequeña isla de Mikonos, un lugar paradisíaco cuyas costas

envolvía el Mar Egeo.

El móvil de Eve sonó y ella descolgó. Uno de sus contactos de su corrupta vida en Scotland Yard le informó de algo que necesitaba saber.

Salió de la habitación y buscó a Ryo.

Aquel lugar era precioso. Situado en la playa de Lya, las casitas de aquel complejo eran blancas, destacando sobre una tierra árida.

Tocó la puerta con los nudillos. Su socio no tardó en abrir, vestido solo con unos pantalones negros de deporte. A juzgar por el torso cubierto de gotas de sudor y el pelo mojado cayéndole sobre la frente, había estado haciendo ejercicio.

—Tengo noticias.

Ryo hizo un discreto gesto y la invitó a entrar. Una vez en el interior del apartamento, que era idéntico al que ella ocupaba, se sentó en el sofá.

Siempre viajaban por separado, en vuelos distintos, y se alojaban en hoteles diferentes con identidades falsas para despistar a las autoridades. Hasta ahora había funcionado bien, aunque no podían permitirse bajar la guardia.

—¿Recuerdas que me pediste que vigilara a Dallas? ¿Y que te dije que había desaparecido?

—Sí.

—Pues ya lo han localizado. Pincharon el teléfono de su madre y hoy ha contactado.

—¿Y?

—Está con Hikari.

Ryo se tensó. Alzó los ojos y la miró.

—¿Qué sabes?

—Al parecer, pidió una excedencia en la Interpol para buscarla. Planean volver a Londres en dos días, para celebrar su cumpleaños.

—Dame la dirección.

—¿Para qué?

—No te importa.

Eve bajó los ojos, tragándose el orgullo y el amor que sentía por él.

Sabía lo que aquel hombre deseaba. Lo único que deseaba, pese a que nunca se lo hubiera dicho en voz alta. No le hacía falta. Sabía reconocer a alguien enamorado de otra persona.

Ryo amaba y suspiraba por la heredera del clan Tanaka y ella sabía que estaba dispuesto a arruinarlo todo por volver a tenerla.

HERMANOS TANAKA



Hiroshi y Jean compartían un dormitorio, situado en la tercera planta, porque se habían hecho muy amigos. Al fin y al cabo, la vida, a pesar de su corta edad, los había llevado por derroteros similares, llenos de incertidumbre y angustia, así que sabían que no podían llevar una existencia tranquila, que siempre tenían que estar alerta y preparados para escapar. Cuando Lena entró en el cuarto y los vio dormidos, el corazón se le encogió. El sueño dulcificaba sus expresiones, exponiendo una verdad que robó el aliento de la heredera: solo eran niños, expuestos y privados de demasiadas cosas.

Dejó la bandeja con el desayuno en la mesita y se miró las manos. A pesar de que llevaba el colgante que silenciaba el don, no podía evitar odiarlas. Por lo mucho que podían robar, por lo mucho que podían destruir.

—Onēsan… —La voz somnolienta de Hiro llamó su atención. Se dio la vuelta y se sentó en el borde del lecho. Le acarició el cabello, negro como la noche, y la cara pequeña y dulce que tanto adoraba—. Cuéntame una leyenda de las que te contaban a ti cuando tenías mi edad.

—De acuerdo... —Caviló unos instantes—. Hace muchos años, en el Período Edo, cuando nuestro país estaba lleno de señores feudales y de guerreros, uno de estos, un sabio samurái que había sobrevivido a muchas batallas y ya era anciano contaba sus experiencias a quien le quisiera escuchar.

»Un día, otro samurái más joven, que quería ganar prestigio a cualquier precio, decidió provocarle. Quería luchar con él para vencerle y que aquellos muchachos que seguían las enseñanzas del anciano solo le veneraran a él. Así que empezó a insultarle, a él y a sus antepasados. Le llamó cobarde, pero el viejo samurái no se movió. Lleno de rabia al ver fracasado su plan, el samurái se marchó. Los discípulos del viejo samurái no sabían qué pensar. Se sentían decepcionados. Uno de ellos le preguntó: «Maestro ¿por qué se ha dejado insultar?». Otro dijo: «¿Por qué no ha defendido su honor?». ¿Y sabes qué respondió el sabio samurái?

Hiro negó con la cabeza.

—Pues dijo: «Si alguien os da un regalo y no lo aceptáis, el regalo sigue perteneciendo a la otra persona. Pues lo mismo ocurre con la ira, la envidia o el ansia de poder. Si no los aceptáis, siguen acompañando al que los posee».

El pequeño Tanaka asintió mientras comprendía el significado de la historia.

—¿Quién te la contó? —preguntó.

—Nuestra Obāsan Ayumi nos la contaba a Ryo y a mí — reconoció ella con tristeza.

—¿Crees que volveremos a verle?

La pregunta pilló a Lena por sorpresa. Porque no había miedo en la voz de su hermano, cuando ella temblaba ante la idea de volver a ver al que ahora era el Cuervo Rojo; porque en los últimos años había esperado y temido el inevitable momento en que él la encontraría.

Lo conocía demasiado bien. Y después de lo sucedido en Venecia, tenía la incuestionable certeza de que Ryo no cesaría en su empeño de que ella regresara a su lado.

—No lo sé, Hiro-chan. Pero espero que no.

—¿Y dónde puede estar ahora mismo?

La joven se encogió de hombros, pero su mente viajó a un lugar que solo había visto una vez: el palacio de Takayama, donde la había llevado Ryo cuando eran adolescentes y donde le juró frente a los altos muros de piedra que algún día aquel lugar sería suyo. El palacio de madera y flores de cerezo que rozaba el cielo y olía a nieve y a sangre de samurái.

Porque su hermanastro había adorado las historias de la casta guerrera y de los Tengu, esos poderosos Yōkai que habitaban en las montañas de Japón y que eran heraldos de la muerte, peligrosos e impredecibles.

Justo como él.

Jean, el hijo de Killian, se removió en la cama de al lado y Lena abandonó sus pensamientos.

—Desayunad mucho, chicos, que hoy nos espera un largo día.

—Se puso en pie y se encaminó a la puerta.

—Onēsan —dijo Hiro y ella se giró para mirarle—, soy feliz aquí. Pero también lo sería en cualquier lugar en el que tú estés.

Lena asintió porque la garganta se le había cerrado con un nudo de emoción.

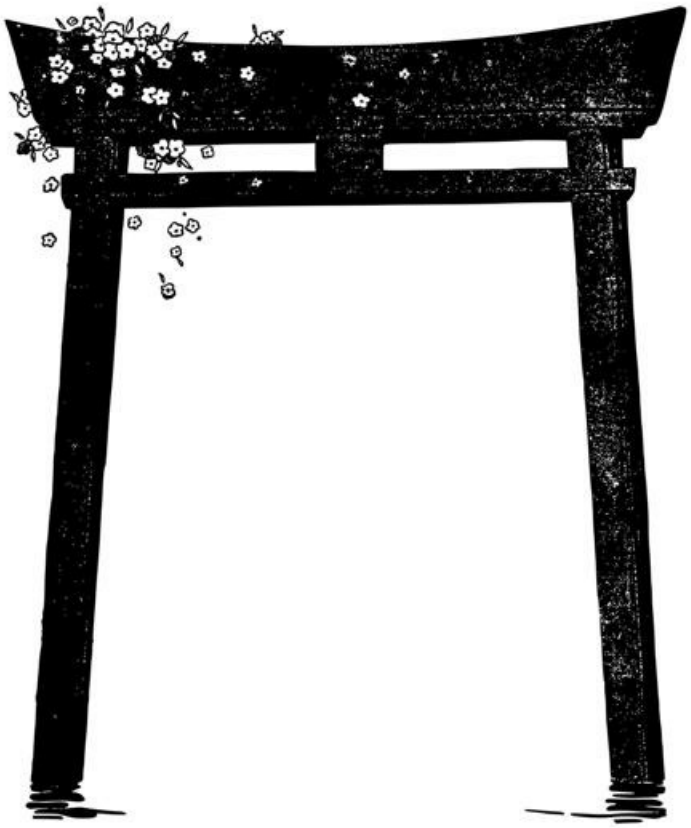
Su hermano era su mayor tesoro. El único por el que removería cielo y tierra, se enfrentaría a los demonios Oni de sus sueños y a las garras de cuervos y dragones.

Eran los últimos Tanaka, pero en realidad, lo único que querían era ser felices.

Tal vez estaban cerca de conseguirlo. O tal vez no.

Porque aquel mismo día, cuando Dallas regresó de sus compras, les dijo que había pensado que podían regresar a Londres.

LOS HAMILTON



A sus treinta años, Atenea Hamilton era un desastre en las relaciones sentimentales. Su último novio, un compañero de trabajo, la había abandonado dos días antes diciéndole que era emocionalmente distante y que no se implicaba. Y tenía razón.

La culpa la tenía su lista de prioridades: lo primero para ella era su carrera, lo que la había llevado a convertirse en la fiscal más joven de Londres; lo segundo era su gato Gaspar, a quien podía decir que amaba más que a muchas personas y que siempre provocaba jocosos chistes por parte de su hermano Dallas, que le auguraba una vejez solitaria en una casa llena de felinos obesos.

Claro, para él era fácil. Muchas veces había deseado heredar el físico de su hermano, pero no, ella tenía que parecerse a su tía Julieta, que era corriente, curvilínea y pálida como un fantasma. Lo único en lo que se parecían era en los ojos: verdes, de una tonalidad que bailaba y mutaba con los rayos de sol.

A pesar de que sabía que tendría que aguantar comentarios hirientes sobre su soltería por parte de su madre y chistes de su hermano, tenía ganas de ver a su familia. Sobre todo, a Dally, que llevaba meses lejos, a saber dónde, pues había pedido una excedencia en la Interpol y aún no había regresado.

Ahora iba a volver a Londres, por su trigésimo quinto cumpleaños.

Él la había llamado aquel día para informarle del lugar y de la hora. Irían a un restaurante del Soho, uno de sus sitios preferidos, y allí les presentaría a la elegida.

Atenea se había preguntado muchas veces quién sería, cómo sería la mujer que había hecho que Dally se enamorara. En su trabajo en la fiscalía había seguido muy de cerca a su hermano. Aunque no habían podido colaborar en investigaciones debido a los lazos familiares existentes entre ellos, sabía cómo era. Incluso en sus temporadas malas.

Había permanecido a su lado, más que sus propios padres, a los que Dally había deseado proteger de la verdad sobre sí mismo y, en el fondo, sobre el demonio de la adicción que llevaba en la sangre. Como su padre.

Atenea lo sabía bien. Había visto lo que el alcohol hacía en un hogar. Y recordaba cómo algunos años de su niñez habían sido especialmente oscuros.

A pesar de eso, habían crecido amados por la fuerza incondicional de su madre y se habían esforzado en sus carreras profesionales. Dallas era el mejor inspector de Scotland Yard y después había dado el salto a la Interpol, donde había logrado medallas y reconocimiento. Y Atenea se había convertido en la mujer más joven de Londres que había roto el techo de cristal del sistema judicial británico.

Tenían mucho que celebrar.

Con ese ánimo llegó a su casa, en el barrio de Notting Hill, donde sus padres andaban nerviosos ante el regreso del hijo pródigo.

—Hola, mamá. Hola, papá.

Su padre le revolvió el pelo, aquella melena salvaje de rizos naranjas que era otro regalo genético de su tía Julieta. Su madre la miró, evaluándola de arriba abajo.

—Estás hecha un desastre.

Atenea puso los ojos en blanco. Podía contestarle a su madre que había pasado los últimos días en una operación policial en Birmingham, que apenas había dormido hasta que cogieron a los sospechosos: unos traficantes de mujeres que hacían que su estómago se revolviese.

Pero en lugar de eso, dijo:

—Trataré de arreglarme para conocer a tu nuera. No te preocupes.

—¡Ay, gracias a Dios! —exclamó su madre, sin reparo—. Ya sabes que es muy importante causar una buena impresión.

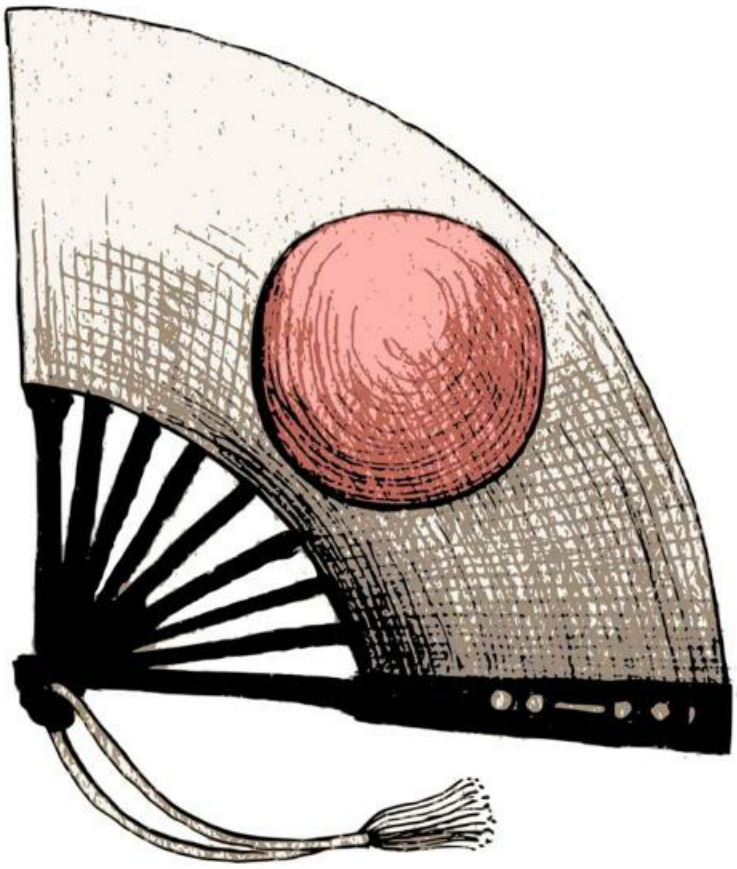
Atenea se miró de arriba abajo. Llevaba unas mallas, un jersey largo y una cazadora de cuero. Cuando trabajaba, iba enfundada en carísimos trajes de Gucci que daban una sensación intimidante y profesional, pero ¡es que era su día libre! ¿No podía ir como le diera la gana por un día?

—¿A qué hora es la cena?

—A las ocho. Pero hemos quedado en Piccadilly.

—Perfecto.

REENCUENTRO



Había quedado una noche preciosa. Piccadilly Circus, a principios de julio, era un hervidero de turistas tomándose fotos ante aquel lugar emblemático.

Era la primera vez que Hiro y Jean lo visitaban y se mostraban sorprendidos. Lena se había sentido así la primera vez que llegó a Londres, y por eso había decidido quedarse un tiempo en la ciudad. Parecía que hubieran transcurrido décadas desde aquel día. Desde que había recorrido la ciudad, había montado en un autobús de dos pisos, se había perdido entre sus calles, recorrido Hyde Park entre la niebla y, después, había llegado a Chinatown donde había conocido a la señora Lin.

¡Cuánto lo había añorado!

Miró a su alrededor. La fuente de Eros había sido el lugar elegido para encontrarse con los Hamilton. No pudo evitar ponerse nerviosa. Miró otra vez en derredor, buscando caras conocidas o amenazas de su vida anterior. Era la primera vez que lo hacía en meses, pero solo vio turistas que señalaban cosas y se fotografiaban con los neones de publicidad situados detrás de ellos en los que alegres anuncios brillaban.

Dally sonreía, feliz de regresar a su ciudad, a su hogar.

Sabía que el sacrificio que había hecho por ella era enorme, y en ese momento, un

sentimiento de culpa la invadió. Había aparcado su trabajo, detenido su carrera y abandonado su Londres natal para seguirla. Y ella no era capaz de contarle lo de las pesadillas.

—Onēsan… —la llamó su hermano, para captar su atención—. Killian dice que hay un sitio cerca de aquí que es un salón de recreativos. Jean y yo queremos ir. ¿Podemos?

—Vale. —Levantó un dedo en una amenaza sutil que provocó una media sonrisa en su amigo irlandés—. Pero no tardéis.

—Prometido.

Killian le guiñó un ojo y se encaminó con los muchachos a London Trocadero. Una vez que se marcharon, su novio la abrazó.

—Ya estamos en casa.

Ella se quedó congelada y le devolvió el gesto despacio.

—¿En… casa?

—Londres es nuestra casa —afirmó él con rotundidad. Lena se apartó de él y buscó sus ojos.

—Ya ha pasado mucho tiempo —dijo él despacio, mirándola—.

Ya estás a salvo.

—Pero, Dally… —Las palabras se aferraban a su garganta, llenas de miedo, porque temía conjurarle—. Él sigue ahí fuera.

—No llegará a ti. No está cerca. No puede estarlo —aseguró él, tomándola de los hombros para mirarla a los ojos.

—¿Y la Interpol? Sigo siendo una Tanaka. Lo seré hasta el día que me muera.

Ahí estaba el otro asunto que siempre colgaba entre ellos. En Venecia había averiguado que la buscaban, que querían detenerla. Sabía que, si eso ocurría, lo más probable era que la separasen de su hermano. ¿Adónde enviarían al pequeño? ¿A un orfanato? No podía consentirlo.

—La investigación está cerrada.

—Pero pueden abrirla, ¿no?

—¿Confías en mí? —dijo él, tomando su cara entre sus manos.

—Sabes que sí —confesó ella—. Más que nada.

—Pues créeme cuando te digo que podemos volver. —No había atisbo de duda en sus ojos verdes, pero ella tenía demasiado miedo como para apreciarlo.

—Pero mi vida está ahora allí, en el hotel, con Killian y los chicos.

—Lo sé, pero pueden venirse a Londres, matricular a los muchachos en un buen colegio y llevar una vida normal.

—Es eso lo que quieres, ¿verdad?

—Y tú también, Lena. Lo sé.

Lo quería, claro que sí. Era lo único que había deseado desde que tenía memoria. Y, sobre todo, lo que había anhelado cuando había escapado de su clan. Pero sabía que no era posible. No mientras sus perseguidores siguieran vivos. Ryo aún la amaba y Eve Green… Estaba segura de que volvería para vengarse. ¿Cómo pretendía Dally que hicieran una vida normal en Londres como si nadie pudiera atacarles y arruinar su felicidad?

—Lena…

Lo miró. No sabía cuánto rato había estado perdida en esa vorágine de pensamientos, pero, al fijarse en él, vio un ramalazo de ternura en sus ojos.

—Yo siempre te protegeré. Siempre. No he hecho otra cosa desde que te conozco. —Apoyó su frente sobre la suya. Ella notó la caricia de su aliento en la nariz—. Y esta noche, no tengas miedo. Todo va a ir bien. Les vas a encantar.

Cerró los ojos y deseó profundamente que así fuera. Solo por una vez, solo por una vez.

Solo por una vez deseaba que fingir ser una persona normal funcionara.

—¡Hijo!

Se separaron al oír la voz de Lourdes Hamilton. Lena la miró. Lucía un vestido gris. Junto a ella, su marido, más informal, andaba con las manos en los bolsillos de los vaqueros y a la joven Tanaka volvió a sorprenderle el parecido con su hijo.

Se abrazaron y besaron y llegó el momento de las presentaciones.

—Papá, mamá, esta es Lena.

—Eres la chica de aquel hotel en las Highlands…

—Sí.

—Perdona, ¿Lena era tu nombre? No lo recuerdo.

Sus ojos volaron a Dallas, que vio el pánico en ellos. La rodeó con su brazo y la estrechó contra él.

—Claro que es su nombre.

—Es que soy muy despistada. Da igual, encantada de conocerte.

—Encantada, señora Hamilton.

—Ya conoces a mi marido James y mi hija Atenea… —Giró la cabeza y la buscó—. ¡Deja el maldito móvil y ven!

Al policía se le iluminó el rostro cuando su hermana se acercó.

—¡Pelirroja!

Lena la observó. Era una mujer hermosa, con grandes ojos verdes y que tenía bonitas curvas. Llevaba el cabello largo y naranja peinado en una trenza y un vestido negro con flores rojas, a juego con los zapatos.

—La fiscal implacable que se viste de pin-up…

—El gran desaparecido…

Dally levantó a su hermana y la hizo girar en el aire. Atenea se reía, llamando la atención de los que les rodeaban.

La culpabilidad volvió a atenazar el corazón de Lena. Primero le había robado sus secretos y, luego, su vida con su familia. ¿Qué iba a ser lo siguiente?

—¡Bájame! ¡Que llevo vestido!

Lena observó a Lourdes y a James, que miraban a sus hijos con una mezcla de orgullo y diversión. Luego vio cómo Dally, que se reía, bajaba a su hermana, que parecía mareada. Después de unos segundos en los que recobró el equilibrio, le dedicó una gran sonrisa.

—Así que tú eres la que aguanta al bruto de mi hermano. Encantada.

En ese momento, Hiro apareció corriendo y se abrazó a las piernas de Lena. Ella lo miró con ternura.

—¡Qué pasada! He jugado a un juego de puntería, pero se me daba fatal.

—Este es Hiroshi, el hermano pequeño de mi novia.

—Saluda, Hiro.

El pequeño miró a sus interlocutores, saludó tímidamente y volvió a hablar con su hermana, relatándole lo que había sucedido en el salón de recreativos.

—Jean es buenísimo en los juegos de carreras.

—¿Sí? —dijo Lena, acariciando sus cabellos.

—¡Sí! Ha hecho un récord. Y su papá ha matado a todos los zombis. ¡Menuda puntería! ¡Jean, Jean! ¡Díselo!

El joven se acercó también a la carrera.

—Quinientos zombis en tres minutos. Récord total —dijo, con orgullo.

—Os presento a Jean —intervino Dally—. Es el hijo de un amigo. Estos son mis padres y mi hermana.

—Te vi en el hotel, en Escocia —dijo Lourdes—. Me acuerdo.

Eres un jovencito muy guapo.

—Gracias, señora.

—¿Dónde está el señor Hopper? —preguntó Lena.

—Ya venía. Ha conseguido un premio.

Atenea giró la cabeza y se fijó en un hombre acercándose. No podía verle el rostro porque entre los brazos llevaba un peluche enorme con forma de gato, pero la elegancia y la masculinidad de sus andares llamó su atención.

—¡Papá! —avisó Jean.

Cuando aquel hombre miró en su dirección, el corazón de Atenea se saltó un latido. Vestía un pantalón gris y una camiseta azul con un cuello de pico que mostraba una zona de piel cubierta de vello oscuro y que le quedaba tan apretada que dejaba intuir los músculos del torso.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, vio sus ojos, detrás de unas gafas que a todas luces parecían de atrezo. Eran azules, en un tono parecido al zafiro, y destacaban en un rostro armonioso y bello.

—Señor Hopper. Esta es mi hermana Atenea.

Killian dejó el peluche en el suelo y le tendió la mano mientras la miraba. Observó que, salvo en los ojos, no había nada que indicara que eran hermanos.

—Encantado.

—Ho-la —Atenea entrecerró los ojos. Aquel hombre le resultaba familiar. Se preguntó dónde podría haberlo visto. Alguien así, con ese físico, no pasaba desapercibido, a pesar de las ridículas gafas.

Le observó detenidamente, tratando de ubicarle. No consiguió nada, pero tenía la certeza de que lo había visto en algún lugar. Solo tenía que recordar dónde.

—¡Vamos a cenar, que tengo hambre! —dijo el padre de Dally.

—Ya veo que nunca cambia tu hora de la cena, papá — respondió rodeando los hombros de su padre y estrechándole contra él.

—Nosotros nos marchamos —dijo el irlandés—. Voy a llevar a Jean al London Eye.

Antes de marcharse, estrechó la mano de Lena para infundirle ánimos. Sabía que estaba nerviosa. Al alzar los ojos, se encontró con que Atenea, la hermana de Dally, tenía la atención puesta en él.

Killian le sonrió con picardía, dedicándole una de aquellas miradas que solían tener dos efectos en las mujeres: seducirlas o intimidarlas.

Atenea apartó la vista y su ego sintió una especie de satisfacción que hacía tiempo que no tenía.

Durante los dos últimos años, solo había existido Lena para él. La heredera Tanaka, que lo había salvado de la muerte en dos ocasiones y de la que se había acabado enamorando por su fortaleza y su debilidad, por todas las cosas entre medias que la hacían diferente y única, vulnerable e invencible a la vez.

Solo la había mirado a ella.

Por eso le resultó agradable que otra mujer le mirara. Eso significaba que no había perdido todo su magnetismo. Se rio para sus adentros ante la tontería que acababa de pensar. Su pasado no le permitía implicarse con mujeres. Y su única prioridad era mantener a Jean a salvo.

—¡Espero que luego me lleves a un sitio donde haya pizza con piña! —escuchó decir a su

hijo.

Killian sonrió.

—Al menos no soy el único raro al que le gusta. Pediremos la más grande. —Le revolvió el pelo.

Se sentía orgulloso de su hijo, de los lazos que habían estrechado. Jean era su sangre, su familia, su legado. Por mucho que amara a Lena, sabía que ella había elegido a otro…Y que algún día formaría con él una familia.

Tenía que pasar página, pero ojalá supiera cómo hacerlo.

LA LEYENDA DEL TANABATA



A pesar de los nervios iniciales, la cena transcurrió de maravilla. Los Hamilton fueron encantadores con los hermanos. Se les notaba que se sentían felices de estar allí y que celebraban aquella esperada reunión.

Aunque ella no dejaba de sentir punzadas de nostalgia. Ahí estaba esa vida que siempre había soñado. Miraba a su alrededor y veía mesas de familias, de parejas, de amigos. Todos reían y hablaban. Era una vida normal. Sin un pasado reprobable, sin un futuro incierto, sin un presente falso.

Porque Lena no era Lena. Y nunca lo sería.

Por mucho que se aferrara a ese nombre que la había acompañado en sus años de fugitiva, su verdadera identidad era la de Hikari Tanaka, la heredera de un clan dedicado al tráfico de arte y de antigüedades. Alguien cuyas manos estaban manchadas de sangre. Las mismas manos que tenían un don que le permitía conocer los secretos más profundos y oscuros de la gente. Las mismas manos que descubrían la autenticidad de las obras de arte porque cada artista dejaba algo de él en la pieza, porque se quedaba impregnada la realidad de ese momento y eso le permitía a ella distinguir las originales de las falsificaciones.

Discretamente, se las miró. El don llevaba demasiado tiempo silenciado y, a veces, se

preguntaba cómo sucedía. Sabía que Ryo le había mencionado que tenía unos diarios de su tatarabuela Yukiko, que su padre los había mantenido ocultos en su caja fuerte. Y sabía que debían de contener información muy importante para que Hayato (y luego su hermanastro) se hubieran adueñado de ellos.

¿Qué contendrían? ¿Qué dirían sobre el don? ¿Por qué esa joya era capaz de silenciarlo?

Pero también era sincera consigo misma. Nunca tendría acceso a esos diarios. A veces, lo lamentaba. Otras veces, agradecía que Ryo estuviera lejos, aunque solo él tuviera a su alcance aquella información que despertaba tanto su curiosidad. Prefería darlos por perdidos si eso le permitía seguir siendo libre y, sobre todo, seguir amando a Dallas.

La risa de él la sacó de sus pensamientos. Lo buscó con la mirada. Sentado junto a ella, vestido con una camiseta negra ceñida y vaqueros, estaba más guapo que nunca. Aquellos meses juntos le habían sentado bien. Se le veía más relajado, sonriendo a todas horas, feliz. Aunque esa misma noche, ella había apreciado lo mucho que él echaba de menos aquella ciudad y durante la cena, mientras bromeaba con su hermana y hablaba con sus padres, había descubierto una faceta de él que no conocía. Siempre había sabido que las personas son criaturas complejas con infinidad de ángulos y caras. Eso lo había aprendido siendo muy niña, cuando el don despertó y se llevó toda la inocencia de golpe, porque descubrió que los humanos podían esconder demasiados secretos detrás de alguna de sus múltiples facetas.

—Bueno, muchacha —se dirigió a ella Lourdes—. ¿Qué planes tenéis? ¿Vais a casaros? ¿A tener hijos?

El desconcierto siguió a aquellas preguntas. A Lena le costó entender las palabras, que estas se unieran y tuvieran un sentido. Y cuando lo hizo, se sonrojó. Miró a Dallas, con el terror inundando sus ojos, y lo descubrió menos alarmado que ella. Lo entendía. Era el que conocía a su madre, seguro que estaba acostumbrado a aquel interés de su progenitora, pero... ¿Por qué parecía tan tranquilo? Seguro que ya sabía que algo así pasaría. Entonces, ¿por qué no la había avisado?

—Mamá, ¿crees que puedes lanzar preguntas así y quedarte tan ancha? —intervino Atenea con una sonrisa—. Has aterrado a la chica.

—¿Es que es descabellado? Se les ve enamorados, tu hermano ha pedido una excedencia para estar con ella… ¿Por qué no formalizar lo suyo?

—Porque estamos en el siglo veintiuno, mamá. —Atenea puso los ojos en blanco.

—Tú cállate. Deberías estar feliz de que no me centre en ti y en tu incapacidad para…

—Mamá, no te metas con Atenea —la interrumpió Dally, por fin—. No vas a dejar de controlar nuestras vidas, ¿verdad?

—Es la tarea fundamental de una madre —se defendió Lourdes—. Además, ¿qué tiene de malo que os desee la felicidad?

—¿Y para eso tienen que casarse? —preguntó Atenea—. Yo creo que el amor está por encima de esas cosas. Si conoces a alguien tan especial, no necesitas firmar un maldito papel para demostrarlo.

—Lo sé, pero… ¿Tú qué piensas, Lena?

Ella bajó la mirada. Sentía todos los pares de ojos pendientes de ella, incluidos los de su hermano, con el que nunca había hablado de esas cosas, porque ambos sabían que eso no era posible para alguien como ellos. No mientras huyeran. No mientras fueran los últimos herederos del clan Tanaka. No mientras tuvieran ese maldito don ladrón de secretos.

—Mi abuela me contaba una leyenda por si algún día me casaba —confesó Lena, mirando a Hiro.

—¿En serio? —Escuchó a Dally, a su lado. Lo miró.

—Sí.

—Pues cuéntala —la animó Atenea.

—¿Sí?

—Claro.

—De acuerdo… A ver… Había una vez una joven muy hermosa llamada Orihime, que era la Princesa Tejedora, hija de Tentei, el Rey Celestial. Orihime tejía telas a orillas de la Vía Láctea, la Amanogawa. A su padre le encantaba su trabajo y la joven deseaba contentar a su todopoderoso padre. Por eso se pasaba día y noche trabajando en su telar sin descanso. Pasado el tiempo, comenzó a preguntarse si podría encontrar a alguien de quien enamorarse. Sin embargo, el destino, que es siempre caprichoso y antojadizo, hizo que Orihime conociera a un pastor de bueyes llamado Hikoboshi, que vivía al otro lado del Amanogawa y que también se dedicaba por entero a su trabajo.

»Se enamoraron y se casaron. Pero los dos jóvenes estaban tan enamorados que dejaron de lado sus correspondientes mundos. Orihime dejó de tejer, dejó de usar su don. Hikoboshi descuidó su rebaño y miles de estrellas se extraviaron y se desperdigaron en forma de cometas. Tentei se enfureció y, como castigo, hizo lo que más daño podía a hacer a aquellos enamorados. Envió uno a cada lado de la Vía Láctea. Orihime, muy triste por la pérdida de su esposo, rogó a su padre entre lágrimas y Tentei, conmovido, le prometió que les permitiría reunirse una vez al año, el séptimo día del séptimo mes, siempre y cuando ella trabajara con dedicación y tuviera listo su trabajo para entonces.

»Sin embargo, la primera vez que intentaron verse, Orihime y Hikoboshi se dieron cuenta de que no podían cruzar el Amanogawa, dado que no había puente alguno. Y la leyenda dice que Orihime lloró tanto que una bandada de urracas vino en su ayuda e hicieron un puente con sus alas para que pudiera cruzar el río. Esa es la única ocasión que tienen cada año de poder verse los dos amantes. Y es justo esta noche.

Se hizo un silencio y cuando miró a su novio lo encontró muy serio. ¿Qué pensaría? La miraba intensamente, todos lo hacían, pero en él había algo distinto, algo oculto a punto de emerger. Como una palabra en la punta de la lengua, como un secreto a punto de ser desvelado. Lo sabía, lo reconocía, a pesar de que el don guardara silencio.

Pero entonces, las luces de la sala se apagaron.

EL ITALIANO



Hubo murmullo de sorpresa, alguien preguntó qué sucedía. Cuando volvieron a encenderse, los ojos de Lena localizaron a media docena de hombres trajeados y armados, con máscaras… de demonios Oni.

—Todos quietos. Que nadie se mueva o habrá un baño de sangre —dijo uno de ellos con un fuerte acento italiano.

La joven comenzó a temblar. Una parte de ella pensó que estaba en una pesadilla, que acabaría como las que había estado teniendo los últimos meses: envuelta en fuego.

Pero cuando notó la mano de Dally apretando la suya por debajo de la mesa, supo que aquello era real. La habían encontrado. Miró a Hiroshi. Estaba serio y ella supuso que estaba paralizado por el miedo. Con disimulo, cogió el cuchillo y lo escondió en su regazo, entre sus muslos, por si tenía que usarlo.

Porque era capaz de cualquier cosa. Hacía mucho tiempo que lo había descubierto.

El que parecía el líder avanzó por el restaurante, analizando a los comensales. Cuando llegó a su mesa, se detuvo.

Por supuesto.

Porque habían venido a por los herederos. Porque nunca estarían a salvo. Porque habían sido unos ilusos al creerlo.

—Tú —le dijo a Dally—. De pie.

—¡No! —gritó Lourdes—. ¡Por favor!

—Tranquilos —rogó él, levantándose. Respiró hondo y miró al hombre de la máscara.

Trató de parecer tranquilo y seguro de sí mismo para que su familia no se asustase. Ya había pasado por situaciones similares. Era policía, había visto y vivido de todo, pero no delante de sus seres queridos. Sin embargo, sabía que debía mantener la calma, que tenía que actuar con sangre fría para…

En ese momento, notó un golpe fuerte en la nuca que le hizo caer hacia delante, sobre la mesa.

Lena fue rápida. Se puso en pie con el cuchillo en la mano y se lo clavó en el cuello al que acababa de atacar a Dallas, que estaba a su lado. Notó que se clavaba en la carne hasta la empuñadura y la sangre salpicó, cubriéndole la mano.

El hombre se llevó las manos al cuello y soltó el revólver, que ella se apresuró a coger. Pero cuando quiso apuntar, varios cañones apuntaban a la cabeza de Dally, que trataba de incorporarse aturdido por el golpe.

—*Signorina* Tanaka, imagino —dijo el italiano—. Me habían advertido de su fiereza... y de su compasión. Baje el arma.

Miró a su alrededor. Lourdes agarraba la mano de su hijo, James la miraba con un odio que le hizo estremecerse y Atenea parecía tan congelada como su propio hermano.

—Deme el arma. No se lo pediré otra vez.

Miró a Dally. La cabeza le sangraba. Ella alargó el brazo con el revólver, que pronto alguien le arrebató.

A su alrededor, se escuchaban gemidos y llantos débiles. Se podía sentir el terror en el ambiente; aunque ella llevara el colgante que silenciaba el don, podía percibirlo como si se le metiera dentro de la piel.

—Cogedle —dijo el italiano, señalando al inspector con un despectivo gesto de la barbilla.

Uno de los hombres agarró a Dally con brusquedad y lo lanzó al suelo.

—¡No! ¡No le hagáis daño! —gritó Lena.

—¡Quieta! —dijo el italiano, apuntando a la cabeza de Lourdes.

Qué inteligente, qué bien adiestrado. Sabía que no tenía que amenazarla a ella ni a Hiroshi y que, aun así, obedecerían sus órdenes, porque eran capaces de cualquier cosa por proteger a los que les rodeaban.

Mientras miraba con furia al líder, tres hombres comenzaron a golpear a Dally, dándole patadas.

—¡No! ¡Parad!

Pero los golpes continuaron ajenos a sus súplicas y a los llantos de Lourdes.

—¡Por favor!

Cuando la paliza cesó, se apresuró a dejarse caer al suelo, junto a su novio. Estaba aturdido, cubierto de sangre y aturullado por el dolor. Seguro que le habían roto las costillas.

Él la miró, con el dolor bañando su expresión. En ese momento, oyó un disparo y se sobresaltó cuando Dally gritó.

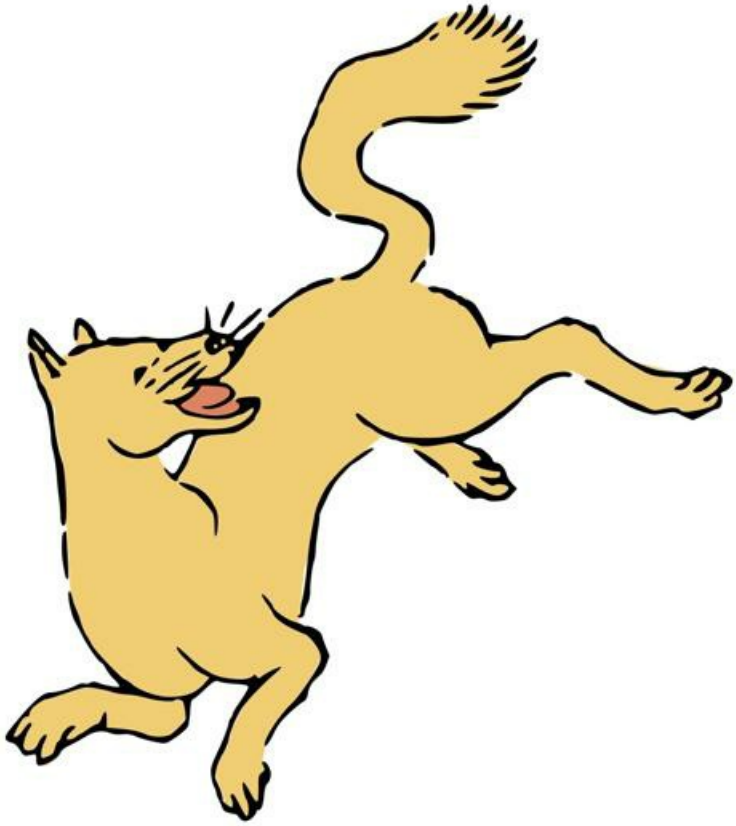
Olió la sangre y temblando, buscó la herida. Estaba en la rodilla y sangraba profusamente. Lena se quitó la cinta con la que sujetaba sus cabellos, que cayeron sobre su pecho como una

marea negra y rodeó la pierna a la altura del muslo, haciendo un torniquete para detener la hemorragia.

Alzó los ojos hasta el italiano, que permanecía impasible detrás de la máscara roja. Ella, que temblaba por la rabia, por el miedo y por la impotencia, se puso en pie.

—Te envía él, ¿no? Sé reconocer un plan suyo: herirle a él, pero no tocar a los herederos. ¿Y tú quién eres, su nuevo sicario?¿Dónde está él? ¿Dónde está el Cuervo Rojo?

A CAMBIO DE SU VIDA



Se hizo un silencio solo interrumpido por su respiración, que escapaba en un jadeo ruidoso.

El italiano bajó la cara. Los hombres que permanecían en su campo visual no se movieron de sus posiciones, pero todos se pusieron rígidos y alerta.

Y Lena lo supo.

Escuchó el sonido de unos pasos que quebraban el silencio.

Uno de aquellos hombres, el que se había quedado más rezagado y que vestía exactamente igual que los demás, por lo que no había llamado su atención, fue el único que se movió. Se maldijo a sí misma por haberse confiado, por no haber evaluado la situación con frialdad. Por no haber mirado con más atención y no haber reconocido a la persona con la que había compartido su infancia.

Aquel hombre, que se plantó detrás de Dally, lo hizo incorporarse hasta que quedó de rodillas y le apuntó con el arma en la nuca ante la atenta mirada de Lena.

—Ryo-*san*.

—Hola, Hikari-*san* —dijo él, quitándose la máscara.

Estaba cambiado. Llevaba el cabello más largo, le caía hacia delante cubriendo una parte de la frente, y tenía la barba más poblada, tan oscura como siempre, lo que hacía contrastar aún más el color de sus ojos, de aquel verde blanquecino que era extraño, pero de alguna manera, hermoso. Los músculos que se intuían bajo su ropa parecían más definidos, pero los pómulos marcados y las ojeras oscuras revelaban que, a pesar de lo que cuidaba su físico, no dormía demasiado bien o estaba cansado.

Dos años desde aquel día en Venecia. Dos años desde aquella despedida con una declaración de amor. ¿Qué podía sentir ahora por ella? ¿Aún la amaba o, tal vez, aquel sentimiento había degenerado en odio, en desprecio? ¿Hacia ella, hacia su nueva vida, hacia…?

Sus ojos viajaron con disimulo hasta Dally, que estaba de rodillas con la boca del arma apretada contra su nuca. Volvió a mirar a Ryo, tratando de mantener la calma.

—He contemplado la escena... —comenzó a decir el Cuervo Rojo—. Vaya parejita feliz cenando con la familia. ¿Es esto lo que querías? ¿Por eso escapaste?

La voz de Ryo sonaba tranquila, con un deje irónico, que no se trasladaba a sus ojos, helados como el filo de un cuchillo.

—Sabes bien por qué escapé. Por lo que mi padre hizo.

—Entrelazó las manos sobre el regazo para no mostrar su nerviosismo.

—Padre ya está muerto.

—Y todos tenemos derecho a seguir con nuestras vidas.

—Tu vida… Con él, ¿no?

Sabía que estaba adentrándose en un terreno peligroso, así que suavizó la voz y dijo:

—Él es inocente.

—¿Inocente? —Había una burla enroscada en la palabra y Lena notó que el corazón se le aceleraba.

—No ha hecho nada malo.

—Salvo desmantelar con la Interpol lo que quedaba del trabajo de Hayato. Salvo buscarme...

—Ryo-*san* —dijo ella, que ya estaba desesperada—, por favor, ¿qué quieres?

—No quieres que sufra, ¿verdad? —terció él, apretando el cañón contra la cabeza de Dallas, con tanta fuerza que inclinó el cuerpo hacia delante—. ¿Te das cuenta del poder que me otorgas ahora mismo?

Claro que se daba cuenta, por supuesto que lo sabía. Amar a alguien era un error porque te volvía débil. Casi le parecía escuchar la voz de su padre, en esa advertencia que había tratado de inculcarle desde que era niña: «No ames a nadie, porque le otorgas poder a otro sobre ti».

Por eso mató a su abuela, porque la amaba. Así culminó aquella enseñanza que había ignorado. Se había engañado a sí misma porque Hayato estaba muerto, pero su creación más abominable, Ryo Tanaka, seguía vivo para recordarle que el amor no era para ella.

—Si quieres que deje de buscarte, lo hará —afirmó Lena—. Podrás empezar de cero. Puedes tener otra vida.

—La tendré. No soy tan inútil como padre creía, aún se me teme y se me respeta. El nuevo imperio Tanaka ya está en marcha.

—Y él no se interpondrá —dijo, sin mirar aún a Dallas—. Te lo juro, Ryo-*san.* Pero no le hagas daño.

Su interlocutor guardó silencio durante demasiados latidos de corazón. Lena contuvo el aliento, tratando de permanecer estoica, pero sin desvelar que era capaz de cambiarse por Dally.

—No lo haré —decidió él, al final—, por ahora. Sé que no me lo perdonarías.

—Entonces, ¿a qué has venido?

Ryo guardó silencio. El corazón de Lena repiqueteó con más fuerza.

«No, por favor, que no haya venido a por mí».

—¿Cómo llevas las pesadillas?

—¿Qué?

—Ya han empezado ¿verdad? Y los mareos no tardarán.

Dally alzó la cara y miró a su novia, que se había quedado petrificada.

—Te preguntas cómo lo sé. Conservo el diario de tu tatarabuela Yukiko. ¿Te has preguntado si hay consecuencias por silenciar el don?

—No te entiendo, Ryo-*san* —preguntó ella, con un hilo voz—. ¿Qué quieres?

—Para llevar esta vida... —dijo él, mirando a su alrededor—, lo necesitas, ¿verdad? El colgante que te convierte en alguien normal y corriente, algo que siempre has deseado. Algo que deseas para Hiroshi cuando lo necesite.

Lena se llevó la mano al cuello, al lugar donde la joya de su pasado descansaba sobre su piel.

—Has venido a llevártelo —comprendió al fin. Como toda respuesta, el Cuervo Rojo sonrió.

—¿Por qué?

—Para que seas tú la que venga a mí, Hikari. ¿O crees que esta nueva vida tuya sobrevivirá con el don? ¿Qué crees que pensarán de ti tus nuevas amistades... tu nueva familia... cuando sepan lo que haces en realidad? Lo que eres… De quién desciendes. Así que es sencillo. Si quieres que le perdone la vida, devuélveme el colgante.

—Pero quiero que prometas que le dejarás vivir.

—¿Esta noche? Te lo prometo. Más adelante, ¿quién sabe? — respondió alzando levemente un hombro.

Podía aferrarse a eso, a esa promesa. Ya pensaría qué hacer.

—De acuerdo.

Soltó el enganche que cerraba el collar y enseguida la envolvió el don. Fue violento, como un abrazo desesperado de un amante celoso. Lo había silenciado demasiado tiempo y notó las consecuencias. El ruido, las voces y las emociones se arremolinaron en su cabeza y combaron sus rodillas.

En el suelo, miró por última vez la pieza dorada y sintió que le arrancaban el último pedazo de esperanza que conservaba y que había ido gestándose en su interior durante los últimos meses desde que Dally la había encontrado.

—Apártate de él —dijo con decisión—. Deja que venga hasta mí y te lo daré. Te lo juro.

Ryo le dio un empujón a Dallas, que reptó hasta Lena mientras dejaba a su paso un reguero de sangre. Ella lo protegió, envolviéndole con sus brazos, como si su cuerpo fuera un escudo antibalas.

Se inclinó y, en cuanto le tocó, descubrió los secretos que le había estado ocultando. Sus viajes a Inverness para hablar con Turner sobre la búsqueda de Eve y Ryo, que se acababa su excedencia, sus deseos de regresar a su vida urbanita… Y lo peor de todo, el anillo con el que pretendía pedirle matrimonio… Apartó las manos de él, que la miró una última vez antes de perder la consciencia por el dolor.

—¿Tanto le quieres? —preguntó el Cuervo Rojo.

Ella no respondió. Se limitó a lanzar el colgante, que Ryo alcanzó al vuelo.

—¿De verdad crees que lo vuestro soportará una vida sin esto?

—Da igual lo que yo crea. Supongo que tú crees que no y que me harás ir a por el colgante.

—Vendrás voluntariamente a mí, Hikari-san. Pasarán semanas o meses, pero la vida se esfumará y necesitarás esto. Para ti o… para Hiroshi, que ya casi ha cumplido ocho años. Seguro

que te dice que no se le ha despertado el don. Pero tú y yo le conocemos bien y sabemos que haría cualquier cosa por ti. Incluso mentirte para que tú continúes jugando a que tienes una vida. Ya sabes dónde estaré: donde te hice una promesa.

Hizo un gesto a sus hombres para que se pusieran en formación cubriéndole. Se dio la vuelta y se marchó.

CERO



Las palabras de Lourdes fueron claras mientras esperaban las noticias sobre el estado de salud de Dallas. «Tienes que irte. Tienes que dejar a mi hijo». ¿Y cómo no iba a hacerlo? ¿Cómo no iba a salvar otra vez su vida, aunque eso implicara arrancar su propio corazón para empezar de cero?

Por las casualidades del destino, había ido a parar otra vez al Hospital Universitario, como la noche que conoció a Dally.

Hiro estaba sentado en una de las incómodas sillas de la sala de espera. No había dicho nada desde el restaurante. Tampoco había llorado. Tan pequeño y fuerte, mientras que ella se sentía agotada, sobrepasada. El don se había despertado y la abrumaba en aquel lugar en el que tanto sufrimiento y preocupación se condensaban. Convirtió las manos en puños y se clavó las uñas. Dolor. Dolor para aislarse, como otras tantas veces, pero no funcionaba. Sentía que el don estaba enojado con ella por haber tratado de doblegarlo y ahora se estiraba y la envolvía, de dentro a fuera, dejándola sin respiración.

Alzó los ojos. Londres brillaba al otro lado del cristal. Aquella ciudad en la que no podía quedarse, en la que no podría construir un hogar ni tener hijos con Dallas.

Ese pensamiento le resultó terriblemente triste y notó las lágrimas rodando por sus mejillas.

Al final, parecía que ella era Orihime, la princesa de la leyenda del Tanabata, condenada a estar lejos de su amado. Pero con la crueldad añadida de que a ellos les separaban muchas más cosas que la Vía Láctea.

Se cubrió la boca con la mano, tratando de contener el llanto, que amenazaba con ser demasiado intenso.

—Lena...

Atenea estaba detrás de ella. Se giró, secándose las primeras lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Cómo está Dally?

—Está estable. Ha salido de la operación y no tardará en despertar. Tiene dos costillas fracturadas y, bueno, han extraído la bala de la rodilla sin problema, pero tendrá que hacer rehabilitación durante un tiempo.

Lena asintió. Tragó saliva, tratando de que el llanto no hiciera acto de presencia otra vez.

—Bien. —Su voz sonó controlada—. Cuidarás de él cuando despierte, ¿verdad?

Atenea asintió, pero luego miró atentamente a Lena.

—Espera, ¿no estarás pensando en irte…?

—Tengo que hacerlo —confesó—. Se lo he prometido a tu madre.

Atenea abrió mucho los ojos.

—Pero ella no tiene que importarte. Es mi hermano... Él te ama con locura. Vas a partirle el corazón. —Su voz rezumaba angustia, pero a Lena no debía conmoverle porque no podía quedarse. Ya no.

«Nunca deberías haberlo hecho», se reprendió.

—Es la única forma.

«De que siga vivo. De que Ryo no regrese».

—Lo siento, pero ya está decidido —dijo con la voz más firme que fue capaz de poner.

—Por favor, Lena. —Atenea tomó sus manos y suplicó—. Ambas sabemos que mi hermano ha recorrido caminos muy oscuros...

El don habló. Lena vio a Atenea en el hospital, después de aquella redada en la que los hombres de Dally murieron. Un conocido de la fiscalía le había informado de que habían hallado cocaína en el torrente sanguíneo de su hermano. Ella no había podido creerlo. Su hermano no era así, y mucho menos, después de los años terribles que habían pasado por la adicción de su padre. O.… Tal vez sí. Tal vez el demonio de la adicción se llevaba dentro e incluso su hermano, que había sido íntegro y disciplinado, había acabado siendo arrastrado.

Desde que lo descubrió, su prioridad fue ayudarle, protegerle, blindar sus casos para que nadie ordenara reabrir expedientes cerrados. Incluso se encargó personalmente de que ingresara en un centro para desintoxicarse. Pese a lo mucho que le dolió dejarle en la puerta de aquel lugar, con el cabello despeinado y aspecto ojeroso.

De nuevo, los secretos de Dally quedaban expuestos ante ella con crueldad. Habían pasado muchos meses en los que había vivido sin el don. Meses en los que se había sentido normal y libre. Pero todo eso había terminado.

Ryo se había llevado el colgante y ella no pensaba ir a por él. Tenía que renunciar a todo lo que implicaba y, sobre todo, a Dally.

—Lena, por favor, recapacita... —suplicó Atenea—. Hazlo por él.

—Lo hago por él.

Esa era la verdad, la única en realidad. Si no lo hacía, si no se marchaba, no podría salvar a Dally en la siguiente ocasión. Porque conocía lo bastante a Ryo como para saber que había dejado flotando en el aire una promesa de venganza.

Atenea miró a la muchacha con ternura. Iba a tratar de añadir algo más para convencerla, pero entonces una voz masculina las interrumpió:

—¡Lena!

Era Killian, que cruzaba la sala de espera a toda prisa junto a su hijo.

Atenea no pudo evitar mirarle, como tampoco pudo evitar fijarse en la sintonía con la que sus

músculos se movían. Se percató de que ya no llevaba aquellas gafas que le habían parecido impostadas. Lo vio llegar hasta Lena y abrazarla mientras su hijo se sentaba junto a Hiroshi y le preguntaba qué había sucedido.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —Killian comenzó a hablar con ella en japonés, acunando su cara entre las manos.

Atenea se fijó en los dedos, largos y elegantes, adornados con pesados anillos con formas de calaveras y piedras preciosas. Se hallaba a un metro y no podía dejar de mirarle. De ver cómo consolaba a Lena, cómo le hablaba, envolviéndola con palabras que ella no comprendía pero que imaginaba como un abrazo cálido y reconfortante.

Y una parte de ella deseó ser aquella mujer, que en ese momento la miró, como si pudiera leer su mente.

Había algo profundo en sus ojos, algo que Atenea no comprendió, pero se sintió descubierta. ¿Cómo era posible?

—Nos marchamos —dijo entonces aquel hombre, con su fuerte acento irlandés—. ¿Vas a despedirte de Dally?

—No.

—Por favor, Lena, deja al menos una nota —suplicó de nuevo Atenea.

No podía. No después de lo que había visto cuando había tocado a Dally sin el don, lo que escondía en su buhardilla. ¿Qué debía decir?

«Adiós, Dally, cuídate, vive, sé feliz, vuelve a enamorarte...».

«Me habría casado contigo, habría envejecido a tu lado».

«Me habría encantado volver a Londres y vivir una vida de ensueño contigo».

—Solo dile que no me busque. Que no quiero que lo haga — mintió, con esa habilidad que había desarrollado hacía ya muchos años.

—¿Estás segura?

Asintió. En ese momento no podía hablar porque el llanto amenazaba con inundar sus ojos de nuevo y sabía que ya no podría controlarlo. Que podría llorar ríos hasta que sus ojos se quedaran secos y su alma se marchitara.

—Adiós, Atenea.

—Adiós.

Killian la estrechó contra él y los cuatro se encaminaron a la salida. Antes de cruzarla, la heredera se detuvo.

—Hay algo que tienes que saber. Algo que me ha dicho el don.

—¿En serio?

—Sí. Te prometí que no habría más secretos después de lo de Jean, así que ahí va... Es ella.

—¿Qué?

Lena se giró y señaló con la cabeza en dirección a Atenea, que se había quedado de pie frente a la cristalera, sin duda tratando de encontrar la forma de partirle el corazón a su hermano.

—¿Conoces la leyenda del hilo rojo del destino?

—Claro.

—Pues cuando has llegado, el don me ha dicho que ella y tú estáis unidos por el hilo rojo. Es ella...

Killian se sorprendió. No pudo evitar que sus ojos viajaran hasta aquella mujer. ¿Ella? No, no podía ser. Pero el don de aquella muchacha japonesa estaba por encima de las cosas mundanas y actuaba más allá de su propia comprensión.

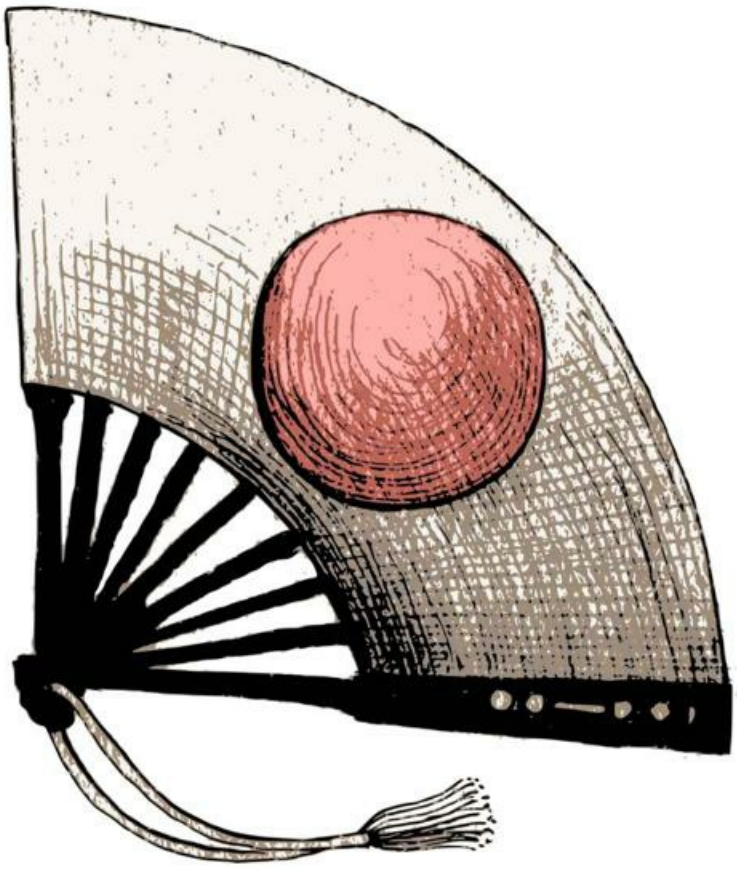
Como si ella se hubiera dado cuenta de su mirada, se dio la vuelta y mantuvo los ojos en

Killian durante unos segundos que parecieron alargarse.

Fue él quien rompió el contacto visual y bajó la cabeza, sorprendiéndose a sí mismo por aquella reacción. ¿Desde cuándo agachaba la cabeza ante la mirada de una mujer? Siempre había sido altanero, prepotente y había utilizado sus encantos y su dinero a su antojo.

Lena lo había ablandado. Esa fue la explicación que encontró, porque no era ni remotamente posible que se viera afectado ante la idea de haber encontrado a su predestinada. A pesar de que tuviera una preciosa melena de fuego.

EVE



Debería haberlo sabido. Eve se lamentaba de haberle dicho a Ryo lo que había averiguado sobre la heredera Tanaka, porque la había dejado en Mikonos aquella misma tarde y cinco días después lo único que sabía por Marco, el tercer compañero de su extraña y violenta sociedad era que un avión privado la esperaba para llevarla a algún lugar de Japón.

En aquellos dos años, había escuchado a su amante hablar de algún lugar en los Alpes Japoneses. Un castillo de madera, piedra, flores de cerezo y agua. Su fortaleza, donde había urdido el plan contra su padrastro, donde había empezado su imperio. Un lugar que había mantenido cerrado todo aquel tiempo, aunque ella sabía que había gente ocupándose de mantenerlo cuidado. Porque en aquellos dos años, solo había conseguido fragmentos, retazos de Ryo Tanaka y de su mundo, que tanto se empeñaba en mantener alejado de ella.

Hasta aquel momento.

Cuando aterrizó en Tokio, una limusina la esperaba. Sin mediar palabra, el conductor la había llevado hasta la prefectura de Gifu en un trayecto de cinco horas en un completo silencio al que ella ya se había acostumbrado. Después de todo, Ryo pasaba largas horas sin hablar, la

mayor parte del tiempo perdido en sus pensamientos.

Había intentado llegar a él, comprenderle. A veces veía destellos del hombre que era más allá del Cuervo Rojo: un hombre enamorado de otra mujer, que sufría porque ella le había abandonado. Supuso que había retrasado su regreso a Japón todo lo posible para mantener a raya el dolor y los recuerdos. Entonces, ¿qué había cambiado? ¿Había conseguido que la heredera Tanaka regresara con él?

No, no podía ser. Los celos prendieron el cuerpo y la cabeza de Eve. Durante las dos últimas horas del trayecto su mente se disparó, especulando sobre qué había pasado en Londres. Había pensado en llamar a uno de sus múltiples contactos en Scotland Yard o en la Fiscalía para preguntarle si, tal y como se temía, había sucedido algo violento en un restaurante del Soho. Pero luego había descartado la idea porque Ryo le tenía prohibido abusar de aquellos contactos para evitar caer en las redes de la Interpol.

Suspiró y apoyó su frente contra la ventanilla. A esas alturas ya no tenía sentido negar lo evidente. Estaba enamorada de Ryo Tanaka, de sus ojos verdes, su físico impresionante, su nariz alargada, su boca fina y sus manos fuertes. No le importaba lo que albergaba en su interior, ese algo oscuro y retorcido, porque ella se conocía bien y sabía que era peor que él, más despiadada, más cruel. Si él era el rey del Inframundo, ella, su Perséfone, pero sin una pizca de ingenuidad, porque nunca la había tenido.

Desde que era niña, Eve había deseado cosas: dinero, joyas, ser más que las demás... La mejor, la que más destacaba. Con la adolescencia, todos esos deseos que podían parecer infantiles se habían reafirmado y, poco a poco, lo que fuera que hubiera en su interior se había ido adueñando de cada fibra de su ser, enturbiándola hasta volverla opaca y luego muy oscura. Su alma era negra. Y, junto a Ryo Tanaka, no le importaba. Porque por primera vez en su vida podía ser ella misma. Oscura y feroz.

—Ya casi hemos llegado —dijo el conductor en japonés, un idioma que ella llevaba dos años estudiando y que casi comprendía por completo.

Se sentó rígida en el asiento y se dio cuenta de que estaban atravesando una ciudad de edificios bajos y techos grises. La carretera, de doble sentido, era estrecha y tradicional, como la arquitectura de las casas, que eran de otra época. No tardaron en abandonar la ciudad y el coche siguió por un camino que atravesaba el bosque, una profusión verde de árboles tupidos y montañas.

Alzándose majestuoso, vio un castillo blanco y gris detrás de una muralla de piedra. Por mucho que podía habérselo imaginado, ninguno de sus pensamientos le hacían justicia a lo que sus ojos veían. Cuando los portones se abrieron y el coche los atravesó, vio que la construcción ascendía hasta casi el cielo, con techos curvados en los lados. Frente a una torre central, que destacaba por su altura, otras dos la rodeaban, protegiéndola como las costillas al corazón. Perdió la cuenta de las ventanas que distinguió.

En cuanto descendió del coche, también se fijó en que aquel castillo estaba habitado, por lo que dedujo que disponía de un amplio servicio y un gran equipo de seguridad. De hecho, otro hombre japonés alto y trajeado le pidió que lo siguiera.

Comunicando las dependencias, había pasillos de madera y paneles translúcidos *(shōji)* que aquel gigante fue desplazando hacia un lado hasta que llegaron a una estancia amplia. Eve se fijó en el suelo de madera, en una mesa central baja sobre la que había vasitos y una tetera. A pesar del calor que hacía, una brisa que provenía del exterior a través de un panel *shōji* abierto refrescó el ambiente.

Eve descubrió que había un jardín interior con un lago, senderos de piedra y mucha

vegetación. No podía abarcarlo con la vista. Estaba impresionada por la belleza de aquel lugar, pero también notaba algo en el aire. Una sensación que flotaba y se filtraba en su piel poniéndole el vello de punta. Alarmada, miró a un lado y a otro, buscando el origen de aquel malestar, pero solo se encontró con Ryo, que atravesaba en ese momento el umbral. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones oscuros e iba descalzo.

—Hola —lo saludó ella, tratando de que en una palabra no pudiera colarse ni un ápice de todo lo que se alegraba de volver a verle.

—Hola, Eve.

A pesar de lo mucho que lo deseaba, no se movió. Se quedó justo donde estaba, aunque el corazón le iba rápido y la cabeza más aún. Quería preguntar por la heredera, por el viaje a Londres, por lo que había entre ellos, por todo, pero no lo hizo.

—Desde ahora, nos quedaremos aquí.

—¿Por qué?

—Porque este lugar ha pasado a poseer todo lo más valioso para mí. Y es posible que alguien venga a recuperarlo.

—¿Con alguien te refieres a la heredera Tanaka?

Él se dio la vuelta y centró su mirada en el jardín, sin darle una respuesta. Pero no le hizo falta.

—¿Qué ha pasado en Londres? —preguntó ella, sin molestarse en ocultar el nerviosismo en su voz.

—Que ella me ha entregado una joya muy importante a cambio de la vida del policía. Sé que vendrá a recuperarla.

—¿Una joya? ¿Qué clase de joya?

—No es una de las que te gustan a ti, Eve. Pero para Hikari es la única manera de ser lo que siempre ha deseado ser.

—¿Y qué es lo que siempre ha querido ser?

—Normal.

Ella entrecerró los ojos, desconcertada ante aquella revelación.

—¿Es que no es normal? ¿Qué es, entonces?

Pero Ryo guardó silencio y salió de la estancia hasta quedarse al borde del estanque. Eve lo siguió y se colocó a su lado. Pudo ver que el lago central tenía bifurcaciones que rodeaban pequeñas islas con vegetación, puentes que llevaban a una pérgola central bajo la cual había un columpio. En el agua, peces Koi se movían en bancos de colores que iban del blanco al naranja.

—Supongo que acabarás enterándote. Aquí todos la conocen. Muchos de ellos trabajaron para mi padre, así que a lo mejor a alguien se le escapa lo que es. Y tú ya has aprendido japonés, así que creo que es mejor que te lo cuente yo mismo.

Ella lo observó. Tenía las manos unidas en la espalda y un aire preocupado. La tensión en su mandíbula se hizo más evidente y Eve se preparó para escuchar lo que él iba a decir porque sentía que era realmente importante.

—Hikari... —La voz le tembló un poco al pronunciar ese nombre—. No es solo la heredera del clan. Es la heredera *Kitsune*.

—¿*Kitsune*?

Ryo se giró hacia ella y le contó algo que parecía imposible, porque hablaba de magia, de un poder ancestral, de secretos.

Y aunque su parte racional se negaba a aceptarlo, sabía que alguien como el Cuervo Rojo no mentiría. Porque desde que lo había conocido, siempre le había dicho la verdad.

Ahora solo le faltaba saber cómo encajarla.

ROTO



Dally se despertó. A pesar de la medicación, el dolor le asaltó. Cruel, inesperado, recordándole que le habían sacado una bala de la rodilla y que tenía varias costillas rotas.

—Tranquilo, hijo, estás en el hospital…

—Lena, Lena… —Su voz sonaba ronca, tenía la boca seca. Trató de incorporarse, pero notó manos que lo sujetaban de los brazos para que no lo hiciera.

—Te vas a arrancar el gotero. No te muevas. —La voz de su padre se abría paso a través de la neblina que ocupaba su mente.

Dallas trató de focalizar la vista con un solo objetivo: buscarla, porque la conocía demasiado bien.

Distinguió a su madre a los pies de la cama, con las manos unidas como si rezara.

—Lena… —Otra vez su nombre, pero nadie respondió.

Vio las máquinas que controlaban sus constantes vitales, el gotero que le suministraba medicación, otra cama vacía y una figura en la puerta. Parpadeó, extendiendo su mano.

Solo que no era ella.

El dolor fue demasiado intenso: puntos que se soltaron, sangre que emanó. Cerró los ojos y cayó hacia atrás. Ya no vio nada más porque perdió la consciencia.

Despertó horas después, más lúcido, despejado. Las mismas personas seguían en la habitación, mirándole con aquella mezcla de conmiseración y tristeza que tanto detestaba y que le había llevado a ocultarles todo aquel período de su vida en el que había combatido contra el demonio de su adicción.

Aun así, sabiendo la respuesta que iba a encontrar, se incorporó un poco. Buscándola.

Pero Lena no estaba.

Su madre lo miraba con tristeza en los ojos; su padre le apretó la mano, como única concesión a su estado, porque lo había criado bajo el precepto de que los hombres no lloraban, no se quejaban y, por supuesto, no eran sentimentales. Y su hermana… Seguía en el umbral, con medio cuerpo fuera de la habitación, y en sus ojos Dally reconoció la culpa.

—Hijo, descansa… —escuchó decir a su madre.

No quería descansar. A pesar del dolor y de lo aturdido que la medicación le mantenía, sentía la necesidad de preguntarlo, aunque eso le rompiera por dentro al escuchar en voz alta el miedo que le asolaba.

—¿Dónde está Lena? —preguntó mirando directamente a Atenea. Sabía que su hermana le diría la verdad sin miramientos.

Cuando tuvo que elegir entre seguir cayendo en su miseria o entrar en un centro de desintoxicación, su hermana le había arrojado verdades a la cara que habían sido como una bofetada de esas directas al alma. Desde entonces sabía que ella nunca le mentiría. Porque, en el fondo, siempre había querido lo mejor para él. Por mucho que doliera.

Su hermana bajó los ojos un instante, pero siguió mirándola, a pesar de que su madre le decía que tenía que descansar, que iba a llamar al doctor para que hablara con él. Nada de eso le importaba. Había una única cosa que quería saber. Algo que su hermana conocía y que no se atrevía a verbalizar, ni siquiera le miraba a la cara.

Con aquello tendría que conformarse. Era más que una respuesta, pero, aun así, tenía que oírlo en voz alta.

—¿Por qué no me lo quieres decir?

Su hermana le miró al fin, con los ojos demasiado tristes, bañados por una compasión hacia él que Dally ya conocía, porque era la misma que había visto cuando ella le despidió en la puerta de aquel maldito (y a la vez salvador) centro de desintoxicación.

Una mirada como esa no se olvidaba.

—Se ha ido. Ha dicho que no la busques más.

Las palabras que él esperaba escuchar. Sin embargo, fueron demoledoras. Rompieron su corazón. Sintió cada una de las fracturas, los pedazos en que se partía, el dolor llenando cada aurícula, cada ventrículo, expandiéndose, como agua que escapa de una presa rota.

—¿Cuáles han sido sus palabras exactas? —preguntó, con los ojos cerrados.

—¿Para qué quieres saberlas, hijo? —inquirió su madre con seriedad—. Esa muchacha se ha ido y deberíamos estar agradecidos por ello. Casi te matan por su culpa.

Dallas apretó los dientes. No tardó en notar cómo una lágrima rodaba por la mejilla, caliente, delatora.

Cuando abrió los ojos, se encontró con la expresión helada de su padre. Porque los hombres no lloraban. Ni siquiera cuando estaban rotos.

—¿Por qué no elegiste a una mujer normal y corriente, hijo? — siguió diciendo su madre—. ¡Con la de chicas que hay…!

—¡Mamá! —la reprendió Atenea, que siempre salía en su defensa.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó que las lágrimas salieran. Le dolía el cuerpo, las heridas quemaban debajo de los vendajes y, si se movía, notaba las grapas. Las costillas rotas eran un maldito incordio que notaba con cada respiración, pero lo peor… era que ella se había marchado.

Y estaba seguro de que había visto sus secretos antes de hacerlo.

—Ella no ha tenido la culpa de lo que ha pasado hoy —dijo. Al mirar a sus familiares, se encontró con que tenían los rostros demudados por la sorpresa.

—¿Cómo que no? Han venido a por ese colgante que ella llevaba…

—¡Ha matado a un hombre en el restaurante! ¿Qué clase de mujer es…? —exclamó su padre —. Una que arrastra la muerte. ¡Y que casi provoca la tuya!

—¡Porque yo no la mantuve escondida! —exclamó él de vuelta, con la voz tan alta que resonó en toda la habitación—. Porque yo me empeñé en regresar cuando lo tenía todo. ¡Todo!

—Mira, hijo, ahora no lo ves con claridad, pero te aseguro que esas mujeres problemáticas es mejor que se mantengan lejos.

—Os estáis pasando con él —les dijo su hermana, que entró en la habitación con paso decidido.

—Nunca he necesitado a una mujer para meterme en problemas

—replicó él sin molestarse en secar el llanto que cubría su cara—. Tenía muchos de esos cuando la conocí.

—¿Tú? —preguntó su madre con incredulidad.

—Mamá, déjalo expresarse —pidió Atenea. Acto seguido, le hizo un gesto a su hermano con la cabeza animándole a continuar.

Dallas soltó un suspiro tembloroso que estaba plagado de miedos y luego ladeó el rostro, hacia la ventana.

Tragó saliva, a pesar de que la notaba espesa. Tenía demasiado que contar, demasiado de lo que arrepentirse. Durante los meses que había estado en las Highlands casi había olvidado todo lo que había pasado. Ya no se acordaba del susurro constante del demonio en su sangre, de las pesadillas sobre la emboscada en la que sus hombres habían muerto y que gracias a Lena había descubierto que fue orquestada por Eve.

Había estado a salvo, se había sentido feliz, completo. Se había recompuesto para volver a romperse.

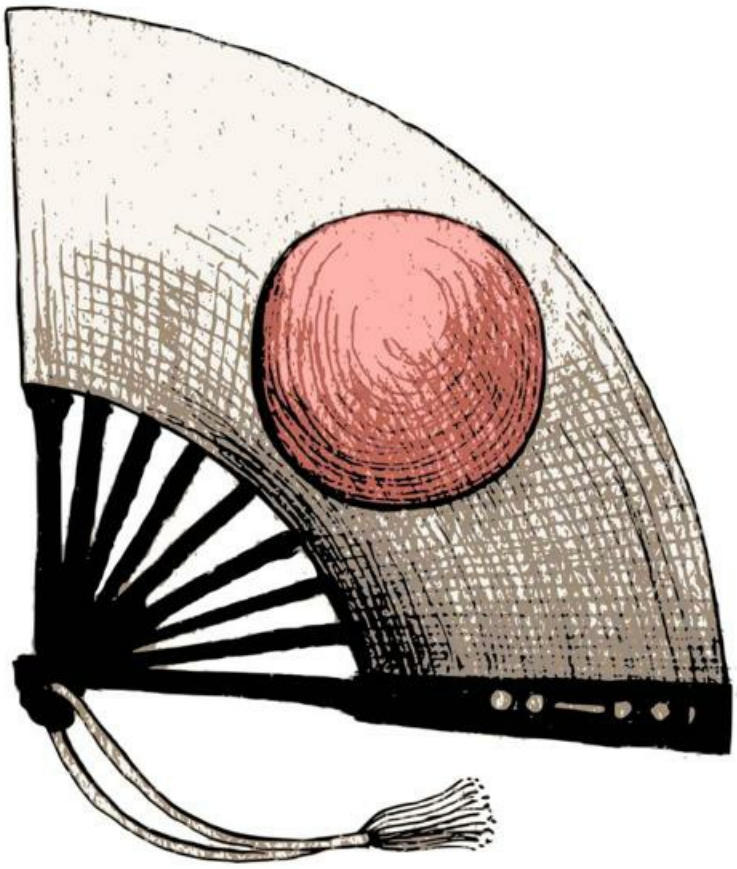
—Hace dos años, estuve en un centro de desintoxicación. Atenea me llevó allí. Estaba enganchado a la cocaína desde una misión de infiltrado. Pasé seis meses purgándome, esos seis meses en que no te cogí el teléfono, mamá… Luego me degradaron a subinspector y me dieron un toque de atención. Y, entonces, planeé... —Cerró de nuevo los ojos—. Acabar con todo, con pólvora y fuego. —Notó cómo sus seres queridos contenían el aliento, pero no los miró—. Pero esa noche, la vi. En el metro, cuando me dirigía a casa en el que tenía pensado que sería mi último viaje. Sí, es verdad, esa noche ella arrastraba problemas. Pero también yo… Porque nunca he sido el hijo perfecto que creíais. Pero ella solo vio lo bueno en mí, a pesar de que conoció mi plan suicida en cuanto me tocó.

—¿Qué estás diciendo, Dally?

En ese instante, ladeó la cara y clavó sus ojos verdes en su hermana.

—Que Lena tiene un don. No es, ni nunca ha sido, una mujer normal y corriente.

SOMBRA Y ESPEJO



A medida que pasaban las horas, el don estaba descontrolado. Más que eso: estaba furioso. Tanto que Lena abandonó el hospital con el irlandés , pero, en cuanto bajó a la calle, los ruidos, las luces y las emociones de su alrededor la envolvieron y sintió que se las tragaba. De repente, todo estaba en su cabeza. Cayó de rodillas al suelo ante la sorprendida mirada de Killian, que no tardó en agacharse a recogerla al verla derrumbarse. La estrechó contra él y Lena sintió un poco de calma, porque aquel hombre seguía silenciando el don. Sus brazos eran un refugio, pero, después de lo que había pasado, Lena estaba decidida a que no lo fueran para siempre.

Tenía que huir, interponer distancia con todos sus seres queridos, porque la muerte y sus plumas rojas nunca dejarían de perseguirla. Lo sabía, siempre lo había sabido, pero había sido bonito creer en el sueño de que podía tener otra vida.

Killian la tomó en brazos y la llevó al hotel junto a los muchachos. Sabía que no podían quedarse allí por más tiempo, así que alquiló un coche con una nueva identidad falsa y regresó a por ellos. Jean e Hiro, al ver el estado de la joven, estaban aterrados. Se encontraba pálida, temblorosa y tenía la mirada ausente.

Killian la envolvió en una manta cuando comprobó que su temperatura corporal era muy baja, la subió en el coche y les ordenó a los más jóvenes que subieran detrás.

No tardaron en abandonar Londres. Apenas fue consciente del trayecto. Las pesadillas volvieron en cuanto concilió el sueño, con el demonio Oni, gigantesco y hambriento, que se abría paso a través del fuego oliendo a carne quemada y a magia.

Cuando su amigo abrió la puerta del coche y la ayudó a descender, le informó de que estaban en Dover, al sureste del país, en el condado de Kent. Pasarían la noche en un pequeño alojamiento y Lena vio que se trataba de una vivienda victoriana con dos plantas llamada Clare House. Era un lugar íntimo, cuidado, reservado exclusivamente para los cuatro, para no coincidir con visitas molestas.

La acompañó a un dormitorio con una gran cama cubierta por sábanas adamascadas.

—Quédate aquí. Voy a preparar la cena y a acostar a los chicos.

No tardaré en venir.

Lena asintió. Cuando estuvo sola, se dio una ducha, se puso ropa cómoda y se dejó caer en la cama. Necesitaba esa soledad. El don estaba revolucionado en su interior, como un perro que muerde los barrotes que una vez lo mantuvieron preso. Lo sentía dentro de ella, retorciéndose con tanta rabia que tenía ganas de arrancárselo, pero sabía que era imposible, que el animal formaba parte de su propia naturaleza, que estaba en su sangre, en su alma, en su sombra. Casi se arrepentía de haber usado el colgante.

Se incorporó levemente en el lecho y se dio cuenta de que había un espejo en la pared frontal. Y entonces lo vio, más claro que otras veces.

El zorro que habitaba en su interior le devolvía la mirada, con las orejas puntiagudas. Lena se puso en pie y se acercó sin perder de vista su reflejo. Podía ver cómo sus ojos, en aquel tono ámbar, se volvían más salvajes hasta perder su forma humana, su rostro palidecía y adquiría rasgos vulpinos. A su espalda, un brillo deslumbrante que iba remitiendo y se transformaba en nueve colas que cimbreaban y se abrían en abanico.

Alargó la mano y con las yemas acarició la superficie cristalina y la voz que venía de su interior sonó clara, amplificada.

«¿Por qué has querido encarcelarme, humana?». Sonó áspera, como un gruñido empujado contra las fauces.

—¿Es que no lo sabes, después de tanto tiempo como llevamos juntos? —dijo ella, con tristeza.

Como respuesta, el zorro enseñó los dientes afilados y se revolvió. Lena notó la sacudida dentro de ella, como si la hubiera mordido desde dentro. Las piernas se le doblaron hacia delante y cayó de rodillas, pero no apartó los dedos del cristal. Cuando se recuperó del dolor, volvió a mirar al espíritu y, en sus dientes, vio la sangre que se deslizaba por el marfil.

«Nunca has querido controlarme, solo doblegarme».

—¿No es lo mismo?

«Si quisieras controlarme, serías poderosa».

—¿Para qué quiero el poder? Yo no soy mi padre.

«El poder del que te hablo haría que los mortales se rindieran a tu voluntad. Podrías proteger a los que amas».

—¿Cómo?

«Déjame salir. Deja salir al *kitsune* oscuro que tu padre domesticó».

La voz era tentadora, embaucadora. El cuerpo entero de Lena temblaba y sus dientes entrechocaban sin que pudiera controlarlos.

—¡Lena! —Killian dijo su nombre mientras cruzaba la estancia y pronto la levantó en volandas. Cuando los dedos dejaron de tocar el cristal, el gruñido del yako reverberó en el cuerpo de Lena, como una promesa de venganza y dolor de la carne que se abre.

El grito de la muchacha desgarró su garganta y también el alma del irlandés, que la estrechó contra su cuerpo como si así pudiera mitigar el dolor que ella sentía. La dejó con cuidado en la cama y se metió con ella, envolviéndola entre sus brazos. Notó los temblores que la sacudían contra su propio pecho. Y entonces se percató que el cabello femenino había cambiado de color en algunos mechones, volviéndose de un gris brillante que le recordó a la nieve de Tokio.

—¿Qué te está pasando, lass? ¿Cómo puedo ayudarte?

Ella no respondió porque apenas podía controlar su cuerpo. Sin embargo, en su mente, la respuesta afloró rápida, cruel. Incuestionable.

Nadie podía ayudarla.

GANTE



Sabían que no podían quedarse demasiado tiempo allí porque después de lo sucedido en Londres. Los buscarían, peinarían toda Inglaterra hasta encontrarles, y en su contra tenían el hecho de que no pasaban desapercibidos. Ya no.

A pesar de las precauciones, de las identidades falsas, eran cuatro personas nada convencionales. Por esa razón, a pesar del estado de Lena, Killian los llevó a Calais, en Francia. Pero tampoco podían quedarse allí, de modo que alquilaron un coche y apenas pararon hasta que llegaron a Gante. En aquel lugar, el antiguo mercenario había adquirido una pequeña casa hacía años. Estaba cerca del canal, en una zona industrial, pero lo bastante escondida detrás de un jardín enorme como para concederles la intimidad que necesitaban hasta que buscaran otro lugar donde instalarse.

Sabían que la única manera de permanecer juntos y libres era seguir moviéndose, porque Ryo los había puesto en el ojo del huracán de nuevo. No debían haber parado. No tenían que haberse engañado, pero el deseo de una vida normal, por primera vez en mucho tiempo, les había puesto en aquella situación.

Y había acabado muy mal. Sobre todo, para Lena, que aún no conseguía controlar el don. Killian la vigilaba de cerca, día y noche, mientras ella soñaba y se agitaba por las pesadillas. Su cabello, que era oscuro como un río de aguas negras, estaba adquiriendo rápidamente un color ceniza ante el asombro de todos. Una de las noches que él había entrado al dormitorio a verla, incluso le había parecido ver la sombra de Lena con forma de zorro y había percibido un gruñido animal. A pesar de lo mucho que había visto y vivido, tenía que reconocerse a sí mismo que todo aquello resultaba inquietante y perturbador.

Ella comenzó a insistirle en que tenían que separarse. Que ya no estaban a salvo.

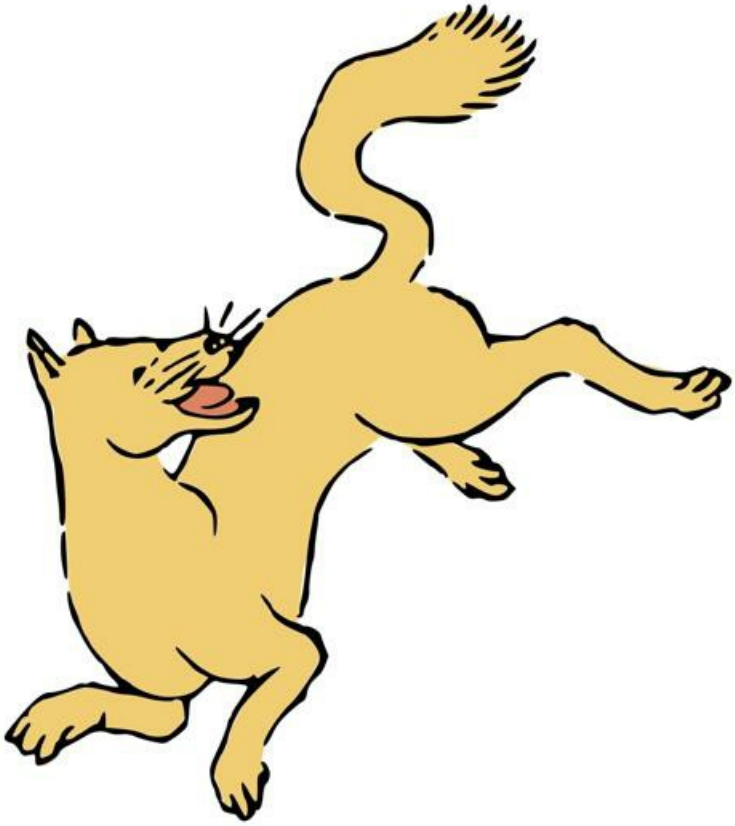
—No me importa que venga el mismísimo Cuervo Rojo a por mí.

—No es él quien me preocupa. Soy yo, Killian. Estoy perdiéndome. Hay algo dentro de mí que quiere devorar mi parte buena, si es que la he tenido alguna vez. . Siempre ha estado ahí, pero, por alguna razón que no comprendo, estaba prisionera. Controlada… hasta ahora.

Killian la estrechó contra él. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué podía decir? Llevaba días viendo y sintiendo aquella corriente de magia que erizaba el vello de su piel y que notaba en la nuca, fría y afilada. Una presencia anómala que se movía entre las sombras y hablaba con gruñidos animales, que le amenazaba cada vez que se acercaba a ella porque sabía que él era inmune, un escudo, un refugio.

Por eso no podía dejarla.

KEITH



Una de las primeras cosas de las que se encargó Killian Mackenzie fue de enviar un camión de mudanzas al hotel de Escocia. Pero no a unos aficionados. Contrató a un excompañero del ejército llamado Keith Smith que trabajaba en el sector privado. Era un mercenario que aceptaba trabajos de chantaje, extorsión y desaparición de pruebas. Por eso le dijo que cogieran unas pertenencias de Lena y los cuadros que había en el hall, que los empaquetaran con sumo cuidado y que después hicieran desaparecer el hotel, reduciéndolo a cenizas. Así no quedaría ni una pista sobre ellos.

Si tenían que volver a ser invisibles, debían ser cuidadosos. Sobre todo por el bien de Jean y de Hiro, que aún no tenían antecedentes.

Cuando el falso camión de mudanzas llegó, Killian salió a recibirlo. Lena, desde la ventana del dormitorio, contempló la escena: los operarios bajando las cajas e introduciéndolas en el garaje, una tras otra, como un trabajo mecánico, sin ser conscientes de la fortuna que transportaban. Luego, un hombre negro y con pelo corto, casi rapado, descendió de la cabina y se fundió en un fuerte abrazo con Killian.

Un rato después de la marcha del camión, Lena bajó al piso inferior. El don, que estaba amplificado, le advirtió de la presencia de alguien, pero cuando ella se aproximó a la cocina escuchó las risas masculinas. Su amigo reía por primera vez desde hacía mucho. Detectó cierta camaradería en cómo estaban sentados en los taburetes junto a la barra americana que dividía los espacios del salón y de la cocina. Las emociones del reencuentro flotaban entre ellos llenando el lugar, volviéndolo cálido.

En el instante en que Killian percibió su presencia, se puso de pie.

—Lena, este es mi amigo Keith.

Ella asintió, pero en realidad se preguntó qué aspecto debía de tener para que, Killian primero y luego el otro irlandés, la miraran así. Ella misma podía intuirlo —aunque desde el encuentro con el *kitsune* oscuro, no había vuelto a mirarse en el espejo—, pero notaba los ojos pesados, como si estuvieran llenos de arena; le dolía todo el cuerpo y al mover las extremidades, las notaba más afiladas, cubiertas de aristas que antes no estaban.

Aquel hombre —alto, corpulento, guapo, con ojos grandes y boca gruesa— sonreía de manera afable, pero cautelosa, puesto que estaba entrenado para detectar el peligro y ella, a pesar de su físico demacrado y frágil y de su cabello, que había recogido en un moño tratando de ocultar todos aquellos nuevos mechones de color ceniza, emanaba una sensación de animal salvaje. Lo notaba vibrar en su cuerpo, como una mandíbula que tiembla antes de asestar una dentellada.

—Soy Keith Smith. —Le tendió la mano y, en cuanto ella se la estrechó, lo vio todo: el hotel en las Highlands ardiendo, al igual que otros cientos de lugares que se habían vuelto cenizas arrastradas por el viento. Pero el don también expuso otros secretos: viles, crueles. Y otro más íntimo, lo que siempre había sentido por Killian.

Ella apartó la mano y deslizó los ojos hasta su amigo, que permanecía rígido, conteniendo el aliento. Ella podía ver en sus mirada el interrogante silencioso.

¿Qué has visto? ¿Qué? ¿Qué?

Ella retrocedió, escondió las manos, tan abominables, dentro del enorme bolsillo frontal de la sudadera y bajó la vista.

Secretos de nuevo expuestos, robados sin permiso.

—Como te he dicho, Keith se ha ocupado del hotel. —Ella asintió, lo que hizo que Killian continuara—. Ha dejado todo en el garaje.

Lena asintió de nuevo mientras digería el dolor. Porque sabía lo que aquellas cajas significaban: el fracaso de una vida normal, la pérdida del amor, la realidad ineludible de quiénes eran y de que no tenían pasado ni futuro. Monstruos errantes hasta el final de sus días. Y lo peor era que arrastraban a dos niños inocentes con ellos.

Sabía que no podía consentirlo por más tiempo, así que, cuando se sintiera mejor, pensaría un plan para marcharse porque había comprendido que la soledad era la única compañía para alguien como ella.

—Gracias.

Killian le tendió un refresco para que tomara asiento con ellos.

Lo aceptó con una sonrisa.

—Así que eres la hija de Hayato Tanaka.

El nombre de su padre se abrió paso a través de ella con la afilada crueldad de una daga, pero ella se limitó a desplazar los ojos de Killian a su amigo.

—¿Conocías a mi padre?

—No en persona. Pero hice algunos trabajos para el clan cuando Mackenzie estaba en Tokio.

Lena asintió una vez más ¿Cuál de todos los secretos sangrientos que había visto correspondían a su padre? Aún se sorprendía de todas las ramificaciones que el poder del clan había llegado a tener.

Hacía dos años que a su padre se lo había tragado un canal en Venecia, pero no había ni un solo día que no le recordara. Porque sentía que alguien como él, cuya maldad era un veneno, no desaparecería del todo, por mucho que su cuerpo estuviera muerto.

Por eso, al atardecer, en ese período de tiempo llamado Ōmagatoki, justo cuando el sol se despedía y el cielo empezaba a oscurecer, en aquella franja horaria, sentía el miedo a que su padre cruzara el límite entre el sekai, el mundo humano, y el ikai, el otro mundo. Porque sabía que volvería a por ella. Mientras llevaba el colgante con el don silenciado, había ignorado aquella idea. Pero desde que volvía a estar expuesta —y con tanta intensidad y fuerza—, no podía evitar sentirse alerta ante cualquier brisa, algún olor extraño en el ambiente como de azufre o sangre, los movimientos inquietantes en las sombras o aquella sensación que erizaba el vello de su nuca…

Sus pensamientos y su cuerpo se pusieron alerta en ese momento cuando vio el reloj de la cocina marcando el inicio del

Ōmagatoki. Ignoró a los hombres que la acompañaban hasta que Killian puso su mano sobre la de ella y despertó del trance. Se encontró con los ojos en aquel tono índigo que tan bien conocía y vio una doliente capa de preocupación en ellos.

—Lo siento —se disculpó—. Me he distraído. ¿Qué decíais? Los dos amigos intercambiaron una mirada que ella no entendió.

—Keith me estaba diciendo que te están buscando.

—¿Ryo?

—No, dice que ha preguntado por ti una tal Eve Green. Quiere llevarte de regreso con el Cuervo Rojo.

—¿Siguen juntos?

Durante aquellos dos años había pensado en ellos. En algunos momentos había creído, esperanzada, que los dos eran demasiados opuestos y que se habrían separado. En aquellos momentos crecía en su interior la esperanza de permanecer escondida. Pero, al parecer, Ryo y Eve se habían convertido en socios y quién sabe si en algo más.

Cuando él había aparecido con sus nuevos hombres, sin la expolicía, ella había dado por hecho que sus caminos se habían separado, pero, al final, la verdad incuestionable era que a los monstruos (humanos o no) solo los entendían otros monstruos. Por eso sabía que el tándem Ryo-Eve no se detendría hasta que ella regresara con el clan.

—¿Qué sabes de ellos? —preguntó, a pesar del miedo que le generaba la respuesta.

—Al parecer, el Cuervo Rojo llevaba algo más de un año preparándose para dirigir el clan. Por esa razón la muerte de tu padre y la sucesiva investigación de la Interpol apenas mermó su poder. Él ha sabido moverse en otros ambientes más turbios, más sangrientos. Tiene tesoros milenarios que han sido botines de guerras del Golfo Pérsico y su red de contactos es más extensa que la que tuvo Hayato. Dicen que gracias a «la Inglesa» como la llaman a ella, tiene Londres bajo su poder.

Lena miró a Killian. Por eso les habían encontrado. En el momento en que habían pisado la ciudad de Dallas —ese nombre que dolía en sus pensamientos y que no se atrevía a pronunciar —, los habían localizado. Y el resultado había sido el final del sueño más dulce que habían tenido nunca.

—No podremos quedarnos mucho tiempo aquí —dijo Killian—. Unos meses, quizá. Luego,

nos moveremos.

—Killian… —La voz de ella salió débil—. ¿Y qué será de los muchachos? No podemos arrastrarlos de aquí para allá. No tienen que pagar por mi culpa. Por quien soy.

—Tendrán que acostumbrarse —replicó él con resolución.

La ternura que sintió Lena le apretó el corazón. Sonrió con tristeza y alargó el brazo. Acarició la mejilla del irlandés, que la miró con ojos emocionados.

—Has demostrado ser un gran padre, Killian. Por eso tienes que seguir siéndolo. No te ata nada a mí ni a Hiroshi. No hay contratos pendientes entre nosotros.

—Sabes que hace tiempo que no hago nada de esto por los contratos.

—Yo nunca te tendría en cuenta que hicierais vuestro camino.

Es más, lo entendería.

—Mi decisión no es negociable.

En aquel momento se lamentó de que él fuera inmune a su don, porque, si no lo hubiera sido, podría haber tratado de embaucarle para lograr sus fines.

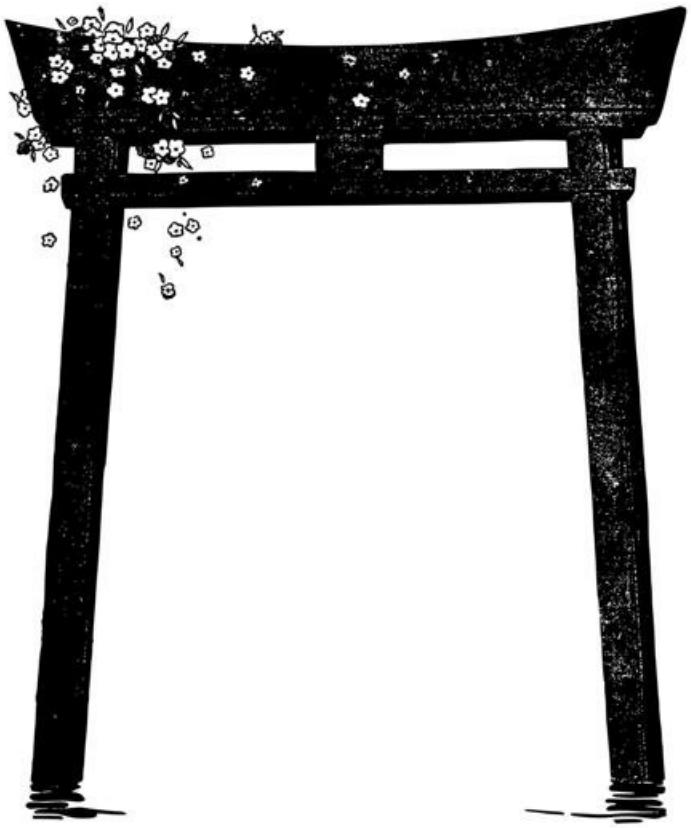
«Sería tan fácil, ¿verdad?», susurró el don con voz maliciosa. Se quitó la sensación sacudiendo la cabeza, ajena a las miradas de sus acompañantes que estaban pendientes de ella.

Sí, sería fácil usar de nuevo el poder. Dejarse llevar por la voz susurrante que siempre la había asesorado para el mal... y también para el bien. Aunque había llegado a aborrecerla, sabía que su huida no habría sido posible sin la magia escondida que circulaba por sus venas.

Miró a Killian. Aunque fuera inmune, estaba dispuesta a encontrar una manera de que él y su hijo se alejaran de ella.

—Está bien —mintió—. No es negociable.

EL ODIO QUE CRECE



Una semana después del ataque de Ryo Tanaka, Dallas recibió el alta hospitalaria. Su hermana, ya que sus padres estaban disgustados y necesitaban algo de tiempo para asimilar lo que les había contado sobre él mismo y sobre Lena, fue la que le acompañó a su apartamento a la orilla del Támesis.

Cuando entró, sentado en la silla de ruedas, la soledad que le recibió fue como un puñetazo en el estómago. El lugar llevaba cerrado casi dos años y, aunque había deseado volver, en todas sus fantasías sobre ese momento lo hacía acompañado de Lena y de Hiroshi para construir un hogar y, si era sincero consigo mismo, una familia.

—Voy a adecentar esto —le dijo su hermana—. Pero antes prepararé té.

Le dolían las costillas rotas, pero empujó las ruedas para acercarse hasta la ventana del salón, desde la que podía verse el London Eye, la famosa noria, que giraba sobre el skyline de la ciudad. Londres, tan frenética, hermosa y fría como siempre. Ajena a su corazón roto, a su desesperación, al vacío que llenaba su alma.

Había otro sentimiento más flotando en su interior, buscando un lugar donde aferrarse para

crecer: el odio.

Cada vez que pensaba en Ryo, en lo que le había arrebatado, sentía el odio borbotear en su interior, como un líquido denso y negro que discurría por sus venas y comenzaba a obstruirlas.

El odio, ese sentimiento que hasta ahora le había sido ajeno, que no había sentido ni siquiera hacia los que le dispararon en aquella emboscada en la que murieron sus hombres. Ni siquiera hacia Eve. Entre todas las cosas que había sentido, nunca había germinado el odio. Y, con el tiempo, solo sentía indiferencia.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Había un pensamiento en su cabeza que no dejaba de pulular. Lena le había tocado sin el colgante, por lo que sabía que había visto sus últimos secretos. Entre ellos, el anillo que había escondido y con el que pretendía pedirle matrimonio.

Ella lo había visto y, aun así, había huido.

Podía entenderla, porque la conocía, porque sabía que lo hacía para protegerle. Pero… ¿por qué no se lo había dicho a la cara? ¿Por qué no había esperado a que él saliera de la operación? Una despedida, una explicación, una respuesta.

«Me habría casado contigo. Habría tenido hijos contigo. Habríamos construido una vida».

Pero en lugar de eso, había elegido la huida sin palabras, el vacío, el dolor sin explicación. Le había privado de la oportunidad de convencerla de que podían superar eso, de que buscarían a Ryo y le detendrían.

Bueno, eso podría hacerlo. Desde ese momento, sentado frente al Támesis, su única ambición sería recuperarse lo antes posible y volver a la Interpol. Dejaría que el odio creciese, imparable, como gasolina para espolear sus músculos, para cicatrizar sus heridas y sellar sus huesos.

Porque tenía claro que Ryo Tanaka no tendría la última palabra sobre su vida.

CUMPLEAÑOS DE HIRO



El verano en Gante era cálido, pero refrescaba al caer la noche. Aquel día de agosto, en el octavo cumpleaños de Hiroshi Tanaka, la lluvia no tardó en hacer acto de presencia, convirtiendo la ya de por sí poco cálida temperatura en algo casi otoñal. Lena, que apenas había podido conciliar el sueño, azotada de nuevo por las pesadillas, se levantó y se encaminó a la ventana que daba al jardín trasero. Se dio cuenta de la intensidad con la que caía la lluvia, como si el cielo estuviera llorando por todo el dolor que ella sentía en su interior. Se preguntó cuándo dejaría de dolerle así, cuándo superaría lo de Dallas.

«¿Cuándo? ¿Cuándo?».

La pregunta era constante, como el rumor de un agua amarga que fluía por todo su cuerpo, llevándose las ganas de levantarse, de hacer cosas... de huir.

Y, sin embargo, era lo que tenía que hacer. Tenía claro que no se iría sin su hermano. Justo en ese momento, lo vio atravesar el jardín y tomar asiento en uno de los columpios. A pesar de la que caía, su hermano estaba fuera, empapándose. Todas las alarmas saltaron en su interior. ¿Y si ya se le había despertado el don?

No pudo evitar recordar lo que a ella le había pasado, hacía ya tantos años. Recordaba el día anterior, en el que solo era una niña consentida a la que su padre mantenía escondida en su palacio de Tokio, sin más compañía que todo el leal servicio, su abuela y Ryo, que por aquel entonces simplemente le parecía un niño normal, atento y que había crecido falto de cariño.

Pero justo la mañana de su cumpleaños, en cuanto abrió los ojos, percibió el siseo. Las voces trémulas que se iban volviendo claras y que parecían venir de todas partes, como si fueran corrientes eléctricas que atravesaban las paredes y el suelo. Se levantó aturdida, preguntándose si seguía dormida, cuando algo llamó su atención. Había una niña de más o menos su edad. Llevaba un kimono de flores y el cabello negro suelto. A su alrededor, pequeñas pisadas de sus pies descalzos dejando manchas líquidas que olían a sangre.

—¿Tienes caramelos?

La voz sonaba clara, mezclada con risas y el incesante golpeteo de la música kagura[1].

—¿Quién eres?

Pero la niña desapareció, dejando tras de sí el sonido de sus risas y unas palabras: zashiki warashi[2]. En ese momento, su abuela entró en la habitación y, en cuanto vio su rostro, detectó una emoción que la envolvió con fuerza como nunca: la preocupación.

—¿Se ha despertado ya tu don, Hikari-chan?

Se sentía abrumada, sobrepasada. Todo parecía hablarle: los objetos, las paredes. Las emociones de los demás reverberaban en ella.

Cuando Ryo apareció por allí y la tomó de la mano, ella lo vio. Su pasado de huérfano en las calles de Moscú, malviviendo, pasando hambre y frío, recibiendo palizas hasta que fue él quien las dio.

Su abuela trató de explicarle, de tranquilizarla. E incluso le dio unos guantes para proteger sus manos, y a ella, de todo lo que estaba por venir aquel día. Su padre, que había estado en uno de sus viajes, regresó. Y en el momento en que acarició su cara, ella descubrió todos sus secretos. Cómo había levantado su imperio, a qué precio lo había hecho, con cuántas víctimas. Y, sobre todo, que esperaba que ella fuera quien le ayudara a que su ambición llegara aún más lejos.

Los primeros meses fueron duros. Una tortura. Pero lo peor llegó cuando ella comenzó a hacer travesuras. La niña dócil que hasta ese momento había tenido un comportamiento ejemplar, comenzó a divertirse con pequeñas bromas. Y aprendió que podía manipular a los demás para salirse con la suya. Pero la pequeña embaucadora que era disgustaba a su padre, que comenzó a castigarla para doblegar al *kitsune* interior. Para controlar al yako, porque era salvaje e indomable.

Hayato Tanaka necesitaba la sumisión de su hija a cualquier precio. Tal y como ella había descubierto que él había levantado sus palacios y conseguido sus riquezas.

Lena se vistió con premura y bajó. En cuanto salió al jardín notó las gotas caer sobre ella, pero eso no la detuvo. A medida que se acercaba a su hermano, se sintió más nerviosa. Las emociones que él transmitía eran confusas.

—Hiro-chan…

Su hermano alzó la cara y entonces ella lo notó: la decepción.

—¿Qué pasa?

—No se me ha despertado. No hay nada de especial en mí — dijo, con la voz rota.

Con cautela, ella tomó asiento a su lado. Puso su cabeza a pensar. Aquel catorce de agosto era su cumpleaños, lo tenía claro. Recordaba el día que su hermano nació, el orgullo de su padre al sostenerlo en brazos, la muerte de su madre.

«El heredero tiene que nacer por parto natural para que se despierte el don».

Esas habían sido las palabras de su padre para explicar por qué había dejado que su esposa se desangrase hasta morir. Porque estaba convencido de que su heredero varón también poseería el don que le permitiría continuar con su imperio.

Entonces... ¿Qué estaba sucediendo?

—Yo quería ser como tú. Lo que tienes, Hikari, es un privilegio.

Ante esas palabras, se puso alerta. No era la primera vez que las oía. Esa cantinela era más propia de Hayato Tanaka que de su hermano, al que había arrancado de las garras de su padre cuando era muy niño. ¿Por qué decía algo así? Tal vez porque era pequeño, porque no sabía el alcance de sus palabras ni el significado.

—Hiro-chan, no es un privilegio. Es un castigo.

—Ser diferente no es un castigo. Es un poder que…

—¿Es un poder que quieres? ¿Para qué?

—Porque estoy harto de mudarnos, de que no tengamos hogar.

Era feliz en Escocia.

—Pero Ryo nos encontró y la policía nos busca.

—Si yo tuviera poder como tú, nadie…

—¿Nadie qué?

—Nadie nos haría daño. Podríamos volver a casa.

—¿A casa? ¿Dónde está nuestra casa?

—Tú lo sabes tan bien como yo.

—Lo único que sé, Hiro-chan, es que no conocemos nada del don. Ni siquiera yo puedo controlarlo. Y mucho menos ahora. Tal vez dentro de unos días se te despierte.

—¿Y si no…?

—Tú eres especial sin él. Y siempre lo serás. No necesitas el poder que el don da para que volvamos a casa.

—¿Qué quieres decir?

—Que… Si es lo que deseas, podemos hacerlo. Podemos volver a Japón. Pero ten en cuenta que, si lo hacemos, ya no nos dejarán escapar.

—Tal vez nunca debimos haberlo hecho.

La dureza en la voz de su hermano se clavó en el corazón de Lena. Lo que había hecho para huir —los preparativos descubriendo secretos con los que comerciar, embaucar a los socios, mancharse las manos de sangre— y luego el separarse de Hiro, dejarlo en Roma pensando en su bienestar y en su seguridad todo parecía en vano. Su hermano consideraba que nada de eso había valido la pena al final. Y si ella lo pensaba con claridad, empezaba a dudar. La vida se componía de decisiones que alteraban el curso del destino. O tal vez fuera al revés. Tal vez el destino te empujaba a determinados caminos y las decisiones que creías tomar libremente venían impuestas.

Ya no sabía qué creer. Pero los acontecimientos de los últimos días la obligaban a una cosa: a seguir corriendo. No había pensado adónde hasta que su hermano lo había sugerido.

¿Y si tenían que volver a casa? ¿Al único lugar donde no los considerarían monstruos? ¿A la única persona que esperaba su regreso?

ATENEA



Los primeros meses pasaron. Dallas, tan cabezota como siempre, en cuanto pudo iniciar la rehabilitación, lo hizo.

Tenía una nueva motivación que su hermana desconocía, pero que podía intuir, ya que, poco después de la marcha de Lena, le pidió que viajara a Escocia, al hotel donde había pasado el último año. Para sorpresa de Atenea, no quedaban más que cenizas. Cuando se lo dijo, su hermano se mostró desolado.

—¿Nada? ¿Dices que no quedaba nada?

—Nada.

—Eso debe haber sido obra de Killian Mackenzie.

¿Killian Mackenzie? ¿Era ese el nombre del tipo de ojos azules? ¿El que llevaba aquellas gafas falsas cuando la miró en Piccadilly Circus pero luego ya no, en el hospital, cuyos ojos no se quitaba de la cabeza?

Cuando regresó a su trabajo en la fiscalía alentada por Dallas, que decía que no la necesitaba de niñera todo el día), lo primero que hizo fue acceder a la base de datos. Introdujo el nombre en

el buscador y la información que obtuvo le puso los pelos de punta.

Killian Mackenzie, nacido en Drogheda, Irlanda. Descubrió que había servido en el ejército, que luego había trabajado para el gobierno en el MI6 hasta que había desaparecido. Había una orden de busca y captura contra él porque había trabajado de mercenario, pero nada podía probarse o los casos habían sido cerrados por falta de pruebas.

¿Qué conexión tenía con su hermano un hombre así? ¿Cómo habían llegado a compartir años en Escocia? Supuso que la respuesta a todo era Lena, cuyo verdadero nombre desconocía hasta que su hermano se lo había confesado a sus padres.

Hikari Tanaka. La heredera de un clan que se dedicaba al tráfico de arte y antigüedades.

Buscó toda la información que pudo sobre ella y entonces comprendió los lazos que la unían al irlandés. Todos parecían confluir en Tokio.

Atenea Hamilton era una gran investigadora. A través de su puesto como fiscal, accedió a todos los informes y a todas las bases de datos en las que había alguna investigación o algún caso relacionado con los Tanaka. Y descubrió con horror que casi todos rozaban o conectaban con unos crueles asesinatos perpetrados por alguien al que conocían como el Cuervo Rojo. No había fotografías de él, pero ella estaba segura de que era el hombre que había herido a su hermano en el Soho. El que se había llevado el colgante.

Desde que Dally le había contado en qué consistía el don de Lena, su cabeza se había debatido entre creerle o no. Su parte racional luchaba por imponerse a toda esa magia, casi de leyenda, que navegaba por los terrenos de lo imposible. ¿Una joven capaz de conocer los secretos de la gente, de ver seres sobrenaturales o, incluso, a las parcas? No era posible. O tal vez, si ella abría su mente, podría vislumbrar aquella otra verdad. Una sobrenatural.

No podía dejar de pensar en todo lo que había descubierto, pero, si era sincera consigo misma, no podía quitarse de la cabeza al irlandés. Había repasado sus datos y había hecho un recopilatorio de imágenes captadas por cámaras de seguridad en las que aparecía en aeropuertos, hoteles… A veces, vestía con trajes chaqueta; otras, de negro, con cazadoras de cuero. Y guantes, siempre con guantes. Pero lo que aquellas fotos no captaban eran los pequeños detalles que ella había vislumbrado cuando él la había mirado en el hospital: el intenso azul de sus ojos, el mechón cano que nacía cerca de su frente y que destacaba en el cabello tan oscuro y la expresión de preocupación mirando a Lena, que ella había envidiado.

Se sentía fascinada por aquel hombre. Pero ¿por qué? ¿Por su físico impactante? ¿Por sus ojos salvajes? Por primera vez en su vida, estaba impresionada por alguien. Y la curiosidad que despertaba en ella la empujó a dar un paso más allá.

Estaba decidida a encontrarle. Siguió la pista más reciente que tenía: la del incendio del hostal en las Highlands. Para su sorpresa, descubrió que varios vecinos de Inverness habían visto un camión de mudanzas cargando cajas. En el lateral del camión no había nada de publicidad, pero, después de desplazarse hasta la ciudad, comprobó las cámaras de seguridad y pudo ver la matrícula.

Tenía algo con lo que trabajar. Llamó a una de sus amigas en la fiscalía: Amy Adams.

—¿Amy? ¿Puedes hacerme un favor?

—Claro, jefa —le respondió al otro lado de la línea—. ¿Qué necesitas?

—Te voy a enviar unas fotos con una matrícula. Necesito que la rastrees todo lo posible.

—Entendido. ¿Algo más?

—Sí, cuando lo tengas envíamelo a mi correo personal. Y no se lo cuentes a nadie, ¿de acuerdo?

Atenea debió de darse cuenta de la respuesta dubitativa al otro lado, pero no le dio

importancia. Pensó que se debía a que nunca había pedido un favor de ese tipo, ya que, hasta ese momento, se había volcado en el trabajo de manera intachable. Porque eso lo compartía con su hermano, un rasgo heredado de su padre, que siempre les había dicho con claridad dónde estaba la línea que separaba el bien del mal.

Pero por una vez, por una vez… ¿Qué pasaría si ella investigaba por su cuenta, sin informar a sus superiores?

Tardó unas semanas en recibir un email con información.

Lo que no supo hasta más tarde es que no fue la única, porque Eve Green tenía contactos en todas partes.

TRASLADO A LYON



Si de algo le habían servido a Dallas Hamilton su carrera fulgurante y sus éxitos personales era para que cambiar de destino fuera fácil. Así que cuando se recuperó de las lesiones y consiguió el alta médica, regresó a la Interpol y solicitó un cambio de sede. Eligió Lyon, donde se encontraba la central. Siguiendo los pasos de su amigo Turner y de Johanna Klaus, se personó en el departamento de Delitos contra el Patrimonio Cultural, donde se ocupaban del tráfico de bienes culturales robados.

Cuando conoció a Lena descubrió que existía un lucrativo negocio con el tráfico de arte y que era tan poderoso que tenía ramificaciones en todas las organizaciones policiales, incluida Scotland Yard. Después del ataque que había sufrido en Londres, tenía más claro que nunca que el sistema policial inglés estaba podrido hasta la médula. En la Interpol había encontrado un respiro, una tranquilidad a la hora de trabajar y entregarse. Aquello le había llevado a ser el mejor de nuevo. El golpe contra el clan Tanaka, en la investigación llamada «bijutsu-hin[3]», le había aportado fama y reconocimiento profesional. Gracias a esto, en Lyon lo habían acogido con los brazos abiertos y no habían cuestionado que aún no se hubiera recuperado al cien por cien.

Hacía más de un año que no veía a su amigo Turner. A pesar de que no habían perdido el contacto, lo había echado de menos. Cuando atravesó las puertas de su nueva oficina —blanca, limpia, demasiado perfecta—, se quedó quieto. De uno de los cubículos que componían la estancia salió su compañero, con su hermosa sonrisa y sus ojos brillantes por la emoción del reencuentro. Caminó hasta Dallas y se abrazaron, dándose sonoras palmadas en la espalda.

Cerró los ojos y dejó que la alegría de su amigo le consolara. Porque había intentado ser fuerte, echándose encima todo de nuevo: el dolor por las heridas y la rehabilitación, los

reproches de su familia, la desaparición de Lena, su corazón roto y la culpa.

«Porque si no hubiera dicho de regresar a Londres… Si hubiera aceptado nuestra nueva vida en Escocia en la que lo teníamos todo, el Cuervo Rojo no nos habría encontrado. Y ella seguiría a mi lado».

Si, si, si… Probabilidades, culpa, arrepentimiento y miedo. De nada servía lamentarse. Tenía que salir adelante sin aferrarse a la esperanza de que ella regresara, porque eso solo hacía el dolor más grande y le hacía escuchar la llamada del demonio otra vez.

Estaba roto. Tal vez siempre lo había estado. Tal vez el amor solo había sido una salvación efímera previa a su nuevo descenso al infierno.

Cuando Turner lo sujetó por los hombros y lo miró directamente a los ojos, Dallas supo que su amigo no permitiría que se hundiera. Podía aferrarse a eso y, de ahí, reconstruirse. Tomar aquel nuevo trabajo y los brazos de su amigo como una tabla de salvación. Una que necesitaba más de lo que quería admitir.

—¿Preparado? —le preguntó su amigo.

Asintió aunque notó que el nudo de su pecho había subido hasta la garganta. ¿Dónde estaba la seguridad en sí mismo que siempre le había ayudado en momentos así? ¿Dónde estaba la valentía?

—Preparado.

—Juntos y a quemarropa. —Turner asintió, perdido en los ojos verdes de Dallas. Podía ver que estaba destrozado, que apretaba los dientes para mantener a raya la emoción que amenazaba con inundarlos.

Cuánto le admiraba. Porque siempre se recomponía, porque resurgía una y otra vez, mientras que él no se atrevía a confesar cómo se sentía realmente, escondido en una vida cómoda que le hacía profundamente infeliz. Sin embargo, Dallas vivía, se equivocaba, amaba, a pesar de que eso le rompiera el corazón. Donde Dallas era valentía, Turner solo era miedo e incertidumbre. Y no sabía cuánto tiempo podría seguir así. Tal vez ahora que había abandonado Londres, podría ser él mismo y que la distancia le aportara coraje. Quizá, por una vez, podría vencer el miedo y vivir. ¿No era eso lo único que quería? Sinceramente, quería muchas cosas. Y cuando miraba a Dally, se daba cuenta de que había demasiadas que tenían que ver con él. Tantas que solo se quedaban en sueños imposibles y en palabras sin decir.

Desde aquella torpe declaración de amor, solo habían vuelto a hablar de ello una vez, cuando estaban inmersos en la primera investigación contra el clan Tanaka. Habían salido a tomar unas cervezas y un chico sentado cerca no dejaba de mirar a Turner de manera poco disimulada. Dallas le había sonreído y le había dicho que no tenía que seguir escondiéndose, que solo tenían una vida y que tenían que vivirla a su manera para ser felices.

Turner se limitó a asentir, porque sabía que Dallas esperaba día a día algún milagro que le permitiera encontrar a Lena de nuevo. Luego le observó beber su refresco, porque en aquella nueva etapa procuraba mantenerse limpio y no perder el control, así que había dejado de lado el alcohol y todo a lo que pudiera engancharse.

—Creo que nunca podré enamorarme de otra persona —le confesó, sin saber muy bien de dónde salieron aquellas palabras, aquel valor.

Dallas ladeó la cara hacia él y sonrió con ternura.

—¿Y no es posible que hayas decidido refugiarte en esos sentimientos para no atreverte a dar el paso? ¿Que te escondas en esa zona de confort para no conocer a alguien más?

Turner se quedó sin palabras. Sabía que su amigo tenía razón, que estaba acostumbrado a esconderse para compadecerse, poniéndose excusas que habían dejado de tener sentido mucho

tiempo atrás.

Desde entonces había decidido que olvidaría a Dallas, que se dedicaría al trabajo y que, si algún día encontraba a alguien que llamara su atención, no perdería la oportunidad. Sin embargo, casi dos años después, nadie le había hecho perder el miedo. Y con la reaparición de Dallas en su vida, visiblemente roto, temía que sus sentimientos volvieran a crecer, junto con la inseguridad y la zona de confort.

—Bienvenido al equipo, Hamilton. —Johanna se acercó y le tendió la mano mientras sonreía de manera controlada.

A ella también la había conocido bien, incluso habían sido amantes. Por eso sabía que era fuerte, que se disfrazaba de frialdad, pero que en el fondo estaba rota por dentro al igual que Dallas. Pero la diferencia estribaba en que Johanna navegaba entre el rencor y el odio a los Tanaka.

—Gracias. —Dallas le estrechó la mano.

Desde la distancia, Turner vio lo mismo que había visto mientras habían trabajado los tres juntos: que él no era el único que sentía cosas por su amigo. Johanna también lo hacía y cada vez lo disimulaba menos. Desde que este le había contado todo lo que había sucedido en Londres —el regreso de Ryo, las heridas que había sufrido, la desaparición de Lena, el cambio de destino—, el interés de Johanna había pasado de disimulado a creciente.

—Así que tú eres el recién llegado. —La voz de Baris, el jefe de la unidad les sorprendió. Los tres centraron su atención en él y Turner lo evaluó como si fuera la primera vez que lo veía, poniéndose en los ojos de Dallas. El impecable traje negro, como sus ojos y su pelo, la pose ligeramente relajada —un burdo engaño para dar sensación de confianza a su interlocutor cuando todo en él era tensión y perfeccionismo—, la cabeza ladeada y la sonrisa contenida.

—Sí, señor. Soy Dallas Hamilton.

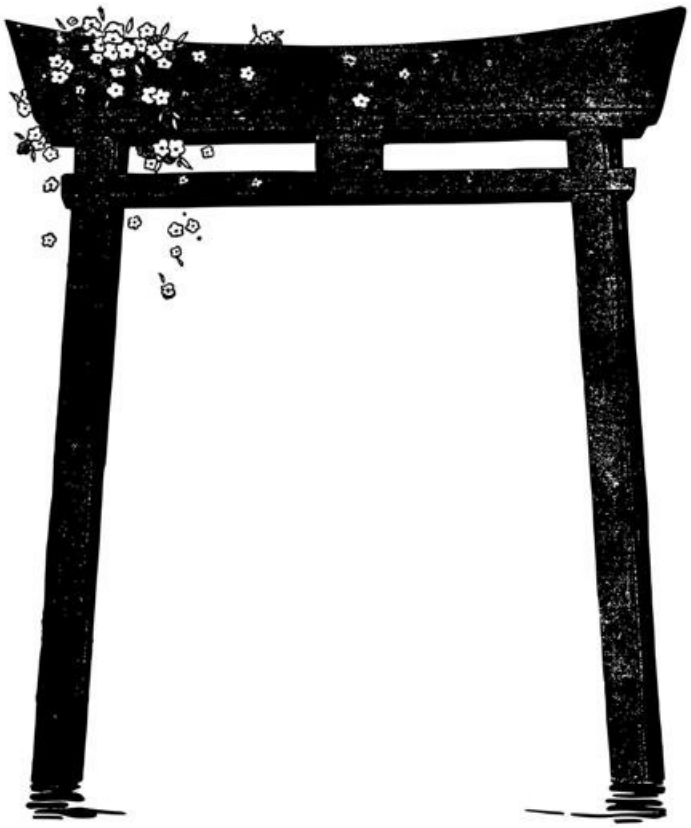
—Lo sé. He seguido tu carrera de cerca. Bienvenido a Lyon.

¿Estás preparado para trabajar duro?

—Siempre lo estoy, señor.

—Dada tu capacidad de recuperación —Desvió la mirada hacia su rodilla, conocedor de su operación—, no lo dudo. Y por favor, llámame Baris.

LOS IRLANDESES



El Café de Trollekelder era un pub rústico y acogedor situado en un edificio del siglo XV, a la sombra de la Iglesia de San Jacob, en el centro de Gante.

Cuando Killian Mackenzie entró, echó un vistazo a la decoración. El papel pintado de la pared, las mesas de madera, las luces doradas y rojas, la larga barra que cruzaba el local, la decoración que aunaba elementos vintage con fantásticos, como el troll de madera junto a las escaleras que daban al piso superior... Un pequeño grupo tocaba música en directo y el ambiente era distendido, con risas, voces y tintineo de jarras de cerveza entrechocando.

Había accedido a ir por insistencia de Lena, a pesar de que él no quería dejarla sola. Pero ella le había dicho que estaba bien, que se ocuparía de los muchachos y que él necesitaba salir a tomar algo con Keith.

En cierto modo, era cierto.

Necesitaba salir de esa casa, porque, a cada momento que pasaba con ella, sus sentimientos volvían a crecer. Ahora que ya no estaba con Dallas, sentía de nuevo la esperanza de volver a estar con Lena. No quería pensarlo demasiado, porque temía que cualquier gesto lo delatara ante

ella. Se sentía como un chaval inexperto. Qué tontería, ¿no? Con toda la experiencia que tenía con las mujeres y, sin embargo, se sentía torpe. Con miedo a dar un paso en falso que demostrara lo mucho que la amaba.

Sabía que ella había visto a través de él, más allá del muro que había construido para alejarse de la gente y protegerse del dolor. Además, había visto más allá del monstruo que había sido. De igual modo que él veía el verdadero corazón de aquella muchacha. Incluso en aquel momento en el que ella batallaba con esa parte oscura y salvaje de su interior. Podía lidiar con eso, estaba seguro. No tardó en localizar a Keith. Su amigo estaba en uno de los taburetes junto a la barra, con los hombros vencidos hacia delante y una jarra de cerveza medio vacía.

Se conocían desde hacía mucho. Habían sido compañeros, casi hermanos. Porque después de lo que habían visto y hecho en Irak, ambos habían vuelto transformados en otros. La gente de su entorno, sus familiares, sus amigos, no les entendían porque habían seguido viviendo sus vidas cotidianas, ajenos a la guerra y a las barbaridades que se hacían en nombre de su país, cuando, en realidad, se hacían en nombre del dinero. Killian lo había comprendido cuando solo tenía veintiún años, recién alistado. Igual que Keith. Por eso al regresar, mientras lidiaban con sus demonios interiores, se habían refugiado el uno en el otro. En una amistad que había sobrevivido a demasiado.

Se acercó despacio y le palmeó la espalda. Su amigo alzó la cara y le dedicó una sonrisa radiante.

—Ya pensaba que no vendrías.

—¿Cuándo he faltado a una buena ronda de cervezas?

Keith sonrió y cabeceó, satisfecho. Levantó la mano indicándole al camarero que le pusiera una jarra de lo mismo a su compañero, que tomó asiento a su lado.

—Bueno, bueno, bueno… ¿Qué tal llevas vivir en Gante? ¿Cuánto hace que no vienes por aquí?

—Mucho —respondió Killian, que aceptó la cerveza con una sonrisa. Le dio un sorbo—. Compré la casa cuando acabé un trabajo en Berlín. Estuve aquí unos meses, ¿te acuerdas?

—Cómo olvidarlo —respondió Keith antes de dar un largo sorbo apurando el contenido de su jarra. Pidió otra—. Casi quemamos Gante por aquel entonces.

Killian echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada. A un par de metros, sentada en una mesa que quedaba en un rincón, Atenea Hamilton sintió que el sonido de esa risa atravesaba su alma.

Había seguido las pistas que le habían enviado de Londres y llevaba días siguiendo discretamente a Keith Smith, del que había averiguado prácticamente todo. Lo que no esperaba era que aquel hombre le condujera tan rápidamente al otro irlandés. A Killian Mackenzie.

Sentada allí, le observaba sin temor a ser descubierta. Porque ni siquiera la había mirado al entrar, por supuesto que no. Al fin y al cabo, ella no solía llamar la atención. Era una mujer normal, pálida incluso en verano, con curvas que no seguían los cánones de belleza y su cabello, en ese tono naranja, solo parecía gustarle a ella misma.

Y, por el contrario, él era magnífico. Alto, de hombros anchos que se estrechaban en un torso bien formado. La camiseta negra que llevaba se ceñía con desfachatez a sus músculos, al igual que los vaqueros oscuros. El pelo, negro, lo llevaba sin arreglar, un poco desigual, y, a pesar de que se lo echaba hacia atrás, volvía a caer hacia delante. Casi tuvo ganas de apartárselo del rostro para contemplar mejor aquellos rasgos masculinos, la barba que tenía varias tonalidades y, sobre todo, las arrugas en el contorno de los ojos al sonreír, que, de repente, le parecieron lo más atractivo que tenía aquel hombre.

Vaya injusticia, ¿no? En ella, si escuchaba las palabras de su madre, las patas de gallo eran un síntoma de vejez que ninguna mujer debería celebrar, pero en él resultaban atractivas e intrigantes.

Como aquella sonrisa que no dejaba de esbozar. Casi no parecía el mismo hombre que había estrechado su mano en Piccadilly Circus y luego la había mirado en el hospital con una intensidad que había hecho vibrar su interior.

Había pasado meses rememorando en su cabeza aquel momento. Y ahora que volvía a tenerlo tan cerca, sabía con certeza que no lo olvidaría. Ni los gestos que veía en él, ni el sonido de su risa.

¿Qué le estaba pasando? Su vida sentimental había sido un desastre porque ella no se implicaba. Y, sin embargo, con la excusa de encontrar a Lena, se había embarcado en una búsqueda que rozaba la irresponsabilidad y que, en el fondo, obedecía al propósito más egoísta que jamás había experimentado: encontrar a aquel irlandés.

ES ELLA



—Así que dime, ¿qué haces con la heredera Tanaka? —preguntó Keith.

—Es mi amiga. Me ayudó a encontrar a mi hijo.

—¿Solo tu amiga? —No escondió la sonrisa—. Te conozco, Killian. Vi cómo la mirabas el otro día. Y cuando ella sugirió que os separaseis, no fuiste muy comprensivo. Te obcecaste.

—Puede —reconoció, bajando la cabeza—. Puede que con ella no atienda a razones.

—Vaya, vaya, qué pillado te veo.

—Déjalo, Keith —respondió entre risas—. Entre ella y yo no hay nada. No puede haber nada. Todo es muy complicado.

Hizo un gesto al camarero para que le pusiera otra jarra. Durante unos instantes, bebieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

—¿Y tú? ¿Estás con alguien?

Keith se rio, pero su amigo detectó la amargura en su voz.

—¿Qué pasa?

—Me parece que yo también suspiro por alguien que no me corresponde. Y desde hace tanto

que ni siquiera me he molestado en mirar a otras personas. Supongo que soy imbécil.

—Bueno, supongo que yo también soy un imbécil. Por eso nos llevamos tan bien. —Rodeó sus hombros con su brazo y lo estrechó contra él. No apreció el suspiro tembloroso que se le escapó a su amigo, que se apartó discretamente para beber de su cerveza. Y entonces Keith la vio. A la misma joven que llevaba varios días siguiéndole con poco disimulo o poca práctica.

—Colega —Bajó la voz, llamando la atención de su compañero—, hay una mujer que me sigue desde hace días. —Vio cómo sus palabras tensaban el cuerpo de su interlocutor—. Está justo detrás de ti. Sé discreto.

Killian, con un repentino nudo en la garganta, ladeó el rostro. Escaneó el local, disimulando, y miró en la dirección que su amigo le había indicado.

La reconoció. Llevaba una blusa de lunares y unos vaqueros. El cabello, en aquel tono naranja que parecían llamas de terciopelo. El rostro, redondo, tenía mejillas sonrosadas, boca pequeña y ojos vivaces, tan parecidos e inconfundibles como los de su hermano, Dallas Hamilton.

«Pues cuando has llegado, el don me ha dicho que ella y tú estáis unidos por el hilo rojo. Es ella». Las palabras de Lena resonaron en su cabeza, justo en el instante en que sus miradas conectaron.

EL DESTINO QUE NOS ENTRELAZA



«Me ha pillado», pensó Atenea. «Me ha descubierto».

Pero cuando lo vio ponerse de pie, despedirse de su amigo y salir de la cervecería, pensó que no. Que había sido una mirada accidental. Aunque hubiera sacudido su cuerpo.

Lo observó abandonar el local y se apresuró a salir detrás de él. A pesar de lo poco que tardó, le perdió de vista. Escaneó con ansiedad la calle donde se agrupaban personas que charlaban y reían, pero él no estaba. Se le escapó un suspiro de frustración y los hombros se le desplomaron hacia delante. Lo había perdido, y con él, la oportunidad de encontrar a Lena.

Desilusionada, echó a caminar calle abajo en dirección al hotel. Dejó atrás el bullicio y las risas y se adentró en un callejón lateral.

—Señorita Hamilton, su hermano se preocuparía si supiera los riesgos que corre. —La voz masculina llegó de un lateral. Sonó grave, con un pronunciado acento irlandés. Atenea dio un respingo. Con el corazón en la garganta, latiendo con intensidad, se llevó la mano al pecho para sosegarlo, para serenarse ella, porque no quería que descubriera lo mucho que le afectaba la idea de estar a solas con él.

Se obligó a tranquilizarse, pero entonces lo vio emerger de la oscuridad. Alto, vestido de negro, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y cierto aire peligroso que emanaba de él, pero que se diluyó cuando lo miró a los ojos. Porque había algo ahí. Algo en la profundidad de su mirada azul, algo que ella no podía entender pero que alejó el miedo y la incertidumbre.

Porque la miraba como si la hubiera estado esperando. No solo esa noche.

—Mi hermano no está al corriente, pero soy una mujer que sabe valerse por sí misma —dijo ella y la voz no le salió demasiado temblorosa. Metió la mano en el bolsillo y asió el pequeño revólver que llevaba. El dedo en el gatillo, preparado para accionarlo.

No quería, pero sabía que lo más sensato cuando se embarcó en su búsqueda era ir armada y disparar si era necesario. Cuando él dio un par de pasos hasta plantarse justo delante, tan cerca que notó su aroma masculino y el olor a cerveza que desprendía, su cuerpo experimentó un temblor extraño. Alzó la cara porque quería ver el rostro de aquel hombre, pero, sobre todo, sus ojos.

No se sintió defraudada. Eran grandes, hermosos. Y parecían heridos. Como si el alcohol hubiera eliminado muchas de las múltiples capas detrás de las que se escondía. No había altanería ni indiferencia y tampoco frialdad. Solo ese algo que ella no lograba entender, pero que hablaba de destino y de corazón roto.

¿Sería posible? ¿De dónde salía aquella certeza?

—No lo dudo —respondió él—. Sé que es la fiscal más joven de Londres. —Ella se sorprendió de que él supiera algo así, pero no dijo nada—. Pero supongo que usted también sabe quién soy yo, supongo que me ha investigado.

—Mi hermano confía en usted —dijo ella—. Para mí eso es suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Suficiente para sentirme segura.

—¿Y por eso lleva el arma que está sutilmente sujetando en su bolsillo? Enséñemela, venga. Soy de la opinión de que, cuando uno va armado, no hay que ser tímido.

Atenea sacó el arma del bolsillo y la alzó, apuntándole directamente al corazón. Él esbozó una sonrisa perezosa, confiada, como si estuviera más que seguro de que no la iba a usar en su contra.

—¿A qué ha venido?

—A decirle que vuelvan. Que mi hermano está destrozado

y…

—Un momento… ¿Me ha investigado? ¿Me ha seguido… para pedirme que lleve a Lena de vuelta con su hermano?

—Sí, bueno… —Si era sincera consigo misma, no sabía qué le había llevado hasta allí, por qué había actuado de aquel modo.

Él la miró, esperando que continuara hablando, pero evaluándola además, porque siempre había sido buen observador y tenía la capacidad de calar a las personas, algo que le había venido muy bien en su trabajo. Desde que era un simple soldado y en Irak entraba en las aldeas, descubriendo rápidamente al que estaba demasiado nervioso. Luego, cuando pasó al MI6, había sabido ver más allá de las conductas en apariencia normales. Siempre había tirado de pequeños hilos y había desenmarañado personas hasta dejar en evidencia secretos y traiciones.

Por eso podía ver que aquella mujer escondía algo más. Se puso alerta y miró en derredor.

—¿Quién más sabe que está aquí?

Ella alzó la cara, con aquellos ojos verdes que eran claros y brillantes, enmarcados por unas pestañas que le recordaban a abanicos desplegados.

—Solo un par de personas de mi confianza.

Solo un par. Pero, aun así, si Killian estaba en lo cierto, ya eran demasiadas. Porque se imaginaba que Ryo y Eve tenían gente en todos los estamentos de Scotland Yard y de la Fiscalía.

—¿Es que no sabe que no hay nadie que no se venda al mejor postor, señorita Hamilton? —dijo él inclinándose hacia ella.

—Mi gente no es así.

—Su gente… —rio él—. No existe tal cosa como su gente. Scotland Yard y su Fiscalía están podridas hasta el mismísimo corazón. Y ahora nos ha echado encima a los cuervos.

—No, de verdad que no… Yo…

Killian se apartó de ella y se pasó las manos por el pelo. No tenía que haber bajado la guardia. ¡Joder! Otra vez a moverse, a empezar de cero. Cuando Lena ni siquiera se había recuperado. Había sido su culpa, se había confiado y los había expuesto. Apenas habían pasado unos meses desde el incidente de Londres. Aún estaban en el ojo del huracán.

Atenea lo observó desde el metro que los separaba. Tenía el cuerpo tenso, todo músculos que se marcaban con el repentino nerviosismo. Y luego estaban los ojos, llenos de dolor y de un pánico que ella había provocado.

—Nadie sabe que estáis aquí. Solo pedí información sobre la matrícula del camión de mudanzas.

—¿Cree que eso no es suficiente? Igual que usted ha llegado a esa conclusión lo habrán hecho otros.

—No tiene por qué.

Pero entonces lo vio. A un hombre detrás de ellos, mirándolos. Cuando cruzó la mirada con la de Atenea, se echó hacia atrás buscando refugio en un portal. Y lo supo sin lugar a duda, que Killian Mackenzie tenía razón: alguien la seguía.

Aquellos ojos verdes eran transparentes y no podían ocultar ninguna emoción. El irlandés se preguntó si todo el mundo podía ver el corazón y los sentimientos de aquella muchacha con tanta claridad, porque él había leído perfectamente el miedo en su rostro.

—He visto a alguien mirándonos, pero puede no ser nada importante —susurró ella.

Killian se inclinó hacia delante, ante lo que ella contuvo el aliento. A través de un espejo retrovisor, vio la figura de un hombre medio agazapado a la salida de uno de los portales que ellos habían dejado atrás.

—Es importante —respondió él. Con discreción, miró alrededor. Pronto localizó a un hombre y a una mujer que les vigilaban. Imaginaba que eran mercenarios y sabía también que irían armados.

Por suerte, él también.

Cuando miró a Atenea Hamilton, vio algo en ella, en sus ojos, por encima del miedo, que le hizo tomar una decisión.

—Señorita Hamilton, ¿puedo acompañarla a su hotel?

Lo más sensato habría sido llamar a un taxi y alejarse de allí, de él, de aquel hombre peligroso que estaba en las antípodas de su vida, porque imaginaba que tenía las manos y el corazón manchados de sangre, pero no dejaba de ver algo en sus ojos, en la forma en que la miraba, que la invitaba a estar a su lado: segura, a salvo.

—Claro. No está lejos de aquí.

AHOGARSE PARA MANTENERSE A FLOTE



En la sede del departamento de Delitos contra el Patrimonio Cultural de Lyon se trabajaba hasta tarde.

Aquel viernes había sido frenético y a Johanna, Dallas, Turner y a otros compañeros les dieron las once de la noche en sus respectivos cubículos, acabando informes de la última misión llevada a cabo.

Fue Turner el que propuso que bajaran a un restaurante italiano cerca de la sede. Todos aceptaron, aunque Dallas no tenía ganas de hablar con nadie. Se había reincorporado pronto a su puesto, a pesar de que tenía que alternar las horas laborales con la rehabilitación de la rodilla. Pero tenía claro que no podía quedarse en casa más tiempo. Se sentía extraño en aquella ciudad enorme dividida en *arrondissements*, tal vez porque no hablaba francés. Pero la obsesión que crecía en su cabeza poco entendía de lógica, de idiomas o de decisiones sosegadas.

La única forma de llegar a él era a través del departamento de Delitos contra el Patrimonio Cultural , porque en algún momento, en alguna misión, llegarían a una pieza de arte que los conectara con Ryo Tanaka.

No dejaba de pensar en eso, todos sus pensamientos giraban en torno al Cuervo Rojo. Cuando se acostaba, cuando abría los ojos, cuando el dolor de la rehabilitación le robaba la respiración, apretaba los dientes y pensaba en él. Si se recuperaba con rapidez, podría darle caza cuanto antes. Ya era algo personal. Aunque, si era sincero consigo mismo, nunca había dejado de serlo. Por eso lo había buscado incansablemente durante el tiempo que estuvo en Escocia, hablando con su amigo cada semana en busca de una pista, de una noticia, algo con lo que atraparle.

Sabía bien que Turner no era ajeno a sus verdaderas motivaciones. Su mejor amigo lo

conocía al dedillo, llevaban años trabajando codo con codo. Lo había visto progresar, caerse, hundirse y alzarse de nuevo. Como un fénix que resurge de sus cenizas dejando atrás un pasado de adicción y pensamientos suicidas. Aunque ahora, con toda la presión que se imponía él mismo, a veces aún creía oír la llamada del demonio.

Aquella era la razón por la que había aceptado cenar con sus compañeros, para no encerrarse en la vorágine de pensamientos que se extendían con rapidez cuando se quedaba solo.

Le costó centrarse en las conversaciones de su alrededor, pese a que Turner lo incluía a menudo. Hablaban en inglés, porque todos los de aquel departamento venían de distintos países de Europa. Había cinco franceses, tres españoles, una pareja italiana y una alemana, Johanna.

Habían pasado muchas horas juntos trabajando para acabar con el legado de Hayato Tanaka. Era una mujer inteligente, fría, que había interpuesto una barrera con todos los compañeros salvo con él y con Turner. Habían pasado alguna noche juntos, pero de eso hacía ya mucho.

—¿Estás bien, Dallas? —le preguntó su amigo al verlo perdido en sus pensamientos.

—Sí, claro, perfectamente —respondió, como si a su amigo pudiera engañarle.

—Yo me voy a casa, que estoy cansado. Los demás se retiran ya. ¿Llamamos a un taxi?

—Yo me quedo un poco más.

No tenía ganas de regresar al apartamento pequeño y solitario que había alquilado porque, en cuanto cruzaba el umbral, el golpe de miedo y dudas le abatía, le destrozaba. ¿Por qué se había marchado sin ni siquiera despedirse? ¿Volvería a verla alguna vez?

Se despidió de sus compañeros, pero se quedó sentado en la misma mesa, mientras las de su alrededor se vaciaban o cambiaban de comensales. El mundo seguía girando, implacable, aunque él quisiera que parara. O que algo detuviera a Lena, la hiciera mirar atrás y volver sobre sus pasos. Hacia él.

Ese era su deseo, en el que necesitaba ahogarse para mantenerse a flote. Contradictorio, ¿verdad?

Por eso, lejos del control de Turner, se pidió una cerveza. Y luego, otra y otra…

Solo quería que el mundo parara, porque mientras siguiera girando, moviéndose, sabía que ella seguiría huyendo, cada vez más lejos de él. Tal vez ya estaría en la otra punta del mundo mientras que él sentía que su corazón y su cabeza se habían quedado en Escocia, en aquel remoto lugar de las Highlands.

«Para, mundo, y haz que vuelva».

Apuró la quinta cerveza. Estaba sudando. Se cubrió la cara con una mano y cerró los ojos. Al abrirlos, el bar ya le daba vueltas. Había cenado poco, la medicación para el dolor no era compatible con el alcohol, pero no le importaba nada. Estaba tan roto que todo le importaba una mierda.

—¿Dallas, estás bien?

—Estoy bien, Johanna —dijo, sin mirarla.

—No lo pareces.

—Estoy bien —se repitió más para sí mismo que para ella, antes de llevarse de nuevo la botella a la boca. Estaba vacía. La dejó con brusquedad en la mesa. Al mirar a Johanna, la encontró con las cejas arqueadas—. De verdad, estoy perfectamente.

Se puso de pie, pero se tambaleó hacia un lado. Johanna se apresuró a ayudarle, evitando que cayera sobre la mesa más cercana.

—Estoy bien —reiteró.

—Claro que sí —ironizó ella—. Giovanni, apunta las cervezas en mi cuenta. ¿Vale?

A pesar de que ella le ayudaba a caminar, dieron tumbos por el restaurante hasta la puerta.

Una vez en el exterior, la noche otoñal le vino bien a la aturdida mente del inglés.

—¿Dónde estoy?

—En la puerta del Paradiso. ¿Quieres que llame un taxi? Y no vuelvas a decir que estás bien…

—Solo necesito dormir un poco para despejarme.

—Entonces ven a mi piso. Vivo aquí cerca.

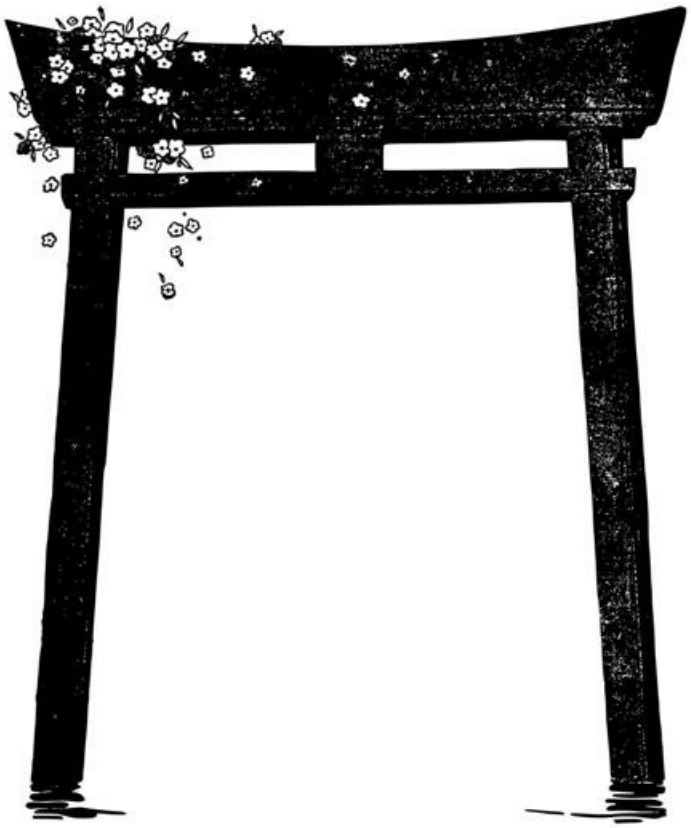
—No quiero molestar.

—No es molestia, Dallas.

Aún tardaron quince minutos en llegar al portal, a pesar de que solo cubrieron una distancia de cincuenta metros. Por suerte, había ascensor. Una vez dentro del apartamento, se dejó caer sobre el sofá. Cerró los ojos e, inmediatamente, se quedó dormido.

Soñó con Lena.

MANOS QUE DERRAMAN SANGRE



Atenea y Killian caminaron deprisa hacia el hotel. El irlandés aprovechaba las superficies reflectantes para mirar a sus perseguidores. Había tres, a los que se unió uno más cerca del NH Gent Belfort, situado en una calle peatonal frente a una iglesia de estilo barroco.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora la acompaño a su habitación, señorita Hamilton.

—¿A mi habitación?

—¿Tiene algún problema? —dijo él, con una ceja alzada.

—No, claro que no. Pero no veo por qué es necesario que me lleve hasta mi propia habitación, es un hotel con mucha seguridad.

—Los que nos siguen son mercenarios bien entrenados, como yo. Así que créame cuando le digo que no está segura. Que no estaría segura ni en el Palacio de Buckingham esta noche.

El terror atenazó los músculos de Atenea. Tragó saliva con dificultad y asintió. Atravesaron las puertas del hotel. Vieron la enorme recepción con los sillones y las paredes rosas y se encaminaron al ascensor.

Subieron sin mediar palabra, pero ella fue consciente de cada centímetro que separaba sus cuerpos. Se obligó a respirar con aparente normalidad, a pesar de que los nervios la traicionaban en forma de inhalaciones demasiado sonoras.

A su lado, él parecía ajeno a todo, imperturbable. Atenea lo miró, vestida con una extraña valentía. En ese momento, él ladeó el rostro hacia ella. Sus ojos, en aquel tono azul brillante, eran hermosos, grandes, enmarcados por unas pestañas de impresión. Pero no había frialdad en ellos, solo una calidez que traspasaba la piel y llegaba al corazón.

La evaluó con un gesto lento, con una mirada calculadora que recorrió cada centímetro de su cara y se detuvo en sus ojos. Lo observó abrir un poco la boca, expectante y sorprendido. Se preguntó qué pensaría de ella. ¿Se había dado cuenta de que lo deseaba? ¿La odiaba por haberle complicado las cosas? Veía demasiadas cosas en él, pero no sabía interpretarlas.

—¿Es verdad lo que mi hermano me contó sobre Lena? Él retiró la mirada y retomó su pose rígida y vigilante.

—¿Puede ver los secretos de la gente?

—Puede ver mucho más que eso —respondió él—. Incluso…

«Hilos rojos que conectan y condenan», pensó, «o tal vez no».

—¿Incluso?

—Nada, nada. Prepárese, señorita Hamilton. Ya llegamos a su planta.

Abandonaron el ascensor y el pasillo les recibió en silencio. La habitación 37B estaba al fondo del todo y, cuando llegaron a la puerta, Killian le pidió la tarjeta de acceso. Ella se la dio y sus dedos se rozaron. El estremecimiento que sacudió su cuerpo la sorprendió porque nunca había sentido tanto con un roce tan pequeño.

Killian abrió y entró primero. Se fijó en la distribución de la habitación: una cama grande en la pared de la izquierda, un sillón a la derecha y al fondo unas ventanas. Una de ellas estaba abierta. Lo supo. Había alguien más allí. Le hizo un gesto a Atenea para que entrara y permaneciera en la puerta. Ella obedeció y se quedó muy quieta, tratando de apaciguar los latidos de su corazón.

Vio cómo el irlandés cruzaba la estancia hasta el cuarto de baño. Y, entonces, todo pasó muy rápido. Alguien vestido de oscuro salió armado con un cuchillo. Killian forcejeó con él esquivando el filo del arma, que relucía cuando cortaba el aire.

Atenea se encogió contra la pared. Había estado en decenas de operaciones policiales, pero nunca tan cerca de la violencia. Sus ojos se debatían entre mirar lo que acontecía —los golpes salvajes llenos de furia y de supervivencia— o cerrarse por el miedo.

El intruso cayó al suelo y Killian se lanzó sobre él. Lo inmovilizó colocando sus rodillas en su pecho. Le arrebató la navaja con un gesto rápido y se la colocó en el cuello.

—¿Quién os envía?

—¡No lo diré! Tendrás que matarme.

—De acuerdo. — Apretó el metal contra la piel del cuello. Por un momento, cuando la sangre manó, sintió repulsión hacia sí mismo. Porque podía arrebatar de nuevo una vida y sabía que no sentiría remordimientos. El monstruo de su interior emergía con la violencia, demostrándole que siempre había estado ahí. Que se había escondido demasiado tiempo.

—Espera. ¡Te lo diré! ¡Me envía Eve Green! ¡Quiere que matemos a la heredera Tanaka!

Killian se echó hacia atrás al escuchar aquello. Mierda. Mierda. ¿Y si mientras él estaba allí habían llegado hasta Lena? No podía ser. O tal vez sí. ¿Acaso él no habría usado la misma estrategia?

—¿Cuántos sois? —bramó. Le agarró de la camiseta y comenzó a golpearle la cabeza contra

el suelo—. ¿Dónde están los demás?

—¡Señor Mackenzie! —percibió una voz de mujer, pero él siguió ajeno a todo en aquel frenesí de violencia que le hacía ver todo rojo—. ¡Killian!

Su nombre fue un ancla que tiró de él. Soltó la mole inconsciente y ensangrentada que era aquel mercenario y ladeó el rostro. Junto a la puerta, Atenea Hamilton lo miraba con terror en los ojos.

De repente lo vio y sintió todo por primera vez. Se miró las manos, ensangrentadas, sintió su respiración agitada saliendo pesada y luego miró al desgraciado con el que acababa de enfrentarse. Estaba vivo, porque aún respiraba, pero la sangre hacía un alarmante charco que se expandía sobre la moqueta.

Se echó hacia atrás y se levantó. Casi trastabilló porque tenía los músculos tensos y llenos de adrenalina.

Miró por la ventana y se encontró con su reflejo en el cristal. Estaba despeinado, el rostro desencajado, la mirada enfebrecida.

«Esto es lo que eres. Lo que siempre has sido. El Mercenario Occidental».

Se dio la vuelta y dando ligeros tumbos, se encaminó a la puerta.

—¿Dónde vas? —le preguntó ella.

Asió el picaporte y estuvo tentado de no mirarla. Pero se desobedeció. Ladeó el rostro y fijó sus ojos en los de ella. Pero no vio lo que esperaba. ¿Dónde estaba el odio, la repulsión, el miedo? Los había, sí, pero no hacia él.

—Voy a poner a salvo a mi amiga.

—¿Y yo?

—Llama a la policía.

—Pero ¿cómo sé en quién confiar?

Desde su posición, de cuclillas junto a la puerta, Atenea podía ver y sentir la tensión que inundaba el cuerpo de aquel hombre. Lo vio apretar los dientes y su mandíbula se tensó también. Giró el picaporte y durante una décima de segundo pensó que se marcharía sin añadir nada más.

—Repasa en tu cabeza a quién le has dicho lo que has encontrado y darás con los traidores.

Como toda respuesta, ella solo asintió mientras su cabeza especulaba a toda velocidad.

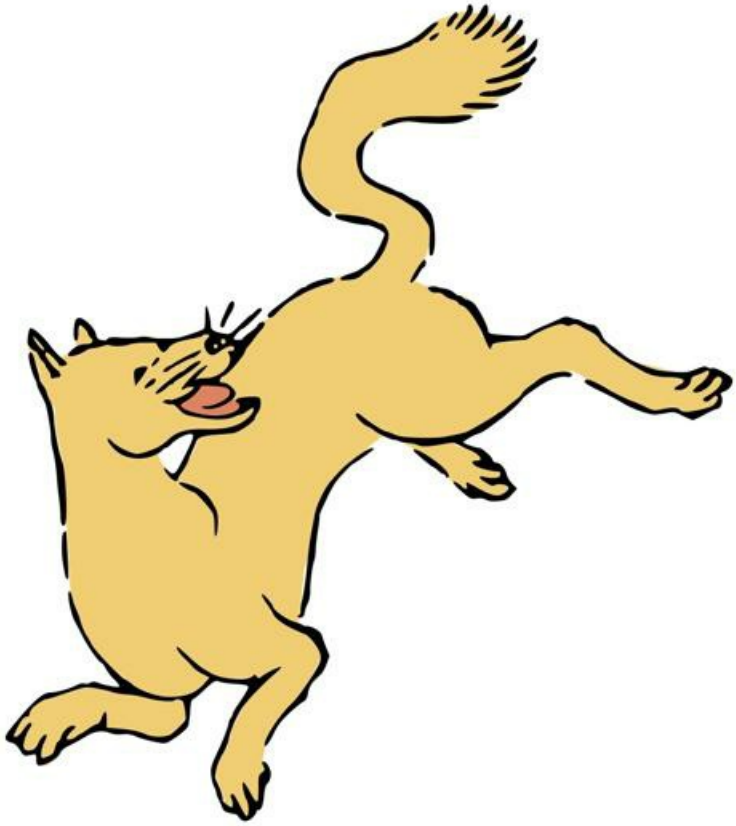
Killian abrió la puerta y antes de cruzar el umbral, la escuchó de nuevo:

—¿Volveré a verte?

«No la mires, no la mires», se dijo a sí mismo. «No dejes que te retenga ni un segundo más».

Cerró los ojos y avanzó. Cruzó el umbral y echó a correr.

LA CHICA QUE NO ERA UN MONSTRUO



No salió por la puerta principal del hotel porque sabía que le estarían esperando fuera, así que presionó el botón del ascensor que daba al garaje subterráneo y de allí, a la parte de atrás. No tardó en escuchar el sonido de una sirena de policía acercándose. Echó a correr en dirección a la casa, mientras sacaba el móvil del bolsillo. Llamó a Lena.

—Contesta, joder, lass, contesta —murmuró al ver que los pitidos al otro lado de la línea se alargaban.

—¿Killian?

Soltó un suspiro cuando oyó por fin la voz de su amiga.

—¿Qué pasa? —preguntó ella alarmada.

—Esconde a los muchachos, no abras a nadie. Prepárate que nos vamos.

—De acuerdo.

Ella conocía lo bastante bien a Killian como para saber que tenía que obedecer sus órdenes con premura. Algo había sucedido. De nuevo, ya no estaban a salvo.

«¿Qué ha pasado? ¿Quién nos ha encontrado? ¿Ryo? ¿Eve? ¿La Interpol? ¿Quién?».

Bajó las escaleras a la carrera hasta el salón, donde Hiro y Jean veían la tele. Sintió la tristeza invadiéndola. Otra vez a moverse, a huir a otro destino, con la misma incertidumbre, y arrastrando a dos niños inocentes con ellos.

—Chicos, ha surgido algo —dijo tratando de que su voz sonara calmada. Pero cuando la miraron, vio la alarma en sus ojos, en sus expresiones. Tan jóvenes, y ya conscientes de que algo los perseguía y los acechaba.

—¿Nos vamos? —preguntó Hiroshi.

Lena sintió que el corazón se le rompía ante el desconsuelo en la voz de su hermano. El dolor alimentó al *kitsune* oscuro, que se removió en su interior, como si despertara.

—Ya nos habíamos quedado demasiado. —¿Qué otra cosa podía decir? Ella también estaba cansada de moverse y justo ahora que empezaba a recuperarse, de manera frágil e inestable, tenían que empezar de cero de nuevo—. Venga, vestíos. Yo me encargo de coger lo necesario.

Sin cuestionarla, los chicos se pusieron en pie y se dirigieron a sus dormitorios. Lena también se apresuró. Preparó una mochila con las llaves, dinero en efectivo, varias armas de Killian y, justo cuando estaba a punto de cerrarla, recordó lo que aún permanecía en el garaje.

El corazón comenzó a latirle frenéticamente cuando sopesó la idea. Lo hizo mucho más cuando se encaminó hacia allí. Cuando abrió la puerta, ya bombeaba desenfrenado. Vio las cajas que quedaban, porque Killian se había encargado de esconder en guardamuebles por toda Europa los tesoros más importantes que habían traído del hotel. Menos uno: el que Lena más valoraba.

Abrió tres cajas con ropa. Y en la cuarta, la encontró: la cajita de una joyería escocesa. Le temblaban las manos cuando la alcanzó. Cerró los ojos y se infundió valor mientras el don le mostraba el momento en que Dallas había tocado esa caja por primera vez. Al abrirla, el anillo de oro le lanzó un recuerdo cruel. Cuando lo tomó entre los dedos, sintió lo acelerado que latía el corazón del inglés cuando lo eligió, los nervios cuando lo sostuvo y el miedo mezclado con ilusión ante la idea de pedirle matrimonio.

Por eso aún no se había atrevido a buscarlo. Por eso, a pesar de que habían transcurrido meses desde que llegaron a Gante y el anillo había permanecido allí, escondido en el garaje, ella no había sido capaz de acercarse. Porque era como tocar de nuevo a Dallas, como mirarle otra vez. Había intentado por todos los medios sitiar y aislar sus recuerdos. ¿Cómo iba a salir adelante si no lo hacía? ¿Cómo iba a emprender huidas desesperadas una y otra vez si no olvidaba el color de sus ojos, el sonido de su risa, el olor de su piel?

Podría dejar el anillo allí. Podría. Y tal vez, debería hacerlo. Y, sin embargo, no lo hizo.

Porque ese anillo contaba la historia de una mujer que no era un monstruo.

COMO SOMBRAS Y CENIZA



Antes de llegar a la casa, Killian llamó a su amigo para despedirse.

—¿Qué pasa, colega? —dijo Keith.

—La mujer que te ha seguido —le informó con inmediatez mientras doblaba una esquina— para llegar a nosotros, no era la única.

—¿Qué? —Keith se puso en pie con brusquedad.

—Acabo de casi cargarme a un mercenario en el hotel NH Gent Belfort. Pero he contado tres más. ¿Dónde estás?

—Sigo en el pub. ¿Necesitas ayuda?

—¿Quieres implicarte?

—Por ti, una y mil veces.

—Entonces necesito un coche y un piso franco fuera de Gante.

—Aguanta treinta minutos en la casa, colega, y allí estaré.

—De acuerdo. —Colgó y aceleró el paso. Tenía el miedo fluyendo por su cuerpo con más fuerza que la adrenalina.

¿Y si ya habían llegado hasta ellos? ¿Y si les habían herido? ¿Y si habían matado a su hijo?

Sintió que el corazón se le encogía en el pecho con un dolor desconocido. Porque por fin tenía algo que perder, algo a lo que aferrarse.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando un movimiento a su espalda le puso alerta. Se giró justo a tiempo para evitar el golpe de un hombre alto y corpulento. Le dio un puñetazo en el estómago y luego una patada que lo empujó hacia atrás. Otro hombre le atacó desde la derecha, armado con un cuchillo. Killian esquivó el filo un par de veces, mientras de reojo no perdía de vista al primer atacante. Sabía y sentía que había más agazapados esperando su oportunidad.

Solo esperaba que Lena y los chicos estuvieran a salvo. La furia y la desesperación llenó cada uno de sus golpes.

Las emociones del exterior eran tan intensas que Lena las sintió. Llegaron hasta ella como oleadas y su don, mucho más sensible y fuerte, le enseñó lo que pasaba. Cerró los ojos y dejó que el don hablara. Killian luchaba contra dos hombres, mientras otros esperaban en las sombras. Notaba el miedo, la furia, la rabia.

—¿Qué sucede? —le preguntó su hermano.

—Tenéis que esconderos. Id al dormitorio y meteos en el armario.

No abráis hasta que no oigáis mi voz o la de Killian. ¿Está claro?

Miró a los niños fijamente, asegurándose de que la entendían. Les dio un abrazo y esperó hasta que sus pasos se dejaron de oír en la habitación de arriba. Entonces cogió un cuchillo de la colección del irlandés y respiró hondo.

Ella también subió al piso superior, pero se encaminó a su dormitorio. Se colocó junto a la ventana que quedaba justo sobre la puerta. Con disimulo, miró. Killian luchaba ahora con tres, conteniendo arremetidas con cada vez menos fuerza. Abrió la ventana deslizando el cristal con cuidado de no ser descubierta y se encaramó al saliente. No había más de cuatro metros de caída.

Lena saltó.

Killian escuchó cómo alguien aterrizaba a unos metros con un golpe y un grito de dolor. Alzó la cara y la vio. La heredera había caído sobre uno de los mercenarios, que ahora estaba tirado en el suelo con un cuchillo en la espalda. Vio cómo ella se lo arrancaba y se lo clavaba al cuarto mercenario, que había aparecido desde un lateral. Se lo hundió en el estómago, lo que le hizo caer hacia delante de rodillas.

No pudo ver nada más, porque tuvo que seguir luchando contra los dos que quedaban. La pelea fue brutal, con golpes que hicieron polvo sus nudillos.

A lo lejos, percibió las sirenas de la policía acercándose.

Una furgoneta entró en el callejón casi derrapando y cuando las luces les iluminaron, Killian supo que se trataba de Keith.

—¡Vienen a ayudarnos! —le dijo a Lena.

Ella lo miró y en ese momento sonó un disparo. Venía de alguna azotea cercana y ambos supieron que estaban a punto de llover balas.

La furgoneta aceleró y se colocó frente a ellos, protegiéndoles con su armazón de acero blindado. Las balas rebotaron dejando en el aire un ruido metálico.

—¡Sube, Lena! ¡Voy a por los niños!

Ella subió a la parte de atrás de un salto y, en la soledad que le recibió, fue consciente del dolor de su brazo. Se lo miró. Tenía una herida que sangraba profusamente, así que desgarró la parte final de su camiseta y se improvisó un torniquete. Cerró los ojos y se centró en el dolor para aislarse del olor a sangre, de las emociones que la invadían, de los secretos que el don le había mostrado de los mercenarios a los que había matado.

Había visto quién los había contratado. La conocía bien.

Demasiado bien.

Eve Green seguía odiándola y había puesto precio a su cabeza y a la de su hermano. Cuando este saltó en el interior de la furgoneta junto a Jean, lo atrajo hacia ella y lo abrazó.

Cada día se volvía más difícil estar a salvo. Cada día, la huida pesaba más. Llevaba meses que no dejaba de cuestionarse si lo había hecho bien, si haber condenado a su hermano a aquella existencia nómada y peligrosa había valido la pena.

La furgoneta arrancó cuando Killian subió al asiento del copiloto. A su espalda, una

explosión controlada quemaba la segunda casa en la que habían tratado de esconderse.

Sin pistas, sin rastros, sin huellas. Solo huida hacia delante.

Como si fueran sombras y ceniza.

BARIS

La policía de Gante le tomó declaración a Atenea Hamilton por lo sucedido después de arrestar al mercenario que Killian había machacado en su habitación de hotel. Ella aún temblaba de miedo cuando un joven enfermero comenzó a hacerle un chequeo rutinario. No la habían herido, pero sus extremidades temblaban y sentía un frío que no desapareció ni cuando la envolvieron con una manta plateada y la obligaron a sentarse en la camilla de la ambulancia.

Había llamado a Jamie, su colega en la fiscalía de Londres para informarle de lo que le había sucedido y sabía que su amigo se encargaría de enviar a alguien para ayudarla.

Para su sorpresa, ese alguien llegó pronto.

—¿Señorita Hamilton? —Siguió la voz y sus ojos se toparon con un hombre alto, moreno y trajeado. De rostro ovalado y simétrico, era muy atractivo, con los ojos tan oscuros como el cabello y el vello facial que cubría sus mejillas.

—Sí, soy yo. —Ella no hizo ademán de estrechar su mano y él esbozó una sonrisa educada.

—Me llamo Baris Yilmaz. Soy de la Interpol —dijo sacando una placa del bolsillo interior de su chaqueta. Atenea se fijó en que la identificación reflejaba sus palabras y también en sus

manos, grandes y cuidadas—. Trabajo en Lyon.

—¿Con Dally?

—Su hermano es la última incorporación a mi equipo en el departamento de Delitos contra el Patrimonio Cultural .

—¿Es su jefe?

—Podría decirse que sí. Seguí su investigación del clan Tanaka el año pasado, antes de que pidiera una excedencia. Por eso me ha alegrado tanto que haya solicitado el cambio a mi unidad.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó ella, confusa.

—No. —Él esbozó una sonrisa amplia, que hizo que Atenea se fijara en lo carnosos que eran sus labios—. Su hermano está perfectamente, que yo sepa. Estoy aquí por otro motivo. ¿Se ha encontrado usted esta noche con Killian Mackenzie?

Atenea se envaró visiblemente, pero tardó una décima de segundo más en recuperar la compostura para mirar a su interlocutor con frialdad.

—¿Killian Mackenzie?

—El hombre que dice que la ha salvado en el hotel. ¿No es eso lo que ha declarado?

—He declarado que he conocido a un hombre en un pub y que íbamos a pasar la noche juntos, al llegar había alguien en la habitación y él me ha protegido. Pero no he dicho que se llame Killian Mackenzie.

Baris sonrió y ella vio un brillo frío en los ojos. Sabía que estaba mintiendo. Pero ¿por qué lo había hecho? ¿Otra vez?

—Me comentó que se llamaba Thomas —siguió diciendo ella, un poco más envalentonada, como si fuera capaz de convertir la mentira en verdad—. Para un rollo de una noche no se necesita mucho más.

Baris la miró unos instantes y ella supo que él trataba de detectar su debilidad. Pero Atenea llevaba a cuestas decenas de interrogatorios y conocía qué gestos delataban a las personas cuando no eran sinceras. Por eso no se inmutó, ni siquiera cuando él sacó el móvil y lo colocó frente a ella con una fotografía en la que aparecía Killian.

—¿Es este el hombre del pub?

—Sí, así es.

—Pues su nombre es Killian Mackenzie y la Interpol lo está buscando.

—¿Por algún delito en concreto?

—No. Solo creemos que, dadas sus capacidades, sería un activo muy útil en la nueva investigación contra el clan Tanaka. Además, creemos que él podría saber dónde están los herederos. ¿O no es esa la razón por la que usted le ha rastreado?

Atenea se tensó. Sabía que no tenía ningún sentido alargar aquel juego de mentiras con el hombre de la Interpol, porque era evidente que estaba poniendo las cartas sobre la mesa.

—¿Qué quiere de mí exactamente, señor Yilmaz? —preguntó ella, entrecerrando los ojos con sospecha.

—Que se una a nuestra unidad especial. Una división creada especialmente para una investigación llamada «Cuervo», que, como imaginará, está destinada a atrapar al asesino y nuevo líder del clan Tanaka.

—¿Sabe mi hermano algo de esto?

—Me temo que no, señorita Hamilton. Dada la implicación personal con la heredera Tanaka, creemos conveniente que se mantenga apartado de esta unidad especial. Al menos por ahora.

—¿Y por qué han pensado en mí?

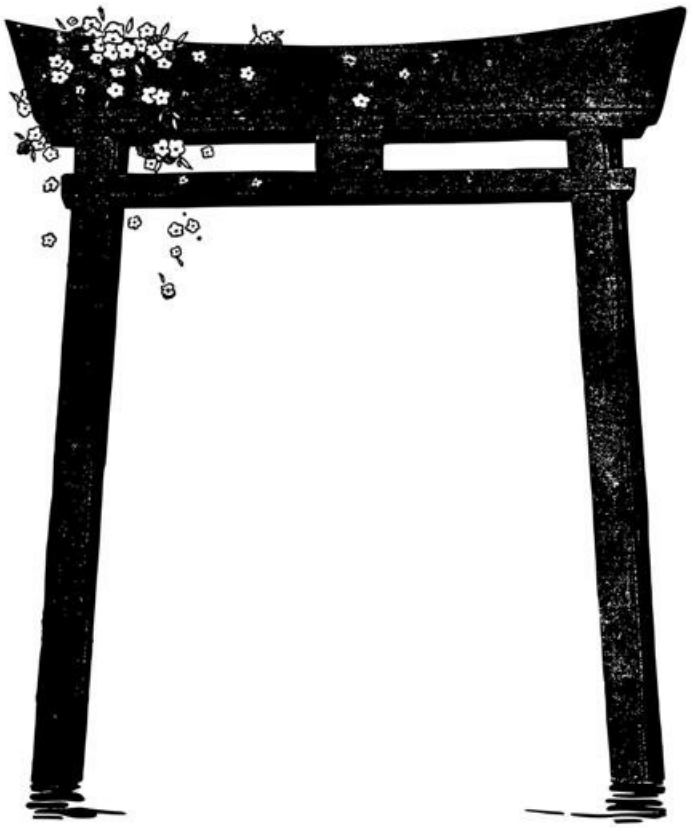
—¿No es acaso la fiscal más joven de Londres? ¿No ha llevado investigaciones contra el

tráfico de personas y ha ganado una decena de casos contra organizaciones criminales? Me he informado bien.

—Vaya —musitó ella, sorprendida.

—Entonces, si pasamos por alto la mentira que ha intentado colarme esta noche, ¿le gustaría unirse a mi unidad, señorita Hamilton?

ADIÓS, KILLIAN



—¿Estás bien, mate? —preguntó Keith.

Killian echó la cabeza hacia atrás en el respaldo y cerró los ojos. Estaba bien, pero le dolía todo el cuerpo. Tenía las manos deshechas, en carne viva, y sabía que cuando los músculos se le enfriaran el dolor sería cruel.

Pero al menos podían contarlo. Y tenían otra oportunidad para empezar de nuevo.

—¿Dónde vamos?

—Por ahora, a un piso franco en Bruselas.

—De acuerdo. Gracias, colega.

—Descansa un poco. Solo es una hora de viaje.

Por toda respuesta, asintió y se sumió en sus pensamientos, que viajaron de Atenea Hamilton a Lena. La hermana de Dallas lo había buscado y lo había encontrado. Y aquellos ojos, tan hermosos y puros, lo miraban de una manera que removía algo en él. Igual que le había sucedido con la heredera Tanaka, cuando ella lo había mirado aun sabiendo lo que era y no le había temido.

Desde luego, sentía devoción por las mujeres valientes que parecían atravesar su coraza con miradas sinceras y palabras acertadas. O tal vez era que se sentía condicionado por las palabras de Lena diciéndole que el hilo rojo del destino le conectaba a aquella otra mujer. Se pasó las manos por la cara. Estaba aturdido por los golpes recibidos, eso era todo.

Sabía a quién pertenecía su corazón. Sabía que se quedaría con Lena todo el tiempo que hiciera falta, que se mudaría de ciudad, que cambiaría de nombre y de identidad cuantas veces hiciera falta para que ellos estuvieran juntos y a salvo.

La otra muchacha no tenía cabida en su vida, así que tenía que olvidarla. Cuanto antes.

El piso franco en Bruselas los recibió una hora más tarde. Killian se encargó de meter a los niños (que tenían demasiadas preguntas y bastante miedo) en la cama después de tranquilizarlos. Keith se ausentó para conseguir víveres para llenar la nevera. No sabían cuánto tiempo se iban a quedar allí, pero los irlandeses estaban acostumbrados a ese tipo de cambios, así que sabían qué comprar, dónde y cómo moverse por una ciudad como recién llegados. Las tiendas abiertas veinticuatro horas contaban con las cosas necesarias para desayunar al día siguiente. Luego, cuando la luz llegara, y con ella otras perspectivas, volverían a organizarse. Después de todo, eran unos expertos en empezar de cero.

Aunque esta vez hacerlo pesaba demasiado. Killian lo había notado en su hijo, en Lena e Hiroshi, e incluso en sus huesos.

Cambios que trastocaban, que destrozaban.

—¿Hasta cuándo, papá? —le había preguntado Jean—. ¿Hasta cuándo seguiremos sin un hogar?

Y Killian había notado el dolor en el estómago, como una puñalada en toda su alma, porque la culpabilidad era amarga e intensa. Extraña y conocida a la vez. Tantos años siendo egoísta, viviendo por y para sí mismo y, de repente, se veía con un hijo y con dos personas más a las que amaba a cuestas.

Apretó las manos y soltó el aire para tranquilizarse como aprendió a hacer en Irak, hacía ya tantos años. Como si así pudiera enfriar su sangre y envolverse en indiferencia.

Pero qué difícil era ahora.

Cerró la puerta de la habitación donde los niños dormían abrazados y se apoyó en la madera. Cuando abrió los ojos, vio los rastros de sangre. Las gotas rojas, terriblemente delatoras sobre el mármol gris del suelo, trazaban un inequívoco recorrido hasta la puerta del baño, donde estaba Lena.

Se acercó en un par de zancadas y se lanzó sobre el picaporte.

Pero pronto comprendió que estaba cerrada desde dentro.

—¡Lena! —exclamó, con el sabor del miedo en la boca—.

¿Estás ahí?

Tenía que estarlo, pero, como la respuesta no llegó de inmediato, Killian sintió el pavor prendiendo fuego a sus músculos. Se abalanzó sobre la puerta, golpeándola con el hombro mientras maldecía.

Entonces la escuchó, llorando como un animal herido. Apoyó la oreja en la puerta para percibir con más nitidez lo que había creído escuchar. En algún momento, una bala la había alcanzado, pero no sabía cómo, no sabía la magnitud de la herida. Había sido una noche de locos. La ansiedad le invadió.

—Lena —dijo de nuevo, esta vez con más dulzura—. Sé que estás ahí. Por favor, abre…

Ella sollozó. No quería llorar. No le gustaba. Siempre había sido síntoma de debilidad y, tal y como su padre decía, los débiles no sobrevivían.

Se miró el brazo. La bala había rozado la carne, quemando y arrancando piel a su paso. Había notado la quemazón, la sangre, el dolor intenso en cada célula, pero solo importaba salir todos vivos de allí.

Lo habían conseguido. Y una vez que había comprobado que Hiro, Jean y Killian estaban bien y a salvo en aquel piso, el alivio que había sentido había hecho que la coraza con la que se había blindado se abriera en forma de lágrimas. El dolor había ido cobrando protagonismo a medida que su cuerpo se había ido enfriando, a medida que la adrenalina desaparecía.

En el espejo le había costado reconocerse. A veces, desde que ya no llevaba el colgante, su imagen se desdibujaba y se transformaba. La imagen que le devolvía su reflejo era extraña y hablaba de muerte y fuego. Porque cada vez era más animal, más salvaje.

Solo cuando cerraba los ojos y respiraba hondo, volvía a la normalidad. Había comprendido que, después de tantos meses doblegado, el don exigía el pago de una deuda. Como un parásito que destroza a su huésped.

Aturdida, se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la puerta, mientras dejaba que la herida abierta sangrara.

—Lena, por favor…

La voz de Killian le llegó amortiguada a través de la madera, pero, aun así, pudo percibir la súplica que había en la voz de su amigo irlandés.

—Deja que mire esa herida.

Lena rompió a llorar. Las lágrimas ya eran incontrolables y no se debían al dolor físico. Ojalá solo se hubieran limitado a eso. El dolor de las heridas acababa, pero el que sentía por dentro era infinito, incontenible, y despertaba al yako oscuro de su interior. Eso también lo había aprendido en los últimos meses.

—Estoy cansada de ser yo, Killian. Cansada del don, de soñar con una vida que no he podido tener.

Al otro lado, su amigo apoyó la frente en la puerta. Soltó un suspiro que temblaba porque odiaba no poder consolarla. ¿Qué podía decir?

—Lo sé, pero…

—Pero ¿qué? Casi os matan. ¿Y si le hubiera pasado algo a Jean por mi culpa?

—No ha pasado.

—No me lo habrías perdonado.

—Lena… —Cerró los ojos y apretó los dientes. Quería llegar a ella, consolarla, ver qué alcance tenían sus heridas—. Por favor…

—Estoy tan cansada… —La voz se ahogó por el llanto.

El irlandés sabía que ella no solo lloraba por lo que había pasado esa noche, ni siquiera porque estuviera cansada de huir o asustada por el destino incierto. Sabía que tenía el corazón roto. Igual que él.

—O me abres o echo la puerta abajo.

Silencio al otro lado. El corazón de Killian latió, impelido por el pánico. ¿Y si estaba herida de gravedad? ¿Y si estaba desangrándose?

—Por Dios Santo, lass, te lo estoy suplicando.

Ella notó que el corazón se le encogía. Hacía mucho que no la llamaba así. Chica, lass, con su fuerte acento irlandés, ese que tan bien camuflaba cuando se movía por el mundo y adoptaba otros nombres, otras identidades, como si eso fuera lo único que le permitía aferrarse a su verdadero yo, a su origen. A la persona que fue antes de convertirse en un monstruo.

Igual que ella.

A trompicones, aún aturdida por el dolor, se puso de pie. Descorrió el cerrojo y cuando él escuchó el clic al otro lado abrió con rapidez, guiado por el miedo.

Sus ojos azules la recorrieron, escaneando, buscando la herida. Cuando la localizó, la agarró de la mano y la condujo a la cocina. Tenía que haber dejado un botiquín de emergencia en aquel piso franco. Una vez allí, alzó a Lena por la cintura y la colocó sobre el mármol, junto al fregadero.

Curó la herida con pericia. Porque había limpiado, desinfectado y suturado decenas. La mayoría peores que esa. Lo hizo concentrado, sin apenas mirarla mientras ella lloraba en silencio.

Una vez que acabó su trabajo, colocó los brazos a ambos lados de los muslos de Lena, que se dio cuenta de lo tensos que estaban los músculos, de que las manos, convertidas en puños, rozaban con los nudillos la fría superficie de granito rojo.

No la miraba, así que ella solo podía ver su pelo negro, con algunas hebras plateadas que se colaban entre los mechones.

Pero cuando alzó la cara y clavó aquellos intensos ojos en ella, la heredera se dio cuenta de lo mucho que él le importaba, de lo mucho que había sacrificado por ella desde que había llegado a su vida. A pesar de que siempre había sido atractivo, de esos hombres que llamaban la atención, los últimos meses habían afilado sus rasgos. Los pómulos estaban más marcados, tenía ojeras bajo aquellos impresionantes ojos azules y, después de esa noche, le quedaría alguna que otra cicatriz más en el rostro.

Un tendón le palpitaba en la mandíbula y tenía el ceño fruncido. Estaba enfadado con ella por haberle ocultado que la habían herido, pero no quería decirlo.

La joven alargó la mano y acarició ese punto donde las cejas se unían como si con ese gesto pudiera eliminar todo el enfado, todo el pesar, todo el dolor que él sentía y que llevaba mucho tiempo arrastrando. Igual que ella.

Lástima que no existiera nada capaz de curar corazones rotos y vidas perdidas como las suyas.

—Mañana, Hiro y yo nos iremos. Y no vendréis con nosotros.

—¿Qué?

—Me has oído.

Cuando Killian asimiló lo que ella había dicho, sintió un torrente doloroso en su interior. Pero peor fue el miedo que inundó su sistema nervioso. Miedo a perderla, a no volver a verla.

—No.

—No estamos negociando nada.

—Claro que no. Porque no me voy a separar de ti.

—Killian… No quiero que vengas —Una vez dichas aquellas palabras, Lena se topó con un silencio capaz de engullirla.

Y con el dolor, más voraz aún en los ojos del irlandés. Esos ojos que habían sido salvajes, despiadados, no podían esconder sus sentimientos cuando ella estaba cerca. Nunca habían podido.

—Me da igual lo que quieras —dijo él al fin, con una voz que pretendía sonar fuerte, pero que a Lena le recordó a un cristal resquebrajándose. Porque eso era lo que iba a hacer: romper el lazo que tenían. Para que él pudiera estar a salvo, para que él pudiera ser libre... feliz con el tiempo.

Porque hacía mucho que se había redimido. Porque se lo merecía.

—No voy a dejarte ir, no voy a… —Se inclinó hacia delante, colocando su frente sobre la de

Lena, que le acunó la cara con sus manos.

—Ya no es tu elección.

No lo era. Sabía que no podía seguirla si ella no lo deseaba. Lo entendía. Ella tenía que velar por Hiroshi, al igual que él tenía que proteger a su hijo, el que le había dado las ganas de vivir de nuevo, cuando estaba más que perdido.

Aun así, dolía.

—Y nuestros caminos se separan aquí —dijo Lena, tratando de esbozar una sonrisa reconfortante. No lo consiguió.

—No, te aseguro que no —respondió él antes de perder el miedo y volver a besarla.

Los besos que siguieron fueron lentos, exploraciones que se demoraban, caricias titubeantes, conscientes de que ya no se tocarían más. No así. Sus destinos les arrojaban por caminos distintos. Lena amaba a otro. Siempre lo había amado. Y a Killian no le había importado. Nunca había sido celoso. Sin embargo, le había dolido que, a pesar de sus intentos, el corazón de aquella mujer solo tuviera un dueño. Pero también lo había comprendido.

Porque el amor era algo mucho más complejo que el don que ella tenía. Más indomable, más fiero, más salvaje. No se le podía adoctrinar ni domesticar.

Las manos de Lena viajaron a su camisa negra, desabrocharon con una lentitud calculada los botones. La piel fue asomando, con el tatuaje en latín, con el vello oscuro que formaba remolinos que acarició con las yemas de los dedos hasta llegar al ombligo. Killian besó su cuello, tomó entre los labios el lóbulo de su oreja.

Luego, las manos de ella se dirigieron al cierre de los vaqueros y a la cremallera. Killian gruñó. Hacía demasiado que no estaba con una mujer. Sentía el deseo con una intensidad desconocida, mezclado con miedo a lo que pasaría después. La devoró con urgencia, poniendo su alma en cada beso, en cada caricia. Cuando unieron sus cuerpos, dejó una parte de él en cada gemido, en cada suspiro, en cada mirada.

Cuando el placer les invadió, permanecieron un rato abrazados, sin palabras, todavía con las respiraciones agitadas y el sudor perlando sus pieles, tan opuestas: la de Lena, pálida y suave; bronceada y firme la de él. Pero ambas cubiertas de cicatrices que hablaban de un pasado cruel.

Y, al igual que las cicatrices no se borrarían, tampoco lo haría el pasado.

LOS ÚLTIMOS DEL CLAN TANAKA



Ahora, Gante, una ciudad portuaria surcada por ríos que reflejaban el grisáceo color del cielo, se convertía en testigo de otra huida.

Hiroshi protestó cuando ella lo sacó de la cama. Se vistieron rápido y sin hacer ruido. Cuando salieron del piso, Lena ya tenía un plan y un destino: tomarían el primer tren a Amberes. De camino hasta allí, iban mirando a cada minuto por encima de su hombro, de nuevo vigilantes, con la sensación de que alguien los acechaba. La heredera que se había puesto guantes y llevaba las palmas vendadas para controlar el don, tiró el teléfono en una papelera de la estación.

De nuevo estaban solos, desesperados. Huyendo de quienes eran y también de aquellos que los buscaban por la sangre que habían derramado. En un limbo. En medio de la nada. No podían ser los Tanaka, pero tampoco había funcionado ser otros. Tal vez, algún día, las plumas rojas dejaran de caer, la sangre dejara de derramarse en su nombre y quizás en ese momento podrían tener una vida.

Abrazó a Hiroshi y le dijo que durmiera un poco más. Luego miró por la ventanilla. Se preguntó dónde estaría Dallas. Como otras tantas veces, sus pensamientos eran para él, entre

recuerdos y preguntas. ¿Qué haría? ¿La habría perdonado? Y... ¿podría ella olvidarle?

En aquel momento, se aferró al *kitsune* oscuro de su interior, al yako que parecía alimentarse de dolor. Sabía que crecía con él. Lo había notado desde que había abandonado Londres. Cada varapalo, cada recuerdo doloroso, cada despedida lo alimentaba y las correas que lo mantenían cautivo se aflojaban un poco. Sabía que debía mantenerlo controlado, a pesar de que sentía el susurro continuo intentando que ella cediera. Pero por una vez, quería ahogarse en el dolor, autocompadecerse y sufrir. Estaba cansada de que ellos fueran los últimos Tanaka, de ser ella la última heredera *kitsune*.

LA OBSESIÓN SE VUELVE PERVERSA



Dallas despertó cuando era de día. Se incorporó despacio en el sofá, mirando en derredor para ubicarse. El lugar era diáfano, con muebles claros y ventanales por los que se veía el cielo. Parpadeó. Le dolían los ojos. Tenía la boca seca y el estómago revuelto.

Ni siquiera sabía dónde estaba.

Se puso en pie. Le dolía la rodilla. Estaba seguro de que su fisioterapeuta le iba a echar la bronca por haber forzado demasiado la máquina, porque sabía que emplearía exactamente esas palabras. No era la primera vez.

Vio varias puertas cerradas y solo una abierta. Un cuarto de baño. Bien. Después de usarlo, lavarse la cara y mojarse el pelo para espabilarse, se miró al espejo. La imagen que le devolvió le desanimó. Estaba ojeroso, pálido. El pelo le caía en chorretones sobre la cara. Se lo echó hacia atrás con las manos, pero el resultado no fue mucho mejor. Sabía que estaba perdiendo de nuevo el control de su vida.

Había visto aquel reflejo antes. Aquella mirada desesperada. Apoyó las manos en el lavabo y echó la cabeza hacia delante.

Las lágrimas anegaron sus ojos y el llanto se mezcló con el agua de su cara y con la que caía de su pelo.

Cuando se hizo el ánimo, se limpió el llanto de las mejillas y decidió que tenía que volver a casa. Salió del baño y abrió la primera puerta que vio. La sorpresa de lo que encontró le hizo abrir mucho los ojos y el aturdimiento se le fue de golpe.

Ocupando toda una pared de la habitación, había un mural conformado por fotografías, informes, retratos robot, pruebas periciales. Toda la investigación sobre el Cuervo Rojo estaba allí, expuesta y enlazada. Cada pista, cada asesinato, cada obra de arte recuperada. En el centro,

la imagen de una mujer muerta sobre una camilla de la morgue.

«Margot Klaus, Berlín», rezaba la etiqueta en la fotografía.

La madre de Johanna, la que Ryo Tanaka asesinó. Entonces supo de golpe dónde se encontraba. Cuando se giró, se dio de bruces con su compañera, que lo miraba.

—Por eso tenemos que encontrarle. No voy a descansar hasta que lo haga. —Dio un par de pasos y se plantó delante de él. Dallas la miró, perplejo—. Y sé que tú tampoco.

—Johanna…

—¿Crees que no sé por qué has solicitado el cambio a Delitos contra el Patrimonio Cultural? Por la misma razón que Turner y yo lo hicimos. Para ir a por él. Para acabar con ese maldito clan Tanaka para siempre. Todo lo que descubrimos en la primera investigación no es nada comparado con lo que hay en realidad.

—Llegamos a puntos muertos.

—Sí, pero él siguió ahí fuera, creando otro imperio. Y pudo presentarse en Londres y herirte porque tiene gente en todas partes. Incluso en la Interpol, estoy segura.

—No lo sabemos, Johanna.

—Yo sí que lo sé. Estoy segura de que tiene gente incluso en la fiscalía donde trabaja tu hermana.

Dallas apretó los dientes.

—Ya te lo dije cuando te conocí: Scotland Yard está sucia. Tú mismo lo descubriste en aquella redada que acabó mal. El imperio Tanaka tiene aliados en todas partes, pero eso no va a detenernos.

—Creo que tengo que irme. —Se apartó.

—Ya lo has perdido todo, Dallas. Él vino y se llevó lo que más querías. Te dejó hecho una mierda. Un desecho. Eso es lo que me encontré anoche en el restaurante cuando regresé a por el bolso. No un policía honrado con medallas y una carrera casi impecable. No. Eras el mismo tipo que se pasó seis meses en desintoxicación. Y todo por culpa de los Tanaka.

—Johanna…

—Ellos nos destrozaron y han seguido con sus vidas —dijo ella con rabia—. No es lo que nos merecemos. ¡No podemos dejarles que se salgan con la suya!

Él se dio la vuelta y se encaminó a la puerta.

—Sé que piensas como yo. Sé que estás dispuesto a lo que sea para llegar hasta él y que ya no es por justicia. Porque hasta eso se llevó Ryo Tanaka: las ganas de justicia de un hombre decente y honesto que ahora solo piensa en la venganza.

Dallas apretó los dientes y miró el mural de la pared. Cada palabra de Johanna era cierta, de una manera terrible y cruel, verdades que se enquistaban y se tornaban secretos como los que Lena descubría con un leve roce. Igual que había hecho aquella vez, bajo la lluvia, cuando él la había abrazado y ella había descubierto punto por punto su plan suicida, sus demonios, sus errores.

Sabía que estaba volviendo a ese lugar de no retorno. Lo notaba crecer dentro de él, enredándose como una zarza de espinas que dejaba a su paso veneno y promesas de muerte.

—Venganza incluso hacia ella, que te dejó sin despedirse, que quemó vuestros recuerdos, como si no valieras nada. Pero tú aún la amas ¿verdad?

Él apretó los dientes. La amaba, pero no quería. Quería odiarla. Quería que desapareciera de su mente. Olvidar su voz, sus ojos extraños, su piel de seda. Si cerraba los ojos aún podía recordar en sus yemas el tacto de su piel, el aroma en su nariz, los besos en sus labios.

—No, no la amo —mintió.

Johanna dejó escapar una risa cruel que rezumaba ironía.

—No puedo amar a alguien que se ha marchado sin despedirse

—dijo él en voz alta. Tal vez si lo decía las suficientes veces acabaría por convencerse a sí mismo.

Johanna avanzó hasta él y tomó su cara entre las manos. Lo miró a los ojos durante unos instantes y luego, lo besó en los labios.

—Eres un mentiroso terrible, Dallas Hamilton —susurró, junto a su boca.

No debía besarla. No debía dejar que Johanna lo besara. Pero no lo impidió. Solo quería olvidar los besos de Lena, su sabor, sus recuerdos que tanto pesaban y dolían.

Cuando le devolvió el beso a Johanna, estaba decidido a pasar página. A olvidar.

Pero como aquella mujer acababa de decirle: era un pésimo mentiroso.

AMBERES



Lena y su hermano llegaron a Amberes a mediodía. Comieron algo en un pequeño restaurante, compraron una mochila que llenaron con provisiones y ropa y alquilaron una habitación en un hotel cercano para descansar mientras ella localizaba a un contacto de los tiempos en los que trabajaba con su padre para que les facilitara un hueco en un pequeño carguero que los llevaría a Riga. Desde ahí, viajarían a San Petersburgo y luego a su hogar. Al último que les quedaba.

«Ya sabes dónde encontrarme. Donde te hice una promesa». El palacio de Takayama.

Lena se sentía sobrepasada. Le costó doce días llegar al contacto, apenas podía pensar con claridad y su hermano no dejaba de pedirle que volvieran a Japón, con los suyos, tan asustado y abrumado como ella. Cerró los ojos. Le dolía la herida de bala y sabía que tendría que cambiar el vendaje a menudo porque, si no, se le infectaría. Pero eso podía esperar. Se metieron en la cama del hotel y, abrazados, durmieron un poco.

No sabía qué les depararía el viaje y tenía que estar descansada y alerta. No desaparecía el presentimiento de que todo iba a ir mal.

El don, más salvaje que de costumbre, le pedía que cediera a él, a su parte oscura, porque él

les protegería.

A veces ella lo deseaba, pero... ¿a qué coste? Conocía por su abuela la historia de la *kitsune* de la que descendían y desde que había dejado de llevar el colgante tenía un miedo terrible a volverse tan oscura, con tantas ansías de violencia y un apetito tan insaciable por la destrucción. ¿Es que no llevaba demasiadas muertes sobre su conciencia ya? ¿Cuántas más podría soportar antes de enloquecer?

Sentía que las amarras que sujetaban al yako de su interior temblaban y se aflojaban. Por eso tenía que ser fuerte. Porque ella, con su determinación y su fiereza, era lo único que mantenía preso a aquel animal salvaje.

Seguía pensándolo cuando abandonaron el hotel. La lluvia no había cesado desde que habían abandonado Gante y ahora, más de una semana después, cuando la noche cubrió la ciudad de Amberes, caía con más fuerza.

El don le dijo que se diera prisa. Así que, pese al cansancio de su hermano, lo apremió para que no se detuviera.

Vestido con un chubasquero amarillo, Johan les esperaba en la orilla. Detrás de él, Lena vio un barco negro con varios contenedores de colores en la cubierta.

—¿Señorita Tanaka?

La lluvia les envolvía con más intensidad, cayendo sobre el plástico de sus chubasqueros con un molesto chop-chop-chop.

Lena miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie y asintió.

—Todo está preparado para su viaje.

—Gracias. —Metió las manos en su bolso para sacar el dinero, pero entonces lo notó, viniendo de aquel hombre: el miedo.

Aléjate, susurró el don.

Ella, alarmada, rodeó a su hermano con sus brazos y retrocedió.

—¿Qué sucede, señorita Tanaka?

Un trueno rasgó el cielo en esos momentos, lo que permitió que una parte del barco quedara iluminado. Había personas agazapadas en la cubierta, esperando una orden.

Trampa, siseó el don.

—Creo que cancelamos el viaje. —Se echó hacia atrás cuando, a pesar de la lluvia que caía, vio que las figuras se ponían de pie. No tardó en reconocer los chalecos de la Interpol y el brillo de más de un arma.

—¡Hikari Tanaka! —dijo una voz de mujer—. ¡No se mueva!

¡Solo queremos hacerles unas preguntas!

Entrecerró los ojos para distinguir quién le hablaba. No tardó en reconocerla. Era Atenea Hamilton. ¿Qué hacía ella allí? ¿Y si también estaba…?

A pesar del pánico, su corazón comenzó a latir con la esperanza de volver a ver a Dallas. Miró a su alrededor, pero no lo localizó.

—¡No se muevan! —Otra voz de mujer vino de arriba, acompañada de un haz de luz cegador y el rugido de unas aspas de helicóptero—. ¡Están arrestados!

A Lena comenzaron a embotársele los sentidos: la lluvia caía sobre sus ropas y el suelo, la luz le cegaba los ojos, el sonido de las aspas del helicóptero le hirió los oídos. Se sentía mermada, cuando no podía estarlo si quería salir de allí. Además, el miedo de Hiroshi la estaba empapando más que la propia lluvia. Por eso, cedió a la voz del don. Fue solo un segundo, pero el animal salvaje soltó una carcajada y se liberó una de sus ataduras.

De repente, ella fue consciente de todo lo que la rodeaba con mayor claridad. Distinguió a

Johanna desde el helicóptero, aferrada al megáfono con una mano.

Descubrió que había cinco hombres en la cubierta, armados y nerviosos, uno de ellos más que el resto. Había algo extraño en él, un aura que ella no podía identificar, pero cuando quiso averiguarlo, percibió que Atenea Hamilton pedía por pinganillo a algún superior que la dejaran hablar a ella para negociar una entrega amable.

Porque iban a detenerles.

Porque su huida, esa en la que llevaban años enfrascados, llegaba a su fin.

—¡No vamos a entregarnos! —gritó Lena—. No van a detenernos…

La orden que salió de su boca se expandió como la pólvora. El don era mucho más fuerte que antes, porque estaba desesperada. Por primera vez desde que había huido.

—¡No van a detenernos! —alzó más la voz—. ¡Nadie se mueve!

Tenía toda su concentración en aquellas órdenes, a pesar de que sentía la satisfacción del yako al ceder a él. Pero si con eso conseguía que se salvaran, no le importaba abrazar su vertiente oscura.

Comenzó a retroceder, después de colocar a Hiro a su espalda. Entonces, vio de reojo unas luces rojas y azules que se aproximaban a toda velocidad. Más policía.

Antes de que pudiera pedirle a Hiro que estuviera tranquilo, su hermano echó a correr. Fue solo un segundo en el que ella dijo su nombre y dejó de lado la concentración con la que mantenía a raya a los que trataban de detenerles. Sonó un disparo, que pasó cerca de ella, con la bala silbando bajo la lluvia. El don mostró al shinigami, envolviendo con su sombra a su hermano. Alargó la mano para alcanzar a Hiroshi, pero fue demasiado tarde. La bala le alcanzó directamente en el pecho, a la altura del corazón, atravesándolo al instante. Hiro cayó hacia atrás y el shinigami, una bruma oscura de azufre y fuego, lo cubrió.

El grito que salió de la garganta de Lena resonó en el silencio con una fuerza animal. Porque otra de las cadenas que ataban al *kitsune* oscuro se había quebrado.

Los coches de policía derraparon al detenerse cuando los faros se les apagaron. Pero ningún agente bajó, a pesar de que contemplaban una escena anómala. En la dársena del puerto, una joven abrazaba a un niño, ya muerto, que aún tenía la sangre caliente manando con violencia de una herida abierta.

La joven tenía los ojos brillantes, en un tono rojizo, y de ella se desprendía un aura plateada con forma de nueve colas que se movían y resaltaban entre la oscuridad reinante. Todo se había fundido: las luces del puerto, las del helicóptero que les sobrevolaba y que no tardó en perder el control y comenzar a precipitarse.

—¡Nadie se mueve! ¡Nadie dispara! —fue capaz de gritar.

Lena se agachó a darle un beso en la mejilla a su hermano. Lo abrazó de nuevo, mientras decía unas palabras en japonés para que su alma la acompañara. El shinigami protestó, pero lo permitió. Ella se puso de pie y caminó hasta la orilla. Dibujó unos caracteres japoneses en el aire.

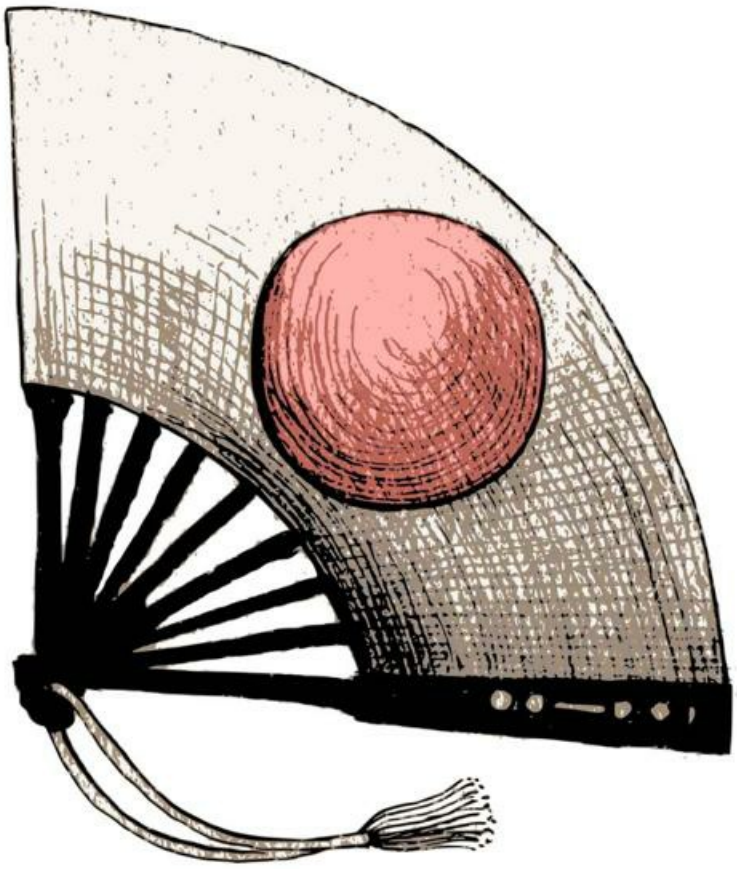
Pronto, sus palabras fueron escuchadas. De la superficie, salió una cabeza de mujer con rasgos de pez y aletas por orejas. Al emerger un poco más, distinguió su torso humano, con boca de mono y escamas doradas y brillantes. Lena se fijó en los dedos largos y huesudos con garras afiladas.

—Ningyo, ayúdame —pidió.

La sirena mostró su boca llena de dientes puntiagudos en una sonrisa.

Y la heredera saltó a sus brazos.

MORGUE



Atenea no sabía cómo iba a decírselo a su hermano. No sabía qué palabras emplear. Y, sin embargo, de manera casi sistemática, buscó el número de Dally entre sus contactos y llamó.

Él contestó somnoliento y se lo imaginó restregándose los ojos y echándose el cabello hacia atrás.

—¿Atenea?

Como respuesta, ella asintió, aunque sabía que no podía verla. La garganta se le había cerrado, porque... ¿qué palabras emplear para que la verdad doliera menos? No existían. Sabía que iba a destrozarle. Sabía que partiría su corazón en tantos pedazos que ya no podría recomponerse.

—¿Atenea? ¿Estás ahí? —El sollozo que quebró el silencio al otro lado de la línea lo puso alerta. Dallas se incorporó en la cama, haciendo caso omiso del dolor de su rodilla y de sus costillas que aún se resentían ante los movimientos bruscos.—¿Qué ha pasado?

—Ven a Amberes —dijo entre sollozos—. A la comisaría de policía.

Cinco horas después, cuando Dallas llegó, estaba asustado. Se acercó al mostrador de la

entrada y, al presentarse, el joven oficial le dijo que le esperaban en la morgue.

Morgue, morgue, morgue.

La palabra rebotó en su cabeza de un lado a otro, dejando heridas invisibles y más miedos. Ni siquiera esperó al ascensor. Bajó a la última planta a la carrera, ignorando los pinchazos de su maltrecha rodilla.

El pasillo era largo, blanco, con camillas metálicas a los lados. Al fondo, una pequeña ventana por la que la luz del sol entraba lejana e irreal, casi fantasmagórica.

Y allí estaba su hermana. Aquellos rayos arrancaban destellos a su pelo naranja, como en un cuadro de Tiziano. Demasiada vida en un lugar que olía a antiséptico para espantar el aroma acre de la muerte.

—Dally… Lo siento, de verdad… Yo…

Pero él no la escuchó. Pasó por su lado a toda prisa, hacia la puerta que permanecía entreabierta. La empujó con ansiedad y entró. El frío de la morgue le recibió con violencia como preludio de lo que iba a encontrar.

Con un primer vistazo vio dos forenses vestidos de azul, con sus guantes y sus mascarillas.

—Dallas Hamilton, Interpol —dijo antes de que le cortaran el paso.

Casi se abalanzó hacia la camilla de metal cubierta por una sábana verde. El cuerpo era pequeño. Lo supo con el primer vistazo: quién yacía allí, pero, aun y con eso, apartó la tela con un gesto rápido.

De repente sentía que su cerebro había pasado de ir a toda prisa a funcionar a cámara lenta. Recorrió el cuerpo de Hiroshi Tanaka. Tenía los ojos abiertos e inexpresivos, la piel lívida, helada, y los miembros del cuerpo ya rígidos.

Una herida de bala en el centro del pecho, justo en el corazón.

Había sido una muerte rápida.

—Hiro, no, no, no, no, no… —Las manos le temblaban cuando acunó la cara del niño. Estaba helada. Las lágrimas anegaron sus ojos, la respiración se le volvió pesada. Se echó hacia atrás y se desplomó contra la pared.

Se pasó las manos por el pelo, mientras luchaba por respirar, por mantenerse centrado.

Su hermana entró, abatida. ¿Qué demonios había pasado? Pero no pudo preguntarle porque las palabras se habían desvanecido.

—Los encontramos —comenzó a decir ella. Dally miró el cuerpo muerto de Hiro, su rostro, sus ojos, las líneas de su boca... y el dolor que sintió lo abrumó. Negó con la cabeza. No, no podía escuchar aquello. Pero debía hacerlo—. Los teníamos en el puerto de Amberes. Un antiguo confidente del clan nos los entregó. Pero Lena lo supo. Yo quería hablar con ella, que se entregaran, que nos ayudaran a llegar a Ryo a cambio de su libertad. Lo tenía todo acordado, de verdad que sí. Pero salió mal.

A pesar de la angustia en el rostro de su hermano, por el que no dejaban de caer lágrimas, Atenea siguió adelante. No podía callarse. Necesitaba explicarse ante él, porque necesitaba que la perdonara. Si no la absolvía su propio hermano, al que tanto había admirado, amado y comprendido, ¿quién iba a hacerlo?

Ella no podía, desde luego. Nunca podría hallar consuelo a lo que había pasado bajo sus órdenes. Pero él lo entendía. Tenía que hacerlo. Sabía lo que era que las cosas se escaparan a tu control. Sabía lo que era que la sangre de inocentes se derramara sobre tu conciencia.

Lo sabía, pero aun así… ¿Por qué la miraba como si la odiara?

—Alguien disparó. Ni siquiera sé quién. Era de noche y llovía. Y…

—¿Y Lena?

—Ella gritó y entonces ocurrió algo. Todos lo vimos, Dally. Su silueta blanca, envuelta en sombras. Y todo se quedó a oscuras. No podíamos… No podíamos movernos. Y ella desapareció. Saltó al agua, sé que lo hizo porque lo oí, pero… No la hemos encontrado. Es posible que también esté… muerta.

Dally negó sistemáticamente. No, no era posible. Miró el cadáver del pequeño Tanaka. ¿Y si su hermana tenía razón y hallaban también sin vida a Lena? ¿Tendría que verla en una camilla metálica, desnuda, helada, con la mirada fija y vacía de los difuntos?

No.

—Ella está viva.

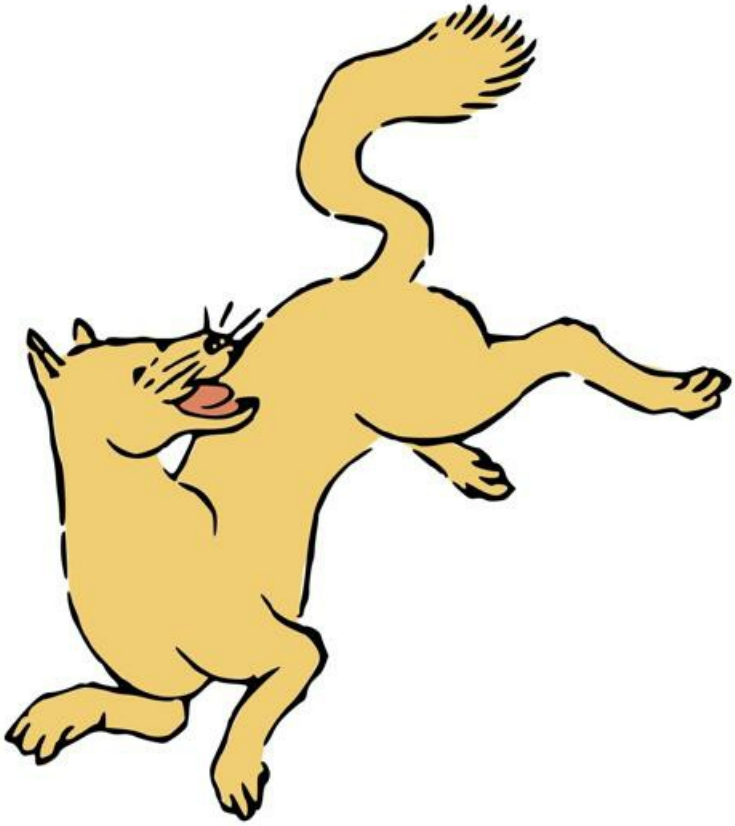
—Llevan horas peinando la costa, Dallas. —Una voz de mujer se abrió paso en el silencio que reinaba en la morgue. Al alzar la cara se encontró con Johanna—. Las corrientes eran fuertes y es posible que la haya engullido el mar.

—¡He dicho que no está muerta! —Cerró los ojos y apretó los dientes. Era la única certeza que le quedaba. Y siguió encendida, a pesar de que el paso de las horas amenazaba con apagarla.

Se desplazó al puerto, al lugar donde todo había sucedido. Un equipo policial de buzos seguía recorriendo la zona. Sabía que las posibilidades estaban en su contra, pero también sabía que Lena no era una chica normal y corriente.

Ella tenía que estar viva. Y él iba a encontrarla.

LA PROMESA



Lena se sentía distante, ajena a sí misma, a su propio cuerpo. Como si fuera una sombra proyectada y manejada por otro. Cuando la ningyo la dejó en una de las orillas del río Escalda y salió del agua, las piernas le fallaron y cayó. Con las manos tocó la gravilla del suelo, sintió que las pequeñas piedrecitas se le clavaban en la palma. Un pinchazo de dolor que la acercaba a la realidad, a su cuerpo. El mismo que parecía no pertenecerle, porque sentía que se miraba desde fuera, ajena a sus extremidades.

Se centraba un segundo y luego la mente volvía a dispersarse como arena en el aire. Su hermano estaba muerto. ¿O no lo estaba? No podía haber pasado. No quería creerlo. Pero luego, al alzar los ojos, lo veía frente a ella. Etéreo, brillante. Un yūrei.

—Llévame a casa.

Tenía el cuerpo sacudido por las lágrimas, el sabor de la sal en sus labios, y llanto y más llanto. Y por fin, una promesa entrecortada.

—Te lo prometo, Hiro-chan. Descansarás en casa.

Parte 2

Cuando surgen los monstruos

LA HEREDERA



Shanghái había sido un desastre que había acabado en un baño de sangre. El negocio, que había tenido lugar a orillas del Huangpu mientras las luces iluminaban los edificios coloniales, el Shanghai World Financial Center, la Perla de Oriente y la Torre Jin Mao, se había ido al garete porque los compradores de una espada ceremonial de la dinastía Han habían pretendido matar a Ryo y a los suyos. Habían preparado una emboscada chapucera que había acabado con fuego cruzado.

El clan Tanaka apenas había tenido bajas. Aunque una bala había rozado la pierna de Ryo mientras huía. Había notado el fuego, el dolor, la carne quemada por la pólvora. Pero no lo había mencionado. Se había limitado a subir al coche blindado junto a Marco, que no había dicho nada tampoco, y habían recorrido la ciudad hasta donde les esperaba el avión privado con el que regresarían a Japón. Ya en el hangar del aeropuerto, el resto de los suyos había descubierto su herida.

Porque El Cuervo Rojo rara vez sangraba. Eve había sido la primera en darse cuenta y en actuar en consecuencia, corriendo hacia él como si fuera su madre.

—Estoy bien —había dicho él con brusquedad. Con demasiada, lo que había hecho que Eve lo mirara con una ira que en realidad pretendía encubrir el dolor que le había provocado con su desprecio.

Sabía que había cometido un error al acostarse con ella. Y sabía que había seguido cometiendo ese error porque ella quería algo más. Lo veía en sus ojos cada vez que lo miraba, en esas frases que dejaba caer, en ese desprecio hacia Hikari que cada vez le costaba más disimular.

La razón era que él no había podido olvidar a la que había sido el amor de su vida. Ni siquiera lo había pretendido. Ahora que tenía el colgante que silenciaba el don, se levantaba cada

día con la esperanza de que ella regresara a por él.

Cuando subió al avión, seguido por Marco y Eve, se sentó al final del todo. No quería que nadie le auxiliara y no soportaba las miradas de compasión porque él tenía que ser el líder y todo su imperio se basaba en su frialdad, en su crueldad.

Como le dijo una vez a Hayato, había levantado su imperio sobre ríos de sangre.

Por ese motivo, él no podía quejarse cuando le herían. Aunque hubiera pasado solo un par de veces en todo el tiempo que llevaba trabajando para el clan. Antes para Hayato, ahora para él mismo.

Miró por la ventanilla mientras despegaban de regreso a su palacio. De repente, un presentimiento le asaltó con tanta fuerza que el corazón se le encogió .Se llevó la mano al pecho, sorprendido por la intensidad del dolor que se había despertado en su interior.

Seis horas después, llegaban a Takayama y, a pesar de que había tratado de mostrarse impertérrito, la pérdida de sangre y el dolor habían ido mermando su fortaleza. Tanto que, cuando descendió del coche, a punto estuvo de caer. Eve y Marco corrieron en su ayuda y esta vez no se opuso a que lo hicieran.

Apoyado en ellos, atravesó los pasillos hasta el salón central.

—Señor Tanaka, está aquí… —dijo Mika, la representante del servicio, con apenas un hilo de voz.

—¿Quién está aquí? —preguntó sin entender. Le dolía la herida y se sentía aturdido por la incesante pérdida de sangre. Se desembarazó de Eve y de Marco y se tambaleó, pero no cayó. Consiguió apoyarse en la mesa. Alzó la cara y miró a Mika. La mujer le contemplaba con los ojos llenos de miedo y desconcierto—.¿Quién está aquí, Mika? No estoy para acertijos.

—La heredera.

Dos palabras que llevaba esperando años.

Ella, ella estaba allí.

Se incorporó, pese a que las piernas le temblaban. Notaba el sudor caer por su frente. Sabía que tenía la camiseta empapada y manchada de sangre y reconocía los primeros síntomas de la fiebre por la infección de la herida después de tantas horas abierta. Pero, aun así, necesitaba verla.

Miró a Eve. La vio apretar los puños, pero poco le importaba que se molestara porque él había conseguido lo que tanto deseaba.

Su mayor anhelo. El único.

—¿Dónde está?

—En el jardín —le informó—. Pero, señor Ryo, hay algo que… Algo que debe saber.

Él frunció el ceño. No podía pensar con claridad, pero intuía que algo iba mal porque el presentimiento que había tenido en el avión no le había abandonado. Se pasó la mano por la cara empapada de sudor. Alzó los ojos hasta un espejo lateral y le costó reconocerse en la imagen que vio: las ojeras pronunciadas y en un tono cárdeno bajo los ojos, la piel cetrina, la boca seca, los ojos brillantes por la fiebre y el olor a óxido que le envolvía y abrumaba sus fosas nasales.

—¿Qué debo saber?

—Que ella ha venido sola. Sola.

Sola.

Sola.

La palabra que activó sus piernas, a pesar del cansancio, del dolor. Porque sabía y conocía lo bastante bien a Hikari como para saber que nunca regresaría sola.

Atravesó las estancias a la carrera hasta la puerta que daba al jardín. El silencio que le recibió

en el exterior era pesado, un presagio maligno. Lo notó en los huesos, a través de la herida abierta, llegando hasta su alma.

Algo malo, algo oscuro. Algo terrible había sucedido.

Algunos copos de nieve cayeron del cielo. Como aquella noche cuando la vio por primera vez. Tomó el sendero que atravesaba el jardín, luego cruzó el puente sobre el lago. Sabía dónde estaría. Justo en la glorieta central, en el columpio.

El dolor de la herida tiraba de su piel y los pinchazos se extendían e irradiaban hacia dentro. Notaba cómo la sangre se deslizaba hacia abajo, por la pierna, empapando todo el tejido del pantalón hasta la pernera. Pero eso no lo hizo detenerse.

Cuando la vio, el corazón le aleteó en el pecho. Ni siquiera cuando la había visto en el restaurante le había latido así. Porque ahora, además, lo hacía espoleado por el miedo, por aquella sensación en la nuca que se acrecentaba a medida que se acercaba.

Estaba de pie y de espaldas junto al columpio. Ryo llegó al primero de los escalones y las fuerzas le fallaron. Cayó de rodillas. Alzó la cara y con voz trémula la llamó:

—Hikari-san…

Se giró lentamente y Ryo vio el cambio obrado en ella. Más delgada, más pálida. Aristas y huesos donde antes no los había. La piel blanca —seda y porcelana— contrastaba con la ropa negra y el pelo, suelto, con mechones que parecían plata bruñida. Se fijó en los ojos, salvajes, más propios de un animal que de una persona, con un brillo sobrenatural que le puso el pelo de punta. Ojos rojos enmarcados por sombras grises.

—¿Dónde está nuestro hermano?

—Está muerto —dijo ella, con la voz quebrada.

Ryo sintió el dolor que Hikari transmitía, profundo, inconmensurable. Negó con la cabeza, porque no podía ser. No podía haber sucedido. Sabía lo mucho que ella amaba a su hermano.

No estaba abatida. Estaba destrozada. Rota e irreparable.

—Solo he podido traer su espíritu… —Las palabras salían a borbotones, dejando dolor a su paso porque era la primera vez que lo decía en voz alta—. Hiro me pidió que lo hiciera. Quería volver a casa. Y esta era la única que nos quedaba…

Ryo asintió. Cerró los ojos y apoyó las manos en el suelo, vencido por el dolor y las circunstancias. Porque había deseado que ella regresara, pero nunca así.

Cuando volvió a mirarla, supo que ya no era la misma.

CRISANTEMOS



No tenían un cuerpo que limpiar; no poseían un cuerpo que orientar al norte. Solo un hitsugi[4] de madera, vacío. No tenían cenizas que recoger. No tenían huesos para meter en una kotsutsubo.[5]

Hikari estaba de pie, con un kimono negro, el cabello suelto como un río de argento, mientras que el monje cantaba un sutra (kyō) por el alma de su hermano, que solo ella podía ver. Pronto recibiría un nuevo nombre budista, un kaimyo, escrito con un kanji antiguo, para evitar que su alma regresara, para que no pudiera ser invocado de nuevo usando su nombre en vida.

«Adiós, Hiroshi-chan. Adiós, mi pequeño».

Estaba nevando con intensidad y los copos de nieve contrastaban al caer sobre la ropa oscura que todos lucían. El aroma a incienso les envolvía recordándoles que eran mortales, que la vida no era más que una sucesión de vivencias que podían teñirse de un dolor cruel.

Ryo, con un traje tan negro como la camisa y la corbata, llevaba consigo también un rosario budista conocido como juzu que Hayato Tanaka le había entregado de niño. Lamentaba profundamente haberlo usado por primera vez en aquellas circunstancias. Lo sujetó con fuerza en

la mano, notando que se le clavaban las cuentas en la piel. Cerró los ojos y apretó los dientes para mantener a raya la tristeza.

Todos los que habitaban en el palacio Takayama asistieron, incluido el nuevo ejército de Ryo encabezado por Marco y Eve, los únicos occidentales. Estos observaban y descubrían, por primera vez, la ceremonia funeraria tan distinta a la de sus países de origen.

Nadie decía nada. Ryo no podía dejar de apreciar la metamorfosis en Hikari, tan cambiada, tan distante, como si lo único que estuviera allí fuese su cuerpo. La veía con la mirada clavada en algo que había frente a ella, junto al sacerdote budista. Le había dicho que había conseguido traer el alma de su hermano. Supuso que era lo único que ella contemplaba, ya que sabía que aquello sería una despedida. Si las almas se quedaban atrapadas en el plano terrenal, acababan convirtiéndose en yūrei, fantasmas atormentados y agresivos. Hikari nunca permitiría que a su hermano le sucediese algo así.

Aquel jardín había sido elegido por ella para enterrar el ataúd vacío, ya que no tenían cuerpo que incinerar. Habían elegido una lápida de piedra, un pequeño monumento con el nombre completo del fallecido, para tener un lugar al que orar, al que acudir.

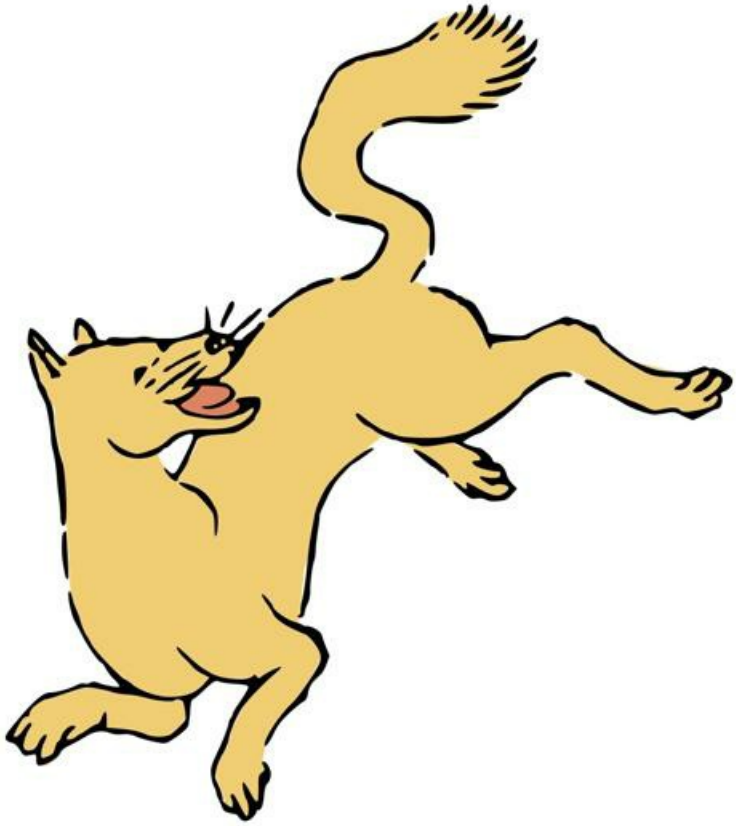
Cuando el ataúd ya estaba en la tierra, Hikari dio un paso hacia delante y se quedó al borde del agujero. Cerró los ojos y dibujó un kanji en el aire. Con lágrimas en los ojos, vio cómo el alma de su hermano desaparecía de la mano de un shinigami. Luego, lanzó un ramo de crisantemos sobre la tapa del ataúd.

«Adiós, mi pequeño».

Ryo se acercó, agarró una pala y la hundió en la tierra. Fue el primero que dejó caer la arena sobre el ataúd. El impacto sobre la madera resonó en el silencio.

La nieve, que caía de manera más intensa, se mezclaba con la tierra negra.

LA KITSUNE



Llevaba demasiado rato frente a la tumba, pero no le importaba. La nevada comenzaba a ser intensa y se arremolinaba alrededor de ella helando sus músculos debajo del kimono de seda.

Ya no le quedaba nada. Su hermano, su tesoro, estaba muerto.

Por su culpa.

Le había fallado y lo había visto morir ante sus ojos. Tan joven, un niño... Y alguien había segado su vida con una bala.

¿Y si se hubieran entregado? Los habrían separado, pero Hiroshi estaría vivo.

Había repasado en su cabeza lo que había sucedido en Amberes. Una y otra vez, una y otra vez, hasta analizar cada recuerdo. Como si así pudiera cambiar algo. Como si pudiera sentirse menos culpable.

Todo era en vano, por supuesto. Porque ella era la adulta que debía haber cuidado de su hermano y, a pesar de todas las precauciones, a pesar del don, había fracasado.

En su interior, el yako murmuraba y se alimentaba del dolor, creciendo, haciéndose fuerte,

devorando la escasa bondad que aún le quedaba. Sabía que, en cualquier momento, la oscuridad se apoderaría de ella por completo.

Por eso se había propuesto olvidar que una vez se hizo llamar Lena. Porque aquel nombre pertenecía a alguien que podía amar y ser amada.

Ahora volvía a ser Hikari Tanaka.

Ahora ni siquiera podía derramar lágrimas.

Alzó los ojos hacia el límite del bosque porque un ruido llamó su atención. Y entonces lo vio. Había un zorro blanco con nueve colas mirándola.

«Sígueme», le escuchó decir dentro de su cabeza. Y sin dudar, le obedeció.

Ryo estaba a unos metros, sin dejar de observar a Hikari. Se había negado a entrar en el palacio y había rechazado el abrigo que le habían acercado.

La herida de su pierna escocía, a pesar de que se habían ocupado de ella antes del funeral. No podía dejar de mirarla. Había tratado de controlar sus sentimientos, porque después de todo, era el líder del clan, con una fama despiadada que infundía temor a todo el que trabajaba para él. Porque, tal y como Hayato le había enseñado, era la forma más efectiva de mantener el control.

Si eras débil, pronto germinaban los traidores. ¿O no era eso lo que él había acabado haciendo cuando supo de la enfermedad de su padre? ¿Acaso no urdió un plan contra él, plantando las semillas del nuevo imperio?

Había conseguido todo lo que se había propuesto. Y ahora, además, Hikari estaba de regreso. A su lado.

Pero no era la misma. Podía verlo a simple vista, pero lo notaba. El susurro áspero del animal salvaje que ella siempre había llevado en su interior y que ahora parecía más fuerte. Él sabía bien de qué se trataba. Tenía en su poder los diarios de Yukiko en los que contaba cómo había logrado domesticar al don después de la muerte de un ser querido.

Aunque la tatarabuela de Hikari nunca se había dejado seducir por completo por la oscuridad del yako, como casi parecía haberle sucedido a ella.

Ryo también sabía que había una forma de que volviera a ser la de antes, aunque era algo tan peligroso que no estaba dispuesto a intentarlo.

Hikari estaba allí, eso era lo importante. Y él conseguiría que volviera a amarlo de nuevo. Porque, a diferencia del resto de hombres que ella había conocido —como ese policía cuyo nombre apenas podía tolerar—, él sí que podía abrazar aquella oscuridad y amarla sin reservas.

A los monstruos solo los entienden otros monstruos. Hacía mucho que lo había descubierto.

Por eso, cuando la vio adentrarse en el bosque, no dudó en seguirla.

TAMAMO-NO-MAE



Ryo la llamó, pidiéndole que no se alejara, que no se adentrara en el bosque. Pero ella no obedeció. El kitsune echó a correr y ella lo siguió a través de un sendero que se bifurcaba y se retorcía. Pronto estaba en el corazón del bosque, tan espeso que la nieve apenas podía atravesar las copas de los árboles. El silencio que la envolvía le permitió escuchar una voz de mujer guiándola. Siguió caminando hasta que llegó a un pequeño claro junto a un lago helado que la luna iluminaba.

Volvió a ver al *kitsune*. El animal caminó hasta un saliente elevado y allí se transformó bajo la luz de la luna. Entre sombras, apareció una mujer desnuda que no tardó en cubrirse con una capa oscura. Su cabello negro era largo hasta rozar sus rodillas, su piel era blanca y su boca, pequeña, destacaba en un intenso color rojo. Era hermosa, pero irreal e inquietante, sobre todo porque tenía el mismo rostro de Hikari, como un reflejo en carne y hueso.

—¿Quién eres?

—Me llamo Tamamo-no-Mae. Y tú, Hikari, eres mi heredera.

—La voz sonaba humana pero rasposa, como si hiciera un esfuerzo por controlar las cuerdas vocales.

—Conozco tu historia —fue capaz de decir mientras recordaba lo que su abuela Ayumi le había contado: que su antepasada había nacido hacía más de 3.500 años y fue una *kitsune* mágica que era una gran cambiaformas.

Como todos los seres de aquella raza, a los cien años adquirió la novena cola. Pero, además, era una hechicera muy poderosa, aunque muy malvada, ya que en cada dinastía provocaba conflictos y muerte. Se tenía constancia de que había hecho de las suyas en varios países y las leyendas contaban que llegó a Japón, donde apareció como un bebé que un matrimonio cuidó

hasta que el emperador la llevó a la corte, donde sobresalió por su inteligencia y su belleza. El emperador se enamoró de ella y la convirtió en su cortesana. Repentinamente, el emperador enfermó y ningún médico conseguía saber qué era lo que estaba haciendo morir al monarca, hasta que un sacerdote descubrió que su amada Tamamo-no-Mae era la causante, pues en un reflejo vio que era una *kitsune* que iba disfrazada de humana. Al verse descubierta, desapareció.

Un tiempo después, cerca de Nasu, donde vivían los Tanaka, volvieron a descubrirla y el emperador decidió que era momento de deshacerse de ella. Convocó a sus mejores guerreros, llamados Kazusa-no-suke y Miura-no-suke. Aunque logró eludir a los cazadores por algún tiempo, sabía que no tardarían en darle caza, así que, una noche, utilizando sus poderes se le apareció a Miura- no-suke en un sueño. Le rogó por su vida y le prometió poder si la dejaba vivir. Este rehusó la oferta de la *kitsune* porque era inmune a su don y no se dejó embaucar. Al día siguiente, los cazadores encontraron al zorro en la llanura y Miura-no-suke disparó, matando a la criatura mágica con su flecha...

—Pero mi abuela me dijo que moriste. Te convertiste en un sessho-seki, la piedra asesina.

—Eso dicen… Los humanos, tan fáciles de engañar — dijo ella, desdeñosa—. Como tu madre aquella noche de hace veinticuatro años.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hikari, confusa.

—Poseí a tu padre una noche y, como resultado, tu madre quedó embarazada.

—No puede ser… Pero… ¿Acaso no descendemos de ti?

—Sí. Pero mi poder se estaba perdiendo, cada generación era más débil. Mi legado se diluía y eso me condenaría al olvido. La historia de Tamamo-no-Mae, la bruja *kitsune* que derrocó imperios y destronó reyes... ¿olvidada? No, no podía ser. Así que pensé que si tenía una hija heredaría mi poder, mi magia… Las dos juntas seríamos más poderosas.

Hikari asimiló aquellas palabras con dificultad, porque suponía que los cimientos de su vida se sacudían por el violento terremoto de una verdad inesperada.

—No-no-no te creo —dijo ella, que de repente temblaba.

—No quieres creerme, pero, si lo piensas, si dejas que hable tu don… verás la verdad, el reconocimiento de la propia sangre, musume-san. —Se acercó, ladeando el rostro para mirarla. Inquietante, hermosa, con un halo siniestro que no ocultaba—. Mírame… Has heredado mi cara, mi piel, mis ojos. Todos caen rendidos ante ti, ¿verdad? Has heredado mi poder de seducción… Y también, por lo que noto, mi parte oscura.

—La olfateó, sonriente—. Durante un tiempo creí que Hayato había logrado domesticarte, pero por lo que veo… Ahora el yako de tu interior casi se ha adueñado del control. Apenas quedan amarras que lo sujeten… ¿Qué ha sucedido?

—Que han matado a mi hermano —confesó ella—. Lo he perdido todo.

Tamamo tomó entre los dedos un mechón del cabello de Hikari y lo acarició con una dulzura casi maternal. Olía a flores de cerezo y a magia y el don le decía tantas cosas de ella con su cercanía que se sentía abrumada y confusa. Le costó centrarse en las siguientes palabras que le dedicó:

—¿Sabes por qué el *kitsune* oscuro de tu interior quiere emerger? —Hikari, aturdida, negó con la cabeza—. Porque sabe que le necesitas para salir adelante después de todo por lo que has pasado. La muerte de tu hermano es algo tan doloroso que rompió algunas de las fuertes cadenas en un acto de supervivencia. Los zorros son fuertes, astutos. Sin él, hace mucho que estarías muerta, Hikari-chan. Tu parte *kitsune* te ha guiado, te ha asesorado y, aunque trataste de domesticarlo y silenciarlo con el colgante, ha emergido más poderoso que nunca.

—¿Qué sabes del colgante? —A pesar de la confusión, la pregunta le salió sola.

—Fue un regalo que yo le hice a Yukiko, tu tatarabuela, a cambio de que me permitiera hacerme pasar por ella una noche.

—¿Por qué?

—Porque tenía que acabar con el descendiente de Miura- No-Suke, por supuesto. Era un samurái que frecuentaba el barrio de Gion y que poseía algo que yo quería… Aunque no lo conseguí.

—¿El qué?

—La famosa flecha que me hirió, por supuesto. Pero al parecer la habían reconvertido en un arma. En una catana a la que llaman «la espada del alma» y que un poderoso monje hechizó para matar a seres como nosotras. Le he perdido la pista durante muchos años, pero creo que Hayato la encontró y se la regaló al muchacho ruso.

—¿A… Ryo? —La cabeza de Hikari enlazaba pensamientos con dificultad, porque estar cerca de aquel ser con la sensibilidad de su don era difícil—. Pero él ya no es un muchacho.

—Es cierto —Sonrió con malicia—, pero para los inmortales como yo los años se solapan y se confunden. Sé que era un muchacho cuando tocó la espada por primera vez y la usó para torturar. Sé también que se llevó parte del alma de esa primera persona a la que torturó. Y sé que derramó su sangre no hace mucho… Pero no hablemos más de eso por ahora, mi querida musume-san. Hablemos de lo que tú quieres.

—No quiero nada. —Se echó hacia atrás, porque necesitaba respirar, pensar con claridad, alejarse de aquel extraño influjo que Tamamo ejercía sobre ella.

—Eso no es cierto… —afirmó, sin dudar—. Sé que hay algo que quieres más que ninguna otra cosa. Y yo puedo ayudarte a conseguirlo.

—¿El qué?

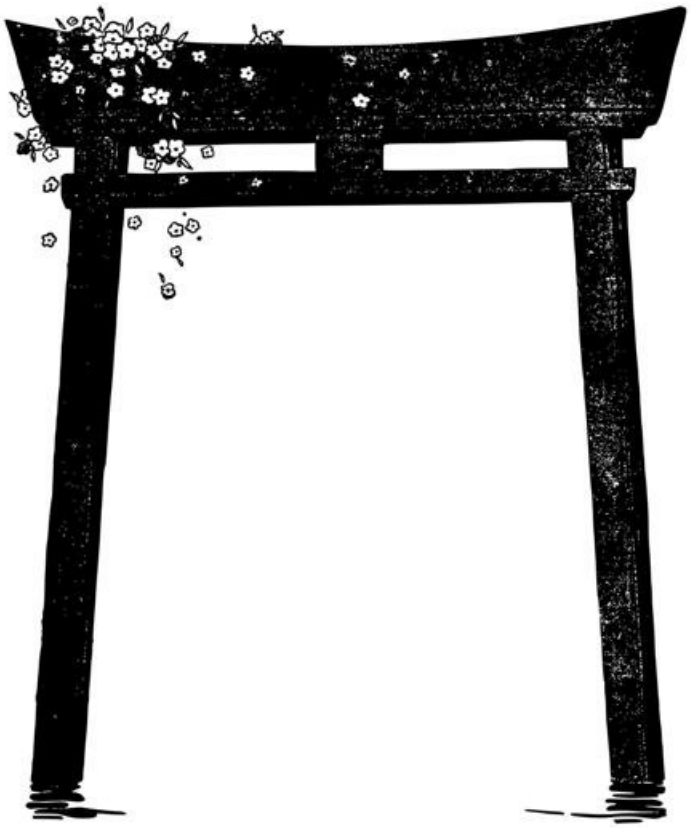
—Venganza contra los que mataron a tu hermano… Su sangre derramada, su estirpe aniquilada, su corazón en tus manos…

Hikari trató de negar con la cabeza, pero la risa en el rostro de su interlocutora la detuvo de manera abrupta.

—No puedes mentirme, musume-san. Sé lo que deseas. Cada secreto oscuro, cada pensamiento, cada deseo de sangre… Y sé que lo que más deseas es dejar de sentir, de sufrir. Y puedo ayudarte a conseguirlo.

—¿Cómo? ¿Cómo puedo hacerlo?

ALGO EN EL BOSQUE



—¡Hikari-san! ¡Hikari-san! —La voz de Ryo no encontraba respuesta.

Había corrido detrás de ella y la había perdido. No sabía cómo había sucedido, pero, de repente, no podía encontrar a Hikari por ningún lado. Se detuvo y miró a su alrededor, escaneando con la mirada los árboles, demasiado juntos, formando un mar verde y negro, profundo, oscuro, y con un silencio que solo interrumpía su propia respiración.

Y algo. Ese algo que recorría sus músculos y erizaba su piel.

—¡Hikari-san! —alzó de nuevo la voz.

Dio unos pasos más en dirección norte y entonces los vio. Pequeños orbes de luz azul de varios centímetros que flotaban a unos metros. Sabía lo que eran. Onibi[6], fuego demoníaco. Un tipo de yōkai en forma de llamas que tenían el tamaño de pájaros pequeños y cuya dieta era la energía vital.

De niños, Hikari y él se escaparon del palacio de Hayato y cuando los sorprendió la noche, se encontraron con un grupo de ellos, un hi no tama[7], como ella le explicó que se llamaban. El preludio de otros seres mágicos agazapados en la oscuridad, atrayentes y peligrosos. Que no les

hicieron nada, porque Hikari los convenció con su don y les perdonaron la vida.

Pero ahora no tenía tanta suerte. Porque ella no estaba por ningún lado.

En cuanto el pensamiento caló, la respiración se le aceleró.

Sabía que era un error. Que el miedo atraía a las bestias.

Miró a su alrededor, poseído por el nerviosismo y la vio. Una mujer. Su corazón aleteó durante un segundo pensando que la había encontrado. Solo que no era Hikari. Vestida de blanco, con el largo cabello negro y ojos oscuros y penetrantes. Su rostro, blanco como la nieve, delataba lo que era en realidad: una Yuki Onna[8], una cazadora que se alimentaba del alma de los hombres y los convertía en hielo porque aparecía las terribles noches de nevada, como esa.

Ella ladeó el rostro y fijó sus ojos en él. Ryo echó a correr en dirección contraria mientras sentía el frío de ella cerca, demasiado cerca. El sonido de su propia respiración a la carrera y sus pasos hundiéndose en la nieve eran lo único que escuchaba, aunque sabía que la criatura de la nieve le perseguía, silenciosa y fría. Toda ella hielo, nieve y muerte.

Se coló entre árboles, saltó ramas y raíces a oscuras, palpando con las manos hasta que se deshizo la piel contra las cortezas dejando un rastro de sangre. Llegó a un claro junto a un lago. La luna en lo alto del cielo con su séquito de estrellas lo envolvió, lo recibió, y él sintió como si hubiera vuelto a la vida. Solo entonces, protegido por la luz lunar, ladeó el rostro. La Yuki Onna se había quedado detrás, en la oscuridad.

Respiró aliviado y fue consciente de que el sudor bañaba su cuerpo y de que el frío se arremolinaba alrededor, envolviéndole lentamente... y matándole si no lograba encontrar el camino de regreso.

Sacó el móvil del bolsillo del traje. Le temblaban las manos. Al maldito Cuervo Rojo le temblaban las manos. Vio cómo la pantalla se llenaba de su propia sangre. Sintió náuseas provocadas por el miedo. Él, que había hecho demasiadas cosas, que tenía tan metido en sus fosas nasales el olor salado de la sangre que creía que ya nada podría revolverle el estómago.

Conservaba una raya de batería en el móvil. Esperaba que aguantara lo suficiente como para iluminar el camino de regreso al palacio. O tal vez, tal vez, podía enviar un mensaje a Marco o a Eve con su ubicación.

Estaba demasiado nervioso para pensar con claridad. Escuchó algo. Chi chi chi. Alzó el móvil y de repente se vio rodeado por una bandada de pájaros pequeños y negros que hacían un ruido ensordecedor. La bandada, que actuaba al unísono como un enjambre, envolvió su cuerpo y Ryo sintió que decenas de picos arañaban su piel y rasgaban su ropa.

Cerró los ojos, se cubrió la cara con las manos y se dejó caer de rodillas. Por un momento pensó que su final estaba allí, entre aquellos yosuzume. Pero algo espantó a aquellos seres, que alzaron el vuelo y lo dejaron allí, confuso y malherido, pero vivo.

Alzó la cara y la luna le permitió ver algo en la otra orilla del lago. Parpadeó, diciéndose que no podía ser.

Había un ser enorme y la luz de la luna iluminaba su piel roja, arrancándole destellos irreales.

«Ryo-san», gruñó la voz.

«No puede ser. No puede ser».

—¿Ryo-san?

Se dio la vuelta con el corazón en la garganta. Hikari estaba detrás de él. El kimono negro cubierto por la nieve.

Lo miraba con la cabeza ladeada, confusa, evaluando las heridas que él sentía sangrar en su cuello, en su cara, en sus manos.

—¿Lo has visto? ¿Lo has visto?

—¿El qué?
Ryo ladeó la cara de nuevo hacia el lago, buscando a la criatura.
No estaba.
—Al demonio Oni. Me llamaba… Con la voz de padre.

OPERACIÓN CORBEAU



La lluvia caía sobre Dallas, como un martilleo frío y molesto sobre su conciencia mientras presenciaba el entierro de Hiroshi. Él se había ocupado de reclamar el cuerpo del pequeño para darle sepultura en el Cementerio y Crematorio de la ciudad de Londres.

A su lado, su hermana lloraba en silencio, aunque él notaba los sollozos y percibía de soslayo cómo su cuerpo se agitaba. ¡Estaba tan enfadado con ella! No solo porque se había unido a la Interpol sin consultarle, sino porque al parecer habían formado un equipo especializado para encontrar y capturar a los Tanaka, y aquella chapuza mal organizada había acabado con la muerte de Hiroshi y con la desaparición de Lena. Después de casi una semana peinando el puerto y sus ramificaciones, la joven no había aparecido. Él se había dado por vencido, pero con la certeza —llena de desesperación y de miedo— de que ella no había muerto. Aunque no quería imaginar cómo se encontraría después de haber perdido a su hermano, su tesoro, de aquella manera tan cruel e inesperada.

Cerró los ojos y dejó que las lágrimas los inundasen. Pobre muchacho. Pobre niño. La culpa y el dolor le subían por el pecho dejando un reguero de dolor a su paso, que oprimía sus

pulmones y le robaba el aliento. Si ella estaba viva no le perdonaría nunca. Si ella estaba viva… ¿en qué se habría convertido? Aquel pensamiento no le abandonaba ni de día ni de noche.

El párroco le llamó y le devolvió al momento presente. A la lluvia, al olor a tierra mojada, al golpeteo del agua contra la madera del ataúd. Dallas asintió, lo que significaba que ya podían enterrar la caja.

No estaban solos. Johanna, Turner y Baris los habían acompañado, aunque mantenían una distancia prudencial, resguardados de su ira y de sus reproches bajo sus paraguas negros.

Estaba enojado con todos. Con su amigo por no decírselo; con Johanna, con la que se había acostado y que, a pesar de la intimidad compartida, no le había implicado; y con Baris, que había demostrado ser tan manipulador y frío que había esperado a que abandonara la morgue para pedirle que se uniera al equipo para dirigir a su lado lo que habían llamado «Operación Corbeau» porque, después de todo, no había quien conociera a los Tanaka mejor que él.

Y, sobre todo, estaba enfadado consigo mismo. Porque había aceptado.

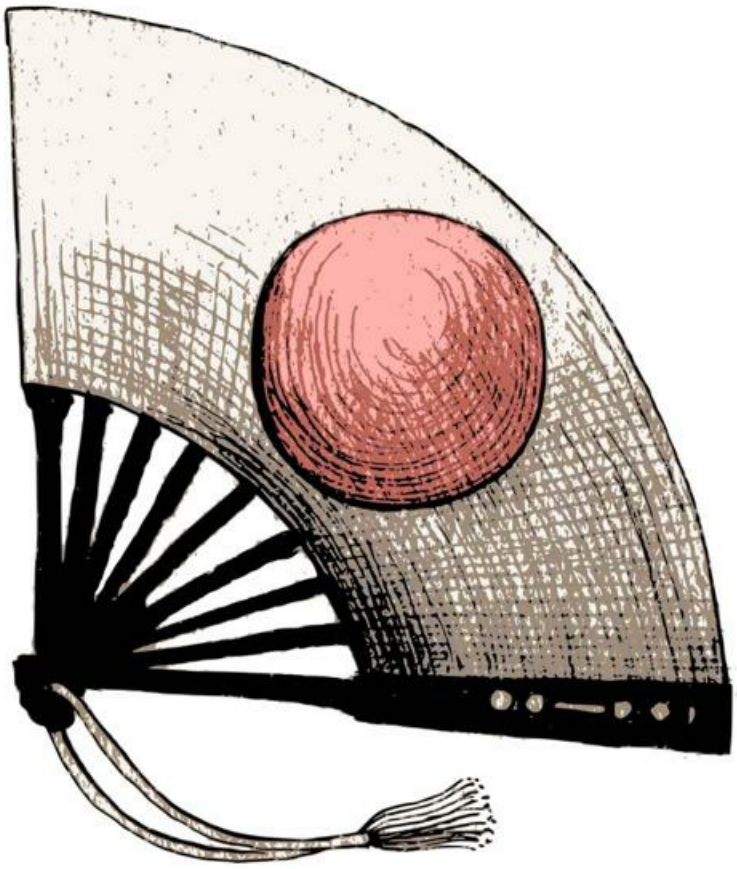
Cuando el ataúd tocó el fondo del nicho, Dallas sintió que el corazón se le llenaba de agua y de angustia. Porque todo parecía más real. Porque a pesar de que lo había visto con sus propios ojos, había tocado el cuerpo frío e inerte con sus manos, todo parecía estar pasándole a otro. Hasta que la tierra comenzó a caer sobre la madera, mezclándose con el agua de lluvia.

Alzó la cara hacia el cielo y sintió que las gotas que impactaban contra su piel, contra sus párpados, se perdían en su cabello, en su barba, y se mezclaban con sus lágrimas.

«Lena, Lena, perdóname… y estés donde estés, por favor, no dejes de ser tú misma».

Apretó los puños esperando que aquella plegaria silenciosa fuera escuchada en algún lugar. Aunque ni siquiera sabía con certeza dónde.

EL PUNTO DÉBIL



A unos metros, Killian Mackenzie apenas podía controlar la furia que le embargaba. A su lado, Keith le sujetaba del brazo, conteniéndole, aunque sabía que no por demasiado tiempo, porque el alma llena de pólvora de su amigo no entendía de contención cuando se trataba de sus seres queridos.

Y, después de todo, estaban enterrando a un muchacho que hasta hacía poco tiempo había sido como un hijo para él.

Apenas llevaban unos días en Bruselas cuando la noticia había llegado a los oídos de Keith. En su trabajo, en el turbio sector privado, la información se movía de manera rápida. Por eso le había llegado el chivatazo de algo extraño sucedido en el puerto de Amberes. Una misión de la Interpol con un confidente que había acabado mal. Porque alguien había matado a un pequeño niño, cuyo nombre era demasiado conocido para todos aquellos que en algún momento de sus vidas habían trabajado o matado para el clan Tanaka.

El pequeño heredero Hiroshi.

También le habían contado cómo su hermana, la otra heredera del clan, había gritado y había

hecho que todo se transformara en oscuridad. Salvo su silueta. Con nueve colas resplandecientes.

Cuando se lo había contado a Killian, lo había destrozado. La muerte del muchacho había supuesto un golpe tan cruel e inesperado para él que las piernas le habían temblado. Y en cuanto a lo otro, a la parte mágica del asunto, no lo había dudado. Porque Killian había visto la verdadera forma de Lena en más de una ocasión, cuando casi había ido a parar a los brazos de las parcas.

Más tarde, Killian le había pedido que averiguara qué iba a suceder con el cuerpo del pequeño Hiroshi. Y por eso estaban allí, en un cementerio de Londres, con la furia contenida calándose hasta el alma.

Porque Mackenzie estaba dispuesto a embarcarse en una misión desesperada por encontrar a Lena. Lo que le había llevado a Drogheda, a su pueblo natal, donde después de años sin su visita, su abuela le había recibido con un abrazo que hablaba de perdón y tras el que Killian le había pedido el último favor: que cuidara durante un tiempo de su hijo Jean.

Su abuela, una mujer pequeña y con cientos de arrugas en el rostro, solo le había exigido una cosa. Que volviera vivo.

Era esa su intención, desde luego. Aunque en aquel instante, con toda la furia fluyendo por sus venas y espoleando su cuerpo, no sabía si sería capaz de abandonar aquel cementerio en el que se encontraban. Porque estaba seguro de que Dallas Hamilton y el resto de los perros de la Interpol habían sido los culpables de lo que había pasado.

Cuando el párroco abandonó el lugar, él recorrió los metros hasta la tumba casi a la carrera, con Keith pisándole los talones. Había más gente, oculta debajo de paraguas oscuros, pero le importaba una mierda. Porque toda su ira, todo su dolor y su desprecio estaban orientados hacia la única persona a la que él conocía bien y que permanecía de pie, al borde de la tumba.

Dallas Hamilton, al que iba a matar con sus propias manos.

Se abalanzó sobre él con rapidez. Lo agarró de los hombros y lo lanzó a un lado, sobre la tierra. Cuando él alzó la cara, aturdido por el golpe, Killian lo evaluó a pesar de todas las emociones que le invadían. Estaba empapado, con el pelo cayéndole sobre un lado del rostro, ese que parecía tan desolado como el suyo propio. Fue como mirarse en un espejo perverso. Porque vio lo mismo que él sentía por dentro: la tristeza y, aún peor, el remordimiento.

—¿Qué demonios has hecho, inglesucho? —le espetó.

Dallas cerró los ojos. Entendía aquella furia, tan similar a la que le envenenaba a él mismo, como una tormenta que giraba y giraba en su interior, llevándose a su paso lo poco bueno que aún quedaba en él. Lo que Lena había apreciado y amado estaba a punto de extinguirse.

Cuando abrió los ojos, Killian le apuntaba con un arma. No le sorprendió. Ya hacía tiempo que sabía que el irlandés era de gatillo fácil.

Y él no se merecía mucho más. Un tiro a quemarropa bajo la lluvia. Una muerte igual que la de Hiroshi Tanaka.

Sabía que Killian estaba allí para proporcionársela. Y una parte de él lo agradeció.

—¡Baja el arma! —Turner no iba a dejarle morir así. Ladeó el rostro hacia su amigo. Había desenfundado su arma, al igual que Johanna y Baris. Detrás de Killian, un hombre negro también iba a armado. Llevaba dos berettas y apuntaba a sus amigos.

—¡Debería matarte, hijo de puta! —le gritó—. Justo aquí, al lado de la tumba mojada del muchacho. Y sé que ella me lo perdonaría.

—¡Mi hermano no tuvo nada que ver!

Fue en ese momento cuando Killian se giró y la vio. Atenea echó el paraguas hacia atrás, revelando su rostro. El irlandés se fijó en su pelo naranja, recogido en una coleta, en el abrigo

negro que ceñía sus curvas, pero, sobre todo, analizó con detalle los ojos verdes por los que derramaba lágrimas.

Y al perderse en aquella mirada sintió que la furia que le invadía se contenía, se congelaba.

—¡Ni siquiera sabía lo que pretendíamos! —siguió diciendo ella.

—¿Lo que pretendíais? —se rio Killian, con amargura—. Estoy seguro de que lo habéis conseguido. Acabar con los Tanaka. Matar a los herederos. ¿Ya estáis contentos? ¡Con la sangre de un niño en vuestras manos!

—Que tú hables de la sangre en nuestras manos… —intervino Baris—. Te conozco, Killian Mackenzie. Sé lo que has sido. Sé muchas de las cosas que has hecho.

—¡Y yo sé quién eres tú, Baris Yilmaz! —dijo Keith—. Y sé que tu padre trabajaba para el clan Tanaka en Turquía, como enlace entre los negocios de Oriente y Occidente.

Aquellas palabras cayeron sobre todos con la misma intensidad que la lluvia. Turner y Johanna dirigieron sus miradas hacia su jefe, consternados y sorprendidos.

—¿Es eso cierto? —preguntó Dallas.

—Sí, lo fue. Hasta que lo mataron. Supongo que ya imagináis quién —confesó, bajando el arma—. Yo no era más que un muchacho recién entrado en la policía. Por eso me he dedicado en cuerpo y alma a perseguir al Cuervo Rojo. Por eso os he reunido, a pesar de que estáis demasiado implicados, pero, justo por eso mismo, sé que las razones personales que os mueven: venganza, odio, amor… Os hacen los mejores candidatos para llevar a cabo la operación Corbeau. Incluso vosotros dos sois bienvenidos al equipo si lo que queréis es apresarlo.

Killian miró a su amigo, tan sorprendido como él.

—Sé que sois los mejores mercenarios que existen. Y si trabajáis con nosotros me encargaré de que vuestros expedientes sean borrados de la faz de la tierra. Podréis empezar de nuevo. Limpios.

Killian se apresuró a negar con la cabeza.

—No te adelantes en tu respuesta, Mackenzie. ¿No quieres un expediente limpio para criar al hijo que sé que tienes?

Cerró los ojos y apretó los dientes. Su hijo, al que había prometido que regresaría sano y salvo. Su motor, su esperanza, su corazón.

Su punto débil.

LA ESPADA DEL ALMA



—Oh, Dios mío! ¡Ryo! —Cuando lo vio aparecer, ensangrentado y cubierto por la nieve, Eve corrió hacia él.

Había estado horas desaparecido y en su mente se habían amontonado muchas suposiciones. Sobre todo, porque se había marchado corriendo detrás de la heredera Tanaka, y eso había despertado a la vez sus miedos y sus celos. Luego, con el paso de las horas, había llegado a creer que podía haber desaparecido o muerto bajo la nieve. La magnitud y la intensidad de sus sentimientos por él la habían sorprendido incluso a sí misma.

Marco, al que conocían como «el italiano», no dejaba de mirarla, evidenciando que sabía que ella suspiraba y se ponía en ridículo por el Cuervo Rojo, que había demostrado más de una vez que no sentía lo mismo por ella.

Pero ¡qué le dieran a Marco! Ella amaba a Ryo Tanaka. Y estaba segura de que él acabaría amándola.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó a él y lo evaluó. Tenía heridas en la cara, las palmas de las manos destrozadas y olía a sangre. Al tocarle, descubrió que estaba helado. Él ni siquiera la miró. Lo contempló ladear el rostro y buscar con los ojos a otra persona. Cuando ella siguió la dirección de su mirada la vio.

La heredera Tanaka, sin un solo rasguño, con aquella mirada tan extraña e inquietante que le ponía el vello de punta. Sobre todo desde que sabía que no era del todo humana.

—¿Qué ha sucedido? —insistió. Ryo se abrió paso entre ellos y se dejó caer en un sofá. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Enciende el fuego, Marco. ¡Está helado!

Pero dos jóvenes del servicio ya se habían adelantado y estaban agachados junto a la chimenea. Pronto las llamas lanzaban reflejos y calor.

—Hikari-chan, acércate al fuego —le pidió Ryo.

—Estoy bien —respondió ella.

—¿No va a contarnos qué le ha pasado, señor? —preguntó Marco.

—Ahí fuera hay cosas, en el bosque y en la nieve. Eso es lo único que debéis saber —respondió Ryo, incorporándose en el sofá. Había puesto perdida de sangre la tapicería de cuero, pero poco le importaba.

Mika acudió con un cuenco con agua caliente y paños para limpiar a Ryo, pero Eve le hizo un gesto para que lo dejara en la mesita y se retirara. Ella se encargaría. Necesitaba tocarle, curarle, que él supiera que estaba allí para eso y para mucho más.

—Marco, dile a los hombres y al servicio que no abandonen estos muros después del atardecer.

—Sí, señor Tanaka —dijo el italiano antes de marcharse.

Eve se sentó junto a Ryo después de hundir el paño en el agua y escurrirlo. Le pidió permiso con la mirada y cuando él hizo un leve asentimiento, ella procedió a limpiar los cortes del rostro. Eran pequeños, pero estaban muy juntos y parecían arañazos.

—¿Qué te ha atacado?

—Creo que se llaman *yosuzume* —respondió él con los ojos cerrados—. Hikari-chan, he dicho que te coloques junto al fuego. No quiero que enfermes.

Eve notó la sacudida de los celos, pero se limitó a apretar los dientes.

Cuando Ryo abrió los ojos, los posó un segundo en ella y luego los desplazó hacia la otra mujer, que le había obedecido y estaba de espaldas frente a la chimenea.

—Dicen que los yosuzume dan mala suerte y traen un mal terrible a los que envuelven —dijo Hikari.

—¡Eso es una pamplina mística que no se puede creer nadie! —exclamó Eve convencida, pero al buscar las miradas de sus interlocutores se encontró con demasiada seriedad.

—Aquí las cosas no son como en Londres, Eve.

—La magia y sus criaturas están en todos lados —añadió Hikari—. Pero este lugar tiene algo que las atrae. ¿Qué tienes aquí escondido, Ryo-san?

El aludido se envaró, apartó las manos de Eve y se puso de pie con rapidez. En una zancada se plantó frente a Hikari. Las luces de las llamas les iluminaban y hubo un segundo en el que él se quedó extasiado ante su belleza. A pesar del cabello gris, de las pronunciadas ojeras rojizas y el aire siniestro que destilaba, seguía siendo hermosa.

—¿Qué te dice el don?

Ella cerró los ojos y dejó que el don hablara. Aunque resultaba confuso, porque estaba alterado. Como un animal erizado ante algo que le aterra.

Por primera vez desde que el don se le había despertado, parecía asustado ante algo.

—No lo sé, pero es algo demasiado poderoso.

Ryo la miró detenidamente.

—La llaman «la espada del alma» —confesó—. Fue un regalo de padre. La consiguió en China, en una remota aldea donde alguien la había escondido.

Hikari se puso alerta. Lo que Tamamo quería. ¿Y si por eso había más seres mágicos en los alrededores y dentro de la casa? Ella los notaba, los veía. Apenas llevaba unas horas en aquel palacio y se había cruzado con un bakeneko [9]recorriendo los tejados, gaki[10] hambrientos junto a la entrada y una kage Onna [11]en su habitación.

Pero había más rondando aquel lugar, atraídos por la magia o por algo poderoso.

—¿Dónde está?

—Escondida, por supuesto. El año pasado me corté con ella. Su filo es demasiado afilado, como si me llamara. Y por eso la tengo a buen recaudo.

—¿Cuál es la historia de esa espada?

—¿Por qué estás tan interesada? ¿Qué has hecho en el bosque, Hikari-chan?

Ella apretó los dientes y apartó los ojos. No iba a decírselo.

—Acabo de enterrar a mi hermano. Necesitaba un poco de soledad.

—Pues tu soledad ha hecho que Ryo vuelva herido —intervino Eve, cansada de no participar en la conversación. Se sentía invisible y celosa y ya no podía más. Avanzó hacia Hikari y la empujó con las dos manos, haciendo que esta cayera hacia atrás.

Con el roce, el don le contó cosas, todos los secretos. Desde aquella vez que había contratado mercenarios para acabar con Dallas hasta los que había enviado a por ella en Gante. Pero, sobre todo, expuso sin compasión todos sus sentimientos desesperados e intensos hacia Ryo.

Este, en un acto reflejo, se agachó con rapidez hacia Hikari y la rozó con las yemas de los dedos. Solo un segundo o quizá menos. Una décima. Pero, en cuanto fue consciente de que la había tocado sin el colgante, se echó hacia atrás con el terror en su rostro.

Porque estaba seguro de que ella había visto todos sus secretos, todas sus miserias, todas sus torturas. Todo. Todo. Cada parte de su alma, tan llena de muerte y desdicha.

Miró a Hikari, esperando ver en su rostro la repulsión, el asco.

El desprecio.

Porque eso era lo único que merecía.

NADA

Sin embargo, ella no vio nada.

Ningún secreto.

Como si Ryo fuera inmune.

Pero ¿cómo era posible? Siempre que le había tocado lo había visto todo. Sus sentimientos, sus miedos, las cosas terribles que hacía para Hayato (y cuánto las disfrutaba), pero, en aquel momento, el roce solo había sido un roce.

El don, oscuro y descontrolado, permanecía en silencio.

—Gomen kudasai[12], Hikari-chan —dijo Ryo, al tiempo que retrocedía y hacía una inclinación de cabeza. Salió del salón sin mirar atrás y, después de unos segundos de confusión, Eve lo siguió a la carrera.

Una vez que se halló sola, en el suelo frente a la chimenea, Hikari respiró. Sacó las manos de las amplias mangas del kimono y se las miró. Después de la muerte de su hermano habían cambiado. Tenía que hacer un esfuerzo brutal para mantener los dedos estirados.

Cuánto había cambiado su vida y en qué poco tiempo. Había perdido a Hiroshi y cada vez que cerraba los ojos revivía una y otra vez el disparo. Eso la llenaba de una rabia tan profunda y fuerte que escuchaba regocijarse en su interior al *kitsune* oscuro, porque había descubierto que el dolor y los pensamientos crueles le divertían y le alimentaban.

Además, su progenitora —qué extraño era de repente saber la verdad de su origen— le había dicho que el auge del *kitsune* salvaje se debía a una maniobra de protección para que siguiera viva, para que la tristeza no la abatiera. Por eso no estaba triste, solo enfadada, y toda esa oscuridad estaba llenando su cuerpo, de dentro hacia fuera. Había empezado con las manos, que

tantos secretos robaban y que eran las herramientas del don, pero sabía que la oscuridad se extendería y que, una vez que llegara a su corazón, ya no quedaría humanidad en ella.

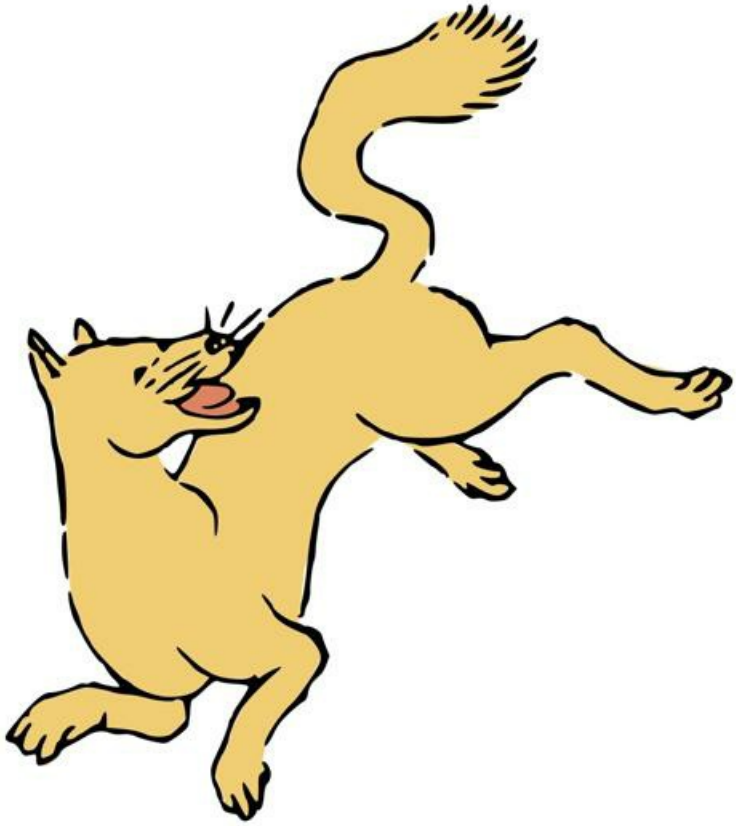
Pero ¿para qué quería la humanidad? Ya no tenía a su hermano, había vuelto a Japón y había abandonado a Dallas y a Killian.

La humanidad dolía porque le recordaba lo que había perdido. Porque le hacía echar de menos al amor de su vida, porque le robaba el aliento cada vez que pensaba en el terrible desenlace de su hermano.

No quería sentirse humana. No quería sufrir, así que sabía lo que debía hacer.

Alimentar al *kitsune* oscuro. Con sangre y venganza.

¿Y SI NO QUIERO UN IMPERIO?



Un rato después entraba en una sala enorme que Ryo destinaba a entrenar. Lo localizó en el centro, de espaldas, vestido con un yukata azul oscuro. Entre las manos llevaba un sable con el que ejecutaba movimientos en el aire.

Sabía que era muy bueno en el kendo, lo había sido siempre. Ella presenció cómo, de adolescente, aprendió a mover los pies; luego, el cuerpo; y, por último, a impartir los golpes. Su destreza con ellos admiraba a sus profesores y alimentaban el orgullo de Hayato, que sabía que estaba instruyendo a un guerrero fiel al clan y a un futuro asesino experimentado.

Ahora, con el paso de los años, había comprendido los motivos de cada acto de su padre. Nunca los dejó ser niños. A ella, utilizándola desde que se le despertó el don. A Ryo, sometiéndole a un lavado de cerebro para hacerlo su mayor acólito.

Hayato había destruido sus vidas. Y ahora, con veinticuatro y veintiséis años, eran juguetes rotos. Poderosos, pero destrozados. Condenados al infierno y con las manos demasiado manchadas de sangre.

Lo peor de todo era que Hikari iba a manchárselas más. Y pretendía arrastrar al Cuervo Rojo

con ella.

—Ryo-chan —lo llamó.

Al escuchar su nombre, se detuvo, pero no se giró hacia ella. Sabía lo que estaba pensando. Que ahora que Hikari conocía todos sus secretos, le odiaría. Por suerte para ella, se había vuelto inmune a su don, pero aquella verdad era algo que no debía saber nunca porque, mientras lo creyera, mantendría las distancias.

—Ryo-chan —volvió a llamarle, usando aquel sufijo que implicaba afecto y que ambos habían comenzado a emplear de niños, en su universo privado. Dio unos pasos hasta ponerse detrás de él. El yukata se ajustaba a sus hombros y se ceñía en la cintura con un obi,[13] pero no llevaba las tradicionales geta [14]porque solía entrenar descalzo—, ¿estás enfadado?

—¿Enfadado? —Se giró y ella vio que tenía las cejas arqueadas por la sorpresa—. No. Pero es que no quería que me tocaras. No sin el colgante.

—No llevaré más el colgante.

—¿Por qué no?

Hikari sacó las manos de las mangas del kimono y las mostró ante él, que se sorprendió al verlas. Parecía que hubiera sumergido la piel en una espesa tinta negra, pero las uñas, más largas, y la posición de los dedos, encogidos sobre sí mismos, le otorgaban el aspecto de feroces garras.

—Después de usar demasiado el colgante, el don despertó enojado, poderoso. Y cuando mataron a Hiroshi, acabó por imponerse. Ya casi no soy yo misma.

—Lo había notado —confesó él—. Estás cambiada. Y lo entiendo, Hikari-chan… Has perdido demasiado.

Ella alzó los ojos hacia él, que se sorprendió de la frialdad que vio en su mirada. La conocía de casi toda la vida. Había visto cómo se despertaba su don, cómo se adaptaba a aquella locura, y había estado a su lado cuando ella comenzó a servir a su padre, revelando secretos y condenando a traidores. Pero ni siquiera entonces había perdido su humanidad. Siempre había sido bondadosa.

En más de una ocasión, ella le había detenido cuando el monstruo de su interior tenía sed de sangre. Habían sido muchos los afortunados a los que él había perdonado la vida porque Hikari Tanaka se había apiadado de ellos.

—Lo he perdido todo.

—Todo no.

«Aún me tienes a mí. Siempre me has tenido», pero no lo dijo en voz alta. Ella le mantuvo la mirada, porque no necesitaba palabras en voz alta para saber la verdad. Estaba seguro de que el don le había revelado, entre otras muchas cosas, lo enamorado que estaba de ella. Pero no haría ningún movimiento en falso. Esperaría a que ella diera el primero.

—Aún tienes este palacio, a todos los que estamos aquí. Todos te servimos. Eres la heredera Tanaka. Mi imperio es tuyo.

—¿Y si no lo quiero?

—¿Qué quieres, entonces?

—Solo quiero encontrar a todos los que estaban en el puerto aquella noche. No solo al que apretó el gatillo. Si me dejas marcharme, no te implicaré… Podrás continuar con tu imperio.

—Yo tampoco quiero este imperio. No, si no puedo compartirlo contigo…

—Pero, Ryo-chan, estamos hablando de la Interpol.

—¿Crees que no puedo llegar hasta ellos? Dime lo que sabes de esa noche y yo moveré los hilos. Tendrás tu venganza, Hikari-chan. —Se llevó la mano al pecho—. Yakusoku shimasu.[15]

KITSUNE TSUKI



Hacía un par de días que un equipo en el que estaban Hikari y Marco se habían marchado de Japón dejando a Eve en aquel palacio que, de repente, había empezado a odiar. Desde que la heredera Tanaka había llegado, Ryo apenas le había prestado atención y había coordinado una unidad de mercenarios entrenados para que viajaran a Amberes.

No había contado con ella. En ningún momento.

Por eso, cuando lo vio de nuevo, de regreso de unos negocios en Rusia, lo abordó sin miramientos. No podía disimular su furia.

—¿Dónde estabas?

Ryo, que llevaba el móvil en la mano, se detuvo en seco. Con deliberada parsimonia alzó la cara y clavó sus ojos en Eve.

—Lo sabías perfectamente. En Moscú. —Caminó hasta colocarse frente a la chimenea, ignorándola.

Eve cerró las manos, convirtiéndolas en puños.

—¿Y qué está pasando en Europa? —preguntó.

Pero él no contestó. Eso acabó por enfurecer a Eve, que se colocó a su lado para llamar su atención.

—Exijo saberlo.

Como respuesta, Ryo alzó una ceja.

—Llevo dos años contigo. He hecho todo lo que me has pedido. Te ayudé a escapar en Venecia y te he ayudado a levantar tu imperio. ¡Y ahora regresa ella y me olvidas!

Ryo apretó los dientes, guardó el móvil en su bolsillo y se giró, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No te he olvidado, Eve, pero siempre has sabido que la esperaba.

Una verdad incuestionable que dolía como una puñalada. ¿A quién había pretendido engañar? Cada día durante los dos últimos años había sabido que Ryo amaba a otra, que no la había olvidado, porque ni siquiera lo había pretendido.

Y ella no había sido nada más que un entretenimiento mientras esperaba el retorno de la heredera Tanaka.

—Y ahora —contraatacó ella—, la has dejado marchar. Porque te tiene amaestrado. ¿Dónde está el implacable Cuervo Rojo?

—La he dejado marchar acompañada de mis mejores hombres con la promesa de que va a regresar.

—¿Y te lo crees? ¿Cómo sabes que no va a traer aquí a la Interpol?

—Porque ella lo ha perdido todo. Solo le queda este lugar.

—Y a ti… ¿no? —La furia hizo que temblara su voz.

Ryo no respondió, pero Eve, que tanto lo conocía, vio cómo tensaba la mandíbula. No lo dijo porque era un hombre de escasas palabras, pero aquel silencio significaba que ese era su mayor deseo.

El mayor anhelo del Cuervo Rojo era recuperar el corazón de Hikari Tanaka.

Eve cerró los ojos, que notaba húmedos. No iba a llorar delante de él.

—Eres libre de irte si quieres —dijo él con dulzura. Cuando lo miró, no daba crédito a lo que acababa de escuchar y al tono de sus palabras—. Puedes ir donde te apetezca. Me aseguraré de que no te falte de nada.

—¿Me estás echando?

Él giró el rostro hacia Eve.

—Yo no soy como mi padre. Tenlo siempre en cuenta.

—¿Eso qué diablos significa?

—Que mi padre siempre exigía un sacrificio para abandonar el clan. Yo te estoy dando la oportunidad de marcharte limpiamente.

—¿Y si no me quiero marchar?

—Tendrás que respetar a Hikari.

Eve quiso decirle muchas cosas, pero no lo hizo. Se dio la vuelta, dispuesta a salir de allí con algo de su orgullo todavía intacto.

—No abandones el palacio de noche, Eve —le escuchó decir—.

Fuera hay cosas más peligrosas de lo que te imaginas.

Pero ella no le hizo caso. Necesitaba salir de allí. Por muchas habitaciones que tuviera aquel maldito palacio, todas eran un recordatorio de lo mismo: su desesperado e inútil amor por Ryo Tanaka.

No tardó en hallarse en el exterior y, pese a la advertencia de su amante, condujo sus pies al límite del bosque.

Fue allí donde la vio. A Hikari Tanaka.

Lucía un kimono oscuro y llevaba el cabello recogido en un moño.

Por eso la había echado de su vida. Porque ella estaba de nuevo allí. La mente de Eve especuló, ató cabos y dejó que la ira llenara todo su cuerpo.

Cuando escuchó la risa de Hikari Tanaka, ya no pudo más.

Decidida, se adentró más en el bosque.

—¡No huyas! —le recriminó al ver que se alejaba. La siguió a la carrera, maldiciéndola, perdiendo el control.

De repente, estaba junto a un lago. Miró a su alrededor. No había nada, solo silencio y el frío de la nieve.

—¡No te escondas! ¡Da la cara!

Notó algo detrás de ella y se giró, con el corazón en la garganta. Vio cómo la mujer que creía que era Hikari Tanaka se transformaba en un zorro blanco, con nueve colas que se movían al unísono.

No podía moverse. El terror se mezclaba con la fascinación por aquel ser.

Entonces escuchó una voz dentro de su cabeza. Sabía que no podía resistirse, porque aquel ser conocía cada recoveco de su mente, sus miedos, su odio, sus anhelos. Por eso se dejó seducir por la promesa embaucadora de que ella le conseguiría lo que más deseaba. A cambio, solo pedía que su cuerpo se convirtiera en un anfitrión.

Eve cerró los ojos y aceptó.

LA PRIMERA MUERTE



La llegada de Killian Mackenzie y de Keith Smith al departamento de Delitos contra el Patrimonio Cultural fue una pequeña revolución. Al fin y al cabo, ambos habían sido mercenarios y tenían pasados turbios, a diferencia del resto de componentes de la unidad, que tenían carreras intachables y expedientes sin mácula. Hubo desconfianza y recelo cuando los vieron atravesar el pasillo en dirección a la sala de reuniones, pero a los irlandeses poco les importó, ya que para los mandamases de la Interpol capturar al Cuervo Rojo había pasado a ser una prioridad, por lo que les habían admitido como colaboradores en la investigación.

Que seguía estancada.

Killian y Keith lo descubrieron al llegar. El equipo Corbeau

—formado por Baris, Johanna, Atenea, Turner, una joven danesa llamada Marie y Dallas Hamilton— había seguido pistas inútiles y chivatazos que les habían despistado.

En un panel frontal tenían fotografías, noticias, archivos policiales de toda Europa y reproducciones de los testimonios que afirmaban haber visto u oído algo sobre el nuevo clan Tanaka. Con un simple vistazo, Killian supo que Ryo Tanaka seguía siendo listo porque, fuera

donde fuera, hiciera lo que hiciera, continuaba sin dejar ninguna pista. Tal y como él le había enseñado. Sabía que por eso habían recurrido a él , como en su día hizo Lena, porque lo conocía de primera mano.

Además, Keith se había movido en ambientes peligrosos los últimos años y era conocedor de qué tipo de negocios llevaba ahora el nuevo clan. Porque Ryo no solo había demostrado su inteligencia, sino también su ambición. Había cruzado límites que Hayato nunca había traspasado y su poder era inmenso, con tentáculos en todas las organizaciones.

Por eso, Baris, que rivalizaba en ambición e inteligencia con el mismísimo Akai Karasu, se había rodeado de personas que estaban demasiado implicadas en aquel caso, porque sabía que era la única manera de que no se dejaran comprar o coaccionar por el poder de Ryo y su ejército.

Situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas. Ese era el mantra de aquella unidad. Estaban dispuestos a cualquier cosa. Y, además, no tenían nada que perder porque Ryo Tanaka ya se lo había arrebatado todo.

—Esto está un poco verde, ¿no? —dijo Killian con su aire guasón. Buscó las miradas de sus nuevos compañeros. Solo encontró desconfianza.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Baris.

En ese momento, Dallas abrió la puerta de la sala. Sus ojos verdes volaron hasta el que había sido su amigo. Lo vio apretar los dientes para contener la rabia que sentía hacia él.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que habían estado en Escocia? Tal vez seis meses, pero, de repente, sus vidas se habían vuelto opuestas de nuevo y la amistad entre ellos se había disuelto, como si no hubiera sido más que sal en el agua. Habían pasado días juntos en los que habían reído y bromeado, incluso solían salir a correr por la montaña o, a veces, se habían sentado junto a la chimenea mientras Lena les contaba a los pequeños algunas leyendas japonesas. Luego, Killian siempre hablaba de los cuentos que su abuela le contaba y que hablaban de los Tuatha Dé Danann, los dioses de la mitología gaélica.

Habían llegado a ser amigos. Y ahora la desaparición de Lena y la muerte de Hiroshi los había convertido en lo mismo que al principio de su historia: enemigos que solo tenían en común un objetivo.

Dallas estaba a punto de cerrar la puerta cuando se dio cuenta de que su hermana corría por el pasillo. Esperó unos instantes y, cuando ella llegó a su altura, apreció que llevaba el cabello recogido en un moño y un traje chaqueta oscuro.

Atenea lo saludó con timidez, porque entre ellos las cosas también se habían enfriado.

Dallas correspondió al saludo con un gesto de la cabeza, invitándola a entrar primero. En ese momento se percató de que su hermana había visto a Mackenzie. Y de que el mercenario irlandés también la había visto a ella.

Ambos se quedaron congelados durante una fracción de segundo, mirándose, evaluándose. Fue Killian el que rompió el contacto visual y se giró de nuevo hacia el panel de las pistas.

Pero a nadie le pasó desapercibida la mirada. Dallas se dijo a sí mismo que su hermana le había estado ocultando más cosas y que tenía que averiguarlas.

—A los recién llegados —les interpeló Baris—, aquí los nuevos colaboradores dicen que nuestra investigación está incompleta.

—¿Por qué? —preguntó Johanna, a la que la repentina indiferencia de Dallas le dolía, pero nunca iba a demostrarlo—. Ahí está todo lo que tenemos hasta ahora.

—Ni de coña —dijo Killian—. Esto es lo que hacía el antiguo clan Tanaka. Pero Ryo es más listo, más ambicioso. Se ha diversificado y ha ampliado sus líneas de negocio.

—¿Hasta dónde?

—Hasta los conflictos armados en África, donde se han expoliado y vendido tantas antigüedades. Dicen que el Cuervo Rojo ha sido un gran comprador.

—¿Y cómo lo sabes?

Killian hizo un vago gesto que adornó con su sonrisa canalla.

—Nunca he dejado de estar en primera línea. Y Keith tampoco. Por eso nos hemos enterado de que ha tenido no hace mucho un negocio en Shanghái que se torció.

—Contadnos más —exigió Baris.

Killian y Keith intercambiaron una mirada entre ellos. Fue el primero el que dio un par de pasos hacia el centro de la estancia para focalizar la atención de todos.

—Por lo que sabemos, algo salió mal. Las autoridades del país notificaron un tiroteo y sabemos que detuvieron a uno de los implicados. En la celda contó que había disparado al Cuervo Rojo. Lamentablemente, el confidente murió esa noche. Alguien no quiso que hablara más.

—¿Llegó a herir al Cuervo Rojo? —preguntó Dallas, confuso.

—Eso dijo. Pero no sé si lo hizo para vanagloriarse o porque era cierto. El caso es que el negocio fracasó. Y con la identidad del confidente podemos llegar a más implicados.

—Es una buena pista —señaló Baris, meditabundo—. A pesar del tema de las competencias…

En ese momento, la puerta se abrió de golpe. Era Turner. Había llegado a la carrera y tenía el cabello revuelto y las mejillas sonrojadas.

—¿Qué pasa, Turner? —dijo Dally.

—Ha habido un asesinato.

—¿De quién? —preguntó Baris.

—El confidente con el que trabajamos en el puerto la otra noche. Ha aparecido muerto en su casa y… Y alguien ha escrito algo en japonés con su sangre.

Dallas se puso en pie con tanta rapidez que la silla se tambaleó hacia atrás.

—¿Ha sido él? ¿Ha sido el Cuervo?

Todos se miraron, confusos, pero a la vez, expectantes.

—Vamos a verlo. ¿Dónde ha sido?

—En Amberes.

—Preparaos, vamos todos —ordenó Baris, que ya recogía sus cosas con premura.

Unas horas después, el equipo Cuervo llegaba a un miserable apartamento cerca del puerto de Amberes. Varios policías de la ciudad y un forense les esperaban.

Fue Dallas el que entró primero a la escena del crimen. Tenía el corazón en la garganta, a punto de ahogarle.

Una pista. Algo. Lo que fuera. Estaba dispuesto a aferrarse a eso. Con esa intención evaluó el lugar. Reconoció el modus operandi, porque lo había visto en otra decena de casos. Notó el olor de la muerte y de la sangre. La víctima, atada a una silla y torturada con precisión. Y el mensaje en la pared trazado con caracteres japoneses. Pero con el primer vistazo se dio cuenta de que, a pesar de la imitación precisa, algo no encajaba.

—Venganza por el heredero —tradujo Killian con rapidez. Dallas no se había dado cuenta de que había entrado y estaba detrás de él hasta que oyó su voz.

En la cabeza de Killian apareció una idea tan terrible que se negaba a creerla. Pero ¿y si tenía razón en sus sospechas? Iba a indagar por su cuenta, decidido a no compartirlo con nadie por ahora.

—Ha sido porque él nos dio el chivatazo —intervino Johanna—.

¿Creéis que ha sido el Cuervo?

El irlandés se puso de cuclillas junto al cadáver, evaluando los cortes.

—No, no ha sido él —dictaminó—. Los cortes son bruscos y chapuceros. Ryo no trabaja así.

Dallas asintió, porque él había llegado a la misma conclusión.

—¿Entonces tiene un imitador? —dijo Baris—. Nos hemos asegurado de que nada de esto vea la luz con la prensa.

—Creo que ha enviado a alguien y, si no me equivoco... — Killian se incorporó y miró por la ventana.

Sabía lo que iba a pasar. Paso por paso. Porque él mismo había adoctrinado a aquel muchacho en algunas cosas, pero su verdadero creador había sido Hayato Tanaka, que nunca perdonaría la muerte de su hijo. Aunque también tenía un presentimiento en la boca del estómago.

—¿Qué quieres decir? —le apremió Dallas.

Killian abrió la boca para hablar, pero una llamada al móvil de Baris le interrumpió. El jefe descolgó.

—Dime, Turner. —Palideció y abrió mucho los ojos—. Espera.

Pongo el manos libres. Repítelo.

Orientó la pantalla del móvil hacia sus compañeros, que escucharon la voz de Turner diciendo:

—Tres asesinatos más. En lugares distintos. Pero esta vez son todos compañeros nuestros… que estaban en el puerto aquella noche.

REPROCHES



El terror bañó el rostro de Atenea. Porque ella había estado allí, coordinando por petición de Baris aquella operación.

Sus ojos viajaron a su hermano, que estaba sorprendido. Luego a Johanna, que también había estado allí, pero en la alemana solo encontró frialdad. Algo que siempre iba asociado a ella.

—El Cuervo os ha puesto en su punto de mira —añadió Killian—. Así que os aconsejo que os vayáis despidiendo de los que estuvieron implicados aquella noche.

Atenea sintió arcadas. Sus ojos volaron hasta el muerto que había en aquella habitación. Se fijó en toda la sangre que le cubría, en la cabeza inclinada hacia delante en un ángulo antinatural.

¿Era esa la muerte que le deparaba? Qué horror. Qué destino tan terrible. Aunque si lo pensaba, casi le parecía justo después de la muerte de aquel niño en una misión que ella había considerado demasiado fácil. Porque había pensado que su presencia le indicaría a Lena que todo iría bien, había creído que se entregarían y luego ella movería todos los hilos posibles para que estuviesen a salvo. Pero alguien, no sabía quién, había disparado y se había llevado la vida del pequeño Tanaka, desatando una venganza que implicaba tortura y unos monstruosos mensajes en la pared.

Con el estómago revuelto, salió apartando a empujones a los policías que se interponían en su camino. El pasillo la recibió con un potente olor a humedad. Estaban cerca del puerto. A trompicones, avanzó hasta la ventana y agarró la manilla con manos temblorosas. Necesitaba aire fresco para controlar las náuseas. Pero la maldita ventana no se abría.

Soltó un grito de indignación y en ese instante vio unas manos grandes que asían la manilla y la giraban. La brisa salada la envolvió y golpeó su rostro aligerando la sensación de su estómago. Solo entonces se atrevió a mirar a su acompañante. Era Killian Mackenzie, mirándola de la

misma manera que en Gante antes de despedirse sin responder a su pregunta.

—Yo estaba en el puerto aquella noche —confesó sin saber muy bien por qué se lo decía. Apenas lo conocía, pero cada vez que lo miraba veía algo en él. Una sensación de reconocimiento, de confianza. De hogar.

El gesto en Killian fue apretar los dientes cuando comprendió el significado de aquellas siete palabras. Se dio la vuelta y se asomó a la ventana. Cerró los ojos y dejó que la brisa marina, fría en aquel diciembre, revolviera sus cabellos y besara su rostro.

—¿Lo viste morir?

—Todo sucedió muy deprisa… —La voz de Atenea era temblorosa mientras recordaba—. Yo le dije que se entregaran, que todo iba a ir bien, pero alguien disparó. Y entonces hubo un grito. Todo quedó a oscuras, excepto…

—¿Excepto?

—Excepto ella.

Killian volteó el rostro con violencia y a Atenea le llamaron la atención sus ojos, muy abiertos, y su expresión sorprendida.

—¿Viste las nueve colas?

Atenea asintió. Era la primera vez que se lo confesaba a alguien. Desde su posición en el barco las había visto, moviéndose como si fueran reales.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Dallas, acercándose a ellos. Los miró con suspicacia, porque no entendía qué había motivado al irlandés a abandonar la escena del crimen detrás de su hermana—. ¿Os conocéis?

Atenea abrió la boca para contestar, pero Killian se adelantó.

—Salvé a tu hermana de un mercenario que Eve Green había mandado a por ella. Uno del mismo equipo que envió a por Lena e Hiroshi.

Dallas los miró alternativamente, confuso y enfadado. Otra verdad que le habían ocultado.

—¿Dónde?

—En Gante.

Atenea procedió a contarle todo lo que había hecho desde que a él lo había dejado en Londres, cómo había investigado por su cuenta hasta descubrir dónde se escondía Killian. Le contó también que alguien la había traicionado. Luego le contó lo que sucedió en el hotel, la aparición de Baris invitándola a unirse a su equipo.

A medida que hablaba, Dallas se enojaba más y más. Agachó la cabeza mientras negaba. Todo había sido un error tras otro hasta que la situación se había venido abajo con la muerte de un niño inocente.

—Entonces, Baris nos dijo a Johanna y a mí que tenía un chivatazo muy fiable. Que la heredera Tanaka había contactado con un antiguo colaborador del clan. Todo era fácil y sencillo. Pero…

—Pero todo falló, matasteis al muchacho y ahora el Cuervo busca venganza —sentenció Dallas—. ¿Quién más participó en la operación?

—Dos personas más aparte de Johanna y de mí.

Killian se apoyó en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho mientras Dallas recorría erráticamente el pasillo.

—Habrá que esconderte.

—Tarde —dijo el irlandés.

Los hermanos Hamilton lo miraron, con el miedo en sus expresiones.

—Solo los que van a morir de forma violenta pueden ver la forma *kitsune* de Lena. Lo sé por

experiencia.

—¿Qué?

—Las dos veces que he estado a punto de morir, cuando Ryo me torturó y la noche de Venecia, fui capaz de ver las nuevas colas, plateadas, brillantes. Así que tu hermana —dijo con pesar— está condenada a muerte.

—Ryo no llegará hasta ella.

—No ha sido él. En ninguno de estos asesinatos. Estoy seguro

—afirmó Killian, que no se atrevía a mirar a Atenea porque sentía un extraño nudo de dolor al hacerlo.

—¿Entonces?

—Ha enviado a otros. Y no parará hasta que alguien le diga quién efectuó el disparo. Solo matará a ese en persona y también estoy seguro de que lo que hemos visto ahí dentro no será nada comparado con lo que le hará al asesino de Hiroshi. ¿Sabes quién disparó?

Atenea negó con la cabeza. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y se abrazaba a sí misma, como si intentara consolarse.

Killian sintió la tentación de avanzar hacia ella y envolverla entre sus brazos. No lo hizo.

—¿Quién sabe quién disparó? —inquirió Dallas.

—Yo lo sé. Estaba a mi lado —dijo Johanna, que había escuchado toda la conversación. Los tres la contemplaron.

—¿Quién? —exigió saber Dallas, pero, como respuesta, ella negó con la cabeza.

—¿Tú no estabas en la misión? —le preguntó Killian. Cuando Dallas lo miró con tanto dolor en los ojos, supo que no.

—No he visto a Lena desde el restaurante en Londres. Hace más de seis meses que desapareció de mi vida y no he vuelto a verla.

—Ella no está viva —dijo Johanna—. Saltó al río en diciembre.

No es posible que haya sobrevivido.

—Johanna —le advirtió Dallas.

—¿Qué? ¿No puedes ni siquiera concebir la idea de que la mujer que te abandonó sin despedirse se lanzara al agua a morir?

—¿Es eso lo que quieres que haya sucedido? —preguntó él, dolido.

—¡Ella es una Tanaka! ¡Igual que Ryo! Tiene las manos manchadas de sangre. No es inocente.

—Hiroshi lo era —intervino Killian, con dureza—. Y murió de una forma demasiado cruel hasta para alguien como yo. Todos sois culpables y no pienso mover ni un dedo para impedir que Ryo se encargue de vosotros.

Pasó junto a ellos y tomó el pasillo. No había llegado hasta la escalera cuando escuchó la voz de Dallas.

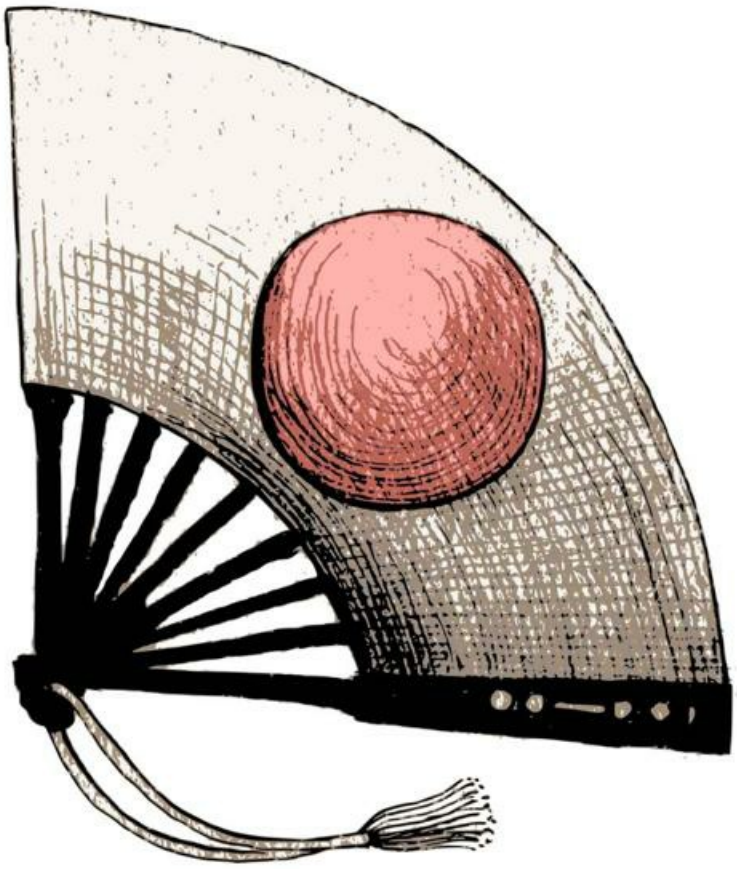
—¡Eres un egoísta! Siempre lo has sido. Un sucio mercenario interesado solo en el dinero, al que no le ha importado hundirse en ríos de sangre a cambio de más ceros en su cuenta corriente, pero que cuando realmente puede hacer algo honorable, no lo hace.

Killian aceptó la verdad con la misma estoicidad que cuando encajaba los golpes en un ring o en una pelea clandestina. Porque los merecía.

—Compraos camisas negras para lo que viene y despedíos de las personas que amáis antes de que sea demasiado tarde —soltó.

Y bajó los escalones a la carrera.

A SALVO



Atenea descendió los escalones detrás de él, con el corazón revolucionado y el aliento contenido. En el exterior, el frío era intenso, húmedo, de los que se colaba por debajo de la ropa, helaba hasta los huesos y transformaba el aliento en vaho.

No sabía por qué lo seguía. No entendía nada de lo que hacía cuando ese hombre estaba a su alrededor.

Solo sentía. Sus sentidos parecían desatados. Percibía las notas de su aroma, tan inconfundible, y sus ojos parecían agudizarse para captar cada detalle de él: la ropa que llevaba, los guantes de cuero de los que nunca se desprendía, el cabello un poco más largo y con canas que le conferían un aire interesante.

Por eso lo localizó pronto, alejándose del apartamento.

—¡Killian!

En cuanto escuchó su nombre, se detuvo. Atenea vio que llevaba las manos en los bolsillos de su cazadora y que se giró con aire indiferente. Al verla, alzó sus cejas oscuras, en un gesto que delataba su incredulidad. Pero no continuó caminando, lo que animó a Atenea a acercarse a él.

—¿Por qué me salvaste del mercenario si ahora vas a dejar que me maten?

El tendón de su mandíbula tembló y ese fue el único indicativo de que la había escuchado. Sin embargo, guardó un silencio desquiciante que ella trató de romper.

—¿Por qué me ayudaste en Gante, a pesar de que por mi culpa llegaron hasta ti? Hasta ella…

—No lo sé —dijo él al fin.

Pero mentía. Lo sabía bien. Las palabras de Lena habían condicionado cada paso que daba —o no— alrededor de aquella otra mujer. Pero no solo eso. Condicionaban la forma en la que la miraba, demorándose en detalles, pecas, lunares, la forma de los labios, las pestañas, los ojos verdes repletos de motas doradas.

Cuando él creía que solo amaba a Lena, a veces se sorprendía pensando en Atenea Hamilton.

—No quiero acabar así —añadió ella, con el miedo colándose en cada palabra.

—Tu hermano no dejará que eso ocurra.

—Mi hermano apenas me mira desde lo que pasó en el puerto.

—Pero incluso después de eso, Dallas no dejará que estés en peligro. Lo conozco lo suficiente.

—¿De qué?

—Del tiempo que pasamos juntos en Escocia. Casi nos convertimos en amigos, a pesar de que ambos amábamos a la misma mujer.

Atenea sintió que aquellas palabras llegaban a su corazón y lo sacudían.

—¿Estás enamorado de Lena?

Solo había una respuesta a esa pregunta. Desde que la heredera Tanaka se había colado en aquel despacho y había sacudido cada jodido cimiento de su vida, solo la había amado a ella, porque había visto más allá del monstruo que era.

—*Aye* —confesó con seriedad.

Pero aquella verdad, lejos de doler, alivió el corazón de Atenea. Porque le demostraba que él podía amar. Que, a pesar de lo que decía su expediente y las informaciones que pululaban sobre él — tan turbias y oscuras—, podía enamorarse.

—¿Sabes dónde está ella?

Killian apartó la mirada y apretó los dientes. Tenía una idea de dónde podía estar y, sobre todo, de con quién. Pero no la dijo en voz alta.

—Tu hermano te protegerá. —La miró—. A pesar de lo enfadado que está, es uno de los mejores hombres que he conocido. Por no decir el mejor.

—Entonces no le dejes —pidió ella—. ¿O es que no ves que está a punto de caer de nuevo?

Lo notaba, claro que sí. Desde que lo había visto en el funeral lo había sabido. Por aquella habilidad que siempre había tenido para calar a las personas, para ver su interior, había sabido que Dallas estaba a un paso de hundirse en el mismo infierno del que tanto le había costado salir. Porque los que son propensos a las adicciones siempre caminan sobre una cuerda floja.

—No abandones el equipo. —Ella deshizo la distancia que les separaba—. Sé que te arrepentirás de hacerlo si las muertes continúan.

—Las muertes, si las ordena el Cuervo Rojo, son inevitables.

—¿Todas?

Killian contempló a aquella mujer durante unos momentos.

¿Y si era cierto lo que Lena le había dicho? Nunca había sido un romántico, pero creía en el destino. En que todo sucedía por una razón u otra. ¿Y si había conocido a Lena para que finalmente la vida le llevara hasta Atenea Hamilton?

¿Qué pasaría si se desentendía y aquella mujer que tanto le intrigaba acababa muriendo?

Cuando la respuesta emergió en su cabeza, alargó la mano hacia ella.

—Ven conmigo.

Ella observó la mano enguantada de él, luego sus ojos, con aquella invitación silenciosa que la atraía como un imán.

—¿Dónde vamos a ir?

—Vamos a ir a un sitio seguro donde voy a contarte por qué creo que estarás a salvo conmigo.

Atenea tomó su mano.

Un rato después estaban en Bruselas, en el piso franco que pertenecía a Keith. Atenea evaluó el lugar. Era pequeño, sin apenas muebles, por lo que resultaba frío y desangelado.

—¿Qué es este sitio?

—Uno de los pisos francos que tenemos por Europa.

—Hablas de Keith, tu compañero, ¿no?

—Sí, así es —dijo él, colocándose junto al ventanal. Atenea tomó asiento en el sofá y esperó —. Es casi como un hermano. Servimos juntos en Irak.

—He leído tu expediente.

Ante eso, él se giró y se acercó a ella. Tomó asiento a su lado, pero manteniendo la distancia.

—¿Cómo me encontraste?

—Viajé a Escocia porque me lo pidió mi hermano, pero no quedaba nada del hotel. Conseguí las imágenes de las cámaras de seguridad en las que se veía un camión de mudanzas. Eso me llevó a Keith Smith. Y a ti.

Él la miró, impasible, hasta que ella se puso nerviosa. Se removió sobre el sofá, incómoda y sonrojada.

—¿Por qué crees que estaré más a salvo contigo?

Killian soltó un suspiró, se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Porque soy inmune al don de Lena. Nunca ha funcionado conmigo. No ha podido ver mis secretos. Por eso, si yo te oculto, nadie te encontrará.

—Un momento… —dijo ella, mientras procesaba aquella información—. ¿Crees que ella está detrás de estas muertes?

—Creo que está usando su don para llegar al que disparó contra su hermano. Por eso tengo que encontrarla antes de que llegue hasta él. Porque entonces se habrá perdido para siempre. Ya no será Lena. ¿Sabes quién disparó?

—Era un chico joven. Johanna estaba a cargo del equipo. No sé su nombre.

—Pero Johanna sí, así que llama a tu hermano y dile que ponga vigilancia y protección a su compañera.

Atenea sacó el móvil del bolso, pero antes de marcar, un pensamiento caló en su cabeza. Alzó la cara y miró al irlandés, que no apartaba sus ojos azules de ella.

—¿Y yo?

—Tú te quedarás aquí conmigo. No le digas a tu hermano nada. Es mejor que nadie más lo sepa... —Ante la duda que vio en ella, añadió—: Solo si quieres quedarte.

—Quiero —dijo ella demasiado rápido—. Sé que aquí estaré a salvo.

EL CEBO



A pesar de la insistencia de Dallas de poner a salvo al equipo implicado en la muerte de Hiroshi, Baris desoyó sus consejos. Porque veía una oportunidad para capturar al Cuervo Rojo en pleno delito. Y Johanna dio una idea. Necesitaban un cebo. ¿Y quién mejor que ella? Dallas argumentó que era peligroso, que no sabían a quién se enfrentaban. Que no valía la pena arriesgar la integridad de nadie por atrapar a Ryo Tanaka.

Él mismo lo había visto en acción en Londres: frío, despiadado, casi inhumano.

Estaba seguro de que tenía un equipo mil veces más coordinado que cualquiera de los que pudieran preparar ellos con tan poco tiempo.

—No lo hagas, Johanna. No vale la pena.

Ella lo miró con frialdad, como si hubiera dicho lo más absurdo del mundo.

—Haré lo que haga falta por pillarle —espetó—. Y creía que tú pensabas lo mismo.

El inglés la tomó con delicadeza del brazo y la apartó a un lado, lejos de las miradas indiscretas.

—Baris nos ha dado unos días para prepararlo todo. ¿Y si no sale bien?

—Tenemos el mejor equipo y yo estoy preparada. No me va a temblar el pulso si tengo

que…

—Johanna —la interrumpió él con seriedad—, justo por eso mismo no es buena idea que seas tú. Estás demasiado implicada.

—¿Y tú no? —se burló ella. Le miró a los ojos, desafiante—. Aquí todos lo estamos, pero a mí no me da miedo apretar el gatillo.

—Si aprietas el gatillo ya no será justicia. Ambos lo sabemos.

—Y ambos sabemos que ninguno de los dos estamos aquí por la justicia. —Se apartó con brusquedad—. Ya veremos cómo reaccionas cuando tengas a tiro al Cuervo Rojo.

Ella tenía razón. Aquella imagen, aquella idea se había convertido en su obsesión durante los últimos meses. Llegar hasta él, pillarle. Que le llevara a Eve. Y detenerles a los dos.

Había tratado de que la obsesión no creciera hasta desbordarse, pero hacía tiempo que sabía que él era un hombre propenso a las adicciones. Y acabar con el nuevo clan Tanaka y todas sus ramificaciones se había convertido en su motor, en lo que le empujaba a levantarse, a luchar día a día. No solo por lo que conllevaría profesionalmente. Ya era algo personal. Le había arrebatado su futuro y lo había dejado lisiado de por vida. Estaba dispuesto a hacerle pagar por ello.

—Estoy seguro de que planeasteis lo de Amberes igual que esto. Y mira cómo acabó. ¿Quieres ser tú la que muera?

Ella se giró con expresión furibunda.

—No finjas que te importa que muera. No me has hablado en semanas.

—¡Estaba enfadado! ¿Por qué no me dijiste que ibais a por ellos? ¿Que los teníais?

—¿Qué habría cambiado?

—Estoy seguro de que todo.

Porque estaba convencido de que Hiroshi seguiría vivo. Cerró los ojos y apretó los dientes para que el recuerdo del muchacho muerto no se filtrara más. Había conseguido mantenerlo a raya.

A veces sentía que lo había conseguido. Pero no esa noche. No después de descubrir que el Cuervo Rojo había comenzado a darles caza.

Tardaron unos días en prepararlo todo. Una vez que tenían el escenario asegurado, comprobaron que los micrófonos funcionaban y las cámaras también. El equipo, apostado en una furgoneta de vigilancia en la puerta del hogar de Johanna, estaba preparado para intervenir en cuanto ella pronunciara la frase clave.

Ella parecía tranquila, con su pelo recogido en una coleta y el traje azul. Esperaba que Ryo apareciera.

Todos lo hacían.

Dallas se sentía cerca de atraparlo y estaba ansioso, pero también temía que todo fuera mal, aunque no podía demostrarlo. En esos días de preparativos había intentado controlarlo todo: preciso y escrupuloso hasta el extremo. Porque no podía permitir que hubiera más bajas en su conciencia.

Se pasó las manos por el pelo, se aseguró de que los dos compañeros que había con él en la habitación lo tuvieran todo controlado. Nada podía fallar. Se había prometido a sí mismo que todo iría bien, como debía haber ido en Amberes si él hubiera estado.

—Por aquí todo controlado, compañeros —musitó Johanna.

—Ante cualquier duda, avísanos —pidió Dallas.

—Sabes que sí.

La puerta se abrió y centró su atención en la misión. Entraron varios hombres trajeados. Uno de ellos era el italiano que le había disparado en Londres, hacía ya demasiado tiempo. Sintió que

le hervía la sangre, pero se obligó a mantenerse sereno, centrado.

—¿Quiénes sois? —preguntó Johanna, fingiendo a la perfección su papel de víctima sorprendida en la tranquilidad de su hogar.

El italiano se presentó como Marco y dijo que venía en representación de los Tanaka, pero que esperaban órdenes.

—¿Órdenes? —preguntó Johanna—. ¿De quién?

Marco simplemente se limitó a sonreír con ese aire de lobo feroz y se quedó de pie, al igual que el resto de los hombres. Dally lo supo. Esperaban a alguien. ¿Y si aparecía el Cuervo Rojo? ¿Y si podían pillarle? El corazón se le aceleró ante la idea.

—Todos listos —dijo el inglés.

La puerta se abrió de nuevo y los hombres del clan se movieron al unísono, como soldados bien entrenados. Formaron un pasillo que protegía a la persona que accedió al interior. De repente, la imagen que captaba la cámara comenzó a temblar.

—Hay interferencias —indicó un técnico.

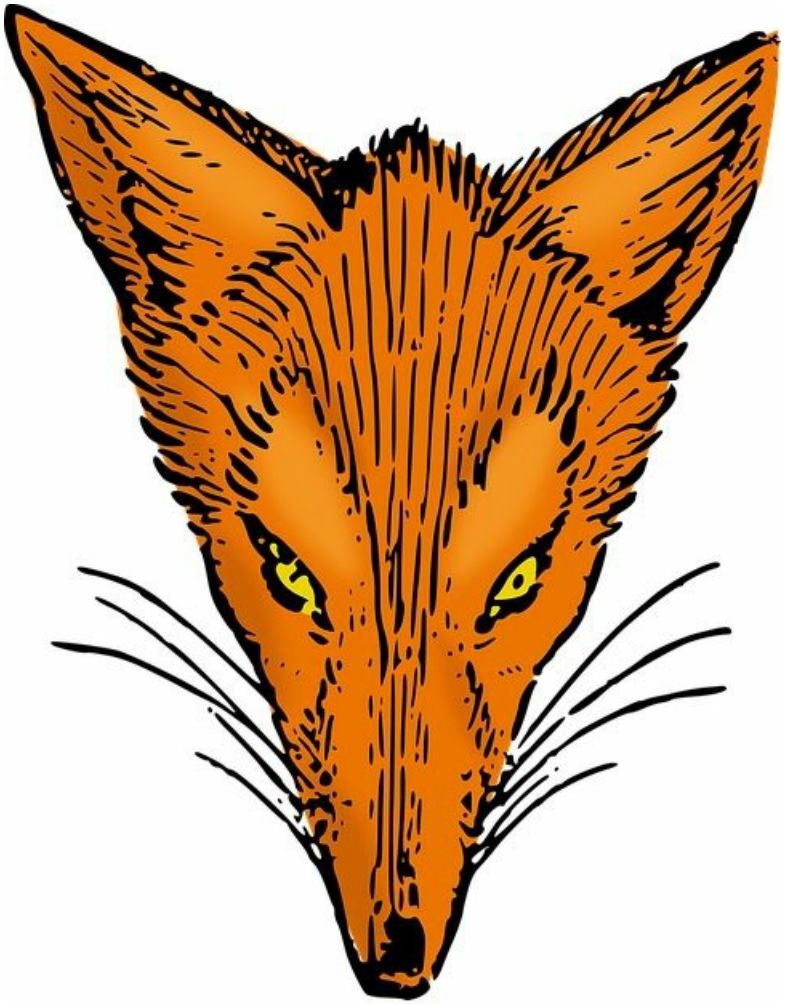
Dallas se inclinó entre sus compañeros, pendiente de las imágenes. El pasillo humano les recordó a las figuras de terracota del ejército del emperador de la dinastía Qin. Cuando Marco, que había quedado de pie frente a la mesa, se movió, Dally pudo ver a la persona a la que protegían. Vestía de rojo y su melena larga, con mechones ceniza, estaba recogida en una trenza.

El corazón se le subió a la garganta. Porque era Lena.

«No, no puede ser», se dijo. Las interferencias se intensificaron. Una de las dos cámaras quedó en negro justo en el momento en que Lena chasqueó los dedos.

—¡No dejes que te toque! —dijo Dallas, a la desesperada. Su corazón y su cerebro habían colapsado a la vez. Porque comprendió lo que había estado pasando. Que Lena había tocado a cada una de las víctimas para averiguar lo que había pasado esa noche y encontrar a quien apretó el gatillo—. ¡Que no te toque!

REENCUENTRO



Hikari quería no sentir nada, pero no podía evitarlo. Aquella era la cuarta visita que hacía acompañada del séquito Tanaka con un único objetivo: usar el don para encontrar a la persona que efectuó el disparo. Había empezado con el hombre al que ella había acudido y que los había traicionado, entregándolos a la Interpol. Johan, que había llorado y suplicado a sus pies, había muerto a manos de Marco mientras Hikari no apartaba la mirada.

Al tocarle había visto todo y había conseguido un nombre. El de la siguiente víctima. Con una investigación que había consistido en un par de llamadas a aquellos que el clan tenía en nómina, habían conseguido una dirección que les había traído más nombres. Y, por consiguiente, más víctimas. A cada una de ellas, Hikari las había tocado. Había descubierto sus secretos y había revivido a través de sus recuerdos lo que había sucedido en Amberes.

Cada muerte que presenciaba la volvía más inhumana. Antes, cuando su padre vivía, ella

procuraba no mirar. Cerraba los ojos, pero no podía hacer nada ante los gritos que luego la perseguían en sueños.

Ahora, decidida a liberar al yako oscuro, tenía que volverse cruel, porque era la única forma de no sentir, de no sufrir.

Por eso estaba allí, dispuesta a condenar de nuevo.

Con una primera mirada, la reconoció enseguida a pesar de que solo la había visto un par de veces. Pero no lo demostró. Evaluó a Johanna, que estaba sentada muy rígida. Era guapa. Rubia, con los ojos azules y las facciones delicadas. Demostraba fortaleza y seguridad en sí misma, aunque no podía evitar destilar ciertos nervios que el don le indicó en cuanto sus ojos se clavaron en ella.

Emboscada, siseó el don.

Era consciente de que podía pasar. Desde que había decidido implicarse, sabía que era cuestión de tiempo que se diera de bruces con los agentes de la ley.

Solo tenía que saber quién había disparado a su hermano y luego dejar que Marco se encargara de la sentencia de muerte. Así que la saludó con una sonrisa y le tendió la mano. La mujer dudó unos instantes, pero al final accedió. Y entonces descubrió varios secretos.

Uno de ellos, también muy doloroso, tenía que ver con Dallas. Con su Dallas.

Aunque tenía que recordarse que ya no lo era.

En aquel momento, la puerta lateral se abrió. Los hombres que la rodeaban se movieron, protegiendo su cuerpo, ocultándola, pero ella lo vio. Con un traje azul, el pelo más largo y el rostro pálido, estaba él.

Los latidos de su corazón se descontrolaron, pero se obligó a mantenerse fría, sobre todo porque sus hombres desenfundaron las armas y el don la avisó con la presencia de un *shinigami* envolviendo a Dally, que la miraba con los ojos verdes temblorosos por la emoción contenida.

—¡Quietos! —dijo ella con voz tajante.

Sintió la incomprensión de Marco, a su lado. Luego supo que lo había reconocido.

—Señorita Tanaka, es …

Durante las últimas semanas, de regreso en Europa, había averiguado lo fácil que le resultaba ahora controlar su don. A medida que su alma se volvía sombría, su poder aumentaba. Antes le costaba un verdadero esfuerzo físico meterse en la cabeza de los demás y embaucarles; ahora, solo se lo proponía y nadie se resistía.

—Silencio —dijo ella y supo que Marco ya no hablaría hasta que ella le diera permiso—. Bajad las armas.

Dallas se sorprendió ante lo que vio. Todos los hombres que la rodeaban, sin excepción, la obedecieron sin rechistar. Sumisos como perros amaestrados.

—Buenas noches, señor Hamilton —dijo ella con la voz fría, a pesar de que en su interior las emociones se arremolinaban. Alzó la cara, como si así pudiera mostrar cierta indiferencia. Y que él la creyera.

El inglés estaba clavado en el sitio, mirándola. Sin embargo, Johanna tenía toda su atención puesta en él. Lena sabía por qué. No solo había descubierto que aquella mujer era pariente de Margot Klaus, a la que Ryo había matado, también sabía que Johanna y Dallas eran amantes.

Una parte de ella sintió celos. El don, tan cruel y despiadado como siempre, le había mostrado imágenes de ellos juntos. Cerró las manos, como hacía para controlarse. Cada vez resultaba más complicado volver a sentir compasión, tristeza... o miedo.

A medida que doblegaba el don, que lo controlaba, ella perdía la batalla contra el *kitsune* oscuro. Estaba perdiendo una lucha contra sí misma, perdiendo pedazos de su alma. Había

pensado que podría llevar a cabo su plan y perderla del todo de manera controlada, pero, en momentos así, cuando sentía aquella furia descontrolada, aquellas ganas de matar, sabía que viajaba irremediablemente hacia su perdición. Solo esperaba acabar con todo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Cómo debo llamarte?

—Sabes perfectamente quién soy. Mi nombre es Hikari Tanaka.

—¿Por eso has vuelto a trabajar para ellos?

Ella sonrió. A pesar de que trató de que el gesto fuera soberbio y frío, Dallas pudo reconocer la tristeza. Había tratado de mentirle mil veces, pero él siempre veía esas muescas en la coraza. Incluso en aquel momento, después de tantos meses separados, después de haberse roto el corazón mutuamente.

—¿Dónde iba a estar mejor que con los que me protegen?

—Sabes que no es así. Sabes que hay otras opciones.

—No para mí. Nunca las ha habido. —La verdad dolía, y decirlo en voz alta mucho más. Pero era necesario para seguir adelante, sobre todo después de la muerte de su hermano.

—¿Entonces…?

—Entonces voy a ser generosa con usted y con su compañera, señor Hamilton, y les voy a perdonar la vida, ya que he averiguado el nombre de la persona que busco.

—No lo estás diciendo en serio. —La voz le tembló.

Hikari sonrió de nuevo. Qué falso era el gesto, cuánto el dolor que encerraba.

—Marco, tu arma, por favor.

El italiano obedeció. La heredera, cuyas manos quedaban ocultas por la ancha manga del kimono, la colocó en la mesa y la lanzó en dirección a Johanna, que la alcanzó sin dudar. En cuanto la cogió, dijo:

—Apunte a su compañero, señorita Klaus.

Dallas abrió mucho los ojos. Por un momento, pensó que Joanna era una traidora, que en realidad trabajaba para el clan, como otros tantos compañeros corruptos a los que habían descubierto durante los últimos meses. Pero entonces, cuando vio el rostro congelado por el terror de su compañera, llegó a otra conclusión más alarmante.

Era el poder de Lena, el don que tenía y que, por alguna extraña razón, ahora parecía dominar mucho mejor. Por eso los hombres la obedecían sin dudar; por eso, Johanna le apuntaba con aquella arma, aunque en sus ojos veía la lucha interior contra sí misma, contra algo que la obligaba a actuar doblegando su voluntad.

—No vas a hacerlo. —Dallas alzó las manos. El dolor en aquella súplica resultaba desgarrador—. Tú no eres así.

—La chica que conociste en Londres, tal vez no… —Ella cerró los ojos y en su mente se reprodujo la imagen que no lograba olvidar y que azotaba su conciencia—. Pero la mujer que soy ahora… La que sobrevive después de la muerte de Hiro, es capaz de hacerlo.

—Sobre eso… —Avanzó hacia ella, cojeando, y ella se dio cuenta de que era consecuencia de aquel ataque en el restaurante de Londres, lo que le hizo apretar los dientes—. Lena, no sabes lo mucho que lo lamento.

Su voz era sincera y el don amplificaba el dolor que Dallas sentía por la pérdida de Hiroshi, pero eso ya no bastaba. No para ella. No para el *kitsune* oscuro.

—Aunque lo lamentes, ya es tarde. Solo queda la venganza.

—Tú no eres así. No lo eras antes, cuando vivía tu padre, ni ahora tampoco.

—Antes tenía un tesoro que proteger. —La tristeza la carcomía, bocado a bocado, como si no

fuera más que un cascarón de madera—. Pero fallé. Ahora no tengo nada.

—¿Por eso te has embarcado en todo esto? —Los ojos de Dallas brillaron por la emoción apenas contenida.

—Es justicia.

—Si va de la mano del Cuervo Rojo, no lo es.

Ella lo sabía, lo sentía, pero no podía hacer otra cosa si quería seguir viviendo. Aunque, cuando lo tenía frente a ella —bello, desolado, herido—, se preguntaba qué sentido tenía hacerlo si no podría volver a acariciarle, a besarle.

Dio un paso hacia atrás.

—Tu gente mató a un niño. —Tenía los brazos tensos a ambos lados del cuerpo como si así controlara las ganas de tocarle—. Eso exige el pago de una deuda de sangre. ¡Ni siquiera pude llevarme su cuerpo!

—Yo lo reclamé. Está enterrado en Londres —confesó él.

Y entonces Dallas lo vio: el dolor en sus ojos ante la idea y también un pequeño amago de esperanza que se apresuró a ocultar.

—Sabes que no estoy mintiendo. Y si quieres verlo por ti misma, tócame. —El inglés se remangó el jersey y estiró el brazo hacia ella.

En ese momento, el hilo rojo volvió a conectar sus meñiques y ella sintió que el corazón se le saltaba un latido.

Hikari miró la mano, con la palma vuelta hacia arriba, con los dedos que tantas veces la habían acariciado. Luego deslizó los ojos recorriendo el antebrazo hasta la parte interna del codo. Porque, a pesar de todo, adoraba cada centímetro de aquella piel.

¿Cuántos meses habían pasado desde la última vez que había estado entre sus brazos? No demasiados, pero cada uno de ellos se había estirado en su mente, doblándose o cuadriplicándose. Cada hora alejada de él, cada día, habían sido una tortura agónica a la que ella había sobrevivido por el hecho de que había decidido cobijarse en la venganza.

Sin embargo, cuando le miraba, todo lo que había hecho hasta ese instante le parecía innecesario, cruel. Sin sentido. Porque podía ver la bondad en los ojos de Dallas, la nobleza de la que se había enamorado y en la que ella había creído encontrar su verdadero hogar.

Ante la indecisión de la heredera, él avanzó, pero no la tocó. Fue ella la que colocó su mano, tan negra, sobre la palma de él. Los secretos emergieron con la misma violencia de siempre y, además, bañados por la tristeza que los acompañaba.

La llamada de Atenea diciéndole que acudiera a la comisaría, el momento en que había descubierto a su hermano, muerto, sobre la camilla metálica, sus lágrimas, su furia... Las horas que había pasado bajo la lluvia, buscándola, con la esperanza de que ella siguiera viva, a pesar de que todos le habían dicho que era imposible. Y luego, cómo reclamaba el cuerpo de Hiroshi y cómo arreglaba todo para que estuviera enterrado en Londres. La lluvia que se mezclaba con las lágrimas y caía sobre la tapa de madera del ataúd. Y tanta desolación…

Tantos remordimientos.

Ese era el mayor secreto de Dallas Hamilton. Que se consideraba culpable de todo lo que había pasado, porque si no hubieran abandonado Escocia, donde lo tenían todo, nada de aquello habría sucedido. Y eso estaba provocando en él un nuevo descenso al infierno.

Cuando ella se echó hacia atrás y dejaron de tocarse, tardó unas décimas de segundo en mirarle.

Porque no era tan fuerte ni tan fría como había pretendido ser. Porque aún lo amaba. Con cada fibra de su ser.

Ante el pensamiento, el *kitsune* oscuro se revolvió en su interior y mordió, haciendo que las rodillas se le combaran. Cayó al suelo y Dallas se apresuró a agacharse a su lado. La abrazó y la estrechó contra él. Hundió su rostro en el cabello de Lena, que olía igual que recordaba: aquella mezcla de flores que transportaba su memoria a esos momentos de intimidad compartidos.

Ella alzó los ojos hacia él y dejó que Dallas deslizara sus dedos por la piel de su rostro en una caricia que dejaba a su paso mil emociones. Luego, inclinó su cara hacia ella y la besó con dulzura en los labios.

Ella sintió calor, frío y todas las sensaciones intermedias: resplandor, oscuridad, recuerdos, promesas sin cumplir y miedos... Por eso se apartó, se puso en pie y, sin mirarle, ordenó a sus hombres que se movieran. Su sumiso ejército obedeció y ella marchó con ellos.

Otra despedida sin palabras.

La dejó irse. A ella y a sus soldados. Solo en el instante en que la puerta se cerró, Johanna se derrumbó sobre la mesa, inconsciente. Él la tomó en brazos y la sacó del apartamento. Sus compañeros en aquella operación le dijeron que las cámaras no habían captado nada.

Cuando Baris llegó al lugar, se mostró decepcionado ante el fracaso de aquella misión. Le preguntó una y otra vez qué había sucedido, pero Dallas se cerró en banda.

No era capaz de hablar de ella.

¿POR QUÉ AÚN NOS CONECTA EL HILO ROJO?



Hikari podía dejar de pensar en Dallas después de haberle visto, haberle tocado, haberle besado, envueltos por el hilo rojo que les conectaba.

Después de todo lo que había pasado… ¿Cómo era posible? A pesar de que le había abandonado creyendo que así sus destinos se separarían para siempre y que, por ende, el hilo que les conectaba desaparecería, no había sido así.

Y no lo entendía. ¿Por qué? ¿Es que significaba que él seguía siendo, de alguna forma, para ella? ¿Cómo era posible?

Los hombres de su clan habían obedecido todas sus órdenes y la habían sacado de Lyon con rapidez. Como si nunca hubieran estado en aquel apartamento. Como sombras reflejadas apenas un instante por la luz de un faro. Vistos y no vistos. Se preguntó si eso sería ella para Dallas. Algún día, tal vez solo fuera un breve recuerdo empañado por toda la sangre derramada.

¿Por qué había creído que podría amar y ser amada como alguien normal?

Unos intensos recuerdos la asaltaron: la risa de Dally en el apartamento frente al Támesis, el calor que desprendía, el tacto de su piel masculina con cicatrices de las heridas de bala y otras tantas invisibles que ella había tratado de hacer cicatrizar.

Qué extraño y cruel era su destino. Ahora se preguntaba: ¿y si él no hubiera ido a buscarla a

Escocia? Tal vez habría sido lo mejor. Quedarse con los primeros recuerdos. No crear nuevos como todos los que construyeron en el hotel de las Highlands y que podían haber culminado en una pedida de mano.

—Ya estamos. Perímetro controlado —escuchó decir a Marco. Estaban en Ginebra, donde pasarían unos días y esperarían a

Ryo, que se estaba encargando de unos negocios antes de ocuparse del último cabo suelto de su venganza. Esta vez, en persona.

—Señorita Tanaka, ya puede descender del vehículo. —Uno de sus guardias de seguridad abrió la puerta y ella descendió. Ryo había elegido un hotel de lujo, el Grand Hotel Kempinski, donde habían alquilado una planta entera con identidades falsas y dinero por delante para facilitar así su seguridad y el silencio de los empleados.

Escoltada, llegó a la puerta de su habitación en la última planta. Sabía que tenían órdenes de vigilarla y que cada uno de sus pasos era notificado a Ryo. Solo porque ella lo permitía. Porque si usaba su don, podría sin dificultad doblegar las mentes de aquellos hombres y escaparse.

Seguro que Marco le contaría a Ryo que le habían perdonado la vida a Johanna. Y sabía que también le contaría que Dallas Hamilton había aparecido. ¿Y si Ryo decidía ir a por él?

Ahora que resultaba ser inmune a su don no podría controlarle. Tal vez debería avisar a Dallas. Decirle que dejara el caso, que regresara a Londres, que rehiciera su vida. Después de todo, ya había estado con otra… Hubo un fogonazo de celos en su interior, pero se obligó a apagarlo. Él tenía todo el derecho a empezar de nuevo. Era lo que debía hacer: olvidarla, hundirse en otro cuerpo y entregar sus caricias y con el tiempo, también su corazón.

Oh, su corazón. Ella lo había notado lleno de resentimiento, pero también de amor. Hacia ella.

Aún.

Después de todo, a pesar de todo. Igual que ella.

Se miró en el espejo. La forma vulpina era cada vez más evidente y pronto la dominaría por completo. Ya no sería ella. Ya no quedaría nada de la chica a la que Dallas aún amaba. Y tal vez en ese momento el hilo rojo se rompería para siempre.

¿Y si se despedía de él?

«Solo una vez más. Verle una vez más».

Podía salir de aquel hotel y llegar a Lyon, donde sabía que Dallas estaría. O tal vez no. Pero se conformaba con escapar de la prisión en la que se había encerrado voluntariamente. Solo una noche.

Así que hizo lo que mejor se le daba. Usó su don para salir de allí.

Casi tres horas después estaba frente a su apartamento. Apenas podía respirar de la emoción que la envolvía. Cuando tocó la puerta, el don le dijo que no estaba allí. ¿Y si estaba con Johanna? Procuró que las imágenes que había visto no volvieran a su mente.

«No pasa nada», se dijo. «Tal vez lo mejor es que no esté».

Una herida a punto de cicatrizar —qué mentira— nunca debe abrirse.

Acarició la madera de la puerta.

—Adiós, Dally...

Se dio la vuelta y tomó el pasillo hasta el ascensor. Se plantó frente a las puertas. El panel indicaba que el ascensor estaba en marcha. Miró una última vez la puerta con el pesar inundando su corazón. Se había escapado y no había servido para nada.

Las puertas del ascensor se abrieron con un clic y el don la avisó, mostrándole de nuevo el hilo rojo. Ladeó el rostro y se encontró cara a cara con Dallas.

LA ÚLTIMA NOCHE



parpadeó, porque no podía creer lo que veían sus ojos.

Lena estaba frente a él, oculta tras una ropa enorme y oscura. Cuando se echó hacia atrás la capucha y su cabello se derramó en una cascada, apreció que del color negro ya casi no quedaba nada salvo las puntas de la melena, ahora por completo plateada. Había otros cambios que había apreciado antes, a pesar del nerviosismo que le había dominado: la piel pálida, las profundas ojeras, los pómulos más marcados...

El reencuentro había sido como una centella que se había transformado en un fuego, que sabía que lo dejaría convertido en cenizas y tristeza para el resto de su vida.

No tenía sentido engañarse.

—Yo no… —Ante el dolor inconmensurable que vio en su mirada, ella comprendió la magnitud de su error—. No debería estar aquí. —Se colocó de nuevo la capucha y bajó la cabeza para entrar en el ascensor sin mirarle.

Dio un paso esperando que él se apartara, pero, para su sorpresa, no lo hizo. Bloqueó su avance con su cuerpo, que olía tan bien como siempre y desprendía emociones que el don amplificó.

Alzó la cara y se encontró con sus bellos ojos verdes evaluando su rostro. ¿Qué buscaba? ¿Qué esperaba encontrar? ¿A Lena? ¿A la misma chica que había amado hacía lo que parecían seis décadas?

¿O a la terrible heredera de Hayato Tanaka que había caído en las garras de la venganza?

—Tengo que irme —fue capaz de decir.

—Vete —dijo él—, pero solo después de hablar conmigo.

Él también había cambiado. Pero, aun y con todo, seguía viendo la misma nobleza en sus ojos. Qué injusto. Cuando ella estaba casi hundida en las sombras, y dispuesta a dejarse envolver por ellas, él seguía siendo honesto y valiente, tanto como para haber reclamado el cuerpo de su hermano y haberle dado un entierro digno en su Londres natal.

Aquella era la razón por la que había ido hasta allí. Se había dicho que lo había hecho para avisarle, para advertirle. Pero solo quería darle las gracias. Porque había sentido a través del don todas sus emociones y, sobre todo, su dolor aquel día bajo la lluvia.

Sus lágrimas por Hiroshi.

—Si quieres irte, no te lo impediré. Pero solo después de que hablemos —volvió a decir él.

Por respuesta, ella asintió. Dallas salió del ascensor y le hizo un gesto con la mano para que recorriera el pasillo junto a él. A pesar de que había pensado que lo tenía todo controlado, los nervios fueron en aumento a medida que era consciente de que estarían a solas.

Cuando entraron en el apartamento, ella se quedó junto a la puerta. Las emociones en aquel lugar la envolvieron. Se respiraba soledad.

Qué diferente era lo que se sentía con respecto al hogar de Dallas en Londres, donde la había recibido la calidez.

Él avanzó por el lugar —pequeño, con los muebles impersonales y fríos propios de un sitio alquilado—, se despojó del abrigo y lo lanzó sobre el sofá. Ella aprovechó para fijarse en su cuerpo, en los músculos que se intuían debajo de la lana del jersey oscuro. Cómo lo añoraba, cuánto lo deseaba. A pesar de que tocarle siempre había sido complicado por el don, había adorado cada caricia, cada roce. Los besos, los abrazos, las sonrisas contra la piel.

—No te quedes ahí. Por favor.

Ella dio un par de pasos sin dejar de observarle. Dallas abrió la nevera y se apoyó en la puerta del electrodoméstico. Estaba nervioso, aunque trataba de disimularlo.

—¿Quieres tomar algo? —Miró el contenido de su nevera y se avergonzó de la cantidad de alcohol que contenía—. Solo tengo cerveza, aunque prefiero no beberla.

—Lo sé —dijo ella, revelando que conocía aquel secreto, tal y como él se imaginaba.

Dallas alzó la cara y la miró. Hikari había metido las manos en los bolsillos de la chaqueta y a pesar de que intentaba aparentar calma, él podía ver a través de esa fingida frialdad.

Por eso, con deliberada parsimonia, avanzó hasta el sillón y tomó asiento. Luego, alzó los ojos de nuevo hasta ella.

—¿Por qué has venido?

Hikari se mordió el labio inferior y apartó la mirada. La desplazó por el apartamento, con sus grandes cristaleras por las que se colaba la macilenta luz de unas farolas, la cocina integrada y una habitación al fondo que imaginó que sería su dormitorio.

Al menos, el don le dijo que Johanna no había estado allí.

—¿No vas a contestarme?

Lena avanzó y se quedó de pie frente a él. Qué difícil resultaba mirarle, qué difícil que las palabras expresaran la verdad, la única que aún existía en su corazón, a pesar del giro perverso que habían dado sus vidas en los últimos meses.

—He venido a avisarte. Ryo irá a por ti después de esta noche.

Y no sé si podré impedirlo.

Dallas apretó los dientes para contener la decepción que le invadió.

—Pues que venga.

—No hablas en serio. —Le miró—. ¿Aún no sabes que, si llega hasta ti, no podrás hacer nada?

Habían pasado demasiados meses… Londres, Escocia, todo parecía ya un recuerdo lejano. Uno de esos sueños de los que no quieres despertar y que, con el tiempo, vas olvidando. Desde entonces habían sucedido muchas cosas: muertes, sangre, sexo y otras tantas cosas que les separaban. Más incluso de lo que estaban cuando se encontraron aquella noche en el metro.

—¿De verdad has venido a avisarme de que estoy en el punto de mira del Cuervo Rojo? ¿Y por qué no has dejado que uno de esos perros a los que controlas con tu don me matara esta noche?

—Porque no mereces que emplee el don ni para eso —respondió ella, a la defensiva.

Él se puso en pie. Hikari se preguntó por qué no se movía, por qué no se marchaba, o por qué no usaba el don con él para manipularle como hacía ya a diario con los que la rodeaban. Al menos, esa respuesta la sabía. Tiempo atrás se había prometido que no lo haría. A él, no.

Dallas no lo merecía. Hikari tenía las manos en los bolsillos de la cazadora, convertidas en puños a pesar de lo mucho que deseaba tocarle. ¿Cuántos meses habían pasado desde aquella última noche juntos en Escocia? A veces, ni siquiera creía que hubiera sucedido.

¿Cómo podía seguir adelante si no lo olvidaba? Había puesto todo su empeño en hacerlo, había derramado miles de lágrimas por él, hasta quedar yerma por dentro. Muerta. O peor aún, hasta volverse casi salvaje. Como si el amor por él hubiera sido la barrera más eficiente para contener a la bestia interior.

Se sintió rota, devastada. ¿Por qué había acudido allí? ¿Por qué se hacía algo así? Lo sabía bien. Para castigarse por todos los crímenes cometidos, por la muerte de su hermano, tan pesada en su conciencia.

Él, Dallas Hamilton, era su penitencia.

Seguía tan hermoso como recordaba. O quizá más. El pelo rubio, más largo, con destellos de sol, el rostro masculino con los rasgos un poco más afilados, y la boca tan hermosa y sugerente como recordaba.

—Vuelves a mentir —dijo él, quebrando la distancia que les separaba hasta quedar tan cerca de ella que los aromas de ambos se mezclaron. Ella alzó la cara y le sostuvo la mirada.

«Una última vez», se dijo. Solo una vez más para deleitarse en ese color esmeralda con motas doradas.

—Como he dicho, ya no tengo que hacerlo. En esta vida ya no necesito mentir a los demás ni a mí misma.

—¿Y antes te mentías?

—Cada vez que te miraba. Porque me decía a mí misma que era posible soñar. Luego comprendí que no.

—No estoy de acuerdo.

Ella apartó la mirada. No podía aguantar lo que sus ojos transmitían: la sinceridad, el coraje, la bondad. Eso era lo peor. Los ojos de Dally parecían conectar con su alma, revelando su naturaleza, tan opuesta a la suya. Así había sido desde un principio. Donde ella era oscuridad, él era luz.

Ojalá en aquel entonces, en aquel pasado que parecía tan lejano, lo hubiese visto. Ojalá lo

hubiera aceptado y no se hubiera dejado llevar.

Pero es que con él resultaba tan fácil…

Incluso en ese momento, con él tan cerca, las ganas de tocarle eran tan intensas que apenas podía controlarse.

—Podíamos soñar juntos. Y si no te hubieras marchado, lo habríamos hecho.

El reproche fue una bofetada cruel que la hizo despertar.

—Me fui para que estuvieras a salvo. Por eso he venido aquí esta noche, para avisarte. Porque… Porque siempre he querido que estés a salvo.

—A veces, estar a salvo no es suficiente.

—¿No lo comprendes? Nunca le has dado valor a tu propia vida. Y para mí… Para mí…— Lena dio un paso hacia atrás. Se abrió la cazadora y se desabotonó la camisa que llevaba debajo.

Y entonces lo mostró ante él: el colgante con el anillo con el que iba a pedirle matrimonio. Dallas abrió mucho los ojos—. Para mí siempre ha tenido valor. Más que la mía —confesó—. Por eso te pido que dejes el caso y regreses a Londres antes de que sea demasiado tarde. Porque ya no puedo controlar a Ryo.

—¿Por qué?

—Porque él es inmune al don, pero no quiero que lo sepa…— confesó, con voz seca—. Me marcho. Deja la ciudad antes de dos días o Ryo te encontrará.

Dallas la alcanzó antes de que ella retrocediera más. Con una firme delicadeza, la sujetó por los hombros.

—¿Por qué lo llevas contigo?

Ella se resistió a mirarle. No podía hacerlo. No tenía valor. Él la desarmaba con aquella dulzura con la que la sujetaba. Notaba el calor de sus manos en sus hombros y deseó que la acariciara por todo el cuerpo a pesar de que sentía que el don se sacudía, envuelto por las emociones y los secretos de Dallas.

—Al menos, mírame.

Y cuando ella obedeció, el inglés se sorprendió. Los ojos de Lena estaban vidriosos y una lágrima se deslizaba por su mejilla.

—Porque es lo único que me mantiene humana. Cuando te toqué por última vez lo vi. Cómo lo comprabas, dónde lo escondías... —Un sollozo hizo temblar sus labios—. Por eso le pedí a Killian que lo recuperara del hostal antes de hacerlo desaparecer. Y lo llevo encima desde que huimos de Gante. Junto al corazón.

Dallas tomó su cara entre sus manos y besó sus labios.

—No —dijo ella con un hilo de voz, después de apartarse. Sentía su aliento rozando su cara y las piernas le temblaban—. No me beses más, que no puedo…

Pero él la silenció con otro beso.

—¿No puedes qué?

—No puedo… —suspiró sobre sus labios y entonces él la besó en el cuello.

Mientras susurraba su nombre como una letanía, ella se perdió por completo.

Dallas notó las manos de Lena en su pelo, a la vez que ella echaba hacia atrás la cabeza para dejar que besara más franja de piel. Ella se volvió dúctil y su voluntad se derritió por completo.

—No puedo… quedarme —fue capaz de decir.

Dallas no quería que se fuera. Ni esa noche, ni nunca más.

—No te vayas —susurró, al tiempo que le ponía la mano en la nuca y la atraía hacia sus labios para darle otro beso, que ella devolvió con intensidad—. Quédate.

Le desabrochó los botones de la camisa con pericia. Lena notó que la tela se aflojaba y se

abría y que el aire fresco de la habitación acariciaba su piel. Bajó la cabeza y se fijó en que la luz de la lámpara arrancaba al anillo un ligero resplandor. A continuación, desplazó la mirada hacia Dallas, que tenía los ojos clavados en la pequeña pieza de oro.

—¿Qué me habrías contestado?

Lena alargó los brazos y tomó la cara de aquel hombre entre sus manos.

—Que sí.

Sintió el dolor de él, amplificado por el don, colarse en cada poro de su piel. Cerró los ojos y apretó los dientes. Dallas respiraba cada vez con más rapidez, y el dolor y el deseo hicieron que su voz se volviera un susurro cuando dijo:

—Lena…

Ella abrió los ojos y se encontró con que él tenía la mandíbula tensa.

—¿Aún quieres que me quede?

—Más que nada en este mundo. —Entonces la besó y ella se perdió.

Dallas comenzó a trazar besos por su cuello, a acariciar su piel, su pecho, su estómago, mientras ella asía el jersey de lana a la altura de la cintura y tiraba hacia arriba para despojarle de él. El inglés retrocedió para ayudar en la tarea. Cuando se lo sacó por la cabeza, ella se dio cuenta de que él se había despeinado. Al levantar el brazo para echarse de nuevo el pelo hacia atrás, todos los músculos del torso se tensaron. Lena los recorrió con los ojos, invadida por un fogonazo de deseo.

Él se quedó quieto, observándola mientras se desprendía del pantalón y se quedaba en ropa interior. Luego, ella avanzó hasta él, con cierta cautela, admirando su poderoso cuerpo, los músculos tensos, el vello dorado que le cubría el pecho excepto la zona donde permanecía la cicatriz de herida de bala...

Colocó las manos sobre su pecho y las deslizó hasta la cinturilla de los vaqueros. Dallas volvió a besarla y pronto estaban desnudos y enredados, devorándose cada vez con más pasión. Sin separarse, esquivaron muebles y llegaron hasta la puerta del dormitorio.

Seis meses separados. Seis meses tratando de olvidar. Pero sus cuerpos sabían demasiado bien cómo acariciarse, trazando senderos que erizaban y excitaban.

Dallas abrió la puerta y en cuanto cruzaron el umbral, el don envolvió a Lena con todas las emociones condensadas en aquel cuarto. La tristeza, la desolación, el susurro del demonio…

Se detuvo, abrumada. Dallas lo notó y tomó su cara entre las manos, obligándole a mirarle.

—Lena, Lena, ¿qué pasa?

Ella tardó unas décimas de segundo en centrarse de nuevo en él. Cuando reparó en sus ojos verdes, mirándola intensamente con aquella dulzura que siempre la había desarmado, notó cómo sus propios ojos se inundaban.

—Ey, ey. ¿Qué pasa? ¿Qué has notado? —preguntó él con suavidad.

—Lo siento, lo siento… Cuando me marché, nunca pensé que llegarías a sufrir tanto. Solo quería asegurarme de que Ryo no llegara de nuevo a ti. Lo siento, perdóname.

—Creo que…—dijo él, llevándose una de sus manos a la boca para depositar un dulce beso en las yemas. Lena trató de apartarse, avergonzada de su extraña piel negra, pero él se lo impidió y volvió a besar la piel, los nudillos, volteó la mano y besó la palma, la parte interna de la muñeca—. Tú también has sufrido, Lena. Y mucho más que yo. —Cerró los ojos—. Siento tanto lo de Hiroshi…

—Lo sé. El don me lo mostró. Sé dónde lo enterraste. Y por eso estoy aquí, quería darte las gracias. Quería decirte tantas cosas…

—Su voz fue un susurro mientras observaba cómo él besaba sus dedos, sus manos, esas que

ella tanto odiaba, más que nunca. Se le escapó un suspiro—. Dally…

Él la miró, con los ojos verdes navegando entre el deseo y el dolor. Podría mecerse en aquellas olas para siempre. Porque era lo más hermoso que tenía Dallas Hamilton, su parte vulnerable que ella adoraba, porque en un mundo lleno de monstruos, él tenía la humanidad en la mirada. Con todas las emociones del mundo condensadas, como si a pesar de lo mucho que había visto y vivido, nunca hubiera perdido la esperanza.

Incluso en que lo suyo —que tan difícil se había vuelto, tan lejano e irreal— aún fuera posible.

Cuando la besó, trató de demostrar en aquel gesto que lo creía como si fuera su única religión. Que, a pesar de todo, aún existía un futuro para ellos.

En aquel momento, desnudos, abrazados, besándose con la intensidad y el hambre que les inundaba, Lena sintió que el hilo rojo que les conectaba les envolvía, fuerte y vibrante. Incluso cuando él la tomó en brazos y la llevó hasta el lecho, no dejaba de verlo.

«Es él. Es él. Siempre lo ha sido».

Lena abrió las piernas para recibirle y Dallas se colocó sobre ella, con los brazos tensos a ambos lados. Con el miedo de deshacer aquellos centímetros que separaban sus cuerpos. Ella dejó escapar un suspiro, acarició su cara con dulzura y le besó en los labios.

—Aún puedo verlo —musitó ella, sorprendida—. Y no entiendo por qué…

—¿Qué ves? ¿Qué te muestra el don?

—El hilo rojo que nos conecta… Pero no sé por qué.

—Yo sí… —Volvió a besarla. Ella rodeó su cuello con sus brazos y se apretó contra él, rompiendo el espacio que les separaba. Porque su cuerpo lo necesitaba, con urgencia.

El deseo era fuego que quemaba de dentro hacia fuera y cuando él se coló dentro de ella, supo que era el único que podía apagar esas llamas que la consumían. Se movieron al unísono, con los nombres entre los besos, con gemidos que aumentaron de intensidad a la vez que las caricias y con miradas que decían demasiado.

Cuando el placer les consumió y cayeron juntos en la cama, abrazados, se quedaron quietos, con las respiraciones aún aceleradas y los rostros exhaustos.

Lena alargó la mano y apartó el mechón que cruzaba su frente. Su memoria voló lejos, a aquel refugio en Escocia, su pequeña buhardilla donde habían pasado noches y noches en los brazos del otro.

Recuerdos crueles que dolían dentro de una herida abierta.

—Tenía pesadillas cada noche mientras estábamos en Escocia

—se sinceró ella—. Por eso me despertaba. Soñaba cosas horribles. Nunca me atreví a contártelas porque solo deseaba ser una persona normal.

—Yo siempre he amado a la persona distinta que eres. Con tu magia, con tu don. Sé que una vez fui un necio, pero créeme. Eres la mujer de mi vida, Lena. Y nunca habrá otra para mí.

—Pero vi que…Tú y…

Dallas tomó la mano de Lena y la colocó en su pecho, sobre su corazón.

—No concibo este mundo sin ti.

—Ni yo tampoco, Dally. Por eso te pido que te pongas a salvo. No dejes que mis pesadillas se hagan realidad —suplicó—. Aunque no estemos juntos, necesito saber que estás vivo.

Él comenzó a negar con la cabeza. Esa conversación había girado muy rápidamente hacia una despedida y no quería asimilarlo. No podía.

—Lena, no me hagas esto. No otra vez.

—Dally, Dally. —Tomó su cara entre sus manos, con rudeza, obligándole a mirarla a los ojos

—. Prométeme que vivirás. No puedo perderte a ti también. Prométemelo.

—No puedo.

—Prométemelo por Hiroshi.

—Lena… —suplicó él.

Pero sabía que tenía que ceder. Que ella había perdido demasiado. Que él había atravesado mucho dolor aquellos meses, pero, al fin y al cabo, todos sus seres queridos seguían vivos. Y en cuanto a él mismo, había bebido demasiado, pero no había recaído. Seguía limpio. Podía empezar de cero. Podía seguir con la vida que una vez había añorado: su carrera profesional, sus amigos, su alma urbanita…

Aunque una pregunta resonaba en lo más profundo de su corazón: «¿Puedes hacerlo sin ella, Dallas Hamilton?».

—Prométemelo.

—Solo si me prometes que intentarás volver a mí.

—¿Qué?

—No importa cuánto tiempo te lleve, Lena. Pero regresa a mí. Te estaré esperando. Porque sé que esta no será nuestra última noche.

Ella sonrió, con tristeza. Y entonces, pese a que se había prometido que no usaría su don con él, pese a que sabía que se odiaría por hacerlo, se concentró y usó todo su poder para mentirle y embaucarle, para que creyera las palabras que pronunció:

—Te lo prometo, Dally. Esta no será nuestra última noche.

EL AMOR TE VUELVE DÉBIL



La lluvia caía con fuerza cuando ella cruzó la puerta que daba a la calle. Desde que su hermano había muerto, la odiaba. El olor a tierra mojada, el chapoteo de los pies de los transeúntes, el continuo goteo contra la calzada y los toldos que protegían las entradas a los negocios y a las tiendas.

Apretó los dientes para mantener a raya el recuerdo de su error. De aquella maldita noche en Amberes, aunque sabía que no serviría de nada. Que se colaría en sus sueños, como cada noche.

Notó la lluvia en su cara, fría, helada. Al alzar los ojos, algo llamó su atención al otro lado de la calle: una limusina negra estacionada, con los faros encendidos.

Una como la que usaba su clan. Entonces, ladeó el rostro a la izquierda.

Ryo estaba allí, de espaldas a ella, con una gabardina oscura. No sabía cuánto llevaba allí pero, por el estado de su gabardina empapada, se imaginó que no acababa de llegar.

—Ryo-chan —musitó ella, con el corazón atascado de repente en la garganta.

El don no funcionaba con él y no la había avisado. No mostraba nada, ninguna emoción, y eso, en Ryo, la aterraba. Lo contempló. Se miraba las manos, las palmas abiertas que chorreaban

agua y algo más.

—¿De quién es esa sangre? —Sabía que no era de Dallas, pero no ocultó el terror que sintió ante la idea.

—He tenido que castigar a los que estaban a cargo de tu vigilancia —dijo él, cabizbajo y sin mirarla, pero ella notó el temblor en la voz.

Se fijó en que el pelo mojado le caía hacia delante, oscuro y perlado por las gotas que se quedaban prendidas en él. Lo escaneó con ansiedad, con el don en silencio, tratando de que su inteligencia y su intuición y todos los años que había pasado junto a él sirvieran de algo.

—Sabes que no podían hacer nada contra mi don, que no tenían ni una miserable oportunidad. Ya no.

—Pero… ¿Qué clase de líder sería si perdonara los errores?

Padre me lo enseñó.

—Padre está muerto.

—No en mis sueños —confesó él. Apretó los dientes, pero no se atrevió a mirarla. Ella, que volvía a ser Hikari, avanzó hasta él.

A esa distancia, vio que estaba desmejorado, ojeroso, pálido y que tenía cortes en el rostro. Seguramente alguien había tratado de defenderse. Se estremeció de puro pavor, pero no se amilanó.

—Sé que él está ahí fuera, instigándome a ser más cruel que él.

—Ese es el legado que él te dejó. Te convirtió en un jinete de la muerte, galopando de ciudad en ciudad, ¿hasta cuándo, Ryo-chan?

Él permanecía de lado, con los músculos del rostro tensos, pero los ojos tristes. Las pestañas habían capturado gotas de lluvia. O tal vez fueran lágrimas.

Por primera vez desde que lo conocía, Ryo Tanaka estaba llorando.

—¿Qué legado te dejó a ti?

Hikari notaba la lluvia deslizarse por su cara, colarse por su cuello hasta la piel que había debajo de la ropa, pero no se movía. Como si cualquier movimiento pudiera soltar al monstruo.

Y fue consciente de que no era el que habitaba en el interior de Ryo el que le preocupaba.

—No muy diferente al tuyo. Solo muerte. Incluso la de mi hermano.

Él la miró. Hikari se dio cuenta de que estaba abatido. Por primera vez, sin el don, cara a cara, como dos personas que sufren.

—¿Por eso estás aquí? ¿Con él? —dirigió su mirada hacia arriba, con desprecio.

—Él reclamó el cuerpo de Hiroshi y le dio un entierro digno.

Vine a darle las gracias. ¿No crees que es justo?

Ella le mantuvo la mirada durante unos instantes. Sentía el corazón saltarle contra las costillas. Tan humana, por primera vez desde que se había alejado de la única otra persona inmune al don, tan asustada como una niña.

—El amor te vuelve débil. —Él bajó los ojos, llenos de pesar—. ¿No es eso lo que padre decía? —La miró, con el ceño fruncido—. ¿Por eso le amas tanto? ¿Porque te vuelve débil? ¿Porque te vuelve…?

—Humana, sí. ¿No tengo derecho a sentirme así?

—No lo sé. —Él negó con la cabeza—. Hace mucho que no me siento así, que me siento… un monstruo. —El aliento, transformado en un suspiro tembloroso, salió de sus labios y se volvió vaho.

Se volvió a mirar las manos, ya sin rastros de sangre.

—¿Por eso has venido? ¿Para acabar con mi único sueño?

—Él no va a morir. Al menos, no esta noche.

—¿Por qué?

—Porque yo también sé lo que es intentar aferrarse a un sueño imposible. A uno que se aleja cada vez más. —La miró sin ocultar las lágrimas que emanaban de sus ojos.

—¿Entonces por qué me lo arrebataste ya una vez? ¿Por qué me privaste de la vida que anhelaba? —preguntó ella, sintiendo que la furia prendía fuego a cada célula de su cuerpo.

—¡Porque pensaba que sería él quien te daría la patada! Y que no te quedaría más remedio que volver conmigo.

Ella se rio, con amargura.

—Él no me habría abandonado. ¡Nunca! Y al final, cuando no me quedaba más opción que volver contigo, ¡lo perdí todo! Una maldita noche de lluvia como esta, ¡lo perdí todo! —gritó ella.

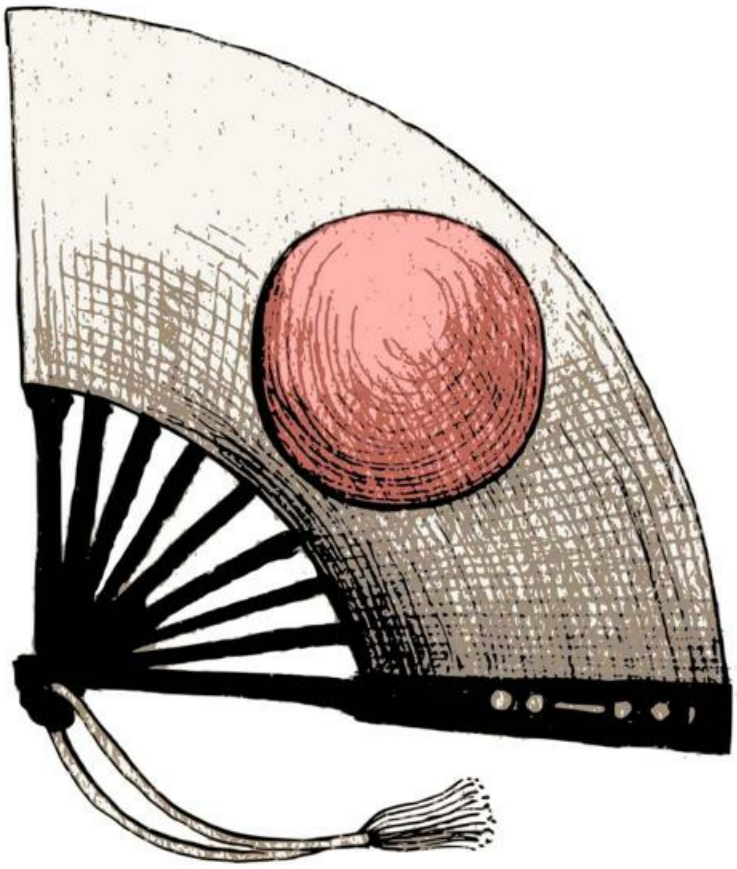
Sabía que la oscuridad de su interior la estaba envolviendo de nuevo, hundiéndola en las sombras. Había disfrutado de unas horas en las que había pensado que podía obviarla, pero ahí estaba de nuevo: hambrienta de sangre y de más oscuridad.

—Hikari-chan… —dijo él, extrañado. Ella se dio cuenta de que él miraba al suelo, a los charcos que había bajo ellos. Luego, sus ojos ascendieron, recorriendo su cuerpo—. Puedo ver… Puedo ver las nueve colas.

Ella se echó hacia atrás instintivamente, porque sabía lo que eso significaba.

Puede que el don ya no hablara sobre Ryo. Pero sabía que quien veía sus nueve colas estaba condenado a morir.

CAMINOS SIN RETORNO



Hikari y Ryo subieron juntos en la limusina para viajar a otro lugar. Se encontró con las miradas gachas de los hombres del clan, que la saludaron con una inclinación de cabeza a su paso.

Eso era el poder. Lo había visto desde niña. Sumisión, a pesar de los castigos y la violencia, porque la otra alternativa era mucho peor. Sintió que el estómago se le revolvía, porque a pesar de que no la mirasen, el don le mostraba las verdaderas emociones de aquellas personas: miedo, repulsión, asco, e incluso odio.

¿En qué momento había creído que volver con los suyos era buena idea? No lo era. Desde que había escapado por primera vez había ido cambiando, y aunque la desesperación la había hecho volver, sabía que ya no era la misma. O tal vez volver a ver a Dallas, estar con él, había sido el error. Porque volvía a sentirse humana, débil, compasiva. Todas esas cosas que había arrojado al fondo de sí misma y que emergían como cuerpos hinchados llenos de remordimiento.

—Hay un camión bloqueando el camino —advirtió el conductor.

Ryo apartó su atención de Hikari y se echó hacia delante para comprobar lo que le acababan

de decir. Ella también miró. Ambos lo supieron al instante: el vehículo estaba atravesado de forma transversal en la carretera, lo que indicaba que no era nada accidental.

Una maldita emboscada.

—¿Qué hacemos, señor Tanaka? —preguntó el conductor.

Pero antes de que Ryo pudiera contestar, la puerta de la cabina se abrió y vieron a un hombre al que no tardaron en reconocer.

Era Killian Mackenzie.

Justo en el momento en que Hikari le reconoció, sintió el corazón saltar contra sus costillas.

—Detén el coche —ordenó al conductor, que dio un frenazo brusco. El resto del séquito, toda la caravana con el clan detrás de ellos, también se detuvo.

Cuando ladeó el rostro hacia Ryo, se encontró con que él la miraba con una ceja alzada, preguntándole en silencio qué pretendía hacer.

—Dame un minuto.

Ryo apartó la mirada y la centró en las mangas de su traje, que procedió a colocar apropiadamente, relajado, tranquilo, mientras ella estaba a punto de saltar.

—No.

—Por favor —suplicó ella.

—Ya he perdonado la vida del madero esta noche. ¿Tengo que perdonarle también a él?

—Es un favor que te estoy pidiendo.

Ryo echó la cabeza hacia atrás y ella le vio reír.

—Si bajo del coche, ¿Mackenzie me la perdonaría a mí?

Hikari sabía la respuesta. No, claro que no. Pero le debía mucho a su amigo irlandés y tenía que salvarle. Aunque él mismo se hubiera metido en la boca del lobo, si existía la más mínima oportunidad de que saliera vivo de allí, ella tenía que intentarlo.

Pero ¿cómo? No tenía su don para controlar a Ryo, pero sí para… Se concentró con intensidad antes de dar una orden a su conductor.

—Dame tu arma.

La incredulidad paralizó a Ryo, que, aunque se llevó la mano a la pistola que llevaba en la cintura, tardó unos segundos decisivos que supusieron una ventaja para ella, que ya tenía el arma en la mano y le apuntaba directamente a la cabeza.

Él se recompuso.

—¿Crees que no puedo desarmarte?

—¿Crees que no puedo dispararte?

—¿Y entonces qué? ¿Quién te quedará? —Hizo un gesto despectivo con la cabeza hacia donde estaba Killian—. ¿Él… o el perro de la Interpol? ¿A cuántos tengo que perdonar esta noche?

—Solo te he pedido un minuto con él. Luego regresaré a ti.

—La voz no le tembló, pero el arma sí. Los fieros ojos de Ryo brillaron y ella vio cómo se relamió ante la idea.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? ¿Un minuto con él a cambio de una vida conmigo?

Hikari entendía lo que él le proponía. El vello del cuerpo se le erizó, sintió náuseas, porque estaba a punto de firmar otra condena más. Llevaba meses encadenando una tras otra. Pero ¿qué importaba todo ya? Estaba dispuesta a enterrarse en su propia oscuridad y sabía que, cuando lo hiciera, apenas sentiría.

O eso esperaba.

—¿Ya no te da miedo que descubra más cosas sobre ti si me tocas? —preguntó ella, como

una última baza.

—¿Qué más puedes descubrir? ¿Hay algo que no has visto aún?

—A pesar de la frialdad en la voz, había un matiz triste en los ojos—. ¿Qué te crees que es ese hombre que hay ahí delante? ¿No sabes las cosas que hacía para padre?

—Todos podemos redimirnos.

—Tú y yo no, Hikari-chan. Así que tenlo en cuenta si decides bajar de este coche para salvar su vida.

—¿Me estás dando a elegir entre él o estar contigo? Si muere, me liberas de estar contigo… ¿Es eso? —Las palabras salieron y ella fue consciente de lo mucho que había intentado engañarse. Ryo siempre había sido manipulador, peligroso, con un carácter que cambiaba con un chasquido de dedos de la tranquilidad absoluta a la furia homicida. Además, también era un gran chantajista cuando descubría la debilidad de los demás.

Y ella tenía dos.

—¿Es que aún no sabes quién soy, Hikari? ¿Es que aún sabes que padre acertó al llamarme Cuervo Rojo?

—Padre no nos conocía. Padre no sabía todo de nosotros. Nos convirtió en sus juguetes, en sus marionetas.

—Eso ya no importa.

—¿Y qué importa?

—¿Crees que no he leído el diario de Yukiko? ¿Crees que no sé qué le pasa al que ve las nueve colas? Estoy muerto. Tarde o temprano lo estaré. Y quiero que mis últimos días sean contigo.

—¿Crees que lo mereces? —dijo ella, apretando los dientes. Acercó más el cañón del arma hacia él—. ¿Crees que mereces que tus últimos días sean conmigo?

—Probablemente no. —Con frialdad, Ryo se soltó el cinturón y acercó su cabeza al arma con el que ella le apuntaba hasta que sintió la boca del cañón en su frente—. Pero ya hace tiempo que rebasamos el punto de no retorno, Hikari-chan.

Y en ese momento, ella sintió toda la frustración, toda la rabia que llevaba acumulada. Contra su padre, contra Ryo, contra el asesino de su hermano. Apretó los dientes y se apartó con brusquedad de él. Porque estaba a punto de matarlo.

Abrió la puerta del coche y salió. La lluvia había vuelto a intensificarse y no tardó en calarla por completo.

—Ya pensé que no saldrías. —Al escuchar la voz de Killian, alzó la cara. Estaba de pie en los escalones de la cabina, armado con una pistola que no levantó hacia ella a pesar de lo que vio cuando la miró.

Le costó reconocer a Lena, a su Lena, que había sido su amiga, su amante, su salvadora. La ropa oscura que se pegaba a su cuerpo mostraba que había perdido peso. Los rasgos afilados del rostro le daban más apariencia vulpina y el cabello, que se le pegaba por momentos a la cabeza, tenía un color gris. Y luego estaban sus ojos, que parecían brillar en un tono rojo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—¿Tú qué crees? Sube —ordenó él.

Hikari apretó de nuevo los dientes. Bajó los ojos y respiró hondo. Sentía que todas sus extremidades temblaban. Estaba a punto de perder el control.

—No.

Killian abrió mucho los ojos ante su negativa.

—¡Lena!

Y para su sorpresa, ella alzó el arma y le apuntó.

—¿Qué haces? —fue lo único que pudo preguntar.

—Salvarte la vida. Coge el puto camión y vete, Killian.

—¿Crees que he llegado hasta aquí para irme sin ti? —Alzó él la voz. Se sentía incrédulo ante el comportamiento de ella.

—Yo ya no soy la que conociste. Ya no quiero ir contigo.

—Eso no es verdad —respondió él—. Lena, déjate de tonterías y ven.

En ese momento, la vio alzar el arma con más determinación.

—Tienes a Jean. Y tienes a una persona a la que te conecta el hilo rojo. ¿Es que no sabes lo afortunado que eres? —La voz de ella temblaba, mezcla de emoción y rabia—. ¿Es que no lo sabes después de todo lo que has visto en esta vida? ¿Después de todo lo que has hecho?

Todo lo que has hecho. Todo, todo. La palabra reverberó en su cabeza por el significado que encerraba, la acusación directa que hería y devastaba.

Killian apretó los dientes.

—Una segunda oportunidad. Eso es lo que tienes. Lejos de la muerte y la violencia —siguió diciendo ella con aquella voz que se rompía por momentos—. Así que… Sube a la maldita cabina y lárgate.

—¿Y qué pretendes hacer? ¿Por qué has vuelto con él? —No podía verle, pero sabía que Ryo Tanaka estaría sentado en la limusina de la que ella había salido, esperando el desenlace, fuera cual fuera. También sabía que no era un hombre paciente y que el tiempo se le acababa.

—Eso ya no te importa.

—¿Has estado detrás de todas esas muertes?

Ella ni lo confirmó ni lo negó, pero no hacía falta. Porque él lo había sabido desde el primer momento.

—Y ahora vas a por el que apretó el gatillo, ¿no?

—¿No crees que es justo? —replicó ella, con dureza—. ¿Que presencie la muerte del que mató a mi hermano?

—¿Justo? Tú y yo nunca nos hemos movido en los terrenos de lo justo, pero sé de alguien que sí que lo ha hecho.

—¡No lo menciones! —gritó ella y, desde su posición, Killian pudo ver cómo los ojos de ella relampagueaban de furia un segundo. Luego, los bañó la tristeza—. ¡Solo cuida de su hermana y sé feliz!

—Hikari… —Hizo un ligero movimiento, pero entonces sonó un disparo. Sabía que ella tenía una gran puntería, así que sintió el fogonazo rozando su costado, y no se preocupó. Con su habitual frialdad, deslizó los ojos hasta la zona donde la bala le había rozado. Luego la miró. Se daba la vuelta y regresaba al coche. Apretó los dientes y se mordió la lengua, para no llamarla, porque sabía que no podía convencerla.

Después de eso, regresó a la cabina, cerró la puerta y arrancó el camión que había robado. Se marchó de allí, pero antes miró una última vez a través del retrovisor. Los vehículos de la comitiva de los Tanaka arrancaban y volvían por donde habían venido, seguramente dispuestos a buscar una ruta alternativa.

Cuando Killian miró al frente, las lágrimas desbordaban sus ojos. El sol despuntaba frente a él, saludándole en aquel amanecer de luz plúmbea.

EL DIARIO



¿Cuánto tiempo podría aguantar aquello? Cuando, un rato después, Hikari entró en la habitación del hotel que habían alquilado en Lovaina, una pequeña ciudad al este de Bruselas, dispuesta a quedarse a solas para reevaluar su plan, se dio cuenta de que Ryo entraba con ella.

Se puso alerta, pero trató de no demostrarlo, así que se alejó de él mirándolo de reojo, mientras se quitaba la chaqueta mojada y se dirigía a la tetera para hervir agua. Observó que Ryo se quitaba la gabardina, pero no avanzaba más.

—Imagino que te quedarás a vigilarme —dijo ella, tratando de resultar indiferente, mientras vertía el agua en dos tazas a las que añadió té sencha.

—Imaginas bien —respondió él secamente.

Hikari tomó asiento en un sillón y dejó las dos tazas en una mesita frente a ella. Aparentemente tenía su atención puesta en el humo que escapaba del té, pero no era cierto. Medía cada centímetro que Ryo se acercaba a ella, esperando, esperando… Aferró la taza con las manos para calentárselas, pero también por si necesitaba usarla como arma. Porque el don estaba en silencio con Ryo y no sabía qué sentía en aquel momento. No después del pacto que habían hecho a cambio de la vida de Killian.

Él se detuvo a algo más de un metro y los ojos de Hikari se dieron cuenta de que el agua de la

ropa empapada caía sobre la cara alfombra persa.

—Espero que encuentres que soy más que benevolente. Mira a cuánta gente he perdonado hoy.

—¿No puedes superarlo ya? —Hikari hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Estoy aquí. Llévame hasta el que disparó a Hiro y seré tuya.

—¿Y debo olvidar lo mucho que te has divertido con ellos?

—No soy la única que juega con ingleses —soltó ella ladeando la cara hacia él para mirarle.

Ryo apretó los dientes, apartó la mirada y, acto seguido, tomó la taza y la lanzó contra la pared. Lo vio tensar el cuerpo, apretar las manos y convertirlas en puños. Y luego se fijó en cómo la ira hacía que su pecho subiera y bajara con violencia. Se giró hacia ella.

—¡Ella no me importa! —alzó la voz—. ¡No como ellos a ti! Podría amedrentarse, porque estaba caminando por un filo,

pero no lo hizo. Solo contraatacó.

—¿Tú puedes jugar y yo no?

—Tú misma lo has dicho: solo ha sido un juego. Pero que te hayas acercado de nuevo a ellos, que incluso hayas perdonado la vida a su compañera de la Interpol… Eso nos pone en peligro. Dejar a Mackenzie vivo…

Hikari chasqueó la lengua y se puso en pie para hacerle frente.

—¿Qué pasa, Ryo-chan? ¿Desde cuándo temes que la Interpol nos dé caza? He visto que eres más poderoso de lo que era padre. No pueden llegar a ti.

—Porque no he cometido errores estos años, joder —dijo él, apretando los dientes—. ¿Es que no entiendes que todo lo que he hecho ha sido para protegerte?

—¿Y dónde estaba esa actitud hace cinco años? —La voz de Lena temblaba.

Ryo ladeó el rostro y volvió a mirarla, ahora desconcertado.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Hace cinco años, antes de marcharme, si te hubiera pedido que vinieras con nosotros… ¿Qué me habrías dicho?

Ryo frunció el ceño, pero ella vio el dolor en su expresión.

—¿A qué viene eso ahora?

Había llegado el momento de herir a la bestia, así que ella se envalentonó aún más y añadió:

—A que tu protección ya no me sirve de nada. No la necesito. Si quisiera, podría escaparme, y ni tú ni tus hombres podríais evitarlo. Pero hace cinco años, si te lo hubiera pedido, podríamos haber escapado los tres. Podrías habernos protegido. Yo lo hubiera hecho si tú me lo hubieras pedido.

—¿Qué? —Ryo temblaba por la acusación vertida.

—Si hace cinco años hubieras sido tú el que quería escapar y me hubieras dicho que lo abandonara todo por ti, lo habría hecho. Pero tú eras el heraldo de la muerte de Hayato Tanaka, el hijo fiel… Y, sin embargo, te has manchado las manos de sangre una y otra vez recorriendo el mundo, buscándome, para expiar tu culpa. Porque lo sabías, Ryo-chan, lo notabas. Me conocías mejor que nadie. Sabías que, tarde o temprano, la vida que llevábamos me destrozaría.

—Te equivocas, Hikari-chan —repuso él negando con la cabeza—. No lo vi venir. En ningún momento. Y solo fui capaz de pensar que huías de mí. Estaba tan desesperado por encontrarte, por volver a tenerte, que… —Se pasó las manos por la cara—. Solo quería que me miraras a la cara y me dijeras que aún me amabas. Pero ya era tarde, ya amabas a otro. Sin sangre en las manos y sin un apodo cruel.

—¿Y desde cuándo ese apodo y esa sangre te han importado?

—No lo sé. —Se presionó los párpados, cansado—. Desde aquella vez que me corté con esa maldita espada del alma, todo me pasa factura.

—¿Vas a contarme ahora qué historia hay detrás de ella?

—Fue un regalo de padre. Pero no me contó nada más. Sin embargo, en el diario de tu tatarabuela averigüé su historia.

—¿Aún lo conservas?

Ryo asintió, se dio la vuelta y salió de la habitación, dejando la puerta abierta. Hikari soltó el aire acumulado en sus pulmones, una mezcla de nervios y tensión. Se dio cuenta de lo poderosa que era con el don, de la ventaja que suponía para salirse con la suya.

Tanto tiempo odiándolo y ahora necesitaba aferrarse a él. En su interior, el don soltó una carcajada histriónica, llena de regocijo.

«Ya queda poco para tu victoria», le dijo ella. «Pronto desapareceré en tus brazos».

Tenía ganas de hacerlo, de perder lo poco que quedaba de Lena, de la humanidad que había sentido vibrar y emocionarse en los brazos de Dallas. El miedo y el desconcierto ante el nuevo Ryo al que le había prometido entregarse a cambio de la vida de Killian… Todo desaparecería en cuanto dejara que las sombras la devoraran.

Se sentía de pie en medio de un río, luchando con sus últimas fuerzas para que no la arrastrara la corriente.

«Solo un poco más. Solo un poco más».

Se miró las manos, cada vez más similares a garras. No evitó que el recuerdo de Dallas besándolas se filtrara en su memoria. Dejó que apareciera también otro: el del momento que habían permanecido abrazados en la cama con las manos entrelazadas, tan distintas, las suyas tan extrañas y él acariciándolas como si hubieran sido las mismas de siempre.

«Una última vez. Últimas caricias antes de hundirme».

Cuando Ryo volvió al dormitorio, ella no se dio cuenta hasta que el don la avisó con el olor de flores de loto. Ese era el aroma que desprendía la seda en la que el cuaderno estaba envuelto. Ryo lo dejó con cuidado sobre la mesita, junto al té que ya se había enfriado. Hikari se dejó caer en el sillón y alargó las manos. En cuanto lo tocó, el don le mostró historias e imágenes. La tela había pertenecido a su tatarabuela, una famosa geisha. Había sido un regalo de un adinerado danna, su amante.

Ella se había enamorado de aquel hombre, a pesar del don. Cuando desplegó la tela y se encontró el cuaderno frente a ella, las visiones y las emociones se mezclaron, pero contaron una historia.

TENJI Y YUKIKO

Aquella tarde la luna llena que ya había aparecido en el cielo — imponente como una reina — era roja, preludio de la sangre que estaba por verterse. Una ligera brisa primaveral llevaba con ella pétalos de flores de sakura y transportaba su aroma, envolviendo a los viandantes que, ajenos al acelerado corazón de Yukiko, paseaban por Kioto.

Tenía una cita a las orillas del Kamo-gawa, y llegaba tarde. Había dejado demasiadas cosas pendientes en la okiya y esperaba que su aprendiz Mariko supiera encargarse de los problemas si los había.

Su mundo de flores y sauces había cambiado de la noche a la mañana por culpa de un hombre. Cuando ella había visto gracias a su don la naturaleza vil de decenas de ellos, uno había hecho que sus creencias se tambalearan.

Tenji Kobayashi, un poderoso hombre de negocios, había aparecido una noche por su okiya acompañando a otros clientes, que lo habían arrastrado allí ensalzando las maravillas de aquel lugar de Gion, y ella se había sentido atrapada por sus ojos. Por su porte de emperador, sus facciones marcadas, su boca sin mentiras que había sonreído una sola vez y la había condenado para siempre.

Distinguió su silueta con rapidez. De espaldas y sentado junto a la orilla, cuyas aguas estaban cubiertas por un manto rosa que la corriente se llevaba. Todo en la vida pasaba, como agua por un río. ¿Pasaría del mismo modo lo que sentía por aquel hombre? No lo creía capaz, porque era inconmensurable, bello, y a la vez, terrorífico. No había estado tan asustada en su vida. Porque de repente, su vida se había llenado de miedos. El más pequeño y a la vez más grande se estaba gestando en su interior.

Una pequeña vida que estaría libre del don.

Tomó asiento a su lado, pese a lo incómodo que resultaba sentarse con el kimono de geisha, ese que tanto adoraba porque había sido el primer presente que él le había otorgado. Él, que había sido valiente, distinto, eligiéndola a ella por encima de las más jóvenes. A ella, que ya era consideraba demasiado mayor para ser hermosa y que era tan poderosa que asustaba a los hombres, que no podían competir con su ingenio y su riqueza.

Al fin y al cabo, había tenido un aliado en ella misma que la había ayudado a construir un imperio de mujeres en un mundo gobernado por hombres.

—Konnichiwa, Tenji-sama.

—Konnichiwa, Yukiko. Parecía urgente tu nota. ¿Qué sucede?

Ella, con las manos entrelazadas de manera elegante sobre el regazo y la espalda muy recta, no se atrevió a mirarle cuando respondió:

—Estoy embarazada.

Él la abrazó, feliz, dichoso, sonriendo. Sin embargo, ella se sentía rígida, asustada. No solo por lo que significaba ser madre. Su mayor temor era revelarle a ese hombre que tenía un don, que era una ladrona de secretos, que desde la primera vez que lo había tocado había sabido demasiadas cosas de él. Y que, aun así, se había enamorado porque era honorable.

Un rato después, cuando regresó a la okiya, todas dormían. Reinaba el silencio, por lo que Yukiko pudo deslizarse en su habitación sin ser descubierta.

Pero una vez en su interior, se dio cuenta de que no estaba sola. Había un zorro blanco, cuyo pelaje brillaba como si estuviera hecho de estrellas.

Yukiko se tapó la boca reprimiendo un grito y esperó. Ante sus ojos, el zorro adquirió forma humana. Se sorprendió al ver su viva imagen, tal vez un poco más pálida y con los ojos brillantes en un tono rojizo, pero cualquiera podría haberlas confundido.

—¿Quién eres?

Su reflejo abrió la boca y emitió un sonido gutural un par de veces, hasta que lo transformó en una voz humana.

—Me llamo Tamamo-No-Mae. Y tienes tu don gracias a mí. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad, Yukiko-chan?

Lo sabía, porque ese nombre llevaba susurrándose en su familia generación tras generación, mitad pesadilla, mitad consuelo. El origen de su poder, pero también de su desgracia.

—¿Qué haces aquí?

—Sé que esperas un bebé. Sé todo sobre ti. Incluso que amas a un hombre y que temes que no te acepte tal y como eres. Esta mañana, te rocé en el mercado y vi todos tus secretos.

—¿Y qué quieres?

—Puedo darte algo que silencie el don. Algo que haga que puedas vivir con él como una mujer normal y corriente. ¿No es eso lo que siempre has deseado?

—Sí, pero… Quieres algo a cambio, ¿verdad?

—Por supuesto… A esta okiya acude Kenji-no-Suke ¿verdad?

—Sí.

—Y siempre pide tu compañía, pero lo rechazas.

—Así es.

—Si me dejas que mañana por la noche me haga pasar por ti para disfrutar de su compañía, te daré algo que silenciará el don.

—¿Crees que voy a ser tan ingenua? No he levantado mi negocio aprovechándome de los secretos de los hombres más poderosos sin aprender un par de cosas por el camino. Dame lo que silencia el don y entonces haremos un trato.

Aquella mujer avanzó lentamente y se plantó frente a Yukiko. Ladeó la cabeza y la miró directamente a los ojos. Parecía divertida y a la vez cruel. A pesar de que Yukiko no se amilanaba fácilmente, porque su vida había sido complicada desde niña, se vio a sí misma tragando saliva cuando aquella mujer le mostró un kanzashi dorado, un adorno de oro que había cogido de su tocador. Era una pinza que acababa en forma de abanico con flores de loto.

—Póntelo y tócame.

Cuando lo hizo, descubrió que el don estaba repentinamente en silencio. No vio nada. Ningún secreto, ninguna emoción. Por eso aceptó aquel trato.

Porque era lo único que deseaba desde que su don despertó, siendo ella apenas una niña. Porque podía empezar de nuevo, lejos de Kioto, con el hombre que amaba y su bebé, que estaría libre de aquella maldición también.

De repente, las visiones cesaron y el don guardó silencio mostrando dos cosas: seda manchada de sangre y un llanto desconsolado.

¿QUÉ PIENSAS DE MÍ?



Cuando escuchó la puerta, Atenea salió de la cama y, a continuación, del dormitorio. Había intentado dormir, pero desde que lo había escuchado abandonar el piso de madrugada, conciliar el sueño había sido imposible.

No sabía dónde había ido, si tenía que ver con el equipo Corbeau y, con cada hora que había transcurrido, los pensamientos que se habían ido reproduciendo en su cabeza eran cada vez más alarmantes. ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si no regresaba?

Con una primera evaluación, le pareció que él estaba triste. Miró el reloj en su muñeca. Las seis y media de la mañana.

—¿Va todo bien?

Killian soltó un suspiro que sonó cansado y asintió.

Para su sorpresa, Atenea vio cómo se quitaba el jersey y la camisa y se sentaba en el sillón que quedaba junto al sofá. Llevaban días compartiendo aquel apartamento, hablando, contándose cosas. En realidad ella era la que empezaba y terminaba todas las conversaciones, mientras él se dedicaba a mirarla. Pero no de un modo romántico. La escrutaba como si quisiera entender algo, como si buscara respuestas a una pregunta que desconocía.

En más de una ocasión había pensado preguntarle qué demonios pensaba de ella. Maldecía una y otra vez su coraza, su mirada impenetrable, su silencio.

Desde el primer día que ella había llegado allí, él se había encargado de traerle lo que necesitaba: una maleta con ropa y sus cosas personales y toda su documentación importante. Además, se había encargado de comprar la comida y de cocinarla y no se le daba nada mal. A ella le gustaba apoyarse en la barra americana que separaba los espacios de aquel apartamento y observarle. Siempre vestido de negro, con la camisa pulcramente arremangada a la altura de los codos, mostrando piel tostada y una quemadura que Atenea imaginaba como muy dolorosa en el momento en que se la hizo. Y a la vista de todas las cicatrices que tenía en el torso que ahora mostraba, su cabeza se revolucionó con preguntas.

¿Cómo se las había hecho? ¿En qué se había visto envuelto?

Lo escaneaba con la mirada cuando se dio cuenta de que tenía una herida en el costado. Una mueca de dolor en el rostro de Killian al rozarlo con los dedos le dio la confirmación.

—¿Qué ha pasado?

Él levantó los ojos hacia ella, provocando que se estremeciera de anticipación. Llevaba días así: excitada y emocionada a partes iguales, cuando él la miraba.

—Lena me ha disparado. —Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y recordó lo que había pasado, apenas una hora antes y las palabras de Lena: «Tienes a Jean. Y tienes a una persona a la que te conecta el hilo rojo. ¿Es que no sabes lo afortunado que eres?»

Perdido en aquellos pensamientos, no se dio cuenta de que Atenea se había sentado en el sofá, a su lado. Killian observó el pelo naranja que le caía a un lado del rostro y sin pensárselo mucho, se lo echó hacia atrás. Ella no disimuló demasiado bien el suspiro que se le escapó. Lo deseaba. Él tenía la suficiente experiencia como para saber reconocer cuando una mujer estaba coladita por sus huesos. Y aquella muchacha lo estaba.

Pero ¿y él? Killian había llegado a un punto en el que hacía esfuerzos titánicos por controlarse para no tocarla. La había tenido tan cerca aquellos días… Con su aroma, su forma de moverse, sus curvas que le atraían como un imán porque eran maravillosas... y cuando cerraba los ojos, en aquella maldita habitación junto a la suya, se imaginaba cómo sería recorrer cada centímetro de la piel con las yemas de sus dedos, con su boca, con su lengua.

A veces buscaba excusas tontas con tal de salir de aquel apartamento donde Atenea Hamilton lo estaba volviendo loco con aquella manera tan poco disimulada de desearle.

—¿Te duele? —Ella señaló la herida

—Me escuece. Tengo que curarla antes de que se infecte.

—¿Y qué hacemos aquí? ¡Vamos al hospital! —La alarma en ella fue tan real y sincera que a Killian se le escapó una carcajada, que amortiguó para contener el dolor.

—Estoy bien. No es lo peor por lo que he pasado.

—Ya me imagino —dijo alargando el brazo. Con delicadeza acarició una cicatriz rosada y blanca que partía el pectoral derecho, por debajo del tatuaje—. ¿Qué te pasó aquí?

Cuando notó la caricia, el deseo de Killian se disparó por todo su cuerpo.

—Chechenia… Me torturaron cuando estaba en el MI6. — La voz le salió grave, porque trataba de no evidenciar lo afectado que estaba. Ajena a su debacle interior, ella siguió acariciando su pecho, recorriendo las letras de su tatuaje hasta llegar a la otra cicatriz: la del hombro izquierdo.

—¿Y esta?

—Ryo Tanaka.

—¿Le conoces en persona?

—Yo le adiestré —respondió, mirándola a los ojos. Esperó la misma reacción que vio en Claire hacía ya demasiados años, la revelación ante la existencia del monstruo interior, tan sediento de sangre, tan inhumano, pero no vio desdén.

—¿Y él te hizo esto? ¿Por qué?

—Porque era el precio para abandonar el clan. —Levantó el brazo con la quemadura donde llevó el escudo tatuado—. Y lo logré. Salí con vida, más o menos.

—¿Qué quieres decir?

—Que estuve clínicamente muerto. Pero no solo eso. Cuando desperté, no era el mismo. Como si hubiera perdido una parte de mí. De repente, tenía pesadillas. Antes, a pesar de la violencia diaria, de la sangre derramada, no me cuestionaba nada. Incluso me justificaba. Pero después de aquello… Por eso me retiré a Londres. Me escondí. Me dediqué a negociar con arte y armas clandestinas, pero procuraba no aceptar trabajos que implicaran muerte.

—¿Así es como la conociste?

—*Aye.* —Bajó de nuevo los ojos—. Ella me contrató para ayudarla a llegar hasta su hermano. Pero, al final, todo ha acabado mal para ellos.

—¿Estás enamorado aún de ella?

—Ella no me ama, si eso es lo que quieres saber.

—¡No! ¡Quiero decir…! —Sus palabras titubeantes evidenciaron su nerviosismo—. Yo no preguntaba por eso, pero como te ha disparado, pues…

—¿Pues?

—Quieres que lo diga, ¿verdad?

—No hace falta. —Él tomó su mano y la colocó sobre su propio pecho—. Sé que me deseas, Atenea. No estoy ni ciego ni sordo.

Ella se mordió el labio inferior. Había sido descubierta y sintió que las mejillas se le teñían de rojo. Calor en su cara, en su cuello, en la mano que él sujetaba contra su piel desnuda que también irradiaba un calor demasiado atrayente. Centró sus ojos en sus manos entrelazadas, a pesar de que sabía que Killian tenía la atención en ella, en su cara sonrojada. Esperando… Pero ¿el qué?

Cuando reunió el valor suficiente, alzó tímidamente los ojos hasta él. Y entonces lo vio. Al hombre que había detrás de todas aquellas cicatrices, aquella belleza demoledora y aquel acento irlandés. Al hombre herido que… la deseaba.

—¿Qué piensas de mí? —dijo él, con ternura.

—Si te lo dijera, Killian, te asustarías.

—¿Por qué? No soy alguien que se asusta fácilmente. —Él acarició la piel de su mejilla con la otra mano.

Ella dudó, nerviosa.

—¿Y si te dijera que me haces creer en algo que no puedo entender? —Bajó la cara y la voz, avergonzada de sí misma. El cabello le cayó hacia delante, formando una cortina que la ocultaba de él. Killian se lo apartó de nuevo y ella le volvió a mirar.

—Te diría que sé a lo que te refieres.

Atenea lo contempló. Sus miradas conectaron y se quedaron trabadas durante demasiados latidos de sus corazones. Ella quiso decir algo, abrió la boca para hacerlo, pero él se adelantó.

—Voy a curarme la herida. —Killian se levantó y la dejó sola unos instantes.

Atenea puso su cabeza a funcionar, tratando de ordenar y entender lo que acababa de suceder. Lo que se habían dicho… O no.

«Te diría que sé a lo que te refieres» había dicho Killian. Sus ilusiones habían crecido y se

habían elevado hasta tocar el cielo. Porque ella quería decirle solo una cosa. Algo loco, improbable, alejado de toda lógica: que cuando lo miraba, sabía que era él.

Toda una pamplina de película romántica que siempre se había encargado de ridiculizar y, sin embargo, ahora, sentía esa extraña certeza de que le había pasado a ella misma. De que todas las decisiones tomadas a lo largo de su vida le habían llevado a Killian Mackenzie.

Y él parecía comprenderlo, e incluso estaba de acuerdo.

No, no podía decir lo que ella creía haber entendido. Era solo su imaginación, ¿verdad?

Cuando él regresó y se sentó de nuevo a su lado, con una gran gasa cubierta de esparadrapo cubriendo la herida, ella hizo lo que deseaba hacer desde que había entrado en aquel apartamento. Se puso en pie solo para acercarse y colocarse a horcajadas sobre él.

Él la miró, sorprendido al principio. Pero se recompuso con facilidad. La recorrió despacio con aquellos ojos que ardían.

—Atenea, ¿hay algo más que quieras decirme? —aventuró él con una sonrisa burlona al ver la cara de ella, que mostraba dudas y a la vez coraje.

Ella inhaló profundamente como si así fuera capaz de infundirse valor y le miró. Lo que vio le sorprendió porque, más allá de la sonrisa, reconoció emociones contenidas en sus ojos.

—Ya no quiero hablar más —dijo ella—. Llevo días queriendo usar la boca de otra manera.

Killian amplió la sonrisa, luego, alzó una ceja.

—¿De otra manera? —Él colocó sus manos sobre las caderas de ella, que soltó un suspiro. Luego hizo ascender los dedos por su estómago, hasta los botones de su camisa—. Creo que no sé exactamente a qué te refieres…

Cuando comenzó a desabotonarlos y la piel fue asomando, Atenea sintió que su cuerpo se había transformado en llamas.

¿Cómo podía él estar tan tranquilo cuando a ella el aliento ya se le escapaba de forma ruidosa? Y eso que Killian apenas la había tocado.

Con pericia y sin rozar ni un milímetro de su piel, la despojó de su camisa, dejándola con el sujetador gris. Hizo un ademán de cubrirse con los brazos, pero él se lo impidió al cogerla con dulzura de los antebrazos.

—No.

Ella tragó saliva y trató de controlar su respiración, que no dejaba de acelerarse.

Tal y como él le había indicado, apartó los brazos y los pegó a sus costados mientras dejaba que él la contemplara. Cuando notó que el cierre del sujetador se soltaba y la pieza caía hacia delante, cerró los ojos.

Estaba temblando. Cuando notó las yemas de sus dedos de él acariciando su pecho y luego, su lengua juguetona, se le escapó un gemido.

Envolvió el cuello de Killian con sus brazos y echó hacia atrás la cabeza, arqueándose para aquella boca experta.

—Atenea —musitó él contra su piel—, no vas a esconderte más ante mí, ¿verdad?

Enfebrecida por aquellas primeras caricias, ella le miró.

—No, no voy a esconderme.

Él sonrió. Luego tomó su cara entre sus manos y la besó en los labios. Pronto notó que sus manos la aferraban con más fuerza por la cintura, apretándola contra su deseo.

Descubrió que se ahogaba en aquello tan intenso que sentía por aquel hombre misterioso y reservado, pero que cuando besaba dejaba de lado toda contención para demostrar una pasión que a Atenea acababa de hacerla enloquecer. No se reconocía a sí misma: hambrienta, desatada, acariciando cada músculo y cada cicatriz de Killian con un apetito que sabía que no podría

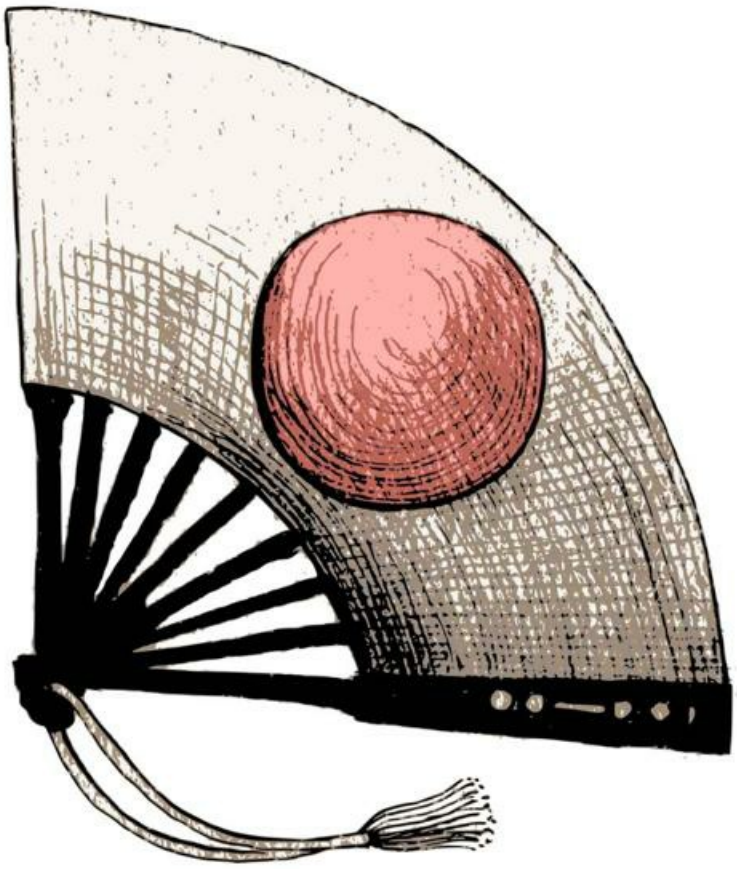
saciarse.

Él la tomó de la mano y la condujo a la habitación que ella había estado ocupando. Se colocó en el borde de la cama y le hizo un gesto para que se diera la vuelta. Atenea tembló de pies a cabeza mientras se aproximaba y le obedecía. Notó las manos de Killian en su cintura. La estrechó contra él, ambos con los torsos desnudos que irradiaban calor. Las manos de él fueron a la cinturilla de sus vaqueros y los desabotonó. Luego la giró hacia él. La mente de Atenea estaba aturdida ante todas aquellas caricias, anhelando más piel, más caricias y menos ropa. Por eso, cuando él se sentó en el borde de la cama y comenzó a bajarle los pantalones, ella ayudó con la tarea. Y luego fue el turno de él. Con manos rápidas e impetuosas, se acabaron de desvestir, arrojando las prendas al suelo.

Pronto, ella estaba de nuevo sobre él, ambos desnudos y excitados. El gemido que escapó de ambos lo hizo al unísono cuando se fundieron en uno solo.

Y entonces él le susurró que era todo suyo. Atenea tomó la cara del irlandés entre sus manos y le besó, al tiempo que comenzaba a moverse. Se sentía poderosa, deseada, invencible. Nunca se había sentido así.

EL REGRESO DE LA REINA BAÑADA EN SANGRE



Cuando Dallas despertó, estaba solo. Por un momento, un patético momento, había esperado encontrarla a su lado.

Qué iluso había sido.

Otra vez.

Se levantó y, desnudo, recorrió aquel piso sabiendo que lo iba a encontrar vacío. Aquel lugar sin alma, que, por unas horas, se había llenado de ella. De su voz, de su aroma, de su presencia que saciaba cada hueco de su corazón desolado.

Se habían hecho promesas como despedida, pero ¿era él capaz de mantener la suya? ¿Y ella?

Se metió en la ducha, y estuvo un buen rato bajo el agua, rememorando lo que había pasado aquella noche. Cuando se plantó delante del espejo y apartó con la palma el vaho que lo cubría, su reflejo le transportó a aquel día en Londres, cuando había pensado que sería el último. El día de la terrible decisión tomada.

Desde entonces, le había costado reencontrarse porque el demonio de la adicción había deformado su mente, había creado sombras, desesperación e ira. Ya no era el mismo. No era el

mismo Dallas Hamilton que había sido intachable, perfeccionista, siempre en el lado correcto de la ley, sentado a la derecha del Padre, forjado con tesón y honor.

Le costaba mirarse porque se odiaba a sí mismo. En lo que se había convertido.

Incluso tiempo después, ya recuperado, aún le aterraba mirarse y no reconocerse. Se lo había confesado a Lena en Escocia, cuando ella le había preguntado por qué ya no se afeitaba. Él había sopesado la idea de esgrimir algún argumento simple, como que estaba cansado de afeitarse desde los catorce, pero con ella solo quería ser sincero. Así que se lo había contado. Que se aborrecía, que se temía, que no sabía si volvería a recaer.

Y ella había tomado su cara entre las manos y le había dicho que, si eso sucedía, estarían juntos para luchar. En aquel momento, cuando se creían inseparables, llenos de ilusión y de magia, cualquier promesa parecía inquebrantable, cualquier sueño posible, cualquier demonio incapaz de alcanzarles.

Cerró los ojos. Había prometido seguir vivo. Abandonar el equipo Corbeau, volver a Londres, a su Scotland Yard, con su familia, para construir un futuro.

Pero la palabra futuro ya no tenía el mismo significado. Tal vez podría buscar uno nuevo… Tal vez…

Su móvil sonó. Se dirigió al salón. Había pasado toda la noche metido en el bolsillo de sus vaqueros, abandonados sobre la alfombra. Se agachó y al mirarlo, descubrió que tenía decenas de llamadas. De Baris, de Johanna, de Turner.

Mensajes de Turner:

Llama en cuanto puedas.

¿Dónde cojones estás? Coge el puto teléfono ya.

Y el último, el que activó cada músculo del cuerpo de Dally:

Eve está en Europa.

Sabía que había hecho una promesa. Pero también sabía que ahora no podía cumplirla. Porque si Eve estaba en Europa, él iba a detenerla.

Se vistió rápido y llamó a Turner. Cuando descolgó, su amigo le atosigó a preguntas sobre su repentina desaparición. También le explicó que habían estado en una misión persiguiendo a un contacto de los Tanaka que había acabado mal, porque se había lanzado por un puente antes de entregarse.

—Pero ¿dónde está ella? —La pregunta que le importaba, la única, porque le había dado alas y fuerza justo cuando más lo necesitaba.

—Hace unas horas tomó un vuelo con destino a Ginebra. Vamos hacia allí ahora mismo. Al aeropuerto internacional.

¿Dónde estás?

—Acabo de subir a un taxi. Voy para allá.

—¿No vas a decirme dónde estabas?

—Estaba en casa. Tenía el móvil en vibración y no me he enterado de nada.

Un silencio al otro lado, luego un suspiro.

—Joder, Dally, mientes de pena. —La voz de Turner sonó dura—. Pero ya eres mayorcito. Sé que la viste, que estaba en la emboscada.

—Sí, la vi. Hablamos. Pero ahí acabó todo.

Otro suspiro lleno de resignación por parte de su amigo. Nunca había podido mentirle. A veces se preguntaba por qué aún lo intentaba.

—Lo que tú digas. Pero espero que ahora tengas la cabeza fría.

Y el corazón más aún.

—Te aseguro que lo tengo —afirmó—. Te veo en el aeropuerto.

Cuando colgó el teléfono, se recostó en el asiento del coche y miró por la ventanilla.

Podía hacerlo. Podía llegar a Eve y luego ya vería qué haría. Podía retirarse, cumplir su promesa y volver a Londres a esperarla.

Podía hacerlo, ¿verdad?

IRÉ CONTIGO



Killian abrió los ojos y tardó décimas de segundo en evaluar su situación. Estaba desnudo y tenía entre sus brazos a Atenea Hamilton, que dormía plácidamente con el rostro sobre su pecho. Habían estado haciendo el amor hasta la madrugada, cuando, exhaustos, habían caído rendidos y cubiertos de sudor. Se habían arrebujado debajo de las mantas, dormidos al instante.

Sin dedicarse ni una sola de esas palabras de después del sexo que solían complicarlo todo.

Y ahora había llegado la mañana de después y la plomiza luz de Bruselas se colaba por las ventanas, gris y fría, pero aun así capaz de arrancar destellos de cobre bruñido a la larga melena de aquella mujer que había resultado ser apasionada y dulce al mismo tiempo, tan entregada a él que había sentido que su corazón volvía a ablandarse.

«Joder. La estoy cagando de nuevo», pensó. «Y encima su hermano va a matarme si se entera».

Estaba seguro de que se enteraría. Con cuidado de no despertarla, se movió y abandonó el lecho. Se giró para mirarla. Era preciosa, magnífica, y la noche había estado llena de pecados inconfesables.

Que él se moría por repetir, pero tampoco quería que Atenea pensara en que entre ellos pudiera existir una relación más seria.

«Te estás mintiendo a ti mismo, Killian», dijo su voz interior. Lo sabía. Quería más. Pero joder, era un tipo duro, ¿no? Y, sin embargo, se iba enganchando a una mujer tras otra, a pesar de que su corazón aún estaba más que roto.

Se puso ropa cómoda y fue a la cocina en busca de desayuno. Ya con el café caliente en el estómago, se dio cuenta de que la melodía de su móvil sonaba. Era Keith.

—¿Qué pasa, mate?

—Una tal Eve Green viene a Ginebra, Killian —dijo en un susurro, lo que le dio a entender que no quería que nadie más se enterara de su conversación—. Aquí andan todos revolucionados. Vamos al aeropuerto porque su vuelo aterriza en unas horas. ¿Vienes?

—Sí, claro. Espérame.

Colgó el teléfono y preparó una pequeña maleta con lo necesario. Le habían entregado una pistola reglamentaria, pero alguien como él siempre iba bien armado y sabía que las cosas iban a ponerse muy feas.

Después de meter unos cuchillos y cerrar la maleta, un ruido le indicó que no estaba solo. Atenea Hamilton acababa de entrar en el salón, vestida con una camiseta de él.

Tuvo que cerrar las manos alrededor del asa para controlar las ganas de volver a tocarla. Atenea lo analizó con rapidez. Vestido de oscuro, con la chaqueta de cuero ya puesta y con los nudillos repentinamente tan blancos como el rostro.

El temido momento del día después había llegado. Y ella interpretó aquello como una huida. Pero no iba a dejar que él notara lo mucho que su autoestima se acababa de resentir. Así que alzó la cara y dijo:

—Al menos podrías haber preparado café. Killian titubeó visiblemente y bajó los ojos.

—Tengo que ir a Ginebra.

—¿Por qué?

—Al parecer Eve Green ha aparecido. Va en un vuelo destino a Ginebra. Quieren detenerla para ver si nos puede llevar al Cuervo.

Atenea soltó un suspiro. Avanzó hasta él y tomó su mano. Los ojos de Killian viajaron a sus dedos entrelazados y se dio cuenta de que no se atrevía a apartarlos de ahí, porque fuera de ese punto todo comenzaba a flaquear.

—Déjame ir contigo. Él no respondió.

—Si es por lo que acaba de pasar, no soy una de esas románticas que esperan una relación seria después de una noche de sexo… Soy fiscal profesional, Killian. También pertenezco al equipo Corbeau y…

—Es justo por lo que acaba de pasar —la interrumpió él—. Si las cosas son como creemos, no puedo permitirme distracciones.

—Sé cuidarme sola.

—¿Como en Gante?

—Lo habría hecho —dijo ella, convencida, frunciendo el ceño. Killian se apoyó en el sofá y tiró de ella, para colocarla entre sus muslos. Ella notó que él acariciaba el espacio entre sus cejas, deshaciendo el ceño fruncido con un leve roce—. Y no quiero que te comportes como si fuera una persona indefensa…

—Nunca lo he pensado. Pero no quiero cagarla y que te suceda algo malo. Hace tiempo que aprendí que hay que mantener las debilidades lejos si quieres estar concentrado.

—¿Debilidades? ¿Eso es lo que soy para ti?

Él sonrió de medio lado, cauto, titubeante. Tomó un mechón entre sus dedos y se lo enroscó, con dulzura.

—¿Es que yo no soy lo mismo para ti, Atenea? —La voz fue una caricia cálida, que subió por la espina dorsal de aquella mujer y erizó el vello de sus brazos.

Era más que una debilidad. Era una mezcla de pasión y tortura. La volvía dúctil, atolondrada y se moría por cada gesto que él hacía, llena de aquella anticipación que vibraba en su interior y anulaba su cordura. Lo más sensato era alejarse de él, sobre todo si la situación iba a incluir balas

y sangre.

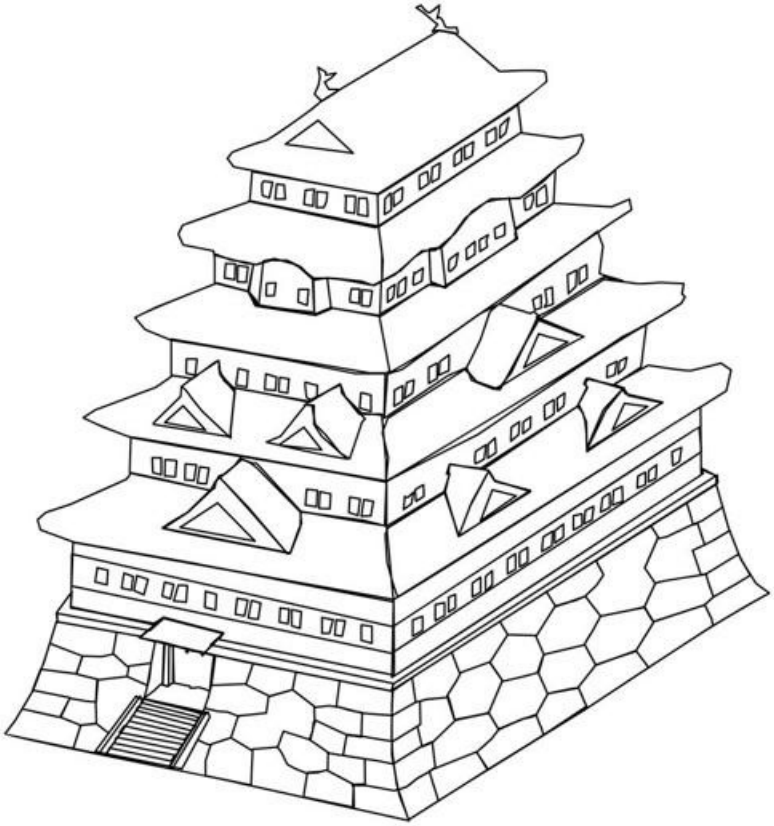
—No, no lo eres.

—Qué mal mientes —dijo antes de besarla. Cuando se separaron, ella añadió:

—Está bien. Sí que puede que seas mi debilidad, y por eso mismo quiero ir contigo a esta misión.

Fue en ese momento cuando Killian comprendió una cosa: ya no tenía dudas de que aquella mujer era su destino.

CONFESIONES ENVUELTOS EN HUMO



Todo el escuadrón Corbeau tenía órdenes claras: que los primeros que llegaran esperaran al equipo completo que, además, contaría con la ayuda de una unidad de élite.

Así que Turner, tan puntual como siempre, esperó en el lugar acordado. Hacía frío y la lluvia iba y venía. Se arrebujó en el abrigo y ajustó los guantes de lana. En ese momento se percató de que no estaba solo.

Keith Smith, el mercenario amigo de Mackenzie, estaba apoyado en la pared con aire distraído. Ultimaba un cigarro de liar y tenía los ojos clavados en él.

No era la primera vez que lo miraba.

Desde que se había unido al Equipo Corbeau lo había pillado más de una vez. Al principio, había pensado que era para evaluarle. Después de todo, la llegada de los mercenarios había sembrado todo de desconfianza y sospecha. Suponía que era normal que alguien como Keith Smith, tan acostumbrado a descifrar a la gente por su trabajo, le mirara tratando de averiguar cuáles eran sus debilidades y sus fortalezas para luego usarlas en su propio beneficio.

Se sentía incómodo en aquellos primeros días. Había indagado sobre él. Descubrió que se

había enrolado joven en el ejército, huyendo de la miseria de un complicado barrio de Dublín. Luego había creado una sociedad que estaba registrada como una empresa de mudanzas, pero sabía que era una tapadera. Sin embargo, eran suposiciones basadas en elementos inconexos que se habían ido encajando en su cabeza.

Era amigo de Killian Mackenzie. Un exsoldado entrenado que además tenía una forma de moverse que le recordaba a los leones enjaulados que recorren el perímetro sin apartar los ojos de sus presas.

Había visto muchos como él. Al otro lado de los barrotes, por supuesto. Y, a pesar de eso, en algún momento, había empezado a sentir calor bajo la mirada de aquel animal salvaje. Se aproximó con cautela, midiendo mentalmente cada paso.

Keith no dejaba de mirarle y Turner le devolvió la atención, pendiente de cada detalle. La ropa oscura —como siempre: su seña de identidad—, la piel negra, las volutas del humo que escapaba del cigarro, sujeto entre los dedos con precisión. Y los ojos marrones que parecían decir muchas cosas. Ver muchas cosas.

«Pero no puede ser, no seas paranoico, Turner», se dijo.

El olor del humo se metió en sus fosas nasales. Marihuana.

—¿Fumas mierda antes de una misión?

—Me calma los nervios —confesó Keith, con aire tranquilo—.

Y no creo que me hagan analíticas de sangre.

—Deberían.

A Keith se le escapó una carcajada que sonó suave, una caricia prohibida que Turner no sabía que deseaba hasta ese momento.

—Tranquilo, madero, he estado en lugares peores.

—Puede, pero si esto estalla, todos debemos estar en las mejores condiciones.

—Bah. —Keith chasqueó la lengua—. A mí solo me importa salir de aquí con mi amigo. El resto… —Lo miró y se quedó callado. Dio una última calada al cigarro y lo arrojó al suelo, aplastándolo con su bota—. Pero supongo que tú entiendes lo que quiero decir. Tú estás aquí por el rubio.

Turner tragó saliva, nervioso. Se echó hacia atrás y se apoyó en la pared, justo a su lado, aunque separados unos centímetros.

—Esto es un trabajo en equipo —fue capaz de decir.

Keith volvió a reírse. Turner se dio cuenta de cómo cruzaba los brazos sobre el pecho y esto hacía que los músculos se le tensaran bajo la ropa. Volvió a tragar saliva.

—Claro que sí. Pero incluso en los grandes equipos hay jugadores estrella. Y tú tienes el tuyo, igual que yo tengo el mío.

Turner quiso rebatirle, pero no tenía argumentos. Era cierto. Así que se quedó en silencio hasta que notó la atención de aquel irlandés sobre él y alzó la vista. Los ojos de Keith eran grandes, en el tono de las hojas que caen en otoño. Tenía una sonrisa de medio lado que pronunciaba un hoyuelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Turner a la defensiva.

—Nada, nada… Solo es que me parece que no estamos tan enfrentados, a pesar de que vengamos de mundos opuestos. Al final estamos a punto de meternos en una misión peligrosa por las personas a las que amamos, ¿no?

Fue esa palabra: «amamos».

Quizá antes Turner hubiera saltado como un resorte o se hubiera carcajeado y cambiado de tema para compadecerse después en soledad. Pero sabía el mensaje real que escondía esa frase.

Lo veía en sus ojos, tan sinceros, tan orgullosos. Y entonces, como una bofetada de realidad, comprendió que llevaba demasiado tiempo avergonzado de sí mismo, de lo que su cuerpo y su corazón deseaban.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

—Porque reconozco el anhelo en los ojos cuando lo veo.

Aunque no sea correspondido. O quizá por eso.

Turner asimiló despacio cada palabra.

—¿Lo reconoces porque tú sientes lo mismo?

De nuevo, la sonrisa de medio lado en aquellos labios gruesos en los que Turner ya no podía dejar de reparar.

—¿Crees que estaría aquí, pelado de frío, si no lo sintiese? Soy un idiota, igual que tú, inglesucho.

Turner alzó la cara hacia el cielo y soltó el aire que llenaba gran parte de sus pulmones con una exhalación sonora. La verdad que tanto tiempo se había empeñado en silenciar tras un muro que se había perforado y emergía, como agua por una grieta. Se sintió libre, casi como si la carga de sus hombros se aligerara. Lo notó físicamente. Cerró los ojos.

—Hace unos meses, Dally me dijo que me había quedado en mi zona de confort, en mis sentimientos hacia él, para estar a salvo, para no implicarme con otra persona. Supongo que tenía razón.

En ese momento, ladeó el rostro y sus ojos se trabaron con los de Keith. Vidas tan distintas y, sin embargo, sentimientos tan iguales.

Cuando un taxi se detuvo y Dallas Hamilton se apeó, Turner abandonó su pose corporal y se irguió, saludándole. Mientras Dallas pagaba la carrera al taxista, Keith alargó la mano y la colocó en el hombro de Turner, que lo miró sorprendido.

—Ahí dentro, si las cosas se ponen feas, cuenta conmigo.

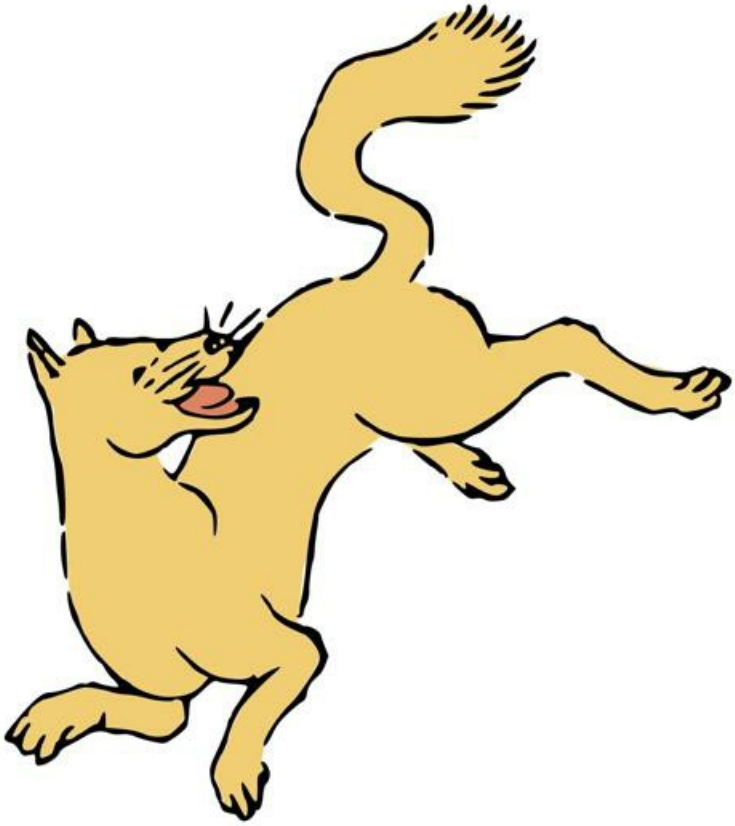
—Lo mismo digo, Keith.

El irlandés esbozó una sonrisa radiante mientras se apartaba de la pared y estiraba los brazos.

—De acuerdo, William.

Turner palideció, sorprendido. Nadie le llamaba por su verdadero nombre, ni siquiera Dally. Quiso decir algo más pero no fue capaz. En aquel momento, de otro taxi bajaban Killian Mackenzie y Atenea Hamilton.

EL AEROPUERTO



Dallas conocía lo bastante bien a su hermana como para reconocer lo que había en sus ojos cuando miraba a Mackenzie. Se había dado cuenta desde el primer día que los había visto coincidir, pero, tan ocupado como estaba en superar sus propios demonios, había pretendido no darle importancia. Ahora, después de unos días en los que ambos habían desaparecido, llegaban juntos y, aunque trataran de evitar el contacto visual entre ellos, la forma en la que Atenea había reaccionado al ver a su hermano le había bastado a este para descubrir la verdad.

De todos los hombres del mundo, su hermana había acabado liándose con Killian.

Dallas se presionó los párpados y respiró hondo. Ya trataría aquel tema más adelante. Lo primordial era capturar a Eve, que aterrizaba en unos minutos.

Cuando Baris apareció, todos le dedicaron su atención para coordinarse. Un equipo de asalto estaba ya preparado, en posiciones estratégicas, así que el equipo Corbeau se situó en la pista de aterrizaje.

Tenían que detener a Eve, pero, sobre todo, evitar que cundiera el pánico entre los pasajeros. Minimizar los daños era lo esencial y todos lo sabían.

Por eso habían decidido detenerla en cuanto bajara del avión, antes de que entrara en la zona de llegadas y pudieran perderla.

Estaba nervioso. Desde que Eve se había escapado en Venecia no la había tenido tan cerca. La posibilidad de atraparla y de que los llevara al Cuervo parecía tan real después de tanto tiempo que el estómago le vibraba por la emoción. Tenía que salir bien. Tenía que hacerlo.

Porque si lo hacía, tal vez, podría llegar a Lena de nuevo y sacarla de la prisión en la que se había encerrado ella misma.

—¡El avión está llegando! —exclamó Baris a través del auricular.

Dallas alzó los ojos. A pesar de la niebla que les envolvía, percibió las luces y el ruido que indicaba que el avión estaba tomando tierra.

—¡Preparados!

Desenfundó el arma y miró a su alrededor. Estaba acompañado de Turner, Keith Smith y Killian, mientras que el resto del equipo Corbeau estaba apostado en diversas zonas del aeropuerto.

Killian dio un par de pasos hasta colocarse a su altura.

—¿Hay algo que quieras decirme antes de que se desate el infierno? —preguntó Dallas.

El irlandés lo miró con desgana.

—Lena me disparó anoche.

De todo lo que esperaba oír, eso era lo último que imaginaba.

—¿Do-dónde? —fue capaz de preguntar.

—Recibí el chivatazo de la ruta que tomaría el clan y traté de sacarla de allí. Pero ella no quiso venirse conmigo.

—Está con Ryo —añadió Dallas, apretando los dientes.

—Lo he sabido desde que apareció muerto el informante — confesó Killian.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo?

—Solo era un puto presentimiento. Después de los últimos meses con ella, de lo que el don le estaba haciendo, cuando murió Hiroshi me imaginé que habría perdido el control…

—Aún no lo ha perdido del todo.

Ante esas palabras, Killian le miró, intrigado.

—¿Has estado con ella?

—Vino a verme antes de dispararte. Está distinta, pero sigue siendo ella misma. Me hizo prometer que abandonaría el equipo Corbeau.

Killian esbozó una sonrisa un poco triste.

—Supongo que a ti te disparó para que le hicieras caso.

—Supones bien.

Ambos cayeron en un súbito silencio mientras el avión aterrizaba.

—Ten la cabeza fría con Eve —aconsejó el irlandés—. Te prometo que vamos a cazar a ese hijo de puta.

Después de todo lo que había pasado, todo lo que les había separado, aquellas palabras eran lo más cálido que habían intercambiado entre ellos.

—¡A sus posiciones!

Unos instantes después, se acercaban armados a la carrera a la escalera del avión. Se abrió la compuerta, pero nadie bajó.

—¿Qué sucede? —preguntó Baris—. ¡La tripulación tenía órdenes de descender! Pero nadie de control responde…

Killian y Keith se hicieron un gesto con la cabeza y se acercaron a la escalera.

—¿Subimos, Baris?

—Sí, decidme qué coño pasa.

Killian fue el primero que ascendió, seguido de cerca por su amigo. Estaban a punto de atravesar la compuerta cuando apareció Eve. Pero había algo extraño en ella. Con la cabeza ladeada en un ángulo extraño y la mirada perdida, hizo un gesto con la mano.

Excepto él, todos cayeron de rodillas al suelo, doblegados por una fuerza desconocida.

Killian alzó el arma y apuntó a la mujer.

—¡Levanta los brazos!

Los ojos de Eve estaban vidriosos y enrojecidos en las comisuras. Killian no sabía identificar qué era, pero había algo en ella que no era normal.

—Eres el inmune. —Cuando ella habló, lo hizo con voz rasposa.

—¿Quién eres? —preguntó Killian.

Baris gritaba por el pinganillo y sabía que el equipo de asalto estaba rodeando el avión.

—¿De verdad creéis que podéis detenerme?

—Te he preguntado que quién eres.

Puntos rojos de láser aparecieron por todo el cuerpo de aquella mujer, pero ella no se inmutó al descubrirlo. Gruñó algo y los puntos desaparecieron. Killian ladeó el rostro al escuchar el sonido de armas y cuerpos cayendo y vio que todo el equipo de especialistas yacía en el suelo, inmóviles.

—¿Está aquí Dallas Hamilton?

—¿Para qué lo quieres? —preguntó Killian.

—Es obvio, ¿no? He venido por él.

—Eso no va a pasar.

—¿Estás seguro? —Ella se rio—. Un avión lleno de inocentes, un equipo de asalto con armas… ¿Crees que no puedo provocar una carnicería?

—No, no la vas a provocar. —Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, notó un dolor abrasador que conocía bien atravesándole. Alguien le había disparado por la espalda. Sus rodillas se combaron y cayó por la escalera. Notaba la sangre manar y se llevó la mano a la herida para contenerla.

Apretando los dientes, alzó la cara en busca del arma. La localizó unos escalones por encima y, cuando quiso alcanzar el cuchillo que guardaba, se dio cuenta de que aquel ser descendía.

La vio agacharse y alcanzar su pistola.

«Mierda», pensó, «estoy muerto. Jean, perdóname». Con un último esfuerzo, trató de ponerse en pie.

—Yo de ti no lo haría —le dijo ella. Cuando Killian alzó los ojos, se encontró con que su propio cañón le apuntaba.

—¿Quién demonios eres?

Aquello, lo que fuera, solo sonrió. Un instante después, el dolor fue demasiado intenso cuando aquella criatura pisó su herida. Gritó y luego todo se volvió negro.

LA CRIATURA



Dallas no podía moverse, tirado en el suelo. Una voz en su cabeza le mantenía paralizado. No sabía qué sucedía y ni siquiera era capaz de sentir terror. Pero entonces, alguien se colocó a su lado. Sus pupilas distinguieron de quién se trataba cuando se agachó. Era Eve, pero estaba cambiada. Había algo en su expresión que no era natural: el cuello torcido, la boca abierta en un rictus que le recordaba a un animal, los ojos azules que ahora parecían lagunas grises con aguas muertas.

—Eres tú —dijo ella con una voz gutural.

El inglés la contempló sintiendo por primera vez el pánico. Estaba indefenso y, a pesar de que quería moverse, sus extremidades no le obedecían, como si las corrientes nerviosas de su cerebro estuvieran bajo el poder de otra persona. De aquello que, dentro del cuerpo de Eve, le miraba antes de tocarle con dedos helados.

Una certeza se abrió en su mente. Eve Green ya no estaba viva.

—Has estado con ella. —La voz sonó llena de victoria—. Si quieres volver a verla, busca el palacio de Takayama. El último bastión de los Tanaka.

Dallas quiso alargar su brazo para retenerla, pero solo pudo contemplar su silueta alejándose.

Pasó un rato hasta que pudo moverse. Desconcertado, se incorporó con el corazón saltando como loco contra sus costillas. Había un maldito caos a su alrededor. Los hombres del grupo de asalto estaban desperdigados, de rodillas o tratando de levantarse.

Baris llegó corriendo junto con Atenea, que le preguntó qué había pasado.

—¡Dally, Dally! —Le tomó por los hombros y le sacudió para que lo mirara. Le costaba enfocar la vista y concentrarse porque sentía la cabeza pesada, con un dolor agudo que irradiaba desde su nuca hasta sus sienes—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no respondías?

—No lo sé. No… —Se interrumpió cuando vio a Keith, que cargaba a Killian. Pronto localizó una herida que sangraba abundantemente en su pecho.

—¡Killian! —exclamó Atenea.

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó Keith.

Turner, que apareció en ese momento, fue el primero en sacar el móvil para avisar a emergencias. Killian, aturdido por el dolor y por la creciente pérdida de sangre, alzó un momento la cara. Sus ojos volaron a una persona, solo a una: la mujer cuyo pelo parecía seda y fuego, y cuyos ojos lo miraban con una mezcla de miedo y dolor que le hizo pensar que quería pasar el resto de su vida con ella.

—¿Qué ha pasado? —Atenea corrió hacia él, que alargó la mano para tocarla. Un segundo después perdía de nuevo el conocimiento.

—Yo le disparé —dijo Keith con la voz quebrándose—. La voz se metió en mi cabeza y me dijo que lo hiciera… Yo no quería, pero… —Alzó los ojos, vidriosos, hacia sus interlocutores, pero los detuvo en Turner, que se llevaba las manos a la cabeza—. No pude evitarlo. No…

Apretó los dientes y dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas. A lo lejos, distinguieron los sonidos de las sirenas de varias ambulancias que atravesaban la pista.

Los pasajeros del avión comenzaron a bajar. Estaban asustados. Algunos lloraban, otros parecían no saber dónde se encontraban. Todo era caos, pánico, llantos, preguntas sin respuesta.

Baris se plantó delante de Dallas, le agarró por el cuello de la chaqueta y bramó:

—¿Qué demonios ha pasado?

Dally no respondió, pese a que lo sabía. Algo había poseído a Eve Green para llegar hasta él. Para tocarle.

Y lo que fuera esa criatura, tenía que ver con Lena.

VENGANZA ARREBATADA



Al tocar a Johanna, Hikari había averiguado quién había disparado a su hermano. Un nombre y una dirección, entre otros secretos.

Como que la Interpol había intentado esconderle, ponerle a salvo. Ajenos a que cualquier precaución sería inútil con ella.

Alzó la cara y recorrió la fachada de la pequeña casa donde habían escondido al muchacho. Porque eso también lo había descubierto. Que no era más que un joven de veinte años recién llegado al cuerpo, que esa noche había sido reclutado para una misión fácil.

Sentada en la limusina junto a Ryo, una parte de ella dudó. Los remordimientos aparecieron a pesar de que llevaba semanas silenciándolos.

«Solo una muerte más», se dijo.

La última. La que a ella la hundiría en las sombras y haría resurgir al *kitsune* oscuro.

Lena, Hikari, ambas dejarían de existir. Y eso era lo único que le importaba. O eso se decía a sí misma.

Cerró los ojos y dejó que los recuerdos de Dally invadieran su mente una vez más. Él le

había hecho prometer algo que no iba a cumplir y lo sabía, pero era necesario para asegurarse de que se mantendría a salvo. Era lo único que deseaba: que él viviera con plenitud y felicidad el resto de sus días, aunque fuera sin ella.

Esperaba también que Killian le hubiera hecho caso y viviera junto a Jean y Atenea en algún lugar apartado de los problemas y de la violencia.

—¿Estás preparada? —La voz de Ryo la arrancó de sus pensamientos. Giró el rostro y deslizó los ojos hasta él. No habían hablado más desde el hotel cuando ella había lanzado una acusación que sabía que había herido a Ryo más que ninguna de las cosas que pudiera haberle dicho. Porque era algo que nunca habían hablado. Algo que había hecho que Ryo permaneciera sin apenas mirarla. Ella, sin embargo, no dejaba ni un instante de estar pendiente de él, esperando su paso siguiente, como si pudiera anticiparse, desesperada ante el hecho de que el don permaneciera en silencio.

Sin embargo, Ryo había estado mirando por la ventana del dormitorio, taciturno y caviloso, cada vez más apagado y distante.

Incluso ahora, cuando él le devolvió la mirada dentro del coche, podía ver su tristeza. Fue consciente de que había herido de muerte al Cuervo Rojo y no había necesitado un arma. Tampoco le importaba.

Al contrario, el monstruo de su interior ardía en deseos de destruir a uno de los causantes de su desgracia. Se sorprendió sopesando la idea. ¿Y si entraba, dejaba que Ryo matara al asesino de su hermano y luego… acababa con él?

Estaba segura de que eso propiciaría su completo y vertiginoso descenso al infierno.

—Hikari-chan, ¿me has oído?

Ella asintió, mirando de nuevo por la ventanilla.

—Tiene varios policías vigilando la casa —siguió diciendo Ryo—. En cuanto dé la orden, los nuestros nos despejarán el camino. ¿Estás preparada?

Se miró las manos, estirando los dedos, que pronto volvían a flexionarse sobre sí mismos.

—Que empiece.

Ryo asintió y envió un mensaje.

«Dally, perdóname», pensó ella. «Solo quiero que el dolor acabe». El móvil de su acompañante sonó. Frunciendo el ceño,

descolgó y preguntó en japonés qué ocurría. Desconcertado ante la respuesta, añadió:

—Repítelo otra vez. —Su ceño se frunció aún más—. De acuerdo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hikari.

Ryo guardó el móvil en el bolsillo de su abrigo y asió la manivela para abrir la puerta.

—Vamos a verlo por nosotros mismos.

Intrigada, descendió junto a Ryo. Los hombres de su clan les aguardaban en la puerta, cabizbajos. En cuanto ella cruzó el umbral, lo notó.

La muerte, la magia y aquella aura indescriptible que solo había notado una vez.

Tamamo-no-Mae.

Alarmada ante el descubrimiento, subió las escaleras siguiendo las indicaciones del don. Viró por el pasillo y entró en la primera habitación. El olor a sangre mezclado con vísceras abiertas inundó sus fosas nasales con brusquedad.

Con los ojos escaneó la estancia. El muchacho que había matado a su hermano yacía en la cama, destripado. Junto a la ventana abierta, Tamamo en su forma de *kitsune* blanco, con la cabeza teñida de sangre, se relamía.

Ryo entró detrás de ella y sus ojos hicieron el mismo recorrido de reconocimiento. Cuando

halló al *kitsune*, no disimuló el desconcierto.

—¿Qué cojones…?

—¿Por qué lo has matado? —preguntó Hikari, convirtiendo las manos en puños—. ¿Por qué te has adelantado?

—¿Qué está pasando aquí, Hikari-chan?

El animal se les acercó despacio. Hikari vio cómo sus patas se hundían en los charcos de sangre que se habían formado sobre la moqueta.

—Las cosas han cambiado —dijo el animal con un gruñido.

—¿Por qué?

—Porque he descubierto que tu camino a la oscuridad no pasa por la venganza.

—¿Entonces?

—Hikari, ¿de qué está hablando?

Ella se giró hacia Ryo, que se sorprendió del brillo salvaje que vio en sus ojos. Fue en ese momento cuando comprendió que las cosas habían escapado de su control hacía tiempo. Que solo había sido una marioneta en manos de la mujer con la que había crecido.

—¿Qué pretendías exactamente cuando me pediste que te ayudara a llegar al asesino de Hiroshi?

Pero, antes de que ella pudiera responder, el sonido de las sirenas de policía les alertó. Tamamo adquirió forma humana ante los sorprendidos ojos de Ryo, que descubrió el increíble parecido con Hikari, como si fueran gemelas.

En un mar de confusión, lo único que pudo hacer fue quitarse la chaqueta para cubrir el cuerpo desnudo de aquella cambiaformas.

De la que sabía su verdadero nombre. Porque lo había leído tiempo atrás en un diario.

EL DOLOR DE RYO



Pronto estaban en la limusina, huyendo a toda velocidad por la ciudad. El olor acre de la sangre y de la muerte les envolvía, recordándoles su verdadera naturaleza.

Ryo sentía la furia fluir por sus venas, llenando de energía sus músculos. Había dado órdenes de partir de regreso a Japón en su avión privado, pero ni siquiera sabía si sería capaz de aguantar hasta el aeropuerto sin explotar contra Hikari. Se sentía engañado, traicionado por ella. Y aquel ser no dejaba de mirarle, sin disimular su inquietante expresión divertida.

Estaba dispuesto a exigir una explicación cuando su móvil sonó. Era uno de sus topos en la Interpol, así que descolgó con rapidez. Al otro lado de la línea, le relataron un extraño episodio en el aeropuerto de Ginebra. Cuando la llamada acabó, alzó los ojos hasta la cambiante.

—¿Qué pasa? —preguntó Hikari.

—Dicen que Eve Green llegó a Ginebra en un avión. Pero por lo que me ha contado mi

informante, no era ella, ¿verdad?

Y fue en ese momento cuando Hikari intervino, con sus ojos clavados en aquella mujer que era una especie de reflejo siniestro de ella misma.

—¿Qué has hecho?

Lejos de sentirse incómoda, Tamamo sonrió, mostrando sus colmillos superiores. Se miró las uñas, en las que había rastros de sangre, piel y quién sabe qué más.

—Esa mujer inglesa, tan desesperada en su amor por Ryo Tanaka, aceptó ser mi recipiente.

—¿Dónde está ahora ella? —preguntó Ryo y la voz le tembló visiblemente. Hikari lo miró. Después de todo, se preocupaba por la que había sido su socia y amante, a pesar de que había tratado de decirle que solo había sido un entretenimiento.

—Probablemente —respondió Tamamo con ligereza—, en alguna morgue.

Aquellas palabras provocaron un brusco silencio en el coche, solo interrumpido por el sonido de las ruedas del coche sobre la calzada.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Ryo, con los dientes apretados.

—No —confesó Hikari.

Ryo soltó una carcajada amarga. Luego se llevó las manos a la cara, como si tratara de ocultarse. Pero ¿tenía sentido? Se sentía expuesto, abierto en canal como el cuerpo que habían dejado atrás un rato antes, y tenía que reconocer que se notaba vulnerable.

Porque, aunque sabía que Hikari y aquel extraño ser tenían poderes que él no comprendía del todo, estaba seguro de que habrían visto todos sus secretos, sus miserias y lo peor: la lucha interna que le azotaba desde que había visto las nueve colas. El terror, en su forma más cruel. Miedo a morir. Ahora que podía tener a Hikari, que la había recuperado, ahora parecía sentenciado.

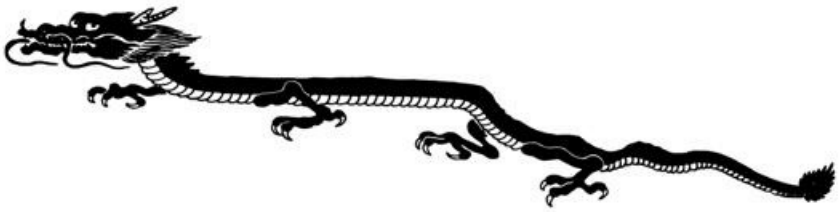
¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Horas? ¿Días? ¿Meses? No lo sabía.

Y, además, la mujer con la que había compartido los dos últimos años estaba muerta. ¿Qué era lo que sentía? ¿Remordimientos por la fría despedida? ¿Dolor? ¿Pena?

Incapaz de mantenerles la mirada, centró su atención en la ciudad que discurría al otro lado de la ventanilla. Por primera vez desde que era capaz de recordar, el Cuervo Rojo se sentía al borde de un abismo. Solo le quedaba averiguar cómo iba a enfrentarlo.

Dejándose caer o arrastrando a Hikari con él.

DESPUÉS DEL CAOS



Cuando Killian abrió los ojos, estaba en un hospital que no conocía. La luz blanca que le envolvía le hizo parpadear.

Tenía la boca seca y, en cuanto se movió, el dolor le recordó cómo había acabado allí.

El ser extraño que hablaba con voz animal y tenía los ojos muertos.

Sabía que su amigo Keith le había disparado por la espalda, porque él mismo se lo había confesado entre lágrimas cuando había acudido en su ayuda.

Una vez que acostumbró sus pupilas a la luz, recorrió con ellas la estancia en la que se encontraba y entonces la vio. Dormida en el sillón que había en la esquina, estaba Atenea Hamilton. La evaluó. Estaba despeinada y con la ropa arrugada. Llevaba la misma que él le había visto ponerse esa misma mañana en Bruselas. Aunque ahora ni siquiera sabía qué hora era ni cuánto tiempo había estado fuera de combate.

—Atenea —la llamó. La voz le salió ronca, espesa. Ella abrió los ojos con rapidez y se puso de pie. Al descubrirle despierto, se aproximó a él.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —dijo él secamente.

—La bala te atravesó y salió limpiamente, pero la herida ha requerido una operación.

—Me lo imagino. No es la primera vez que me disparan. — Esbozó una sonrisa perezosa que desapareció cuando ella frunció el ceño, preocupada. Alargó el brazo y tomó su mano, dándole un ligero apretón—. Esto no va a matarme.

—¿Se supone que debe consolarme?

—Ven aquí, pelirroja —pidió él.

Y ella, que sabía que no podía negarse a nada de lo que aquel hombre le pidiera, obedeció.

Turner no había podido evitarlo. Desde que habían llegado al hospital donde habían operado a Killian, sus ojos y su atención habían estado puestos en Keith, que estaba desolado por lo que había hecho. Baris le había interrogado a conciencia, pero el irlandés había permanecido callado, ausente. Turner lo había contemplado todo conteniéndose para no intervenir porque no sabía qué decir. Nadie entendía qué había provocado aquel caos.

Qué demonio era el que había descendido del avión.

Cuando unas horas más tarde recibieron una llamada avisándoles de que habían hallado el cadáver de Eve Green y Keith se ofreció a ir, Turner simplemente le acompañó. No hablaron durante el recorrido en coche hasta la morgue de Ginebra. Allí el forense les explicó que había muerto de un paro cardíaco hacía unas doce horas.

—¿Doce horas? —preguntó Turner —. ¿Está seguro?

—Completamente. Encontrarán todos los detalles en el informe.

Cuando llamaron a Baris para comunicarle lo que habían descubierto, su jefe maldijo sonoramente porque habían llegado a otro callejón sin salida. Luego, les dijo que se tomaran el resto del día libre.

Y entonces, reuniendo un valor que no sabía que tenía, Turner se giró a Keith y dijo:

—¿Te apetece que tomemos una copa para calmar los nervios?

Los ojos del irlandés se abrieron por la sorpresa.

—Creía que alguien tan estirado como tú no bebía.

Turner notó que las mejillas se le calentaban, pero siguió adelante.

—Ya no estamos de servicio.

Keith dejó escapar una carcajada amarga, pero añadió:

—Está bien. Necesito un buen trago para superar este día de mierda.

Un rato después, compartían silencio sentados en la barra de un bar de copas. Pese a lo exótico de la carta, se habían decidido por dos whiskies solos. Keith ya iba por el tercero.

—¿Qué crees que era? —preguntó Turner.

—No tengo ni puta idea —respondió, apurando de un sorbo el contenido—. Pero espero que esa cosa nos dé una noche de tregua. Solo una noche.

Turner asintió y apuró su copa. Pidió otra.

—Si fuera tu última noche en este mundo, ¿qué te gustaría hacer?

Keith esbozó una sonrisa.

—Ya he tenido alguna que otra noche en la que pensaba que sería la última. Siempre he pensado que soy como los gatos. He gastado seis de mis siete vidas, seis de mis siete noches creyendo que moriría en alguna misión cuando era soldado o después cuando pasé al sector privado.

—¿Cuál fue la peor?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Keith con una ceja alzada.

—Sí. —No había duda en la voz de Turner.

Se mantuvieron la mirada unos instantes, evaluándose.

—Está bien —concedió Keith—. Una noche, atravesábamos un camino en Bagdad cuando nos emboscaron. Mi pelotón era pequeño y se encargaba de llevar unos suministros al hospital.

Mientras le escuchaba hablar, Turner descubrió que, si aquella era su última noche, pasarla con Keith le parecía bien. Mucho mejor que bien.

Una llamada alertó a Dallas de que el muchacho que habían puesto bajo la protección especial de la Interpol había muerto, al igual que los cuatro policías encargados de custodiarlo. Sin embargo, pese a que estaba preparado, se encontró con un escenario de pesadilla. Lo más

desconcertante era que parecía obra de un animal, con heridas causadas por garras y dientes y desgarros de colmillos. No era el modus operandi del Cuervo Rojo.

Baris, que contemplaba la escena con horror, estaba tan desconcertado ante las palabras del forense que solo podía negar con la cabeza. Más tarde, cuando la explicación acabó, le contó a Dallas otra noticia que no le sorprendió, porque ya lo sabía.

Eve Green estaba muerta.

Todo parecía haberse descontrolado. Baris no dejaba de quejarse de que estaban como al principio, de que no tenían nada, de que todo se había desvanecido…

Pero él tenía algo. Una pista que no entendía. Palabras susurradas con voz gutural.

Cuando abandonó la escena del crimen, buscó en el móvil

«Takayama». Era una ciudad en el corazón de los Alpes japoneses.

¿Estaba allí Lena?

Entonces se le ocurrió a quién podría preguntarle. Al que había estado antaño en Japón, sirviendo a los Tanaka. Le dijo al taxista que le llevara al hospital donde habían operado de urgencia a Killian Mackenzie.

Una vez allí, sus compañeros le informaron de que ya había despertado. También le dijeron que en la habitación había una persona acompañándole. Dallas no tuvo que imaginar de quién se trataba. Entró sin tocar a la puerta y procuró no mostrar su sorpresa cuando se encontró a su hermana sentada al borde de la cama, donde el mercenario irlandés yacía con un aspecto terrible. Estaba despeinado, la piel cetrina, los ojos vidriosos por los efectos remanentes de la anestesia.

—¡Dally! ¿Qué haces aquí?

—¿No puedo venir a ver a uno de mis compañeros del equipo?

—dijo él con voz seca.

Killian soltó una risotada amarga de la que se arrepintió cuando notó de nuevo el dolor en la herida.

—Mierda —musitó venciendo la tentación de tocarse la zona que quemaba bajo las gasas y el pijama hospitalario.

—Hay novedades —les ignoró Dallas. Se colocó junto a la ventana, de espaldas a ellos. Su hermana parecía incómoda, como si la hubieran pillado haciendo una travesura. Y Killian simplemente era él mismo: un tigre adormilado ante el que nunca hay que bajar la guardia.

—¿La han encontrado? —preguntó Atenea.

—Sí, pero está muerta.

El silencio les envolvió. Fue Killian el que lo rompió, diciendo:

—Pero lo que estuviera poseyéndola escapó, ¿verdad?

Dallas tomó aire y se giró. Enfrentó los ojos del que había sido su amigo y asintió con la cabeza por toda respuesta.

—¿Qué estáis diciendo?

—Lo que vino de Japón no era humano —respondió el irlandés, mirándola atentamente—. Creo que había tomado ese cuerpo como si fuera un huésped.

Atenea miró a su hermano, buscando una explicación más plausible, más lógica. Pero su hermano le respondió con un silencio súbito y profundo.

—Entonces… —La cabeza de Atenea funcionaba rápido, intentando comprender aquel hecho sobrenatural sin volverse loca. Con piernas torpes, se encaminó al sillón que había estado ocupando esa misma noche y se dejó caer sobre él—. ¿Entonces qué quería? ¿Para qué vino?

—Marc está muerto. Lo han destripado en el piso franco donde lo escondimos —añadió Dallas—. Y se han cargado a todo el equipo que lo protegía. Ha sido una carnicería.

—El Cuervo Rojo no actúa así —dijo Atenea—, ¿verdad?

—No. No lo hace. —Dallas se dio la vuelta y miró por la ventana de nuevo. En el exterior, el tráfico continuaba, la ciudad bullía ajena al mundo mágico al que ellos se enfrentaban.

Era lo mejor. Que aquello, fuera lo que fuera, no trascendiera a la opinión pública. Que la gente pudiera seguir ignorando aquella realidad, que era terrorífica.

Él podía lidiar con ello, con aquella vida había dejado de ser ordinaria y tranquila. Aunque podía volver a serlo. ¿No se suponía que le había hecho una promesa a Lena? ¿Que abandonaría el equipo Corbeau y regresaría a su puesto en Scotland Yard, lejos de criaturas que destripaban y poseían a las personas? ¿Que olvidaría a su hermosa ladrona de secretos y seguiría adelante?

Sin embargo, las palabras de la criatura hacían que lo prometido se diluyera como sangre bajo la lluvia.

EL PRECIO QUE PAGAR



cansados al llegar a Takayama. Cuando Ryo descendió del coche, inspiró el aire frío de la montaña y sintió alivio. Luego, cuando el ser que los había acompañado se transformó en kitsune frente a sus ojos y corrió hacia el bosque, se relajó.

Sabía quién era. Aunque le pareciera increíble. Tenía que ser ella.

Estaba más que dispuesto a hablar con Hikari y preguntarle qué había estado haciendo, aunque se lo imaginaba, cuando ella bajó del coche y se encaminó al palacio.

—Hikari-chan —la llamó Ryo. Ella lo ignoró y siguió avanzando por el pasillo, ajena a las reverencias que el servicio hacía a su paso—. ¡Hikari-chan! —gritó—. ¡Detente de una vez!

Ella, sin embargo, no obedeció.

—¡Hikari-chan!

Como ella no respondía, Ryo hizo un gesto con la mano a su equipo de seguridad. Pronto, dos gigantes trajeados le bloqueaban el camino. Hikari apretó los dientes y convirtió las manos en puños.

El *kitsune* de su interior gruñó, dispuesto a actuar.

—Este es mi reino. Aquí se me obedece —escuchó a Ryo detrás de ella.

Al girarse, Ryo vio la sonrisa de medio lado que le otorgaba una expresión fría e inquietante, demasiado parecida a la del ser con el que habían viajado desde Europa.

—¿Tu reino? ¿O tu nido? No eres un emperador, Ryo-san. Solo un ave de mal agüero.

—¡Hikari-san! —la avisó él, apuntándole con el dedo—. Cuida tu lengua.

—¿O qué?

La ira invadió el cuerpo de Ryo ante aquel desafío. Había tratado de controlarse, pero todo tenía un límite.

—¿Crees que en este palacio no hay dónde encerrarte?

—¿Crees que puedes hacerlo? ¿Crees que todos tus hombres serán fieles a ti o que me obedecerán a mí si uso mi don?

—Lo diré de otra manera. O me obedeces o, con una llamada, tu Dallas morirá. ¿Crees que soy tan tonto como para haberlo dejado sin vigilancia? Uno de los míos, y te aseguro que es uno de los mejores, sigue sus pasos. Una orden mía y tendrán que recoger sus sesos desperdigados.

—¡No te atreverás!

—¿Aún no me conoces? —bramó él, aproximándose—. Puedo perdonar una vida, pero si alguien si interpone en mis deseos, morirá. Y ya debes saber cuál es mi último deseo. Ahora que sé que estoy condenado, tú eres lo único que quiero. Haré todo lo que esté en mi mano para que estés conmigo. Empezaré por perdonar tu traición. Pero quiero que me digas qué pretendías hacer con ella. Ya sé quién es, y me imagino que tú también.

—No pretendía nada —respondió ella con demasiada rapidez.

—¡No me mientas! Es por la parte oscura del *kitsune*, ¿verdad? ¿Pretendes dominarla? —Como ella no contestó, él siguió—: No se puede doblegar. Solo sucumbir a ella. ¿Es eso lo que pretendes? ¿Hacer salir al *kitsune* oscuro? ¿Por eso te has vuelto tan poderosa? ¿Tan implacable?

—¿No quieres ese poder? Imagínate qué sería del imperio Tanaka con él.

—No lo haces por eso. Dime la puta verdad. ¿Por qué estás hundiéndote en lo que sea que…? —Ryo estaba desesperado, atónito, ante la actitud de ella. Se pasó las manos por el pelo —.

¿No ves el precio que vas a pagar?

—Cualquier precio que haya, estoy dispuesta a pagarlo.

—Pero yo no. Así que no me dejas otra opción. —Hizo un gesto a sus hombres para que la sujetaran. En cuanto notó el contacto, ella se revolvió. Un segundo después, ambos gigantes estaban de rodillas inclinados en una reverencia.

—Nadie puede controlarme. Tus perros ya no sirven de nada.

Ryo, que había perdido la paciencia, avanzó hasta ella. Cuando la agarró por los antebrazos esperó sentir el influjo del don, pero no percibió nada extraño. Solo el calor y el aroma de Hikari, que trataba de forcejear con fuerza y, de repente, no se atrevía a mirarle. ¿Por qué no le doblegaba? ¿Por qué no lo detenía? En ese momento, su cabeza hilvanó una explicación sencilla.

Porque no podía.

La estrechó contra él, confuso y emocionado.

—¡Suéltame, Ryo, suéltame! —gritó ella. Estaba furiosa y se removía entre aquellos brazos buscando cualquier resquicio para escaparse.

Cuando él la soltó, ella cayó al suelo de rodillas. Alzó la cara despacio. Él la miró. Tenía el cabello cubriéndole gran parte del rostro, la respiración acelerada salía sonora por los labios entreabiertos y los ojos brillaban por la furia.

Ryo se colocó de cuclillas frente a ella, sin tocarla.

—Tu don no funciona conmigo, ¿verdad? Ya no.

Derrotada en su propio terreno, dejó escapar una risa amarga al tiempo que apartaba la mirada de él. Se retiró los mechones que ocultaban su rostro y bufó.

—¿Por qué? —preguntó él. La voz le salió rota, llena de dolor y de tristeza ante el descubrimiento de que ella había estado manipulándole también en eso.

—No lo sé.

—Bien, entonces. —Él se puso en pie—. ¿Vas a venir por tu propio pie a un lugar o tendré que llevarte a rastras?

Había una habitación en la última planta de la segunda torre que no se cerraba con paneles

shōji . La puerta, blindada, solo podía abrirse con una llave que poseía Ryo.

—Adelante —le pidió él haciéndole un gesto para que accediera al interior.

Hikari respiró hondo y entró. En cuanto lo hizo, notó el aroma de las flores de loto y el don gritó dentro de ella, haciendo que sus rodillas se combaran. Cayó sobre el tatami y la invadió una arcada que no pudo controlar.

—Hikari-chan. —Ryo se arrodilló junto a ella—. ¿Qué pasa?

Pero ella no pudo contestar. Con otra arcada, de su boca manó un líquido oscuro que pronto se deslizó por su barbilla y su cuello. Confusa por lo inquieto que estaba el don, que rugía y se sacudía, se llevó la mano a los labios y palpó su sangre caliente. Al mirar sus yemas, se sorprendió de que el líquido era de un rojo intenso con tonalidades negras.

—¿Qué hay aquí? —logró decir. Notaba la boca pastosa, llena del sabor a óxido.

Y entonces al alzar la cara, lo vio. Detrás de una vitrina de cristal había un kimono. Reconoció el estampado de la seda negra con flores de sakura rosas. Lo había visto cuando tocó el diario de Yukiko. Apreció también que, a la altura del pecho y del abdomen, había manchas secas que oscurecían el tejido. Sabía que se trataba de sangre, pero no sabía a quién le pertenecía. ¿A su tatarabuela?

Miró a Ryo, exigiendo una respuesta con la mirada.

—Es la ropa que Yukiko lucía cuando mataron a tu tatarabuelo.

Su danna Tenji.

—Quiero tocarla… Quiero tocar la seda —pidió ella entre susurros.

—No creo que sea lo mejor ahora mismo.

—Ryo, por favor. Es la última cosa que te pido.

—Está bien —asintió él, no muy convencido.

Tomándola con cuidado de los antebrazos, la ayudó a ponerse en pie. Hikari dio varios pasos apoyada en él hasta que se sintió con fuerzas suficientes como para mantenerse erguida.

Ryo sacó otra de las llaves y abrió la vitrina. Extendiendo un brazo tembloroso, Hikari se aproximó hasta que las yemas de sus dedos rozaron la prenda.

Y entonces el don contó una historia.

SANGRE EN LAS FLORES DE CEREZO

Desde que Yukiko se había convertido en la amante de Tenji, solo había sido suya. Esa había sido una de las condiciones que él había puesto. La deseaba y no quería compartirla con ningún otro. Ella había aceptado. Luego, después de la primera noche, se había enamorado de aquel hombre que era dulce y considerado.

En algún momento, los sentimientos entre ellos habían sido correspondidos, intensos, inequívocos. Cuando él recibió la noticia de que ella esperaba un bebé, le había prometido que encontrarían la forma de estar juntos.

Por eso, cuando llegó a sus oídos que ella había yacido con otro hombre, su enojo y su dolor le cegaron.

¿Cómo había podido ella faltar a su promesa justo ahora que estaba encinta?

Ahogó sus penas en licor y, tambaleante, se dirigió a la okiya a buscarla.

Una joven maiko avisó a Yukiko de la presencia de Tenji, así que ella se preparó en su dormitorio con esmero. Al maquillaje y al precioso kimono añadió un adorno para el pelo. El que le habían entregado y que había probado que era capaz de silenciar el don.

El corazón le latía con emoción porque deseaba tocarle por primera vez sin ver nada. Solo piel contra piel, caricias reales sin secretos robados.

Cuando él entró en la habitación, ella se dio cuenta de que lo hizo con torpes movimientos.

—Tenji-san, ¿qué sucede?

—¿Por qué me has traicionado?

Ella desconcertada, lo evaluó. Tenía los ojos vidriosos, con el contorno enrojecido por el llanto que hacía un recorrido descendente por los bellos y elegantes rasgos de su rostro.

Yukiko se llevó la mano al adorno que sujetaba sus cabellos porque necesitaba aferrarse a su don para entender qué sucedía. Pero antes de que pudiera quitárselo, él arrojó algo a sus pies.

Era una catana.

El metal hizo un gran estruendo al impactar contra la madera y el filo brilló con la luz de las velas.

—¿Querías esto? ¿Por qué? ¿Tanto como para acostarte con ese vulgar samurái? ¿Por qué Yukiko-san? ¿Por qué? —Se dejó caer de rodillas al suelo y se inclinó hacia delante, llorando.

Y en aquel momento, ella desprendió el adorno de sus cabellos. La melena negra cayó sobre su espalda y sus hombros y el don emergió, violento. Cuando ella rozó la punta de la espada, supo de qué se trataba.

El kitsune de su interior gritó antes de mostrarle el origen de aquello que tanto le aterraba.

Habían pasado muchos años desde que Miura-no-suke, un experto samurái al servicio del emperador hirió a la que había sido una asesina despiadada: la bella kitsune Tamamo-no-Mae, cuyo apetito por la destrucción y la muerte era insaciable. La flecha, bendecida por un monje, era capaz de absorber la oscuridad que anidaba en el corazón de los seres mágicos y así acabar con ellos. Aunque pensaron que habían sido capaces de matar a la criatura, esta les había engañado con una ilusión de su mente.

Tamamo-no-Mae había escapado una vez más y no hacía ni una semana que Yukiko se la había encontrado y había hecho un trato que había acabado con el hombre que amaba llorando frente a ella.

Yukiko, con lágrimas en los ojos, se inclinó hacia delante y suplicó su perdón.

Sin embargo, él no fue capaz de aceptar sus palabras. Herido, agarró la espada y se marchó de allí, ignorando la forma en la que ella gritaba su nombre.

Fuera, las libélulas sobrevolaban el río Kamo-gawa esquivando los pétalos de sakura que caían sobre la superficie.

Tenji se dirigió al mismo lugar donde Yukiko le había confesado que iba a ser madre. Cerró los ojos y dejó que las lágrimas siguieran cayendo.

No podía vivir con aquella traición. No podía soportarlo. La amaba tanto que, en aquel momento, creía odiarla. Había estado dispuesto a abandonarlo todo por ella y ya tenía preparada una huida a otro lugar, donde nadie sabría nada de su pasado. Se llevó la mano al bolsillo interior y extrajo un pequeño saco de seda. En su interior había bastante oro como para empezar de nuevo, ricos y libres.

Ahora, todos sus sueños habían desaparecido.

Escuchó un ruido a su espalda y, al girarse, no vio nada. Sin embargo, una voz de mujer se coló en su cabeza abriéndose paso entre la tristeza que le invadía.

Sus ojos volaron a la hoja. No se había dado cuenta de que había unos caracteres grabados en el metal. Los leyó: devoradora de almas.

La voz siguió hablándole, cada vez más tentadora.

«Puedo acabar con tu dolor. Puedo acabar con tu miseria. Puedes ser libre para surcar la superficie de los ríos y alcanzar la cima de las montañas».

Embrujado por las promesas que hablaban de paz, alzó la espada y la giró hacia él. Cuando notó la punta en su estómago, llevó la mano izquierda al filo y lo agarró a pesar del dolor.

Cerró los ojos, respiró y hundió la punta en su cuerpo.

Yukiko lo vio caer de rodillas justo cuando ella llegaba. Un shinigami lo envolvió entre azufre y humo y ella gritó.

Cuando llegó a su altura, se dejó caer a su lado y colocó con cuidado su cara en su regazo.

—No te lo lleves —le suplicó al dios de la muerte. Luego tomó el rostro de Tenji entre sus manos y le obligó a mirarla—. ¿Por qué has hecho esto?

—No lo sé —confesó él—. Solo quería que el dolor cesara…

—Tenji, lo siento. No debí habértelo ocultado. No pasé la noche con nadie. Otra persona lo hizo por mí.

—Pero me dijeron que eras tú, que te vieron.

—Lo sé. Era una cambiaformas, una kitsune con la que hice un trato a cambio de algo para silenciar mi don.

—¿Tu don?

—Soy una ladrona de secretos —confesó ella, entre lágrimas—. Al rozar a alguien simplemente los veo. Todo lo que alguien oculta. Así es como levanté mi okiya, comerciando con ellos. Cuando supe que estaba embarazada, me aterró la idea de que no fueras capaz de quererme si descubrías mi magia.

—Tonta… —musitó él—. Siempre he sabido que eras distinta. No entendía por qué, pero no me importaba. Solo te he amado a ti, Yukiko-san.

Ella echó la cabeza hacia delante y lloró. Las lágrimas bañaron el rostro de Tenji, que las recibió como si fuera llanto del cielo.

—No me dejes, por favor. No puedo vivir sin ti.

—Me temo que es tarde —dijo él mientras la boca se le llenaba de sangre—. En mi bolsillo hay oro que había preparado para empezar de cero en Takayama. Tendremos que encontrarnos en otra vida, amada mía.

—No, no… —Besó su frente, sus mejillas, su boca. Pero al alzar la cara, se encontró con que el shinigami ya no estaba. El alma de Tenji tampoco.

Abrazó su cuerpo ya inerte y lloró su pérdida. Se sentía desconsolada, rota.

Tardó un buen rato en descubrir que no estaba sola. Apoyada con aire indolente en un gran tronco de cerezo, Tamamo-no-Mae contemplaba la escena sin disimular su diversión.

Y entonces, las correas que sujetaban al kitsune oscuro que habitaba en el interior de Yukiko se soltaron de golpe. Todas menos una.

Tamamo sintió aquella oscuridad y se le hizo la boca agua. Se acercó despacio y se detuvo de golpe.

—Fuiste tú, ¿verdad? ¡Tú le hiciste llegar ese rumor! —la acusó Yukiko—. ¿Por qué?

—Porque él era tu debilidad y los seres como nosotras no podemos permitírnosla si queremos alcanzar todo nuestro potencial. ¿Sientes ahora lo poderosa que eres? ¿La oscuridad que te llena?

Yukiko apretó los dientes. La notaba, como manos que trataban de arrastrarla hacia dentro, hacia algún lugar de no retorno.

Cerró los ojos y pensó que quería rendirse, dejar que aquellos brazos fuertes que tiraban de ella, la envolvían y apretaban su cuello, vencieran. Pero entonces recordó la pequeña vida que crecía en su interior. Así que, llena de una fuerza y voluntad desconocidas, abrió los ojos y encaró a aquel ser que parecía estar hambriento.

—Lo has hecho para que me vuelva oscura. ¿Por qué? ¡Dime la verdad!

—La culpa la tiene la punta de esa espada. Desde que me hirieron con ella, mi cuerpo se marchita. Mi poder se escapa. He probado muchos recipientes, pero no son lo bastante poderosos para contenerme. Así que necesito a alguien de mi propia sangre y la oscuridad suficiente que me preste su cuerpo para vivir unos milenios más.

—Me lo has arrebatado todo. ¿De verdad crees que te daré mi cuerpo?

—Por eso mismo te he arrebatado todo como dices. Dime, ¿no quieres ser libre para reunirte con él? —Hizo un gesto despectivo hacia el cuerpo de Tenji, desmadejado entre los brazos de Yukiko—. ¿No quieres dejar de sentir dolor? Yo puedo ofrecértelo.

Tal vez un mes antes Yukiko habría aceptado. Pero ahora tenía una buena razón para negarse, un tesoro por el que luchar y vivir.

—No —dijo entre dientes.

—¿Cómo has dicho?

Yukiko tomó aire, agarró el mango de la catana y tiró de él. Sintió que la sangre empapaba su kimono de seda favorito, el que él le había regalado, lleno de pétalos de sakura.

Alzó la espada y la dirigió hacia Tamamo-no-Mae, cuya reacción fue retroceder con un gruñido que reveló su naturaleza animal.

—Le tienes miedo, ¿verdad? —Se puso en pie con cuidado. Le temblaron las piernas, pero procuró no bajar el filo de la catana—. Si la quieres, ven a por ella.

Tamamo retrocedió aún más. Yukiko agarró el mango con las dos manos y arremetió contra ella. Era rápida pero la furia y la destreza acompañaron la suerte de Yukiko, que consiguió herirla en un costado. Soltó un grito salvaje y luego se transformó en zorro. Fue así como huyó.

A pesar de que la había perdido de vista, Yukiko aguardó largos minutos con la espada en alto, pendiente de cada ruido a su alrededor, preparada para su regreso. No lo hizo. Así que, aturdida, volvió junto a Tenji. Se dejó caer a su lado y se inclinó sobre su pecho. Lloró.

Antes de que amaneciera, extrajo el saquito con el dinero y una carta del interior de su ropa. Había un lugar escrito. Las montañas. Takayama.

Le besó una vez más y huyó. En el primer pueblo que pisó compró ropas nuevas, pero no tiró el kimono que él le había regalado. Tampoco lo lavó. Lo guardó durante años con la sangre de Tenji, como recordatorio de su error más grande y de lo fácil que era ceder a esa parte oscura que en su interior pugnaba por salir.

Ocho meses después, tuvo un bebé varón al que llamó Tenji. Años después, comprobó que no tenía el don. Aun así, ella conservaba aquel adorno que había causado su desgracia, porque sabía que, tarde o temprano, el don volvería.

ŌMAGATOKI



Cuando Hikari abrió los ojos, le costó averiguar dónde se encontraba. No reconocía la habitación. Estaba tumbada en un colchón cómodo sobre una superficie de madera que a su vez estaba sobre el tatami. A su izquierda, por la ventana, las primeras luces rojas del atardecer se colaban entre las copas de los árboles del bosque.

Se incorporó sobre un codo, evaluando el lugar. Había paneles shōji, decoración japonesa y varias espadas colgadas de las paredes. Frente a ella, un grabado ukiyo-e de La gran ola de Kanagawa, de Katsushika Hokusai. Se suponía que el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York tenía la obra original, pero no era cierto. La auténtica estaba en aquel lugar: el dormitorio del Cuervo Rojo.

En ese momento, Ryo entró en la estancia. Hikari, a pesar de que se sentía agotada, se tensó. Lo observó acercarse despacio y ella miró en derredor buscando algo para golpearle si era necesario. Se encontró con un bol con agua oscura y paños manchados de sangre negruzca. Se imaginó que alguien había limpiado su rostro. Recordaba la visión y haber perdido la conciencia, pero también recordaba más vómitos y la voz de Ryo y de Mika diciendo su nombre.

—¿Estás mejor?

—¿Qué más había en ese sitio?

Sabía que la forma en la que el don había reaccionado no era por el kimono. A pesar de las emociones y los recuerdos impregnados en él, no era el causante del terror que el animal salvaje de su interior había experimentado.

—La devoradora de almas. La catana.

—¿Cómo la conseguiste?

Ryo se sentó en el borde de la cama, sin mirarla.

—¿Recuerdas cuando vinimos aquí por primera vez? Éramos unos adolescentes. Vinimos con la Obāsan. Mientras ella hacía unas gestiones en el pueblo, tú y yo nos dimos un paseo y acabamos frente a este palacio. Me prometí que, si algún día era lo bastante poderoso, lo compraría para ti.

—Lo recuerdo —admitió ella.

—Pero ¿te acuerdas de algo más de aquel día?

Hikari hizo un esfuerzo por rememorar, pero sentía la cabeza pesada y confusa.

—Tu Obāsan vino aquí, a una pequeña casa, a comprar el diario, el colgante y el kimono de Yukiko. Alguien la había avisado de que habían aparecido y pretendían vendérselos a Hayato Tanaka. Pero tu abuela quería que los tuvieras tú. Intentó adelantarse y lo consiguió. Sé que escondió la prenda, pero tu padre… Alguien le advirtió y se plantó aquí con rapidez. Le arrebató el diario y el colgante a tu abuela. Y la castigó por sus actos.

—¿Qué hacíamos nosotros? ¿Dónde estábamos?

—Cuando vino Hayato, me pidió que te distrajera, que te llevara lejos. Fue cuando nos perdimos en el bosque.

—¿Por qué no me lo dijo el don?

—Probablemente porque nunca lo consideré un secreto. Simplemente fue una orden más que cumplí. Cuando Hayato enfermó y tuve acceso a la caja fuerte, encontré el diario y el colgante y me di cuenta de lo preciados que eran. De lo que significaban. Información sobre el don. Por eso, cuando tu abuela murió, moví cielo y tierra para averiguar dónde había escondido el kimono y la parte del diario que faltaba.

—¿Faltaba una parte?

Ryo asintió y sacó un par de hojas plegadas sobre sí mismas.

—Yukiko averiguó que el don abandona el cuerpo de dos maneras: cuando se envejece o cuando se pierde la oscuridad.

—¿La oscuridad?

—¿Por qué crees que puedes leer los secretos? El don conecta con la parte oscura de los seres humanos, con todo lo que nos empeñamos en ocultar, todo lo que nos envenena, todo lo que es maligno. Por eso no puedes leer a los niños, porque son puros e ingenuos. Por eso, cuanto más te sumerges en la oscuridad, más poderosa te vuelves. Hasta que te diluyes si no tienes un ancla en el mundo a la que aferrarte.

—Como Yukiko, que tenía a su bebé.

—Así es. No sé cómo no me he dado cuenta antes de lo que pretendías. Reconozco que estaba ciego, tan ilusionado por tu regreso que no veía tus intenciones.

—¿Qué querías que hiciera? —La voz de ella tembló—. He perdido demasiado.

—Y ahora sabes que esa cosa también te ha utilizado. Si eres oscura, eres mejor huésped. ¿Es eso lo que habría querido Hiroshi?

—No le menciones.

—¿Por qué no? ¿Es que acaso no haces esto por él?

Hikari sintió la furia corriendo por su cuerpo y, tras ella, la oscuridad llenándola y la sangre

rugiendo, inundando todo su ser de rencor.

De cólera.

—¡Ryo-san! —lo advirtió ella.

Tenía los puños apretados como rocas, llenos de ira que bullía y la incitaba a abrir las manos (o las garras). Hikari supo que podía matarlo allí mismo. Se lo merecía más que nadie en este mundo. Después de todo, era el Cuervo Rojo, que tanto había matado, que tanta sangre —a veces inocente— había derramado.

Se dio cuenta de que respiraba de manera entrecortada y jadeante.

—Tan poco valgo para ti que ni siquiera has sopesado la idea de una vida conmigo. ¿Se supone que debo perdonar a los que te has asegurado de proteger?

De repente, la ira se enfrió y ascendió el pánico. El atardecer se derramaba rojo y púrpura. ¿Cuánto rato había estado durmiendo?

¿Y si Ryo había aprovechado para dar la orden de matar a Dally?

—¿Qué has hecho?

—No…

En ese momento, escucharon gritos. Ryo fue el primero que se levantó y, en un par de zancadas ágiles, se plantó junto a la ventana. Hikari le siguió y, al asomarse, descubrió que estaban en la torre central del palacio, la que quedaba protegida por las otras dos. Desde allí se veía el jardín interior, donde varios empleados gritaban y señalaban al interior de la casa con horror.

—Algo pasa—dijo Ryo—. Quédate aquí por si es la Interpol.

En ese momento, Hikari desplazó los ojos hacia el cielo. Y tuvo una sensación de déjà vu tan fuerte que la dejó sin aliento. Sus pesadillas, las que llevaba meses sufriendo, comenzaban con el firmamento rojo del atardecer.

—Ōmagatoki —dijo con voz entrecortada—. La hora de reunión de los yōkai.

—¿Qué quieres decir?

Pero Hikari no respondió. Abandonó la habitación a la carrera desoyendo a Ryo, que la seguía e intentaba alcanzarla. A pesar de que estaba cansada, siguió las indicaciones del don que le mostraba el camino por los intrincados pasillos y las escaleras. A medida que descendían, notaba en el aire la magia, el miedo, el hambre de las criaturas y algo oscuro que llenaba el ambiente.

Ya en el exterior, alzaron la cara. Una bandada de yosuzume sobrevolaba el jardín interior, lanzándose en picado sobre la gente que huía de un lado a otro, despavorida. El cielo rojo estaba lleno de pájaros negros que se arremolinaban y gritaban: chi, chi, chi.

Mika, la jefa del servicio, cayó en el estanque y, entonces, Hikari vio cómo un par de *kappa*, esas criaturas humanoides con cuerpo de rana y caparazón de tortuga, la agarraban y la sumergían.

—¡Mika! —gritó Ryo corriendo hacia ella. Se encogió sobre sí mismo para pasar entre los *yosuzume* y llegar a la orilla del estanque.

Hikari sabía que ya era tarde. Los kappa se habían llevado a Mika a la zona más profunda de la laguna y seguramente ya estarían devorándola.

Ryo se dejó caer de rodillas y se asomó a la superficie.

—¡Ryo-chan! ¡Apártate de ahí!

En ese instante, sus ojos vislumbraron dos sombras oscuras con formas de perro que se acercaban por detrás a él. Nunca había visto ninguno, pero Hikari sabía de qué se trataban: *okuri inu*, perros espectrales que devoraban humanos.

—¡Ryo-chan! —gritó con más fuerza.

Al percibir la alarma en su voz, él alzó la cara y la miró, con el terror en los ojos. Uno de los jefes de seguridad pasó corriendo por allí en su huida. Los perros espectrales le olfatearon y comenzaron a perseguirle.

Aturdido, el Cuervo Rojo se puso en pie y tambaleándose, volvió hasta Hikari.

—Tenemos que salir de aquí —dijo ella.

Ryo asintió y la tomó de la mano, adentrándose en la casa. En el interior, les recibió el olor de la muerte y la sangre. Todo aparecía salpicado por ella. Esquivaron varios cadáveres destripados sobre los que se inclinaban yōkai que se daban un festín.

Se sintieron a salvo cuando vieron los coches en el aparcamiento. En una carrera, llegaron al primero de ellos. Ryo rompió la ventanilla con el puño y abrió.

—¡Entra! —le ordenó.

Ella obedeció y saltó al asiento del copiloto. Sus ojos volaron al límite con el bosque cuando el don la avisó de que algo se acercaba.

Algo abominable, fiero, procedente del infierno.

Las copas de los árboles se sacudían y de ellas escapaban pájaros y criaturas terrestres que se mezclaban con los yōkai.

Ryo entró y se agachó para hacer un puente. Pronto, conectó los cables y el coche arrancó.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Hikari, que se había quedado helada con la mirada fija en algún punto frente a ellos.

—Algo… más… viene.

—No vamos a quedarnos a verlo. —Ryo metió primera y pisó el acelerador. No había avanzado demasiados metros cuando el coche se detuvo en seco— .¿Qué cojon…?

Antes de que pudieran comprender qué sucedía, daban vueltas de campana.

Cuando Ryo abrió los ojos, buscó a Hikari. Estaba boca abajo. Sus sentidos se abrumaron por el intenso olor a sangre. Alargó un brazo tembloroso hacia ella, que parecía inconsciente. Había cristales por todas partes y, con un primer vistazo, se dio cuenta de que tenía cortes en los brazos, en las manos. Notaba sangre deslizarse por su cuello y por su cara.

—Hikari-chan —la llamó. Ella no respondió. Sintió terror ante la idea de que estuviera muerta.

Aferró su hombro con la mano y le dio una leve sacudida. Ella abrió los ojos, desconcertada. Lo miró y Ryo se dio cuenta de que sus ojos refulgían en la oscuridad.

—Suéltate el cinturón, vamos a salir.

Reptando sobre sus estómagos, atravesaron las ventanillas rotas. Los cristales desgarraban sus ropas y se clavaban en su carne, pero los ignoraron. Solo pensaban en salir de allí.

Él reunió las últimas fuerzas que tenía y se puso en pie, tambaleante. Sin embargo, cuando alzó la cara, se quedó congelado en el sitio, invadido por el terror más absoluto.

A una decena de metros, un enorme demonio Oni le miraba.

La piel roja brillaba bajo la luz de la luna.

—Ryo-san —dijo la criatura, con una voz áspera, tonal, que él había oído miles de veces y que conocía demasiado bien.

Porque era la de Hayato Tanaka.

Cuando Hikari fue capaz de ponerse en pie, el don gruñó un nombre. El de sus mayores pesadillas.

Alzó los ojos y lo vio. Sabía que aquel demonio Oni era su padre, sabía que su alma oscura había dado forma a aquella criatura salvaje y sedienta de venganza. Supuso que Tamamo había

tenido algo que ver.

Buscó a Ryo. Tenía los ojos clavados en aquel ser monstruoso, cuyas mandíbulas abiertas mostraban colmillos afilados por los que chorreaba saliva. El cabello, largo y oscuro, le caía sobre los hombros. El cuerpo era descomunal, lleno de músculos que demostraban una terrible fuerza bruta. Comprendió en aquel momento que ese ser había hecho que el coche volcara.

—¡No lo mires más!

Al oír su petición, él ladeó la cara hacia ella y, en lo que duró un parpadeo, Tamamo emergió de la oscuridad y se colocó detrás de Ryo.

La heredera quiso gritar, pero nada salió de su garganta. Se fijó en el rostro congelado de Ryo, en la sangre que, repentinamente, escapaba de su boca.

Tamamo se rio.

Ryo bajó los ojos y vio cómo la sangre salía a borbotones de una herida en su costado. La cubrió con una mano temblorosa notando cómo el líquido se derramaba contra su piel.

—¡Aléjate de él! —escuchó gritar a Hikari. Antes de que pudiera girarse, notó el filo de un cuchillo en su garganta. Ladeó el rostro para identificar a su atacante. Era la cambiaformas.

—¿No eras tú la que había pensado matarle? —dijo Tamamo, divertida.

Ryo cerró los ojos.

—No le hagas caso —pidió Hikari.

—¿Es que no es cierto? —Tamamo apretó el filo contra la piel, hundiéndolo un poco.

—Me has tendido una trampa. Ya sé qué querías. Que sucumbiera a la oscuridad para que mi cuerpo fuera un huésped. Pero eso no sucederá.

—¿Estás segura?

Ryo abrió los ojos. Las lágrimas se deslizaban por ellos. Estaba destrozado, sangrando, pálido por el dolor y la conmoción.

—Deja que se vaya. Si me quieres, me quedaré contigo.

—No, Hikari, no —suplicó él—. Huye.

Ella hizo un sutil gesto de negación. No tenía dónde huir y, en el caso de que lo hiciera, aquel ser la perseguiría y llevaría su caos con ella. Todo tenía que terminar allí, en aquel lugar. Fuera como fuera. Después de todo, sus últimas decisiones la habían arrojado a aquel punto exacto de tragedia y muerte.

La culpabilidad atenazó su garganta por todos los empleados inocentes que aquella noche habían encontrado un destino tan terrible, pero también por los hombres de la Interpol a los que ella había culpado de la muerte de su hermano y a los que había presenciado exhalar su último aliento.

Pero sin duda, su corazón terminó de encogerse por el destino de Ryo, al que ahora envolvía un shinigami, uno especialmente feroz, que le conduciría directamente al Jigoku, el infierno donde pagaría por todo el dolor causado en vida.

—Lo siento, Ryo-chan —susurró ella—. Siento todo lo que he hecho.

—No pasa nada. Todo está bien —dijo él con un hilo de voz. A pesar de las lágrimas que inundaban sus ojos, no podía dejar de mirar a Hikari. Veía danzar las nueve colas detrás de ella, otorgándole un aura de sobrecogedora belleza.

Comprendió que ya no temía. Prefería que todo acabara allí y casi imaginó que Hikari sujetaría su cuerpo muerto y se despediría de él.

Y eso ya era más de lo que merecía.

—Deja que se vaya y yo me quedo —volvió a pedir ella con su atención puesta solo en Tamamo.

—Podría, ¿no? Después de todo, ya está condenado… —Se inclinó y le susurró algo al oído, que Hikari no escuchó.

—¿Qué le has dicho?

—Que corra… —dijo Tamamo, apartándose—. Si es capaz de hacerlo.

En ese momento, el suelo tembló. Hikari ladeó el rostro. El demonio Oni había comenzado a avanzar hacia ellos con sus ojos negros fijos en su objetivo, que no era otro que aquel que lo había traicionado en vida.

—¡Ryo, vete!

Él lo hizo. A trompicones, con piernas torpes que no sabía cómo seguían coordinándose. En su mente bailaba una última idea. Cuando estuvo a una distancia que consideró prudencial, ladeó la cara justo para ver que Hikari se había colocado delante del demonio Oni, frenando su avance con su propio cuerpo, y escuchar un grito que sonó lleno de poder, de rabia y de magia.

Con una promesa en los labios, Ryo Tanaka huyó.

INESPERADO



Eran las nueve de la mañana en el departamento de Delitos contra el Patrimonio Cultural de Lyon. Después del caos de los últimos dos días, el mundo seguía girando. Los integrantes del Equipo Corbeau, convocados para una sesión de urgencia, evaluaban los daños y las consecuencias de lo acontecido en el aeropuerto. En la pizarra, nuevos datos, más muertes. Incluida la de Eve Green.

Baris contemplaba las fotos con desconsuelo. Meses y meses de trabajo y de nuevo estaban en un punto muerto. Peor aún: habían perdido a gran parte de su equipo y les iban a realizar una investigación interna para averiguar qué había sucedido en la muerte del joven Marc, qué había fallado. Las altas esferas suponían que había algún topo que había dado el chivatazo. Ya ni siquiera él sabía con certeza si su equipo era de fiar.

En ese momento, la puerta se abrió. Dallas Hamilton parecía cansado cuando entró. Detrás de él, Turner y Keith Smith.

Los tres tomaron asiento. Baris los evaluó.

—¿Qué sabemos de Mackenzie?

Antes de que pudieran contestar, la puerta se abrió de nuevo. El irlandés, con aspecto

agotado, no iba solo. Atenea Hamilton entró con él, ayudándole a caminar. Por su propia insistencia y terquedad, había decidido dejar el hospital ignorando las recomendaciones médicas y allí estaba, dispuesto a incorporarse de nuevo.

Sin embargo, una hora después, tras repasar lo que tenían y, sobre todo, lo que no, decidieron abandonar la sala, más frustrados que antes.

—Necesito café —dijo Atenea—. ¿Te apuntas, Dally?

—Quiero hablar un segundo con Mackenzie.

Killian lo miró, confuso. Pensó que iba a tener la típica charla fraternal sobre su hermana y se mentalizó para ello. No sabía muy bien si lo suyo con Atenea tenía futuro, pero en aquellos días tan inciertos habían decidido darse una oportunidad. Además, ella había estado con él en el hospital día y noche. Quería mantener los sentimientos bajo control, pero cada vez que ella lo miraba, flaqueaba.

Ni siquiera sabía qué podía decirle a Dallas sobre ella. Iba a ser sincero, aunque se ganara que el inglés le partiera la cara. ¿Podía jurarle amor eterno, matrimonio e hijos? No era de esos. Pero sí que podía prometerle que mientras estuviera con él, la protegería.

Mientras los demás entraban en la cafetería más próxima, Dallas se alejó a un callejón contiguo. Killian pensó que buscaba intimidad para darle un puñetazo. También tenía claro que, a pesar de la herida, él no se quedaría quieto. Pensaba defenderse.

Se acercó con cautela y observó al inglés, que miraba en derredor con nerviosismo.

—¿Tienes algo que decirme antes de intentar partirme la cara?—dijo Killian, con su tono guasón.

Dallas tomó aire, se giró hacia él y preguntó con seriedad:

—Killian, ¿qué sabes del palacio de Takayama?

A pesar de la herida, del dolor tirante de los puntos que unían la piel, al oír aquella pregunta, Killian se tensó. El dolor fue intenso, un latigazo cruel, pero no le importó.

—¿El palacio de Takayama?

Joder. ¿Cómo no lo había pensado? Sabía que había sido una de las primeras adquisiciones de Ryo Tanaka cuando se convirtió en el Cuervo Rojo. Killian había abandonado Tokio, pero aún tenía hombres dentro que le informaban de los movimientos del que había sido su pupilo. Más tarde, su informante había muerto y había perdido el rastro de lo que Ryo hacía o dejaba de hacer. Después de conocer a Lena, se preguntó si había sido ella la que, con su don, había revelado que había un traidor entre sus filas. Probablemente había sido así. O quizá Ryo, que había demostrado ser más inteligente y capaz que el propio Hayato, había descubierto a su confidente y lo había silenciado para siempre.

—¿Cómo has llegado a esa información? —preguntó con ansiedad.

Al reconocer los nervios en la voz de Killian, algo extraño en alguien que sabía ante todo ser frío y mantener la calma, Dallas lo miró, con el corazón bombeando descontrolado.

—¿Conoces el lugar?

—Joder, yo he preguntado primero. ¿Cómo has llegado a esa información? —Dally bajó la cabeza y apretó los dientes—. Fue esa cosa. La criatura, ¿verdad? ¿Qué te dijo?

Dallas alzó la cara y deslizó los ojos hasta el irlandés. Se llevaba la mano a la herida del pecho y estaba sudando, con el pelo hacia delante, cubriéndole la frente, pero, aun así, los ojos refulgían con impaciencia.

Pero antes de que pudiera hablar, un tipo corpulento, trajeado, probablemente japonés, se les acercó.

—¿Dallas Hamilton?

—Sí, soy yo.

El hombre les tendió un móvil.

—Tiene una llamada importante. Le aconsejo que responda.

Dallas le hizo un gesto interrogante a Killian, que asintió con la cabeza. Al agarrar el móvil vio que en la pantalla el contacto de la llamada era jefe escrito en japonés. Puso el manos libres y dijo:

—¿Quién es?

—Soy… —La voz masculina al otro lado sonó cansada— Ryo Tanaka.

El periplo de Ryo Tanaka por sobrevivir continuaba, pese a que había perdido demasiada sangre y fuerzas, y las heridas que no estaban cerradas se estaban infectando. La puñalada de su costado era la única que había conseguido coser, con torpeza, pero al menos la piel estaba suturada y la hemorragia había cesado. Después de abandonar el palacio, su antiguo reino donde se había creído intocable se había adentrado en Takayama, en el pequeño pueblo que quedaba a unos kilómetros. Allí, desesperado, había entrado a la fuerza en una casa que había esperado que estuviera vacía. Por suerte, lo estaba. Si llamaban a la policía y se lo llevaban, no creerían lo que él tenía que contar y con toda seguridad Hikari estaría perdida.

Se había arrastrado por la casa hasta el baño, donde había encontrado vendas y desinfectante. Como era escaso, había acabado en la despensa, abriendo una botella de licor que había vertido sobre sus heridas. El dolor y el escozor hicieron que sus rodillas se combaran. Vomitó sangre y el esfuerzo abrió aún más la herida de su costado. Estuvo a punto de perder la conciencia, pero con un último esfuerzo se puso en pie y revolvió la casa buscando algo con lo que coserse. Cuando encontró hilo y una aguja, volvió a verter licor sobre su costado, sobre sus manos y se cosió a sí mismo.

Luego se dejó caer en el suelo. Lloró. Sabía que se estaba muriendo, sabía que el tiempo se le acababa. Solo había una cosa que podía hacer. Solo una persona con la que contactar.

Sacó su móvil y buscó entre los contactos. La pantalla se llenó de sangre.

—Jefe, dígame. —La voz del otro lado respondió en japonés. Era uno de sus hombres de confianza, al que había encargado que siguiera a Dallas Hamilton.

—Dime que no lo has perdido.

—No, jefe. Acaba de salir de la sede de la Interpol con el irlandés. Están hablando en un callejón. Los tengo a tiro.

—Pásale… Pásale el teléfono.

Porque era el único que podía salvar a Hikari. Porque, al final, lo único que a él le importaba era ella.

—¿Ryo Tanaka? —La voz del policía inglés estaba bañada por la sorpresa—. ¿Cómo sé que eres tú?

—Sé que estás con Mackenzie. Él me conoce.

Dallas miró al irlandés, que, sorprendido, hizo otro leve asentimiento para confirmar la identidad.

—De acuerdo. ¿Qué quieres?

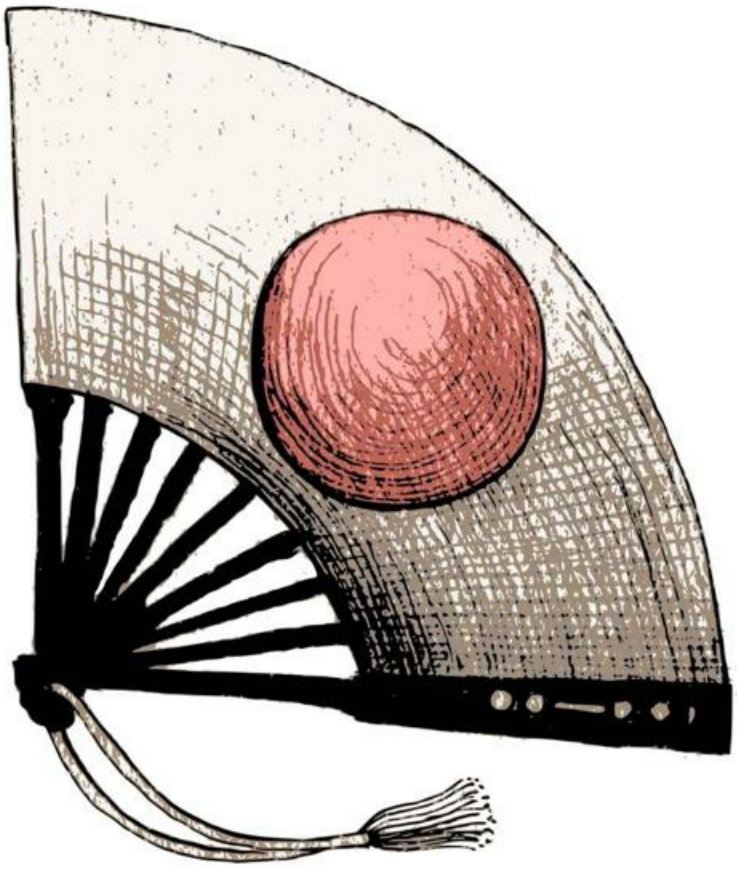
—Hikari está en peligro.

—¿Cómo sabemos que dices la verdad?

—Lo que encontrasteis en Ginebra la tiene presa. Yo he podido huir, aunque estoy muerto. Ni siquiera sé si llegaréis aquí a tiempo para salvarla a ella. Pero tengo que intentarlo. Os envío

mi ubicación. No os demoréis mucho. Venid con Misoo, mi hombre de confianza. Tengo algo que tenéis que entregarle a Hikari. — Estaba tan agotado que apenas podía encadenar palabras —. Corred si queréis salvarla.

RYO TANAKA



Después de la llamada, Killian y Dallas habían regresado a la Interpol, donde habían compartido la información con Baris. No tardaron demasiado en preparar un vuelo para Japón y en conseguir los permisos internacionales para colaborar con las autoridades del país.

Dieciocho horas después, atravesaban la puerta de aquella pequeña casa que había junto a un invernadero gracias a la ubicación que Ryo les había facilitado. Fue fácil encontrarlo, a pesar del desorden reinante. Solo había que seguir el rastro de la sangre.

Ryo estaba increíblemente pálido, esa era una de las primeras cosas que Dally descubrió, pero también que estaba cubierto de sudor y sangre en diversos estados, desde seca a húmeda. Le llamó. Sus ojos se abrieron —qué fríos eran, qué color tan extraño, parecían cristales a punto de romperse—. Los de Dally se agrandaron al descubrir que tiritaba.

—Jefe. —Misoo hizo una reverencia.

Ryo desplazó los ojos hacia él e hizo un leve gesto con la cabeza.

Luego miró a Mackenzie.

—La caballería —bromeó y acto seguido tosió. Descubrieron que la sangre cubría sus dientes

cuando sonrió—. Cuánto habéis tardado, hijos de puta.

Dally se acuclilló frente a él.

—Dinos cómo entrar a por Lena.

—Misoo os puede llevar por un acceso que da al bosque. Pero no sé si lo habrán tomado los monstruos.

—¿Monstruos?

—Ella... Esa cosa... los gobierna. Los envió al palacio. Trajo a mi padre, convertido en un Oni.

—¿Está delirando? —Dally miró a Killian, quien se limitó a negar con la cabeza. Después de lo que había visto con Lena y del episodio en Ginebra, el irlandés ya creía en cualquier imposible.

—Si entráis y llegáis hasta ella, dadle esto. —Ryo le tendió un manojo de llaves y unos papeles arrugados cubiertos de sangre—. Con el don lo verá todo.

Dally asintió y tomó lo que él sujetaba. Alzó la cara hacia él, hacia el Cuervo Rojo con el que llevaba años obsesionado, y descubrió que no era más que un muchacho. En el restaurante de Londres lo había observado y le había parecido fuerte, poderoso. Ahora, sin embargo, con la piel blanca y cubierta de sudor, oliendo a sangre y a infección, podía imaginar que no era mucho mayor que Lena.

Él le mantuvo la mirada y entonces las distinguió: las lágrimas que empezaban a manar de sus ojos.

De repente, Baris entró en la habitación con paso firme. Se había quedado hablando con un equipo policial japonés que el mismísimo gobierno había enviado a petición de la Interpol, mientras que Dally y Killian habían tomado la iniciativa para no perder minutos que pudieran suponer la diferencia entre la vida y la muerte de Lena.

—Ryo Tanaka, estás detenido.

Por toda respuesta, el Cuervo Rojo se rio. Miró por la ventana que quedaba a su derecha. Fuera, las luces de los coches de la policía iluminaban el cielo nocturno.

Su mente viajó a su infancia, a aquellos días tras llegar de Rusia, cuando era un niño desorientado y escuálido que había esquivado a la muerte demasiadas veces a pesar de su corta edad.

Siempre recordaría la primera vez que vio a Hikari. Con su cara ovalada y su cabello negro. Porque ella lo miró como si fuera un ser humano por primera vez. No un triste huérfano ruso que no valía nada. Incluso cuando se convirtió en el Cuervo Rojo, todavía había amor y bondad en sus ojos cuando ella lo miraba.

Había susurrado unas palabras junto a las llaves que le había entregado al policía para que a ella le llegara el mensaje.

El último. El único que importaba.

—Adiós, Hikari-chan —susurró. Cerró los ojos mientras alcanzaba el cuchillo que había cogido de la cocina de aquel lugar.

Antes de que pudieran impedirlo, deslizó el filo por su garganta con la precisión que siempre le había caracterizado.

NOCHE DE SANGRE



Cuando Hikari abrió los ojos, le dolía todo el cuerpo. Se imaginó que tenía fracturadas algunas costillas, pero estaba viva.

Había sobrevivido al enfrentamiento con el demonio Oni. Cuando había interpuesto su cuerpo frente a él, había usado todo su poder para darle la orden de que se detuviese.

Y lo había conseguido hasta que Tamamo la había agarrado del cuello. Había apretado su piel hasta que le faltó el aire. Luego, cuando creía que iba a matarla, la había soltado. Sus rodillas se habían combado y había caído el suelo. Lo siguiente que recordaba era que el demonio Oni la golpeaba. Su cuerpo se había desplazado varios metros y la caída había sido tan dolorosa que había perdido la consciencia.

Por desgracia, la necesitaban viva.

Se incorporó a pesar del dolor y evaluó el lugar donde se encontraba. Estaba en uno de los dormitorios del palacio y no estaba sola.

El don le advirtió de la presencia de Tamamo, así que ladeó la cabeza, que le dolía con intensidad, y se la encontró en su forma humana, mirándola.

A su lado había un espejo en el que Hikari descubrió su terrible aspecto. Estaba bañada en su propia sangre, con heridas aún abiertas. Su cara estaba hinchada y amoratada, su pelo apelmazado, sucio y pegado a la cabeza. También veía la forma vulpina, ese reflejo oscuro que no se había atrevido a buscar cuando había decidido alimentarlo a base de venganza, ahora era más evidente.

Tanto, que apartó la mirada con rapidez porque no era capaz de soportarlo.

Había sido una tonta. Cegada por el dolor de la muerte de Hiroshi había caído en un engaño, había elegido un camino fácil, cuando ya debería haber aprendido que los atajos no servían. Sobre todo porque había comprendido que no conocía nada del don. Había convivido con él muchos años y, aun así, había resultado ser un misterio del que solo había descubierto una parte cuando había tocado el kimono de su tatarabuela.

—¿Cómo has traído de vuelta a mi padre?

—¿Eso es lo que quieres saber en un momento como este? — dijo con aire divertido—. Está bien. Seguro que conoces el ritual Ushi no Koku Mairi. Se cree que era para matar o maldecir a alguien, pero yo lo manipulé para invocar a alguien, para traerlo desde el infierno en forma de demonio Oni.

Hikari puso su cabeza a pensar. Por eso tenía aquella sensación constante de que algo así sucedería, por eso tenía las terribles pesadillas en las que un demonio Oni acababa con sus seres queridos. De alguna extraña manera, seguía conectada al alma de su padre. Por eso notaba que estaba de regreso en el mundo de los vivos, aunque transformado en un monstruo.

Lo mismo que era en vida, también lo era tras su muerte.

Ante ese pensamiento, Hikari rio. Sus costillas rotas se quejaron y una arcada sanguinolenta llenó su boca. Se la limpió con el dorso de la mano.

—¿Por qué lo has hecho? ¿No tenías bastantes sirvientes ya?

—Lo he hecho por el caos. Por la destrucción. Y porque es divertido.

Hikari la ignoró y se puso de pie, tambaleante. Ahora, al mirarla, apenas entendía cómo había caído en su trampa, cumpliendo sus deseos hasta casi volverse oscura.

Pero ahora sabía que no lo haría. Pensó en Dallas. En la última noche que habían compartido, su mirada tan llena aún de amor, a pesar de lo que ella estaba haciendo y dispuesta a hacer.

—No voy a ser tu recipiente. Me da igual que hayas sembrado el terror aquí, que hayas destruido mi vida, no voy a aceptar ningún trato más contigo.

—¿No te preocupa la pobre gente inocente del pueblo? ¿Qué pasará con ellos si suelto a mi demonio y a mis esbirros? Ya has visto lo que causaron en este palacio anoche. ¿Quieres que los deje libres esta noche también?

Hikari sintió el terror inundándola. Miró por la ventana. ¿Otra noche? No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, no sabía qué había sido de Ryo, pero en el exterior reinaba un silencio extraño. Cerró los ojos y dejó que su don hablara. Había criaturas en el palacio, en las habitaciones contiguas, en los tejados… La magia oscura se alzaba y envolvía todo, junto con los sentimientos de pánico y agonía de las personas que habían sido asesinadas allí.

—Dime, Hikari, ¿soportarás más muertes sobre tu conciencia?

¿No crees que es más fácil que te dejes arrastrar por la oscuridad de una vez por todas?

—No, no lo haré.

—¿Y si te digo que en mi viaje a Europa tuve el privilegio de conocer a tu querido Dallas Hamilton? ¿Y si te digo que le entregué un mensaje que sé que hará que venga aquí?

—¡No! —El grito que salió de su garganta fue acompañado por un latigazo de dolor de sus huesos rotos. Un segundo más y estaba de rodillas en el suelo. Se le nubló la vista y el aire

abandonó sus pulmones.

—Dime, hija, ¿cuánto crees que tardará en venir a salvarte?

Tan valiente, tan honrado…

Hikari soltó un alarido mientras se ponía en pie. Iba a luchar hasta sus últimas consecuencias, aunque su cuerpo estuviera débil y herido. Pero Tamamo no iba a salirse con la suya.

Su tatarabuela Yukiko tenía una razón para sobrevivir aquel día. Y ella también.

Aunque muriera en el intento, se llevaría con ella a aquella criatura.

Se movió hacia ella, tambaleante, pero entonces...

Un susurro. Un grito. Algo atravesando el aire. Una explosión.

Y fuego.

LA ÚLTIMA MISIÓN



El equipo Corbeau y una unidad especial de la policía japonesa habían trabajado en un plan contrarreloj que consistía en varias partes.

Primero, tenían que separarse. Unos entrarían por la puerta principal. Los más numerosos, equipados con armas de asalto y equipos de protección especial. Ese escuadrón, llamado Beta, lo comandaba Keith, ya que era un experto en ese tipo de misiones. Turner y Johanna lo acompañaban.

Mientras tanto, otro escuadrón, dirigido por Baris, lo haría descendiendo por el aire en helicópteros que usarían varias detonaciones programadas para distraer la atención y facilitar el acceso al tercer equipo. En él, Dallas Hamilton, Killian Mackenzie, cuatro hombres más y el hombre de Ryo Tanaka, accederían al interior del palacio a través del jardín que conectaba con el bosque.

Después de escuchar la primera detonación, el llamado equipo Alfa comenzó a correr a través del bosque. Con el equipo policial de asalto y linternas en las armas y en los cascos, no les fue difícil seguir el camino, a pesar del susurro constante entre los árboles y las sombras inquietantes

que preferían no mirar.

—¡Avanzad, no os paréis! —ordenaba Dallas a sus hombres.

A su lado, Killian no reducía el ritmo, a pesar de sus heridas recientes. En su cabeza repetía los últimos momentos con Atenea Hamilton. Había sido antes de subir al avión con destino a Japón. Ella estaba dispuesta a acompañarlos, pero él la había apartado a un lado y la había besado. Allí, delante de todos.

Separarse de ella le había dolido en cada célula de su cuerpo. Había apretado los dientes y la había mirado, con su bella cara entre sus manos. Los ojos verdes de ella navegaban entre la confusión y el deseo.

—Mi hijo se llama Jean. Está en Drogheda con mi abuela.

—¿Qué?

—Tienes que ir allí y esperarme.

—No entiendo lo que estás diciendo… —Ella negaba con la cabeza, abrumada.

Killian, tras apartarse de ella, había sacado un papel arrugado y lo había metido en el bolsillo del abrigo de Atenea.

—Esta es la dirección. Di que vas de mi parte.

—Pero yo quiero estar contigo.

—Voy a volver —le había asegurado, tomando de nuevo su cara entre las manos y apoyando su frente sobre la de ella. Había notado su aliento, tembloroso, sobre sus labios—. Voy a volver a por vosotros.

—No quiero que vayas —había dicho ella y los ojos brillaban como si estuviera a punto de llorar.

—He estado en peores situaciones —le había mentido él. Porque no sabía qué se encontraría. No después de lo que había pasado en el aeropuerto de Ginebra.

—Killian…

—Voy a volver a por ti, pelirroja —había dicho él, besándola de nuevo—. ¿Recuerdas lo que me preguntaste? «¿Y si te dijera que me haces creer en algo que no puedo entender?». Eso dijiste. ¿Recuerdas qué te respondí?

Ella había asentido.

—Te dije que sabía a qué te referías. Pero me dio miedo explicarlo. Sé que estamos unidos por el hilo rojo, Atenea. Sé que tú eres mi destino. Por eso, te prometo que voy a volver.

El beso de despedida había sabido a lágrimas y a esperanza. Ahora no se lo quitaba de la cabeza. Tenía que regresar. Por primera vez, tenía mucho por lo que vivir.

Cuando vislumbraron el palacio, que se alzaba imponente a una veintena de metros, se detuvieron.

Dallas miró a Killian, que le devolvió el gesto.

En el avión que los había llevado a Japón, Dallas se había sentado con él y le había dicho que aún estaba a tiempo de echarse atrás. Que lo entendería. Pero el irlandés, aquel jodido cabezota, había dicho que le debía demasiado a Lena. Que tenía que intentarlo. Luego le había dicho que si todo iba mal, que le dijera a su hermana que lo sentía.

Pero... ¿Y si no lo lograban? Bueno, él estaba dispuesto a salvar a Lena, pero también a que Killian regresara para cuidar de su hermana. Se sentía tranquilo. Podía morir allí, intentándolo. El Cuervo Rojo ya estaba muerto. El clan Tanaka, sin su líder, pronto pasaría a ser un recuerdo.

Algo le decía que Lena seguía viva. Sentía la misma certeza que aquella terrible noche en Amberes cuando todos le decían que era imposible que ella hubiera sobrevivido. Lo que tenían, el lazo que les unía aún vibraba en su corazón y lo llenaba de esperanza.

—¡Ahí está el jardín! ¡Vamos!

Vislumbró una llamarada de fuego sobre uno de los tejados. Luego, un par más acompañadas del sonido de las explosiones que rompían el silencio de la noche.

Y entonces, los vieron.

En el jardín, saliendo del estanque, había seres extraños.

—¡Avanzad! ¡Entramos!

Había estado en decenas de misiones. Había visto lo peor de la raza humana. Pero nada había preparado a Keith para lo que descubrieron cuando accedieron a la fortaleza Tanaka.

Después de derribar el portón principal, se encontraron con una plaza central que conectaba los edificios. Sobre charcos oscuros, yacían cadáveres desmembrados. No era diferente de lo que había visto en Irak, salvo por una cosa: que alrededor de los muertos, no había humanos; solo criaturas extrañas, algunas deformes, otras grotescas, algunas colgadas de los techos.

A su lado, Turner se detuvo. Cuando Keith lo miró, encontró el terror en sus ojos.

—Estoy aquí —le dijo a través del sistema de auriculares—.

Estoy contigo.

—Lo sé. Recuérdame que te invite a algo si salimos de esta. Keith se rio.

—Lo recordaré.

El fuego se había extendido con rapidez por la estancia en la que Hikari se hallaba. Un sendero de llamas las había separado, y la *kitsune* había gruñido y se había alejado de ellas.

Ese fue el instante en el que el don de Hikari le dijo: huye, escapa.

Todos sus músculos y sus huesos se movieron para salir de allí. Abandonó la habitación y tomó el pasillo. El don le avisó de que había personas fuera. Hombres y mujeres armados que luchaban contra las criaturas. Ella podía huir, alejarse, pero sabía que Tamamo la seguiría. Así que solo había un lugar al que debía ir. Un lugar que Ryo le había mostrado: la habitación blindada.

Atravesó varios pasillos, apoyándose en las paredes en ocasiones, deteniéndose para recuperar el aliento, escupiendo sangre, vomitando bilis. Pero tenía que aguantar. Tenía que seguir.

Las explosiones se sucedían. El techo y el suelo temblaban y el fuego se extendía tan voraz e implacable como en sus pesadillas.

Cuando llegó a un pasillo que conducía a las escaleras de la torre central, sintió algo alrededor de su meñique. Miró. Era de nuevo el hilo rojo, que se extendía por el pasillo que quedaba a su izquierda. Hasta llegar a alguien que avanzaba.

«No puede ser, no puede ser». Pero lo era.

Llevaba un uniforme de asalto oscuro con un casco que protegía su cabeza. En los brazos, un fusil con el que apuntaba en todas direcciones, ya que un haz de luz le permitía avanzar en la oscuridad. La iluminó con él y la descubrió. A pesar de los metros que los separaban, el don la envolvió con las emociones de Dallas.

Hikari sintió calor, frío, amor, tristeza y esperanza. Cuando él se levantó la visera del casco y la observó como si necesitara comprobar que era real, que estaba allí, Hikari sintió que podía tocarla con su mirada.

—¡Lena!

El corazón de ambos enloqueció. Ella miró el hilo que les conectaba. Brillaba, fuerte e intenso. Después de todo. Incluso allí, donde se había desatado el infierno. Pero no tardó en

sentir el terror. Porque él era su punto débil. Porque sabía que si Tamamo lo encontraba, lo mataría para que ella perdiera el último ápice de bondad de su interior.

No podía consentirlo.

—¡Tienes que irte! —Su voz salió como una súplica—. ¡Dally, por favor! ¡Márchate!

Él avanzó hasta ella en un par de zancadas.

—He venido a salvarte —le dijo él.

Hikari se perdió durante unos instantes en su mirada, en sus ojos verdes que tenían esa tonalidad que ella no había podido olvidar. Y pensó en decisiones, en todas las que había tomado desde que él había saltado al mismo vagón que ella en Londres durante aquella noche ya tan lejana. En las que aún le quedaban por tomar.

—Por favor, márchate. Yo me ocuparé de ella —le dijo. No sabía si él lo entendía o no, pero no tenía tiempo. Cada segundo que pasaba a su lado lo exponía a ella, y no podía consentirlo.

—Espera… —Dally sacó algo de un bolsillo de su pantalón.

Cuando se lo tendió, las llaves brillaron con el reflejo de las llamas.

—Ryo me las ha dado para ti. —Luego, extendió unos papeles arrugados.

En cuanto los dedos de Hikari rozaron lo que él le tendía, lo vio todo. Las últimas horas de Ryo, solo, herido, desangrándose en aquella casa. Había avisado a Dallas para que él fuera a salvarla. Y había rezado porque su vida durara lo suficiente para entregar las llaves que abrían el lugar donde escondía la catana del alma.

Luego, el don le mostró una visión que hizo que por sus ojos se derramaran lágrimas. Ryo, con el manojo de llaves entre las manos, llorando mientras susurraba:

«Hikari, si esto te llega, por favor, quiero que sepas que lo siento. Que hace cinco años me equivoqué. Ojalá me hubieras pedido que escapáramos juntos. Ahora los tres estaríamos vivos, en algún lugar, sin sangre ni plumas rojas. Perdóname. Aishiteru.»

Cuando alzó los ojos hasta Dallas, él comprendió que ella había captado el mensaje.

—Ponte a salvo. —Ella retrocedió cuando él intentó tocarla.

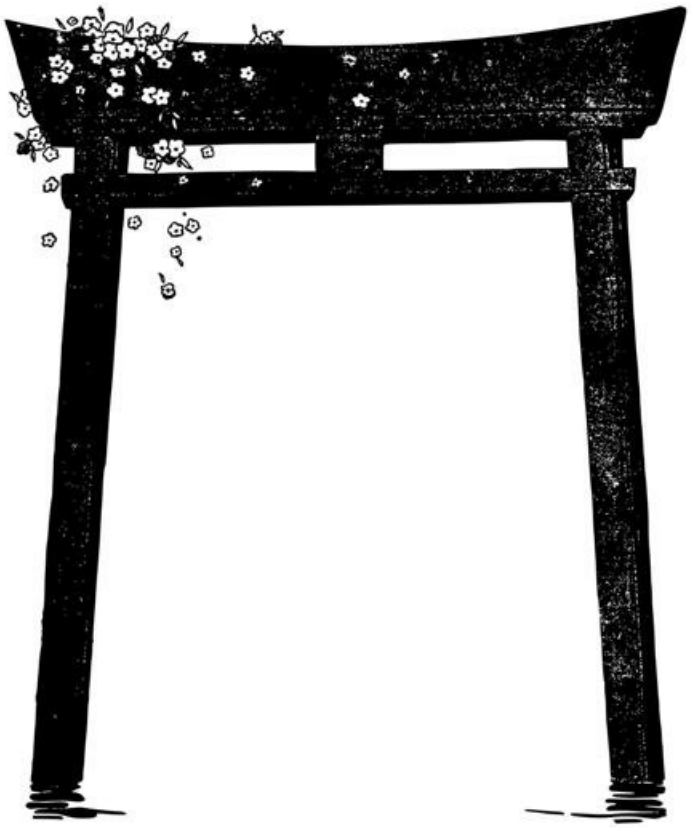
—No, déjame ir contigo.

Ella negó con la cabeza y se concentró una vez más para embaucarle. «No me sigas», fue la orden que dio. Y él, consternado, se dio cuenta de que no podía moverse.

Otra detonación cercana trajo fuego y llamas y, de repente, notó una mano en su hombro. Se giró, sobresaltado. Era Killian.

—La he visto. Está viva —fue capaz de decir.

OSCURIDAD Y CENIZAS



A Hikari le costó llegar a aquella habitación. Las escaleras se le hicieron terriblemente empinadas y su cuerpo —magullado, roto, sangrando— flaqueaba.

«Un poco más», se decía. «Un poco más. Solo un poco más».

Su mente se entumecía y se enturbiaba por la pérdida continua de sangre. Sabía que estaba perdiendo demasiada. Pero no podía desmayarse.

Cuando se plantó delante de la puerta blindada, las manos le temblaban. Le costó encontrar la llave que abría la cerradura.

Al empujar la puerta, el ambiente del interior la recibió como la primera vez que había entrado allí. El don se revolvió dentro de ella, salvaje y descontrolado.

Hikari cayó de rodillas y se arrastró hasta el lugar donde sabía que estaba el arma. La notaba. Sentía los gritos y la oscuridad que demandaba, hambrienta, desde un punto concreto bajo el tatami. En el momento en que llegó al lugar, apartó una estera y descubrió una caja fuerte, con forma rectangular, soterrada. Tenía una cerradura. Eligió una de las llaves, la introdujo y la giró.

Tuvo que recurrir al resto de toda su fuerza para levantar la tapa. Sus ojos vieron la espada que refulgía. Entonces sintió su voracidad. La fuerza, la magia que emanaba de ella y que la habían vuelto un arma poderosa por el fuerte hechizo que un monje había depositado en ella.

El don le contó otras muchas cosas: cómo su tatarabuela había huido y escondido el arma; cómo Hayato la había encontrado; cómo se la prestó momentáneamente a Ryo, para que torturara

a Killian a cambio de su libertad; e, incluso, cómo un año antes, cuando Ryo la había encontrado, se había cortado con su filo.

Porque ese era uno de los grandes poderes que tenía, que atraía a humanos y criaturas por igual con un susurro constante.

Incluso a ella misma en aquel momento la llamaba, mientras que el *kitsune* de su interior se agitaba, alarmado, lleno de un espanto que nunca había sentido antes.

Escuchó un ruido detrás de ella y ladeó la cabeza. Entonces se la encontró. Tamamo entraba en aquella habitación.

—Así que está aquí —dijo ella, con una sonrisa triunfal—. Por fin, después de tantos años. Ahora podré deshacerme de ella para siempre.

No. No. Era su única oportunidad. Lo único que aquel ser temía, que su propio don aborrecía, porque podía herirle.

Hikari agarró la espada del alma cuando vio que Tamamo blandía un sable de la colección privada de Ryo. El don se revolvió en su interior, erizado y molesto, hasta el punto de que casi dejó escapar la espada, pero era la única arma de la que disponía. No podía perderla.

—No te atreverás.

Por toda respuesta, Hikari se abalanzó y atacó la primera. Ella contuvo la arremetida y los aceros chocaron. Pelearon con violencia, mientras cientos de chispas brotaban de las armas. Recorrieron la estancia, gritando entre golpe y golpe, con el sonido de sus alientos y de las espadas cortando el aire.

—No puedes matarme. Me necesitas —dijo Hikari.

—Es verdad. Pero puedo dejarte lo bastante herida aquí e ir a matar a ese inglés. Entonces regresaré con su cabeza y me darás lo que pido.

—No.

Hikari notó un corte en su muslo y del dolor se le combaron las rodillas. Alzó la cara y la vio frente a ella, dispuesta a impartir otro golpe. Con un último esfuerzo, se levantó cuando Tamamo se abalanzaba sobre ella y clavó la espada en su estómago mientras sentía que el acero del sable de Tamamo traspasaba su piel a la altura del hombro.

El grito de aquella criatura resonó en cada rincón del palacio. En aquellos segundos entre el dolor y el resuello, miró a su progenitora. Se había llevado la mano a la herida, de la que brotaba sangre y una sombra oscura que gemía, moribunda.

Entonces lo descubrió.

La única forma de matar al *kitsune* oscuro que ella llevaba en su interior. La única forma de no ser lo que Tamamo quería. Con su último ápice de fortaleza, se echó hacia atrás, arrancando la espada del cuerpo de Tamamo, que cayó al suelo de rodillas.

—¡No lo hagas! —le gritó, escupiendo sangre. Porque lo sabía. Sabía qué pretendía hacer.

Hikari retrocedió, tambaleándose.

—¡He dicho que no lo hagas!

Dirigió sus ojos a la espada entre sus manos, que chorreaba sangre y deseaba más oscuridad. Un susurro continuo, un grito ahogado, hambrienta de sombras.

Así que la levantó, tomó aire y giró el filo hacia ella.

El *kitsune* de su interior se revolvió, advirtiéndola. Pero ella cerró los ojos y en su mente, vio el rostro de su hermano.

Esperaba reunirse pronto con él.

Sin dudarlo más, se clavó el acero en el estómago.

El sonido de sus rodillas contra el tatami de madera fue el de un golpe seco al que siguieron

otros: una puerta que se abría y pasos que se adentraban, acelerados, en la estancia.

La oscuridad la envolvió. Notaba cómo escapaba de ella, primero densa, como el alquitrán, y luego más ligera, como humo. En su garganta, el sabor se tornó azufre. Sintió una arcada que no pudo detener. Un segundo más tarde, por su barbilla se deslizaba un líquido espeso.

—¡Lena! —gritó Dallas.

Aturdida por el dolor y por el don que se sacudía con los estertores de su propia muerte, alzó la cara. Se encontró con que Dallas se había dejado caer de rodillas frente a ella. Luego se dio cuenta de que no estaba solo: Killian estaba de pie, con las manos en la cabeza, desconcertado, mirando a un lado y a otro. Y luego, a ella. Con un terrible dolor en su expresión.

—Lena… —Las manos de Dallas estaban en su cara. Eran cálidas, pero ya casi no las notaba. Una caricia lejana, como su voz, que parecía estar dentro de un túnel—. Mírame, ya estoy aquí. Ya estoy contigo. Todo va a salir bien.

Hacía una eternidad, en una calle de Londres, él le había dicho las mismas palabras.

Y en ambos momentos ella había sabido que no era cierto.

—No —dijo con las lágrimas, las últimas, anegando sus ojos—

. Esto acaba aquí.

—¿Qué quieres decir?

Ella desplazó los ojos hasta Killian.

—Tenéis que sacarme la espada para matarla con ella.

—¡No! —respondió Dallas—. Si te la quitamos, te vas a desangrar más rápido.

—Es la única forma.

Miró a Dallas. Copos de cenizas que revoloteaban a su alrededor se quedaban enganchados en su pelo dorado. Un pensamiento cruzó su mente. La primera vez que lo había mirado había visto flores en sus cabellos. Ahora cenizas.

—Si ella vive, volverá a sembrar el caos. Y nunca acabará la crueldad de los Tanaka.

Dallas vio cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla.

—Sabéis que tengo razón.

Killian dio un paso hacia atrás, incapaz de hacerlo. Así que ella centró toda su atención en Dallas.

—Hazlo tú. Por favor.

El calor del incendio estaba cada vez más cerca y las llamas que habían ascendido por la pared lateral iluminaban una parte del rostro de Lena. Él la contempló con los ojos vidriosos. Ella lo miró, el pelo empapado por el sudor con el flequillo cayéndole a un lado y sin fuerzas para retirárselo, como hacía por las noches en Escocia, la mirada llena de tristeza y también de determinación. Con una de sus manos, le acarició la cara. Dallas parpadeó y las lágrimas cruzaron sus ojos con rapidez. Entonces, con la otra mano agarró el mango del arma. Inclinó el rostro hacia delante y apoyó su frente sobre la de Lena.

Y con un gesto rápido le arrancó la espada.

La sangre empapó su mano, caliente y manando con la violencia que indica que la vida pende de un hilo. Lanzó la espada detrás de él, a los pies de Killian, que se agachó y la agarró.

Luego, con pasos certeros, el irlandés se acercó a Tamamo, que reptaba por el suelo dejando un rastro de sangre hacia la puerta.

Killian se colocó frente a ella, impidiendo su avance. Alzó la cara hasta él y vio cómo apretaba los dientes, lleno de furia. Luego, con un movimiento letal, le arrebató la vida clavándole el acero en la espalda con tanta violencia que atravesó músculos, huesos y el corazón hasta clavarse en la madera del tatami.

La oscuridad emergió, como una mezcla de humo y volutas negras.

Fuera, en el infierno de llamas, nieve y sangre, los hombres que quedaban después de la batalla contra los seres mágicos se agruparon en el centro de la plaza central mientras contemplaban con horror aquel gigantesco demonio rojo que avanzaba hacia ellos.

Hombro con hombro, Keith y Turner resollaban por el esfuerzo.

Ya no les quedaban balas.

Se miraron. Keith se quitó el casco y lo arrojó a un lado. De poco servía ya.

Turner hizo lo mismo. Suspiró. Estaba asustado, ya no tenía sentido negarlo. ¿Acababa todo allí? Estaba seguro de que sí.

Vio cómo Keith sacaba un cuchillo de su bota. Luego ladeó la cara hacia él y le sonrió.

—En la otra vida, ¿me invitarás también a esa copa?

Cuando Turner comprendió lo que pretendía, le agarró del antebrazo con fuerza.

—No, no lo hagas.

Pero Keith solo sonrió. El sudor cubría su cara, pero Turner se quedó prendado de sus ojos cansados pero brillantes y de esos hoyuelos en las mejillas.

—Cualquiera diría que te gusto, ¿eh, inglesucho? Como respuesta, Turner le agarró con más fuerza.

—Quiero tomarme esa copa contigo en esta vida, joder. En esta puta vida.

La sonrisa de Keith se hizo aún más amplia ante el pensamiento de que aquel inglés estirado sabía decir palabrotas en momentos de tensión. Si no hubiera estado tan asustado, se habría reído.

Colocó la mano en la que no llevaba el cuchillo sobre la de Turner y apretó.

—Ojalá te hubiera encontrado antes —escuchó que le decía el inglés.

—Sí, ojalá.

Pero en ese instante, un grito sobrenatural sonó por encima de sus cabezas.

Alzaron los ojos justo para ver cómo aquel demonio enorme caía de rodillas hacia delante. El cuerpo se desplomó e hizo que la tierra temblara.

El resto de las criaturas se desvanecieron y reinó el silencio, solo interrumpido por las respiraciones aceleradas de los vivos.

LENA



—Mírame, mírame. —La voz de Dally llegaba de lejos, casi irreal. Como si todo hubiera sido un sueño en el que cobijarse, libre, feliz.

El sueño que siempre había deseado. El único.

—No te duermas, mírame.

Pero los párpados pesaban demasiado.

Un apartamento en Londres frente al Támesis, caricias y besos, chocolate con pimienta y promesas de amor eterno.

—No me dejes, no me dejes... —La súplica que llegaba a sus oídos sonaba desgarradora y salada por las lágrimas que caían sobre su rostro, sobre su pelo.

Abrió los ojos. Dallas acariciaba su mejilla, susurraba contra su frente, desesperado mientras hablaba de lo único que la última heredera Tanaka siempre había deseado.

Amor.

—Te quiero, Lena.

VIVIR



Cinco meses después, la primavera despuntaba en el cielo gris de Londres. Sin embargo, aquella mañana, tímidos rayos de sol se colaban a través de las cristaleras de un apartamento en el distrito South Bank.

Dallas Hamilton se aproximó a la ventana y contempló cómo la luz se reflejaba en el agua del Támesis. Porque la vida seguía.

A pesar de las heridas, del dolor, todo había cicatrizado.

Cerró los ojos e inhaló con fuerza. Estaba vivo. Y tenía razones para estarlo. Más que nunca.

Cuando ella apareció, en pijama, con el pelo negro despeinado y rostro somnoliento, Dallas se dio cuenta de lo afortunado que era.

Porque Lena había sobrevivido a Japón. Cuando creía que todo estaba perdido, un helicóptero, que Johanna había conseguido, la había trasladado a un hospital y allí habían salvado su vida.

Los propios médicos le habían dicho que había sido un milagro.

Después de más de un mes en un coma inducido, ella había despertado y la vida de Dallas había vuelto a tener sentido. Sus engranajes interiores, que se habían detenido en el momento en que la apartaron de sus brazos, volvieron a ponerse en marcha: la ilusión, la alegría, la esperanza,

todo regresó.

Lena estaba viva. Y tenían todo un futuro por delante.

Fue entonces cuando al abrazarse, ella descubrió algo más. Su don estaba en silencio. No solo con Dallas. De repente, ya no podía robar más secretos. Ya no veía ni escuchaba nada.

Se miró las manos. Ya no eran negras.

Después de todo, se había transformado en lo que siempre había anhelado ser: una mujer normal y corriente.

A la que los informes oficiales habían dado por muerta. Hikari Tanaka, la última heredera del clan, había fallecido en

Japón junto con el Cuervo Rojo. Así había sido como la Interpol había dado por cerrado el caso.

Lena, con una nueva identidad, era libre. Y había regresado a Londres, a aquel apartamento donde todo había comenzado.

—¿Era hoy? —preguntó Lena, acercándose a Dally. Le abrazó por detrás y apoyó la cara contra su espalda. Cerró los ojos y aspiró su aroma, ese que tan bien conocía.

Él era su hogar, sus sueños, su futuro.

—Sí, ¿estás nerviosa?

—No, tengo ganas de verlos. Ha pasado mucho tiempo desde que los vi última vez.

Dallas se giró y la miró. Estaba más hermosa que nunca. Se había cortado el pelo en una melenita bob con flequillo y sus rasgos se habían redondeado después de meses de cuidados y reposo. Sus ojos ya no brillaban con aquel tono rojizo y parecían siempre llenos de felicidad.

A pesar de lo mucho que había perdido, Lena volvía a sonreír. A veces la sorprendía mirando por la ventana, ensimismada en sus pensamientos. Recordando a Hiroshi. Al poco de regresar a Londres habían acudido juntos a ver su tumba y ella había llorado allí.

Dallas había estado a su lado en cada paso dado desde entonces.

En aquella nueva vida que habían comenzado juntos.

—Tengo que darme una ducha y prepararme antes de que vengan.

—Mmmm —dijo él, esbozando una sonrisa pícara—. Voy contigo.

Un rato después, ya estaban listos para recibir a los invitados. Cuando sonó el timbre, Lena notó la ilusión llenando su corazón.

—Yo abro —dijo Dallas.

Ella esperó, nerviosa, junto a la ventana. Primero entró Atenea, con un vestido largo de flores y el pelo suelto. Estaba radiante. Caminó hasta ella y se fundieron en un abrazo.

Luego, Jean, que había pegado un estirón desde la última vez que lo había visto y se estaba convirtiendo en un adolescente tan guapo como su padre… Que no tardó en aparecer.

Killian la miró y esbozó una sonrisa de medio lado, de esas tan suyas.

—Hola, lass. Se te ve bien.

—Y a ti también.

La última vez que lo había visto había sido en Tokio, después de salir del coma. A su lado, Atenea. Y aunque Lena ya no podía ver el hilo que los conectaba, no le hacía falta, porque sus miradas hablaban por ellos.

Igual que en ese momento.

Se sentía feliz por él. Por aquella segunda oportunidad que ellos, que en el pasado se habían convertido en monstruos, habían tenido.

Cuando él la abrazó, cerró los ojos y agradeció haber encontrado un amigo tan leal como Killian Mackenzie.

El timbre sonó de nuevo y al cabo de unos instantes, Turner y Keith aparecían sonrientes, con varias botellas de whisky y ron cada uno.

—Espero que tengáis hambre —dijo Dallas—. He preparado comida para varios días. Hay mucho que celebrar.

Lo había, claro que sí. Lena sonrió y observó a aquellas personas que la rodeaban. Reían, bromeaban, se besaban.

A pesar de lo que había sido, todos habían sido capaces de mirar más allá de su monstruo interior, ese que había desaparecido atrapado en una espada que ni siquiera sabía dónde estaba ni tampoco le importaba. Después de todo, en aquella familia había encontrado todo lo que anhelaba.

Miró de nuevo por la ventana. El London Eye se movía, porque la vida había seguido girando, ajena a la muerte de su hermano, a su venganza, a su camino hacia la autodestrucción, hacia la oscuridad y las cenizas.

Y en aquel hospital de Japón, durante aquel mes en coma, había visto a su hermano Hiroshi en sus sueños. Lo recordaba con claridad.

«Elige vivir», le decía él.

Y ella había tomado esa decisión. Viviría y lo haría bien.

GLOSARIO

Tengu(天狗): Son «perros celestiales» y suelen aparecer representados como papagayos o aves de presa pero con ciertas características humanas (el pico a veces se transforma en una nariz, o bien se les representa con cuerpo humano pero alados). A pesar de que está presente en multitud de templos y es muy reconocida en el folclore japonés, la naturaleza moral de los tengu es ambigua —se creía que secuestraban a los niños y a monjes budistas— y, además, están asociados a la vanidad y el orgullo. Hoy en día, la expresión japonesa tengu in naru, que literalmente significa «convertirse en tengu», es usada para describir a una persona engreída.

Hitodama (人魂): Son las almas de los fallecidos. Se representan como llamas que se asemejan a esferas azules aunque en ocasiones pueden ser verdes con una estela larga. Estas llamas fantasmales también se conocen como onibi (鬼火).

Ningyo (人魚): Se trata de una criatura acuática semihumana. Sus rasgos definitorios son una boca de mono llena de pequeños dientes afilados, una melena oscura y unas manos con dedos alargados con aletas. Se dice que la cola estaba cubierta por escamas de oro.

*Kitsune*tsuki (狐憑き o 狐付き): Significa «estar poseído por un zorro». Fue considerado una enfermedad desde la Era Heian hasta comienzos del siglo XX. Se consideraba que sucedía cuando una persona actuaba extraño: a veces gritaba o corría sin sentido. Incluso, como en cualquier posesión, se llamaba a un monje para hacer un exorcismo, aunque en este caso se ahuyentaba a la criatura ofreciéndole tofu frito.

Yuki Onna (雪女): Significa «mujer de nieve». Es un yōkai que vive en las montañas. Según las leyendas, ataca a mortales confiados.

Yosuzume (夜雀): Significa «gorrión nocturno». Atacan en bandadas.

Bakeneko (化け猫): Literalmente «gato cambiante que solo posee una cola».

Gaki (餓鬼): Son fantasmas hambrientos que nunca logran saciarse y viven en un continuo sufrimiento.

Kage Onna (影 女): Se traduce como «mujer sombra». Su reflejo se ve en los paneles de papel.

[1] Música en honor a los dioses Kami
[2] Yōkai con forma de niño pequeño
[3] Obra de arte
[4] ataúd
[5] urna
[6] Yōkai de fuego

[7] Grupo de Onibi
[8] Yōkai que aparece en las nevadas.
[9] Gato mágico
[10] Yōkai (fantasma hambriento)
[11] Fantasma con forma de mujer que se ve como una sombra en los paneles de arroz
[12] Perdóname (para error grave)

[13] Faja de tela
[14] Sandalias de madera
[15] Te lo prometo

Bilogía Kitsune

Sumérgete en un mundo donde lo sobrenatural se entrelaza con lo urbano en una serie de dos libros que te dejarán sin aliento. En esta fascinante saga, la joven Lena, una japonesa con el don de conocer los secretos más oscuros de las personas con un simple roce, huye de su propio clan. Su vida se convierte en una carrera frenética cuando su destino se entrelaza con un perspicaz inspector de Scotland Yard y un enigmático exmercenario.

"La heredera kitsune" y "Heredera de oscuridad y cenizas" te sumergirán en una vorágine de acción, romance y magia, donde la mitología japonesa y el urban fantasy se fusionan en una trama electrizante que te mantendrá al borde de tu asiento. ¿Podrá Lena encontrar su verdadero lugar en un mundo que no deja de cambiar? Descúbrelo en esta serie inolvidable.

La heredera kitsune

¿Qué harías si descubrieras los secretos de la gente con un solo roce?

¿Qué harías si un fiero dragón y sus esbirros te persiguieran porque le has robado el mayor de sus tesoros?

Probablemente te esconderías, cambiarías de ciudad, usarías identidades falsas y te mantendrías lejos de la gente.

Por supuesto, nunca te enamorarías.

Pero entonces conoces a alguien y sabes que vuestras vidas están unidas por el hilo rojo del destino.

Y, a pesar de las plumas rojas que ves caer a tu alrededor, a pesar de que estás acostumbrada a bailar con Shinigami, a escuchar a los Yūrei y a ver todas las criaturas mágicas de tu país de origen…, a pesar de todo eso, de las huidas, de la sangre y de que sabes que acercarte a él lo pone en peligro, no puedes evitarlo.

Solo esperas que no se asuste demasiado cuando descubra qué eres en realidad.

Heredera de oscuridad y cenizas

A veces crees que estás a salvo. Que tú, tu pequeño tesoro y las personas que se arriesgaron por ti y te salvaron, estaréis siempre lejos del pasado.

Que el don guardará silencio para siempre.

Pero en el fondo sabes que la criatura que habita en ti solo duerme, esperando el momento en el que todo se volverá fuego.

Cuando las plumas rojas regresan, tendrás que tomar decisiones que podrán a prueba lo que sientes.

¿Qué harías por proteger a los que amas?

¿Qué sucederá si el kitsune oscuro se despierta?

Books By This Author

A un segundo de ti

Seúl, 2018 La fama no entiende de heridas, de secretos o de culpa. Taecyeon acaba de regresar del servicio militar obligatorio y sabe que, en cuanto se descubra, su vida volverá a ser un caos frenético de flashes y trabajo. Aunque no sabe si quiere seguir siendo el idol que brillaba en el escenario con su grupo Indomite. ¿Qué pasa si el rey ha regresado, pero ya no quiere el trono? Un corazón roto puede ocultarse de muchas maneras. Macarena lo esconde detrás de una gran sonrisa y de una decisión inesperada: viajar a Seúl para trabajar en el estudio de moda de su amiga Song justo cuando comienza la Fashion Week. El chico que ya no toca el violín. La chica que sabe dibujar mapas. Soju y promesas a la orilla del río Han. ¿Qué sucederá cuando puedan contar los segundos que separan sus mundos?

Cuentos de amor y lluvia en Seúl

Érase una vez unos chicos y unas chicas que tenían mucho que contar bajo el cielo de Seúl.

Jiyong lleva años intentando ser mejor. El maknae de Indomite es un actor de éxito por su carisma y su personalidad arrolladora. Sin embargo, nada de eso parece servirle para llegar a Haru, la chica del ceño fruncido que nunca se ha enamorado.
Y que, hasta hace poco, le odiaba. Y no sin razón.
El destino tuvo una extraña manera de entrecruzarlos.

Haru no quiere orbitar alrededor del chico planeta que con su acento de Busan y su sonrisa es capaz de convertir su corazón en un meteorito en caída libre.

Pero esta historia no es solo la suya.
Un nuevo estudio para Dress&Dream, un príncipe de hielo, palabras en francés, chicos perdidos que aman demasiado la música y hasta la prima de Macarena, que arrastra una curiosa maldición.

Descubre la continuación de “A un segundo de ti”, una novela coral sobre el amor, la amistad y los sueños.
Indomite 2

El último corazón roto

Chris,al que conocen como Jun, lo tiene todo: su propia discográfica, éxito y ese aire canalla que hace que todas las mujeres caigan a sus pies. Lástima que él lleve años esperando a una princesa inalcanzable.
Song intentó volar alto con sus alas plegadas y perdió, así que ha decidido claudicar y aceptar lo que se espera de ella.
Pero, ¿qué le pasará a su corazón si se cruza, por fin, con el chico malo y condenadamente sexy que vive entre dos mundos?

Una foto viral, recuerdos de Chuseok y una despedida que no fue. Flores de cerezo, surf, música e historias de amor que desafiarán miles de imposibles.
Descubre Indomite 3.